# Nuestro último SUSPIRO

Luna Dueñas

Selecta

Nuestro último
SUSPIRO
Luna Dueñas
Selecta

## Nuestro último suspiro

# Luna Dueñas

*Siempre he dedicado mis novelas a muchas personas importantes en mi vida.*

*Pero, esta vez, se la dedico*

*a la más importante de todas: a mí misma.*

*Por hacer cada día el esfuerzo de salir*

*adelante con una guerra en tu interior.*

*Para ti, Mari Luna.*

«Mi madre decía que, cuando era pequeña y veíamos atardecer, a mí me angustiaba que el sol se fuese. "Haz que vuelva a subir, por favor", rogaba. Y ella me acariciaba el pelo y me decía: "Tiene que ser así, Nicki. Ocurre con todo. Para que salgan las flores, antes deben marchitarse. Para ser capaz de levantarse hay que saber caer. Para disfrutar del amanecer tenemos que aprender a vivir en la oscuridad"».

Fragmento del libro *Donde todo brilla,* de Alice Kellen

Capítulo 1

*Granada (España), 1942*

Me tiemblan tanto las piernas que pienso que, en cualquier momento, me voy a caer de bruces sobre el mojado pavimento de piedra por el que camino apresurada, mientras una fina llovizna de noviembre me cala hasta los huesos. Puedo imaginar tan vívidamente como mi cuerpo se desparrama sobre la calzada, la forma en que mi vestido se levanta levemente a causa de la caída, y los dos pequeños jarrones de porcelana que escondo en los bolsillos internos y secretos de las enaguas que porto debajo de mi falda azul oscura, raída y desteñida por el paso del tiempo, salir volando y hacerse añicos.

Exhalo con brusquedad y un denso vaho se escapa de mi boca a causa del frío y del miedo ante tal visión. Debo prestar atención al agua que

moja el pavimento, a los charcos que se forman y a donde piso. Si esa ensoñación se hiciese realidad y me viesen esos demonios, estaría muerta. Mi familia también.

Sigo recorriendo las callejuelas de Granada, en dirección a la plaza de Bib-Rambla, donde he quedado con un conocido de mi padre. Con suerte, estos dos jarrones nos darían para alimentarnos, al menos, una semana más. La posguerra ha destrozado esta ciudad, así como gran parte de España. Y, para colmo, ahora tenemos que enfrentarnos a una dictadura que viene a hacernos de la vida un desafío más imposible aún.

La gente camina apresurada de un lado a otro, claramente asustada de estar expuesta en la calle y acometer algo que no le parezca moral al régimen y que le cause pagar su error con su vida. Y quizá esa sea la manera más rápida de acabar con su sufrimiento.

La muerte no puede ser más castigo que estar viviendo muertos de hambre y terror dentro de esta pesadilla.

Con mis recién cumplidos diecisiete años, mis padres ya consideran que estoy preparada, también, para luchar por la supervivencia de mi familia. Y el estraperlo, una especie de intercambios ilegales que llevamos a cabo para poder conseguir comida y otros útiles de la vida cotidiana, se les da mejor a las mujeres que a los hombres por la facilidad para ocultar la mercancía dispuesta a intercambiar sin que nadie lo note ni

pueda registrar más de lo moralmente permitido. Nuestras faldas, vestidos, pañuelos y pañoletas son grandes aliados para llevar a cabo nuestro plan.

Tengo que esquivar, incluso, cuerpos tirados en la calle, muertos de hambre, sin que nadie vaya a reclamar sus pobres almas, antes de alcanzar la plaza y encontrar al hombre que he venido a buscar. Mis ojos viajan por la extensión de esta, buscando al señor de mediana edad, que porta un sombrero verde oscuro con una pequeña pluma en él, como me ha indicado mi padre. Él, en esta ocasión, se ha quedado a las afueras de la ciudad con nuestros burros, que nos ayudan a transportarnos desde Víznar, nuestro pueblo natal, a la capital.

No tardo demasiado en verlo, así que me dirijo hacia él apresurando el paso. Es la primera vez que voy a realizar un acto ilegal, y estoy deseando terminar y volver a casa.

Normalmente, siempre venía mi madre, pero, por su embarazo de

ocho meses y por el cuidado de la abuela Pilar, que está en cama y muy enferma, yo he ocupado su lugar ahora. Cuando alcanzo al señor, que perfectamente podría estar en sus cincuenta, noto que me mira con el ceño fruncido, mientras no deja de observar todo a nuestro alrededor, pendiente de algún peligro acechante que nos pueda meter en problemas.

—¿Dónde está María Luisa? —pregunta desconfiado.

—Se ha quedado en casa, no se encuentra bien este mes —explico mientras mi corazón late desbocado dentro de mi caja torácica.

—¿Y tu padre?

—Él me está esperando a las afueras, señor. —Temblando, echo mano a mi falda para que note que no vengo a perder el tiempo con él y que tengo material que intercambiar—. Esta vez me han dado estos dos jarrones.

Él, de manera brusca, toma mi brazo para impedir que saque nada.

—¡Para! —Mira a su alrededor de nuevo, desconfiado—. ¿Es que quieres que nos maten a todos aquí?

Su brusquedad me deja sin palabras y temblando aún más de lo que ya estaba. Luego, tira de mi brazo y me obliga a caminar con él, a una estrecha calle aledaña que apesta a orín, a miseria y a humo de las candelas que la gente hace dentro de sus hogares para

intentar calentarse. Tengo miedo. Pienso que sería mejor darle los jarrones y ya está. No entiendo por qué me está obligando a perderme en las profundidades de otras calles, que cada vez son más estrechas y oscuras.

Al llegar a otra esquina en la que parece que no hay nadie, bajo una antigua arcada de piedra, se detiene y me suelta. Para ese entonces, ya estoy respirando bastante agitada por la carrera, y mi falda tiene grandes lamparones y barro a causa de los charcos pisados. Espero que sean de agua y no de orines o heces. Se me levanta el estómago aún más solo de pensarlo.

—Ahora sí —comenta él asintiendo y dando a entender que estamos algo más a salvo—

. A ver qué traes, niña.

Con algo de vergüenza y decoro, le doy la espalda para poder sacarme los objetos del refajo sin mostrar más de lo debido. Cuando tengo los dos pequeños jarrones blancos con bordes dorados y estampados florales en las manos, y la ropa recolocada decentemente, me giro y se los enseño.

Pone una mueca de sorpresa, pero luego se recompone.

—¿Estás segura de que no son falsos?

Toma uno y lo examina desconfiado.

—Eran regalos de boda cuando mi abuela se casó. Son de porcelana, su padre se los regaló de un comerciante que viajaba por Europa. Es de lo poco que hemos logrado salvar después de la guerra. No nos queda mucho más.

El hombre lo sigue examinando y parece conforme con mi explicación.

—Vale, bien. —Echa mano a su gabardina y se guarda los jarrones en bolsillos internos, también cosidos intencionalmente para esta tarea—. Ten, yo también es de lo poco que tengo.

Me tiende una bolsa de tela poco abultada. Cuando la abro, lo miro incrédula. ¿A quién pretende engañar? Todo en él se ve caro: su sombrero de fieltro, sus ropas —dignas de cualquier ministro— y la higiene de la que goza.

—¿Dos jarrones de porcelana a cambio de algunas patatas medio podridas y huevos? —

le echo en cara, molesta, mientras lo fulmino con mis ojos del color de la madera.

—¿Qué te piensas, niña? ¡Esto es España! Da gracias que, al menos, tendréis algo que llevaros a la boca y no morir de hambre como muchos de estos pobres desgraciados.

Hace un gesto para abarcar a la gente, tirada por el suelo y mendigando, que nos rodea en todas las direcciones.

—Pero es que... esto... —Mi padre me va a matar. Al menos, esperábamos algo de carne, y algún producto de higiene personal

también—... es demasiado poco para alimentar cuatro bocas.

Él muestra una sonrisa malévola, mientras con sus pequeños ojos comprueba, en ambas direcciones, que nadie repara en nosotros, antes de fijar su mirada en mí. Con su mano derecha, atrapa un mechón de mi pelo castaño, me hace cosquillas en la barbilla. Aún no me acostumbro a no tener mi melena larga. Tuve que cortarla para venderla por unas míseras pesetas también. ¿Tendríamos que vender, pronto, nuestras almas para poder sobrevivir?

—Si quieres, tengo algo más con lo que poder alimentarte...

No entiendo demasiado bien a qué se refiere. Pero cualquier propuesta me valdría con tal de no volver tan solo con esto a casa; apenas nos daría para dos comidas si acaso. Y

rezar por no coger una infección o una enfermedad por el mal estado de los alimentos, como le ha ocurrido a mi abuela Pilar.

—Pues dime, lo necesitamos de verdad. No tengo nada más que darte.

—Oh, bueno, créeme que sí puedes darme algo a cambio.

Se acerca un poco más a mí, lo que me hace sentir incómoda y, casi sin dudar un segundo, se echa mano a sus pantalones. Se desabrocha el pantalón y hasta llega a sacar su miembro masculino a la vista de todos, sobre todo, de mí. Me horrorizo y doy un paso atrás, lo que me hace chocar con la pared de la calle. Me siento acorralada.

—Te daré más alimentos si antes, ya sabes, me complaces.

—¿Qué estás diciendo? ¡Déjame!

Intento huir y forcejeo, pero él me aprieta aún más contra la pared y, agarrando mi cabeza de forma brusca y despectiva, me acerca en dirección a su asquerosa vulgaridad.

Me hago daño en la espalda y en el cuello intentando resistirme, y opto por gritar, lo que provoca que él me tape la boca con su mano con brusquedad. Ahora tampoco puedo respirar.

—¡Pequeña zorra! ¿Acaso quieres que nos descubran? —sisea como una serpiente enfurecida—. Acaba pronto con esto, anda. Le he hecho muchos favores a tu familia, es hora de que me los devolváis.

—¡Por favor! —suplico contra su sucia mano, mientras mis ojos se

inundan de lágrimas—. Si me deja ahora no diré nada, me llevaré las patatas y no diré nada, lo juro.

—No es solo eso, chiquilla... Es que tu padre me debe demasiado. Y la verdad es que hace tiempo que no tengo un rato de disfrute. Considéralo una ayuda extra que una muchachita como tú puede hacer para aliviar la carga a los hombres que luchan por este país.

—¡Suéltame! —sigo chillando y mi voz queda amortiguada entre sus dedos.

—Vale, si no vas a colaborar, entonces vamos a cambiar los planes.

Su otra mano se desliza por debajo de mis enaguas. Y siento que, por más que grito, nadie me ofrece ayuda. Ni las pocas personas medio moribundas que están tiradas en el suelo, a metros de nosotros; ni algunas personas que pasan por allí con la cabeza gacha, sin querer meterse en problemas al defenderme. Estoy indefensa, totalmente humillada.

Una cosa es escuchar la cantidad de violaciones que se han cometido desde que estamos en esta situación y otra muy diferente, vivirla en carne propia.

Cuando está a punto de llevar a cabo su malévolo plan, pegando sus caderas con fuerza contra las mías, un poco al descubierto también, de repente, lo dejo de sentir. Y el aire frío de la calle choca con mi cuerpo y mi ropa de nuevo.

Temerosa de lo que ha podido pasar, abro mis ojos poco a poco. Descubro una escena que no espero: el señor del sombrero está tirado en el suelo, lamentándose y blasfemando, mientras un chico algo más mayor que yo, también con su cara medio oculta bajo una boina con visera gris, se toca la mano con gesto de dolor.

¿Le ha pegado a este hombre por mí? Intento controlar mi respiración, mientras el alivio inunda mi cuerpo. Aunque el temblor tardará horas en desaparecer. Menudo patán.

Cuando el chico fija sus ojos en mí, su color se me graba para siempre. Son verdes, pero no un verde normal, sino uno lleno de motas doradas que es tan precioso de admirar que me hace quedarme atrapada en ellos sin poder abrir la boca. Quizá estaría bien decir algo y no quedarme mirándolo despeinada y de manera extraña, con todas mis

vestimentas revueltas y mostrando más de lo debido.

Quizá debería empezar a excusarme también, antes de meterme en problemas ante este desconocido.

Capítulo 2

—Gracias —logro susurrar.

Él niega con la cabeza, quitándole hierro al asunto.

—No deberías hacer tratos con tipos de esta calaña, o acabarás peor de lo que estás.

—No estaba haciendo nada, de verdad —comienzo a negar apresurada, con el miedo de que él vaya a contarle a algún gris que estábamos haciendo estraperlo—. Es un conocido de mi padre, y solo venía a darle un mensaje de su parte.

—No tienes que fingir conmigo, sé de sobra lo que hace con todas las chicas que trae a este sitio. —Su voz suena madura para la edad que le echo—. Y con algunos chicos también.

—Pero yo no...

—Anda, márchate —sugiere—. Este sitio es peligroso para alguien como tú. Y deja de buscar problemas. Cualquier día no lo vas a contar.

Nos aguantamos la mirada durante unos segundos, en los que todo queda al descubierto, sin que tengamos que mediar palabra. Y, sin que me lo tenga que decir dos veces, echo prácticamente a correr, levantando mi falda con las manos, y lo dejo allí, maldiciendo a mi agresor.

Tengo que aguantar las lágrimas mientras me dirijo, a todo correr, a las puertas de la ciudad. Si ese muchacho alto y decidido no hubiese aparecido, no me quiero ni imaginar lo que habría ocurrido. Cuando casi estoy alcanzando el punto donde me espera padre con los burros, reduzco la velocidad y lo busco entre el gentío, que hace de todo para sobrevivir un día más. Pronto lo veo pegado a la fachada de una casa, mientras acaricia a los animales.

—Margarita, de verdad, ¡lo que has tardado! —me regaña, lo que me hace consciente del peligro que entraña no realizar esto en el menor

tiempo posible—. ¿Sabes qué nos pasaría si nos descubren? Lo hemos hablado en casa miles de veces...

—Lo siento, es una larga historia. Es que me ha pasado algo complicado. Ese hombre...

Noto que observa mis manos y alza una ceja oscura, salpicada de sus primeras canas, lo que hace que interrumpa mi discurso y mi excusa.

—¿Y la comida?

—La comida, sí. Ese hombre me dio una bolsa que...

Me doy cuenta, mientras lo nombro, de que no tengo nada en mis manos. ¡No puede ser! Miro a mi alrededor incrédula, como si la bolsa me hubiese podido seguir mágicamente.

—Oh, Dios, no me digas que la has perdido o te han timado. —Padre se deja caer sobre uno de los burros, Finito , que rebuzna como un loco para darle más dramatismo al asunto—. Le dije a tu madre que esto no era una buena idea.

—Se me ha debido de caer —susurro insegura y con pena por decepcionar a mi padre en la primera misión importante que me ha encomendado y de la que depende la supervivencia de la familia—. Iré a por ella. Ahora vuelvo, padre.

Echo a correr y puedo escuchar a padre gritándome desde detrás e intentando alcanzarme para detenerme. Pero le es imposible seguirme el paso.

—Margarita, ¡nos vas a poner a todos en peligro!

Yo ignoro lo que dice. Y deshago el camino que recorrí segundos antes, en busca de la dichosa bolsa raída marrón. ¿Cómo puedo ser tan torpe? Algunas personas me reconocen al pasar de vuelta y me miran con curiosidad, o preocupados, preguntándose qué demonios estoy haciendo, corriendo de arriba abajo las mismas calles varias veces.

Cuando salgo de nuevo a la plaza y me dirijo hacia la calle aledaña donde esa sabandija intentó propasarse, también desgraciadamente, llamo la atención de uno de los miembros de la Policía Armada. Comienzo a temblar cuando uno de ellos me detiene tomándome del brazo con brusquedad. Me fijo en la carísima tela gris de su uniforme y el símbolo de la falange en su antebrazo. Trago saliva de una manera que, espero, no sea demasiado llamativa y refleje que estoy

temiendo por mi vida.

—¿Algún problema, señorita? —pregunta el más mayor de los dos.

Su gran bigote gris se mueve sutilmente mientras pronuncia esas palabras, de una manera tan casual que pone los pelos de punta.

Tardo unos segundos en encontrar mi boca y mi lengua, y poder darles la orden de hablar y salir de esta. Noto que el gentío detiene sus actividades para fijarse en la escena, con caras de pánico. Otros se encierran en sus casas, dando golpes secos mientras cierran puertas y ventanas. Que te paren los grises no es para nada un buen augurio. De hecho, es el peor de todos.

—Nada, señores. Todo bien.

Intento poner cara de niña buena.

—Y, si está todo tan bien, ¿por qué te hemos visto pasar por aquí, corriendo, ya como unas tres veces?

—He quedado con un familiar.

Es lo único que se me ocurre. Espero que no noten que estoy comenzando a sudar de puro pánico.

—Y ese familiar... ¿está en tres calles diferentes?

—No, es que... —Tengo la boca seca—. Se me había olvidado la dirección exacta y fui a preguntarle a mi padre, que me espera a las afueras.

No sé si meter a mi padre en esto sea lo mejor. Ambos se miran entre sí, es obvio que no me creen o no quieren hacerlo. Estamos condenados.

—Llevas una falda muy ancha. No traerás nada ahí escondido, ¿verdad?

—En absoluto —miento—. Ya les digo, tan solo voy a ver a un familiar enfermo.

—¿Y por qué esas carreras?

La dureza de sus ojos me pone el vello aún más de punta. Aprieta más

su agarre en mi brazo. Me va a quedar un buen moratón.

—Tengo prisa, tenemos que volver a Víznar antes del mediodía. Nuestra madre está embarazada y mi abuela está muriéndose en una cama.

—¿Cuál es tu nombre?

Está claro que no van a dar su brazo a torcer, ni siquiera después de mi confesión.

—Margarita —contesto con sinceridad.

—¿Margarita qué más?

Quieren fichar a mis familiares, eso está claro.

—Margarita González Ruiz, señor.

—Bien, Margarita González..., me temo que nos vas a tener que acompañar.

Y, sin darme tiempo ni a reaccionar, el otro hombre, un oficial más joven que el que me ha estado interrogando, se une a su compañero, y entre ambos me toman por los brazos y me arrastran en otra dirección. La gente se horroriza. Incluso algunos niños se echan a llorar. Hasta yo comienzo a sentir el fuego de las lágrimas, llenas de miedo, quemarme el borde de los ojos. Ahora sí que estoy en problemas. ¿Acabaré encarcelada y moriré de hambre? O, peor aún, fusilada cuando descubran que he estado haciendo estraperlo.

Qué final más triste, cuatro vidas por una bolsa de patatas podridas. Siento ganas de escupirlos.

—¡Ahí estás! —Una voz juvenil, pero masculina, llama la atención de los tres. Los guardias se detienen a mirarlo—. Cuando te dije que dejaras de meterte en problemas, me refería precisamente a esto, prima.

Lo observo como si tuviese delante una alucinación. Como si se me hubiese materializado, delante de mis ojos, el mismísimo Jesucristo en su versión más joven. Es el chico de antes, reconozco su cuerpo desgarbado y sus incipientes rasgos masculinos bajo su boina. En la mano lleva una bolsa de tela marrón. ¡Mi bolsa! No sé de qué va todo esto; pero, entre ir a la cárcel, morir o hacer el teatro de mi vida con este desconocido, opto por lo tercero.

—Pri... ¿primo? —lo saludo con la voz temblorosa.

Él se acerca a los grises como si se acercara a cualquier hijo de vecino, sin mostrar el más mínimo signo de miedo o tensión.

—Si es que no puedo dejarte sola.

La mueca de disgusto le sale tan natural que hasta yo me creo el cuento.

—Me hago un lío con estas calles —me excuso intentando fingir una sonrisilla avergonzada y dando a entender que soy una pobre chica indefensa y algo ignorante.

Eso siempre les encanta—. Tuve que volver a preguntarle a padre, ya que no recordaba la dirección exacta.

Noto que los policías aflojan su agarre contra mis brazos y, poco a poco, me van soltando. Luego, se dirigen tan solo a él.

—No sabíamos que era familiar suyo.

Es mi imaginación, ¿o acaso se están excusando?

—Sí, es una prima lejana de Víznar. No conoce demasiado la ciudad, debí de haberme explicado mejor al comentarle la calle. Vamos a llevarle algo de comida a un familiar enfermo, ya saben, para despedirnos.

Me tiene boquiabierta. Parece que es capaz de leerme el pensamiento.

—En tal caso... —Me empujan hacia él de manera brusca y, aunque quiero maldecirlos cuando miro hacia atrás para enfrentar sus demoniacas caras, prefiero mantenerme prudente y no volver a meterme en problemas—. Tenga más cuidado la próxima vez, señorita González. No son tiempos para andar correteando de un lado a otro.

«Ni para existir bajo el mando de monstruos como vosotros y al que servís». Calla, Margarita, calla.

—Venga, vamos, se estarán preguntando dónde estamos.

El chico es el que me toma, ahora, del brazo y tira de mí de una forma más delicada, pero con premura.

Dejo que me guíe de vuelta a esa maldita calle donde ese otro *señor* intentó ultrajarme.

Se adentra, incluso, un poco más en su estrechura, hasta que quedamos al abrigo de una

enorme planta de azahar que sobresale de la parte de atrás de una casa medio en ruinas y que cuelga de la pared, en nuestra dirección.

—Primero, le pegas a un hombre, ahora desafías a la Policía Armada... ¿De dónde has salido? —le pregunto incrédula.

Él mantiene su semblante serio, aunque puedo notar un amago de sonrisa y una sombra de un hoyuelo en su mejilla derecha que me hace verlo algo más atractivo que antes.

¿Por qué siento un calor extraño, de repente, en medio de este frío horrible?

—Eso mismo podría preguntarte yo —contesta clavando sus ojos en mí—. Primero, te tengo que rescatar de un hombre mientras haces estraperlo y te intentan violar, y ahora casi te fusilan los grises. Te has propuesto no salir viva del día de hoy con demasiado afán.

Me siento algo avergonzada. Ahí tiene razón, hoy nada está saliendo como lo planeamos.

—Siento que te hayas tenido que meter tú también en problemas por defenderme. —

Bajo la mirada un poco—. En mi casa, en Víznar, la situación es delicada. Mi abuela está gravemente enferma, en cama, con grandes fiebres y vómitos, y mi madre está embarazada de ocho meses. Apenas tenemos para comer y nos vemos obligados a recurrir a esto para no morirnos de hambre. Aunque, quizá, ha sido un fallo que viniese yo con mi torpeza y no mi padre...

Extiende sus manos para mostrarme la bolsa marrón que venía a buscar. Y me escucha sin pronunciar palabra.

—Entonces toma tu bolsa y regresa a casa.

La tomo entre mis manos. Es pesada y sucia, el olor a patata podrida emana de su interior y me hace aguantarme una mueca de disgusto.

—La próxima vez, ten más cuidado —me aconseja—. Siempre hay alguien vigilando a la vuelta de la esquina, o gente con segundas intenciones dispuestos a aprovecharse de los más necesitados. No lo olvides.

Me sobrepasa echándome un último vistazo, y retoma su camino por otra de las estrechas calles. Pero, antes de que se aleje lo suficiente para que no pueda escucharme, alzo la voz.

—Muchas gracias, señor...

Me detengo al descubrir que no sé el nombre de mi salvador.

Él se para a unos metros de mí y me mira, de nuevo, con esos ojos tan expresivos que parecen conocer los secretos de mi alma.

—Manuel Suárez —informa mientras muestra una sonrisa fugaz—. Ahora, vuelve a Víznar, y sin correr, Margarita González.

## Capítulo 3

Encuentro a padre en la plaza Bib-Rambla, girando la cabeza hacia todas partes, con gesto de terror; claramente, me está buscando. Es consciente del peligro que corría al volver para atrás, y no se equivocaba en absoluto. Me siento fatal. Para una tarea que me encomiendan para ayudar a la familia, y por pocas terminamos todos muertos.

—¡Padre!

Siento ganas de acercarme a él corriendo, pero me contengo. No vaya a ser que anden por aquí los grises de antes y me meta en problemas de nuevo. Apresuro el paso para llegar hasta él.

—Margarita, gracias a Dios. —Suspira aliviado al verme y pone sus manos en mi cara con gesto de cariño—. No vuelvas a hacer eso, ¿me oyes? Si ya de por sí sospechan de todo, cuanto más si ven un movimiento repetido y a la misma persona.

—Estoy bien, no te preocupes. —Decido no contarle mi encuentro con la Policía Armada para no preocuparlo más—. Y mira, he podido recuperar la bolsa.

Sonrío para quitarle hierro al asunto, y los dos suspiramos aliviados de

que esta noche sí podamos llevarnos algo diferente a la boca que no sea pan duro, gachas de harina de almorta o sopa de ajo, en los mejores días, cuando con la cartilla de racionamiento nos entregaban algunos alimentos, y absolutamente nada en los peores. Hago el amago de enseñarle lo que ese hombre me ha dado, aunque recuerdo que el intercambio no ha sido muy justo y me regañarán de igual manera por haber sido estafada.

Él me detiene en cuanto yo hago el amago de abrir la bolsa para enseñárselo.

—No, aquí no. —Mira a su alrededor con nerviosismo—. Volvamos a casa. Bastantes emociones por un solo día, ¿no crees?

***

Finito y Aceituno , nuestros dos burritos, cargan con el peso de mi padre y mío mientras, por un camino rural que consideramos más seguro que la carretera principal, deshacemos los nueve kilómetros que nos separan de la ciudad de Granada con nuestro pueblo natal, Víznar. Un pueblo sacudido por la guerra de la manera más cruel, pero que aún cuenta con varios vecinos que quieren luchar por sacar todo adelante otra vez; ni una guerra iba a impedir que se fueran de sus casi destruidos hogares.

En aproximadamente una hora, divisamos nuestra pequeña casa en las afueras del pueblo. Su doble planta, su fachada blanca a causa de la cal y mi madre, asomada en la puerta de color verde oscuro, con gesto preocupado, nos dan la bienvenida.

Justo cuando dejamos a los burros en el cuartito habilitado para ellos y a las gallinas al lado de casa, comienza a llover con fuerza. Salimos de allí apresurados, mientras mojamos nuestras alpargatas viejas con agua de los charcos, llenos de barro y excrementos. Mi madre, una mujer en sus cuarenta que aún conserva la gran belleza de su juventud, con sus grandes ojos de color ámbar casi amarillo, su pelo oscuro y su piel aceitunada, sujeta la endeble puerta de madera con una mano, para que entremos con más facilidad, y con la otra sostiene con cariño su pesada barriga, donde porta a mi hermanito o hermanita.

Después, cuando estamos todos dentro de la estancia, cierra la puerta para que el agua no se cuele demasiado, aunque aún lo hace por algunas hendiduras o roturas que sufre desde hace años.

—Estaba tan preocupada —comenta mientras nos insta a acercarnos a la lumbre—. No era normal que tardaseis tanto, ¿os ha ocurrido algo?

—No, madre —miento—, tan solo me olvidé de la bolsa. Se me cayó sin darme cuenta y me tuve que dar la vuelta.

—¿Tan solo eso? Vaya, ya me quedo más tranquila —pregunta con ironía, sabiendo que eso es de lo más grave que puede ocurrir, pero con el toque de humor que la caracteriza.

—Te dije que llevar a la niña podría ser peligroso, María Luisa —comenta padre mientras se sienta en una silla de enea, al lado del fuego, para calentarse—. Tendría que haber ido yo solo. Ella aún es demasiado pequeña.

—Claro, ¿y dónde ibas a guardarte los jarrones, Antonio? ¿En la entrepierna?

Nos hace sonreír ante tal imagen, incluso aunque estamos mojados, sucios, hambrientos y desesperanzados.

—Pero, al final, lo he logrado —digo dando por zanjada la discusión —. Podremos llevarnos algo a la boca.

Madre toma la bolsa entre sus manos para examinar qué hay dentro. Automáticamente, me preparo para la regañina cuando se den cuenta de las patatas podridas y los cuatro huevos, que deben de estar hechos tortilla a estas alturas. No quiero ni mirar; aun así, observo con atención su expresión. Su cara es un poema. Y la mía también cuando veo que mete la mano y saca un bulto bastante grande envuelto en tela; juro, por lo que más quiero, que eso no estaba ahí antes. Lo abre con cuidado y deja al descubierto un buen trozo de carne bien rosado y enorme, y varios peces. ¿Quizá, sardinas?

—Santo Dios —exclama, sin poder evitarlo, mientras abre de par en par sus enormes ojos, tan diferentes a los míos—. Vas a tener que ir más veces tú, hace años que no comemos nada de esto, ¿De dónde lo habrá sacado este hombre?

—Que no se te olvide que Julián Roig tiene mano dentro de las grandes esferas. Es ministro de Franco. Por qué hace esto aún nadie lo explica; pero, si ha metido algo más que patatas podridas en esa bolsa, me alegro de que no hayamos sido engañados como ignorantes.

Mi padre también ha notado el mal olor de la bolsa, es obvio. Así que Julián es el nombre de esa bestia que intentó abusar de mí y que, además, me estafó con las patatas podridas. Está claro que él no puso esa carne y ese pescado ahí. Pero, si no fue él...,

¿quién entonces? La bolsa pasó por sus manos, por las mías, y luego estuvo tirada en la calle. Quizá, alguien la confundió con la suya y metió más de lo debido. Sí, claro, y no se la llevaría a su casa cuando la hambruna nos está matando a todos. No tiene nada de sentido. Espera, ese chico también...

—Sea como sea, me alegro de que podamos comer algo de proteínas al fin —comenta madre, optimista, mientras se marcha a la pequeña cocina para preparar algo, seguramente, delicioso—. Buen trabajo. Verás qué contenta se pone, también, Julia.

Se da una palmadita en la barriga.

—Ni siquiera sabemos aún si será Julia o Julio —comenta mi padre mientras se pone en pie y empieza a quitarse las botas empapadas.

—Estoy convencida de que será una niña preciosa. —Con cariño se acaricia el vientre de nuevo—. Desde luego que no te traemos en el mejor momento, pequeña, pero ojalá tú sí vivas el cambio que tanta falta hace en este país. —Luego, cuando sale de su trance materno, nos mira—. ¡Vamos, id a cambiaros! —Saca una olla de barro del pequeño armario marrón que casi se cae a pedazos—. Prepararé un estofado riquísimo. Si puedo salvar algo de estas patatas, claro está.

***

Comemos todos en la mesa de la cocina, con ansiedad incluso. Dudo de que estemos masticando apenas. A nuestro estómago le urge llenarse, y este calentito estofado de patata con carne es lo mejor que hemos comido en meses. Siento que mi cuerpo recupera, incluso, una vitalidad que creía desaparecida. Y vuelvo a pensar en él, en el responsable de que estemos disfrutando de este festín. ¿Sería ese chico el que metió eso en la bolsa, confundido? Manuel Suárez. Sea como fuere, le estoy muy agradecida por el error.

Terminamos en cuestión de diez minutos y, luego, madre machaca con esmero algunas patatas cocidas y una poca carne para hacer una especie de papilla, para que la abuela Pilar pueda tragársela con más facilidad. Me ofrezco a ir a darle de comer y recorro los dos pasillos

angostos, encalados y abovedados de mi casa, hasta llegar a la habitación de la abuela. Con cuidado de no tirar nada del contenido del plato, abro la puerta marrón descascarillada, y entro en su pequeño cuarto. Una sala blanca, austera, como el resto de la casa. Con un ventanuco con una reja negra, con vistas al campo en un lateral, un armario de doble puerta de madera, también oscura y demasiado ruidosa por el paso de los años, preside otro lado de la estancia. Y una mesita de noche, ahora llena de poca medicación y remedios que podemos proporcionarle a la abuela.

Ella yace tendida en mitad de una cama de noventa, tapada con unas mantas viejas, pero que cumplen su función de mantenerla caliente. A pesar de todo ello, la humedad se nota en el ambiente y tiñe los bajos de las paredes de un tono oscuro. Si no nos mata la dictadura o la inanición, el moho será también un gran candidato para ello.

—¿Quién entra? —pregunta apenas en un suspiro, sobresaltada al escuchar la puerta chirriar.

—Soy yo, abuela, Margarita. —Me acerco a ella deprisa, para que no se sobresalte—. Te traigo un poco de comida. Hoy es nuestro día de suerte. Patatas y carne, ¿te lo puedes creer? Se acabaron, por hoy, las pieles de naranja y las gachas.

Tomo un pequeño taburete, me siento a su lado y la cojo de la mano. Está helada y, a través de su finísima piel, se puede apreciar cada vena de su cuerpo. Ella me devuelve la mirada con esos ojos azules tan bonitos que siempre se ha gastado y que ninguno de nosotros hemos heredado.

—¿Qué es lo que hemos tenido que perder esta vez para poder llevarnos esto al vientre?

Yo le devuelvo la mirada con un gesto triste. A pesar de que está en cama y de que, a sus noventa y tres años, su cerebro ya no funciona del todo bien, sabe de sobra cómo funciona el país. Es una persona que vivió tantas guerras y, seguramente, sufrió más que nosotros ahora mismo. Y la vida se lo paga así, postrándola en una cama, con casi movilidad nula, y sobreviviendo a los estragos de lo que nos está pasando.

—Nuestra vida vale más que cualquier objeto de esta casa —contesto con sinceridad, mientras me levanto y la ayudo a incorporarse un poco, con bastante esfuerzo, para que pueda comer mejor. Tomo el plato y dirijo una cucharada del puré a su boca—. Y lo importante es

que podemos sobrevivir unos días más. Venga, disfruta un poquito tú también.

Ella abre la boca, como si de un niño pequeño se tratara, y come su comida sin rechistar.

A veces, lucha un poco para poder tragar, tosiendo y haciendo un gran esfuerzo para alimentarse. De vez en cuando, también le limpio las comisuras de la boca. Y, mientras la observo, una punzada de compasión y tristeza me azota el corazón.

Esta es mi abuela Pilar, la misma que paseaba guapísima, de la mano, con mi abuelo, antes de que él hubiera muerto víctima de la guerra; la que me contaba cuentos metida en mi cama y me tapaba los oídos para no escuchar los bombardeos; la que me enseñaba a plantar verduras en el huerto de atrás y a alimentar correctamente a los animales que, más tarde, nos alimentarían a nosotros. Es increíble como la vejez y los daños acaban convirtiéndonos en seres indefensos y rotos cuando antes estábamos tan llenos de vida.

Hago un esfuerzo por no llorar al verla así de mal y pensar que, por desgracia, nos queda poco tiempo para disfrutar de su compañía. A pesar de las dificultades, se lo come todo y, cuando acaba, suelta un suspiro cerrando los ojos.

—Rico ¿a que sí? —pregunto con una sonrisa mientras dejo el plato a un lado en la mesita.

—Vamos a tener que dejar que vayas a hacer el estraperlo tú siempre si vas a regresar con tal mercancía.

Sonríe levemente, y yo recuerdo el torturador episodio de esta mañana. Se me ponen los pelos de punta.

—Mejor que no tentemos tanto a la suerte —bromeo mientras me acomodo, de nuevo, en el taburete.

Tan solo recordar a ese hombre con sus manos encima de mí y a esos guardias despiadados...

También sonríe, sé que ella entiende a qué me refiero. Seguro que lo habrá vivido demasiadas veces, por desgracia también.

—Margarita, dame la mano.

Obedezco y, cuando se la tiendo, ella pone en mi mano el rosario de oro que todos estos meses ha tenido con ella en su lecho de muerte. Abro los ojos con sorpresa.

—Quiero que te lo quedes, antes de que tus padres me lo quiten para cambiarlo por cuatro patatas podridas.

—Abuela, es tu mayor reliquia y es tuyo. No puedo aceptarlo.

—Todos sabemos que mis días aquí están contados. —Sus ojos se vuelven aún más vidriosos—. Y, antes de que acabe en manos de cualquier bestia en un estraperlo, quiero que lo atesores con cariño. Te ayudará a salir de esto y de todas las dificultades.

—Abuela...

Me emociona tanto que apenas puedo pronunciar palabra o darle palabras de consuelo.

—La vida es corta y dura, por mucho que nos la quieran pintar de color de rosa. La felicidad definitiva no existe. Hay que verla en las pequeñas cosas y treguas que hay entre los grandes golpes que sacuden nuestros cimientos. Quien se pasa la vida buscando llegar a ser feliz y esperando que nada malo va a pasar después pierde el tiempo. —Tose y yo le tiendo el vaso de agua. Ella lo rechaza—. La justicia es caprichosa, y no siempre uno recibe lo que da. La vida es lucha, es amor; son risas, decepciones, rabia, injusticias y sacrificios. Saber decir hola y saber decir adiós. Estoy segura de que lograrás todo lo que te propongas.

—No me hables como si te despidieras, abuela. Te vamos a cuidar y vas a estar bien. —

La ayudo a volver a tumbarse—. Ahora, descansa, ¿vale? Madre vendrá a hacerte compañía pronto.

—No dejes que ninguna bestia, por grande que sea el golpe, te quite lo más valioso que tienes: tu vida y tus ganas de vivir. Nadie se merece que uno haga un pago tan grande en la vida por nadie. Por nadie, ¿me oyes?

Vuelve a hacer fuerza con su rosario, para ponerlo en mi mano definitivamente.

—Gracias, abuela. Te quiero mucho. —Y no solo por el rosario, sino por todo. Pero, cuando estoy a punto de decírselo, ella cierra sus ojos, toma aire varias veces de manera angustiosa y, de repente, ya no está —. ¿Abuela?

Una lágrima resbala por mi rostro. Al fin, es libre.

## Capítulo 4

Enterramos a la abuela Pilar, a la mañana siguiente, en la parte de atrás de la casa, entre dos limoneros que conocieron mejores épocas, justo al lado de mi abuelo, fallecido años antes en la Guerra Civil.

—Ahora está con su moreno —comenta mi padre recordando como ella solía llamar a mi abuelo Domingo, para consolarnos a mi madre y a mí, que lloramos desconsoladas mientras la lluvia, que parece que ha venido para quedarse, nos empapa de arriba abajo.

—No te merecías esta vida, mamá.

Mi madre sujeta su barriga, mientras se agacha y se llena las rodillas y el vestido de barro. Pone una mano sobre la tierra fresca y mojada con la que mi padre acaba de cubrir el cadáver, y se despide de ella colocándole un pequeño ramillete de jaramagos amarillos que recogimos de alrededor de la casa. Una flor salvaje, que crece en las peores condiciones, sin ningún tipo de cuidado, y que nadie parece apreciar ni valorar lo más mínimo y pisotean a la primera de cambio. Justo como todos nosotros, los pobres, que luchamos por nuestra supervivencia día a día, mientras los afines al régimen viven una vida acomodada y se pasean por las plazas riendo y vistiendo sus mejores galas, algo con lo que nosotros no podríamos ni soñar.

Yo también coloco los míos y, silenciosamente, le hago una promesa: «Nada, me quitará las ganas de vivir, abuela, por muy duro que se vuelva el camino». Y aprieto su rosario con fuerza. Mi padre se agacha y pone sus manos sobre los hombros de mi madre, y la ayuda a levantarse.

—Vamos, nosotros tampoco nos merecemos coger una neumonía.

La besa en la mejilla, y juntos caminan hacia el interior de la casa. Yo miro un ratito más la cruz de madera que ha clavado mi padre en la tierra y, después de unos segundos, también los sigo.

***

Pasamos unos días muy tristes y oscuros. Entre la lluvia constante, el duelo por la pérdida de nuestra familiar, y que poco a poco se van acabando las reservas de comida, nos sumimos todos en un estado de apatía y catatonia que no nos conducirá a nada bueno si continuamos así.

De la ciudad tampoco llegan buenas noticias: castigos, fusilamientos, muertes por inanición. Los cadáveres se acumulan sin remedio en los pueblos y las ciudades; tirados en el frío pavimento, en las cárceles y en los sitios que un día llamaron hogar, como si sus vidas y sus luchas no hubiesen valido nada, o acaban en fosas comunes como animales. Mientras, otros se llenan la barriga hasta reventar y permiten tanto sufrimiento y desamparo, sin mover ni un solo dedo. Sin que se les remueva la conciencia lo más mínimo.

A las dos semanas desde la muerte de la abuela, mi padre es el primero que reacciona.

—No aguantaremos mucho más —susurra disgustado—, ya apenas queda comida de ningún tipo. Y el huerto se nos ha venido abajo con las lluvias torrenciales y el granizo de esta última semana.

—Lo sabemos, Antonio, lo sabemos.

Mi madre se acaricia la barriga mientras se mueve rítmicamente al lado del fuego, sentada en una vieja mecedora que conoció días mejores.

La miro y me da mucha lástima ver sus ojeras aún más marcadas. No se ha estado sintiendo bien últimamente, incluso ha sangrado varias veces de manera puntual.

Tememos por ella y por el bebé. Nos hemos estado alimentando, durante días, de hortalizas y verduras destrozadas o podridas, y hemos tenido que sacrificar a algunas de nuestras gallinas ponedoras para no morir de hambre. También hemos perdido varios animales más pagando a la Guardia Rural, que controla todo. No podemos permitirnos perder más.

Ambos observan la lumbre, desanimados, mientras fuera está cayendo, de nuevo, algo parecido al diluvio universal.

—Iré de nuevo —me ofrezco en un acto de valentía, mirándolos a los dos de hito en hito.

—¿Ir a dónde, Margarita? —contesta mi madre—. Con la que está cayendo...

—A hacer estraperlo. Me siento preparada, de verdad, la otra vez tan solo estaba un poco nerviosa. Pero, esta vez, me saldrá mucho mejor, lo prometo.

Mis padres me miran a mí primero y, luego, echan un vistazo a lo largo y ancho de la estancia. No tienen que decirme nada para comprender lo que está pasando. No nos queda nada que poder intercambiar. Nada. Ya lo hemos llevado prácticamente todo.

Tenemos lo básico para poder sobrevivir.

—No sé qué podrías llevar, a menos que pudieses esconder, debajo de la falda, una silla vieja y medio rota —comenta padre con desesperación.

Pienso en el rosario de la abuela. Una exquisita pieza de oro por la que cualquiera perdería la cabeza por poseer. Y me reconcome la culpabilidad. Pero no, por ahora, quiero conservarlo y no perderlo por un puñado de patatas podridas, tal y como le prometí a la abuela.

Padre se levanta y camina hasta un pequeño mueblecito donde guarda nuestras cartillas de racionamiento. Una especie de pasaportes, cada uno a nuestro nombre, para recibir, semanalmente, productos básicos para sobrevivir.

—Todas las cartillas están completas por ahora, no podemos ir a pedir más este mes.

Mi madre se yergue para mirarnos fijamente, baja la voz.

—Aurelia me ha comentado que ellos usan migas de pan para borrar los sellos, a veces, y poder ir a por más comida. —El plan que ha propuesto nuestra vecina y madre de mi mejor amiga no suena para nada disparatado, aunque sí muy arriesgado—. Quizá, podríamos probar.

—Podríamos acabar detenidos o en un campo de trabajo, María Luisa.

—Y con el estraperlo, seguramente, te den una medalla conmemorativa al mérito si te descubren, ¿no es así?

La ocurrencia casi nos hace reír. Por desgracia, el riesgo y la muerte son algo con lo que nos hemos acostumbrado demasiado a convivir.

Se levanta y va a la cocina, camina con algo de dificultad debido a su barriga, cada vez más abultada. Pelliza el poco pan negro que nos queda y saca algo de miga. Le pide a

padre una de las cartillas de racionamiento, la suya en particular, porque al ser hombre sale mucho más favorecido que nosotras en el reparto de alimentos, y restriega con fuerza las migas en el último sello. La verdad, ninguno tenemos fe en que se borre; pero, delante de nuestros ojos, el sello comienza a desaparecer poco a poco.

—Le vamos a tener que dar las gracias a Aurelia por el truco.

Sonríe mostrando el sello completamente borrado. No damos crédito.

—¿Sabes algo de Verónica? —pregunto a madre con la esperanza de saber algo más de mi amiga de la infancia y vecina.

—Mejor que no lo comparta con nadie más si no quiere que alguien la acabe delatando por un guiso de gato —nos interrumpe padre volviendo al tema que nos concierne.

—Esa pobre familia —comenta madre mientras se acerca, de nuevo, a nosotros—.

Bastante ya tiene la pobre Aurelia. Su hija, enferma, y su marido, en un campo de trabajo, siendo explotado a punta de latigazos... Señor, ¿por qué permites tanto dolor?

De pronto, otra bombilla se enciende en mi cabeza.

—¿Y la cartilla de la abuela Pilar? —Ellos abren los ojos de par en par —. Nadie, excepto nosotros y algunos vecinos, sabe que ha muerto, y creo que aún le quedan disponibles algunos alimentos.

Explico el plan que se urde en mi mente. Padre se vuelve a levantar a todo correr, y del cajón saca la cartilla. Efectivamente, la ración de la abuela Pilar no se ha recogido en las dos últimas semanas. Luego, él me mira asombrado.

—Tienes una mente demasiado perturbada para tener diecisiete años, hija.

—Tenemos que sobrevivir —digo con certeza—. Y eso es lo único que

importa. Si ellos nos quieren destruir, tenemos que ser más listos que ellos.

***

A la mañana siguiente, padre y yo nos encaminamos, de nuevo, a Granada, subidos en Aceituno y en Finito, que cada vez están más débiles, debido también al déficit en su alimentación. Así que, en una parte del camino, decidimos bajarnos y caminar a su lado,

para no cansarlos de más con nuestro peso, aunque estamos tan delgados y famélicos como ellos.

Gracias a Dios, el cielo hoy está nublado, pero no descarga la furia sobre nosotros como ha hecho durante los anteriores días. Intentamos charlar de cosas banales para mitigar un poquito los nervios que nos inundan los huesos y hasta la última célula por lo que vamos a hacer. También nos cruzamos con varios vecinos del pueblo por el camino que, como nosotros, vuelven o se encaminan a recoger o guardar sus escasos alimentos con los que sobrevivir unos días más.

Cuando atravesamos las puertas de entrada a la ciudad de Granada, padre se toma unos segundos, después de atar a nuestros burros a la vieja reja negra de la ventana de una casa, para cogerme de la mano.

—Margarita. —Me mira fijamente a los ojos. De un color verdoso, se ven preocupados—. Esto que vamos a hacer es muy peligroso. Por favor, no te separes de mí y no des ninguna razón para que sospechen. Recuerda que siempre hay alguien mirando. Vistan o no con uniforme gris.

Asiento con firmeza, pero tiemblo en mi interior.

—Esta vez no saldré corriendo, te lo prometo.

Él sonríe levemente y me insta a caminar a su lado de manera pausada y lo más normal posible. Que la gente vea desde fuera que somos simplemente un padre e hija que van a por sus alimentos designados y nada más. Me sorprende notar que estas mismas calles que pisaba sola hace semanas han cambiado al punto de parecer irreconocibles. Ya no solo porque la gente en la calle, recostada en el pavimento como único consuelo, se ha duplicado, sino porque también ellos lo han hecho. La Policía Armada, o los «grises», como solemos llamarlos el populacho. Los esbirros de Franco. Los que imponen, sin ningún tipo de

miramiento, las ideologías extremas que su líder ordena. Por encima de la ley, por encima de la dignidad y los derechos humanos: por encima de todo.

Cuando alcanzamos la esquina de la calle donde se encuentra el local acristalado donde siempre venimos a por los alimentos, una antigua carnicería que ahora hace las veces de almacén del Estado, un griterío llama nuestra atención, y provoca que todos miremos en dirección a una pequeña plaza donde parece estar ocurriendo algo. Y tanto que pasa.

Es una imagen de la que estoy segura de que tardaré bastante en olvidar. Una fila de mujeres semidesnudas, rapadas, con tan solo un lazo rojo en el poquito pelo que les queda en la cabeza, acompañadas de niñas en iguales condiciones, caminan atadas con

una cuerda, mientras los grises las obligan a soltar por su boca palabras afines a la ideología franquista y contrarias a las suyas para ridiculizarlas delante de todos.

—¡Putas rojas de mierda! —les grita un policía maltratando a la más cercana con un palo—. ¡Más alto! ¡Ese puño arriba! ¿Acaso no me oís?

El sonido del varazo a otra de las pobres mujeres provoca que mi corazón deje de latir.

Me fijo, también, en un líquido amarronado que desciende por la longitud de sus muslos y pantorrillas. Dios mío... ¿Están haciéndose de vientre?

—Menudos engendros, ¿verdad? —Un policía ahora se dirige a todos nosotros—. Mirad bien, esto es lo que ocurre cuando un republicano osa a cuestionar lo moralmente correcto. No vamos a permitir que esta basura contamine nuestros valores. ¡Viva España única! ¡Viva España grande! ¡Viva España libre!

Muchas personas comienzan a vitorear mientras lanzan piedras a las pobres mujeres como si lo que les están haciendo no fuese ya suficiente tortura y humillación. Y esas pobres niñas...

Mi padre posa una mano en un lateral de mi cabeza y la acerca con gesto protector a su hombro, para que no continúe viendo tal injusticia. Pero lo detengo. No quiero seguir mirando, pero no puedo parar tampoco.

—¿Qué broma es esta, papá? ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué nadie hace nada? ¿Por qué las atacan aún más? —Él me mira y, en sus ojos vidriosos, puedo encontrar toda respuesta. No hay una explicación lógica, y esto es como una enfermedad que está acabando con todos. Física y moralmente. O estás con ellos, o te eliminan. Así de simple—. Esto no es justo —comento en susurros al borde de las lágrimas—. Hay que ayudarlas.

—Solo Dios puede hacerlo, Margarita.

—¿El mismo Dios que está permitiendo que hagan con ellas esta barbarie? —Alzo la voz más de la cuenta, y varias personas se giran a observarnos. Mi padre abre los ojos a modo de advertencia para que me calle. Me detengo porque le prometí no meternos en problemas—. No es justo, papá —vuelvo a susurrar mientras observo como se marchan hacia otra calle, forzadas por los grises, para seguir con su escarnio público.

—Nada lo es, hija. —Exhala—. Por desgracia, nada lo es.

## Capítulo 5

Ver esa escena me deja mal cuerpo todo el tiempo que permanecemos en la cola de la tienda. Observo a algunas personas que también vienen a recoger sus alimentos. Unos tosen sin parar; otros miran a la nada en silencio, como si su alma hubiese abandonado su cuerpo, y solo hubiesen dejado un cascarón muerto en su lugar. A otros, incluso, se les marcan tanto los huesos de los hombros y de las clavículas por su delgadez que me hace apartar la vista incómoda.

Me limito a mirar al suelo y tragar saliva. Sobre todo, porque la imagen choca demasiado si lo comparo con las parejas de adinerados que pasean tranquilas por la calle; o incluso con los lujosos coches negros que nos sueltan todo el humo, mientras nosotros solo tenemos unos burros desnutridos. Tanto pegados en la pared como colgados de la puerta del establecimiento, hay varios carteles que, con letra simple pero potente, gritan: «Viva España, viva el Ejército, vivan las milicias de los hijos de la patria» y, bajo ellos, un oficial con su uniforme y sombrero impolutos, vigilando que todo se desarrolle de la manera correcta.

—Hombre, Antonio, ¿también hoy por aquí?

La voz de Aurelia, nuestra vecina, la artífice de uno de los planes

malévolos que vamos a llevar hoy a cabo, aparece de entre el gentío. Sonríe a mi padre levemente, pero aun así su boca destaca de sobremanera por encima del resto de sus rasgos. Y sus ojos marrones miran inquietos para todos lados.

—¿Qué tal, vecina? —contesta mi padre educado y manteniendo el tono de voz bajo para no llamar la atención.

Aunque eso parece no frenarla a ella.

—María Luisa me contó que la cosa no estaba bien la última vez que hablamos —

comienza ella en tono normal. Luego, baja la voz—. Veo que habéis seguido mi recomendación.

Se puede leer su expresión como un libro abierto, y mi padre la reprende por ello.

—Contrólese, Aurelia. —Mira disimulado a varios puntos—. Y baje la voz aún más.

—Sí, claro. Lo siento, lo siento. —Se pone un mechón de su pelo castaño corto tras la oreja—. Pero me alegra ver que os habéis atrevido, tenemos que ser más listos que estos fascistas.

Hasta yo me asusto cuando pronuncia esa palabra en la cola, rodeada de gente. Está claro que Aurelia no tiene miedo a nada, al parecer. Mi padre corta la conversación por prudencia, asintiendo a modo de despedida y volviendo a mirar al frente. Decido tomar las riendas para quitar hierro al asunto.

—¿Cómo está Verónica? —pregunto preocupada por la salud de mi amiga, mientras avanzamos un poco más en la cola.

Aurelia frunce el ceño, imagino que a causa del dolor que le provoca que su hija haya estado muy enferma.

—Ha tenido fiebres y vómitos demasiado tiempo, está muy débil. —Suspira—. Pero ayer se levantó de la cama por primera vez, incluso se sentó a tomar un poco el sol en la puerta de casa. Creo que es buena señal.

—Me alegra tanto oír eso. —Sonrío—. Iré a verla un día de estos. Si no es molestia, claro.

—Para nada, pásate cuando te apetezca.

Cuando la familia que va delante de nosotros termina, mi padre y yo entramos a la pequeña tienda, cuyas paredes están recubiertas de un azulejo blanco rectangular que parece estar por todos los rincones de cada negocio o, incluso, de las casas. Las grandes estanterías de metal tras los mostradores conocieron tiempos mejores, y los ganchos en los que se cuelgan las carnes también. Ahora solamente hay tres ganchos con algo de carne de dudoso estado, todo hay que decirlo.

Nos acercamos al mostrador, donde nos esperan un hombre con una boina negra y ropa sucia y desgastada, y un muchacho joven que, imagino, hace las veces de ayudante.

—Buenos días, venimos a recoger los alimentos que nos corresponden.

Padre le tiende la cartilla y me quedo asombrada de cómo logra disimular el nerviosismo que ambos tenemos. El hombre más mayor le echa un vistazo y, luego, nos mira a ambos alzando la ceja.

—Ustedes no son María del Pilar Pérez Gutiérrez.

Eso es obvio, pero me ahorro el comentario: acabaría con azotes en la espalda.

—Es mi suegra —contesta mi padre—, se encuentra muy enferma, en cama, desde hace tiempo. A sus noventa y tres años, le es imposible venir hasta la capital.

El hombre sopesa la respuesta durante un momento, unos segundos que se nos hacen horas. Pero, finalmente, le pide al muchacho que recoja los alimentos asignados y nos los tiende. Algo de arroz, azúcar, aceite y pan negro algo mohoso. Después, mi padre le tiende su cartilla, la que hemos borrado con pan. Ambos tragamos e intentamos poner cara de inocentes mientras el hombre vuelve a examinar la nueva cartilla. La mira y la remira, incluso llama al muchacho para que le aclare algo. Observo a padre de refilón.

Puedo ver una gota de sudor caer por su sien. ¿Qué pasaría si nos descubrieran? ¿Nos harían lo que a esas mujeres, o acabaríamos en una fosa común donde nadie recordaría jamás que ahí yacerían nuestros huesos?

—Ya se llevó la última vez carne y pan, ¿cierto? —pregunta el hombre

ajustándose la boina negra.

—Así es. Creo que me queda el arroz y la harina, señor.

El hombre asiente volviendo a examinar la cartilla con ahínco. Por el amor de Dios, ¿qué mira tanto?

—¡Vamos, hombre, que no tenemos todo el día!

La voz del gris de la puerta nos sobresalta a todos. Por un segundo siento que se me para el corazón.

Ambos se ponen, enseguida, a recolectar todos los alimentos que nos corresponden y, en menos de un minuto, tenemos las bolsas de tela que hemos traído llenas, con los alimentos de mi abuela Pilar y los que han tocado con la mentira de mi padre.

Mientras caminamos al exterior, padre observa las cartillas y chasquea la lengua.

Cuando estamos ya lo suficientemente lejos de la Policía Armada, confiesa el motivo de su disgusto.

—Ahora han marcado una serie numérica con tinta roja a los alimentos que hemos retirado. Dudo que esto se pueda volver a borrar con unas simples migas.

—Bueno, por ahora, lo importante es que no moriremos de hambre hoy —comento mientras no dejo de caminar apresurada a su lado, de vuelta a donde están nuestros burros—. Mañana no sabemos.

—Tienes una clase de humor un poco extraño a veces tú, ¿eh?

Me sonríe brevemente de lado. Si no tenemos algo de humor..., ¿qué nos queda?

—Hombre, pero ¡si es Antonio González!

Un señor trajeado se acerca, de repente, a nosotros. Agarrada a su brazo izquierdo, lo acompaña una dama muy elegante con sombrero negro, que también nos saluda con educación, y tardo tan solo unos segundos en reconocer esa cara. Tengo que aguantar las ganas de vomitar que me entran.

—Julián Roig —dice mi padre a modo de saludo—. ¿Qué tal estás?

Mi padre y Julián compartieron infancia y adolescencia. Julián

procedía de las familias más pudientes de Granada, así que, por la amistad que durante años los unió y que el régimen separó, sigue haciendo esta clase de favores a mi padre. A pesar de ser, según me contó mi padre hace poco, cuando le volví a preguntar, uno de los ministros que trabaja codo a codo con el mismísimo Francisco Franco.

—Bueno, sobreviviendo, como todos.

Ríe intentando sonar gracioso, mientras su interlocutor viste un traje de dos piezas que costaría lo mismo que nuestra casa. Y ya no hablemos del vestido de su mujer.

Impolutos ambos. ¿Qué sabría él de sobrevivir? Este maldito ultrajador.

—Son tiempos complicados, sí... —Noto a mi padre incómodo—. Oye, Julián, gracias por la carne y el pescado de la otra vez. Nos ha sido de mucha ayuda, de verdad.

Pone cara de sorprendido y se queda con una mueca extraña. Algo me dice que o no ha sido él el que puso eso en la bolsa, o su mujer no sabe nada de que colabora en el estraperlo. Mi padre también parece notarlo. Todos me ignoran, Julián nunca posa la mirada en mí.

—No sé de qué me hablas, Antonio —contesta, metido en su papel, sonriente—. Creo que te has equivocado de persona.

Mi padre le sonríe también al darse cuenta de la incómoda situación.

—Puede ser, sí —se excusa—. Últimamente, no tenemos muchas fuerzas. Ni en el cuerpo ni en la cabeza.

Julián asiente satisfecho por cambiar de tema.

—¿Cómo está tu suegra? Nos enteramos, hace unas semanas, de que estaba en su lecho de muerte.

Los dos nos ponemos alerta. ¿Por qué esa pregunta de repente?

—Resistiendo, la pobre está luchando mucho por mantenerse con vida.

—Espero que todo acabe bien para ella y pueda rascarle a la muerte algunos años más.

—Ojalá que sí.

Incómoda desvío mi atención hacia otro lado, pensando que, si me mirara directamente a los ojos, podría leer, como un libro abierto, todos los secretos que guardamos. De repente, un chico llama mi atención al otro lado de la calle. Juega distraídamente con un pequeño perro blanco mientras se ríe. Esa boina con visera gris, sus ropas y sus hechuras desgarbadas me hacen reconocerlo enseguida. Manuel.

—Papá, ahora regreso, voy a saludar a un conocido. —Él asiente, rogándome con la mirada que no tarde demasiado, y luego me despido de Julián y de su mujer—. Que tengan buenos días, señores.

Julián, entonces, me mira furioso, seguramente recordando el puñetazo del otro día y mi negativa a ceder a sus más bajos deseos. Me encamino, con la bolsa de los alimentos de mi abuela al hombro, en dirección a Manuel. Antes de alejarme del todo, puedo escuchar a Julián.

—Qué hija tan mayor y hermosa tienes, Antonio.

Tengo que reprimir, de nuevo, las ganas de vomitar, mientras camino apresurada por el pavimento, hasta llegar a la posición del chico. Mis pasos y mi presencia llaman su atención y, al levantar la vista, detiene sus juegos con su amigo peludo.

—¿Otra vez en problemas, Margarita? —pregunta en tono jocoso, mientras me mira fijamente con esos ojos que hipnotizarían a cualquiera.

Se yergue por completo, y me sobrecoge la manera en que es más alto que yo. Mi corazón late un poquito más deprisa cuando lo tengo cerca, y apenas soy consciente de ello.

—No por ahora, al menos —respondo aliviada y algo nerviosa.

Lo hago sonreír de lado con mi comentario. Menuda sonrisa. «Margarita, por lo que más quieras, céntrate».

—Estaba con padre, recogiendo los alimentos de nuestras cartillas, y te vi de lejos —

explico—. Solo quería darte las gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué razón?

—No disimules. Sé de sobra que, en esa bolsa raída de tela que me devolviste aquel día, no había ni carne ni pescado.

El me mira con interés y un brillo extraño en sus ojos.

—Además de tener una cara bonita, eres lista. —Su piropo me pilla con la guardia baja, siento mis mejillas incendiarse—. No tienes que darlas, de verdad. Quise ayudar, eso es todo. Bastante tuviste con el susto que te dio el malnacido de Julián.

—Perdona mi intromisión, pero... ¿cómo conseguiste esos alimentos? —pregunto llena de curiosidad; prácticamente, es como encontrar una aguja en un pajar hoy en día—. No es tarea fácil con los tiempos que corren...

Piensa qué responderme durante unos instantes. Reparo en su ropa: para nada se siente sucia o vieja. Al contrario. Y eso me hace pensar.

—Uno tiene sus tácticas —comenta de manera misteriosa. Luego, observa mi vieja bolsa—. Imagino que solo os han dado arroz y pan podrido. Si lo necesitas, puedo darte algo más.

Agarro el asa de la bolsa contra mi pecho, sin saber muy bien qué responder.

—Pero no tengo nada para darte a cambio. Quizá, ni deberíamos estar hablando de esto aquí, con tantos policías y gente alrededor.

—No te pido nada a cambio. —Se acerca a mí y susurra—: Solo quiero ayudarte.

Pienso en madre, en su gran vientre con mi pequeño hermana o hermano dentro, en esas ojeras, en esa debilidad. No aguantará tan solo a base de arroz y pan. El perrito lloriquea a Manuel para volver a tener su atención. Me mira y me gruñe. Creo que es un perro callejero que le ha cogido mucho cariño a este chico.

—Me ayudaría mucho, la verdad. —Parte de mí se vergüenza por tener que pedir tal favor al chico. Mendigar comida es una acción que te deja secuelas, y estoy empezando a sentirlas—. ¿Cómo lo hacemos?

—En el callejón de la otra vez, en la plaza Bib-Rambla, al atardecer, pasado mañana.

Sopeso la idea de decirle que no. Me llegaría la noche volviendo a casa, mis padres no lo permitirían. Pero hay algo en mi interior que me hace asentir de manera inconsciente.

—Estupendo.

Me sonríe de nuevo, dejando ver ese característico hoyuelo en su mejilla derecha, y tengo que recordar sostenerme en pie.

—¡Margarita!

La voz de padre me devuelve a la realidad. Lo miro por última vez antes de volver a donde se encuentra mi padre, a unos metros de los dos.

—Nos vemos. Y gracias, otra vez, por... por todo.

—Después de pasado mañana, me tendré que inventar otra excusa para volver a verte, Margarita.

Disimulo una sonrisa y me doy la vuelta para regresar. ¿De dónde se ha escapado este chico?

## Capítulo 6

—Habéis tardado muchísimo, estaba asustada.

Madre nos recibe en la puerta, como siempre, e intenta tomar nuestras bolsas con cariño para ayudarnos con lo que traemos. Padre lo impide y carga él con ellas hasta la cocina.

—No deberías coger peso, María Luisa. Nuestro pequeño está ya a punto, no queremos tener sustos.

—Más susto va a tener la pobre criatura cuando salga y vea el panorama —comenta ella mientras anda con cierto esfuerzo hacia la vieja mecedora y se echa suspirando—. Va a querer meterse dentro otra vez. —Como siempre, logra sacarnos una sonrisa. Su sentido del humor es admirable, dada nuestra situación. Siempre lo ha sido—. ¿Todo bien entonces? —pregunta con gesto preocupado.

—Creemos que sí. El de la tienda se quedó algo extrañado con mi cartilla, pero quién diría que el grito de un gris nos salvaría. No le dio tiempo a sospechar mucho más. —

Camina hasta nuestra posición y le muestra su cartilla—. La mala noticia es que han cambiado la forma de sellar; ahora son unos bonitos e imborrables numeritos rojos.

—Bueno, al menos nos ha servido por esta vez —se consuela madre—. Y al menos aún tenemos, también, la cartilla de la abuela Pilar. Eso nos deberá servir un tiempo.

Todos nos miramos y asentimos, intentando consolarnos mutuamente.

—Venga, quedaos las dos tranquilas al lado de la lumbre. Herviré un poco de arroz para cenar.

***

Esa noche, cuando al fin estoy en la soledad de mi habitación, me permito sacar el rosario de la abuela Pilar y acariciarlo. Nunca he aprendido a rezar el rosario, pero pasar los dedos cuenta a cuenta, mientras le cuento todos mis miedos y mis anhelos, es lo que más me reconforta hacer. Arropada entre mis mantas raídas y oscuras y mis

muebles austeros, es como si la sintiera aquí conmigo, como si no se hubiese marchado y estuviese agarrada a su mano.

Hay muchas noches en que escucho la voz de mis padres en la habitación contigua; se preocupan por nuestra situación, nuestro futuro e incluso nuestras vidas. «¿Cuánto más podremos soportar esta situación?» es lo que más se preguntan. Yo también lo hago. Y

hay noches en que es imposible conciliar el sueño mientras en la lejanía se escuchan tiros, gritos; y otras, en las que tan solo el silencio que envuelve todo es incluso peor que lo anterior. Ni los perros se atreven a ladrar muchas veces.

¿Sobreviviríamos para ver una España mejor y más justa, libre de tiranía? La verdad, para ello no tenemos respuesta. Pero lo que sí sé, a ciencia cierta, es que voy a aferrarme a la vida con uñas y dientes, y hacer lo que sea necesario. Empezando por escaparme, dentro de dos días, para ir a encontrarme con ese chico. Pensar en él causa que mi corazón se acelere, y no sé muy bien por qué, de repente, siento calor en todas las partes de mi cuerpo y mi corazón late con mayor premura. Al menos, imaginar su sonrisa y esos ojos verdosos me ayudan a distraerme, tan solo por un ratito, de tanta muerte y

destrucción.

***

Cuando llega el viernes, decido usar la excusa de ir a visitar a mi amiga Verónica, para coger a Finito y poder llevar a cabo mi plan de escaparme luego a Granada, para que Manuel me dé los alimentos prometidos.

—Pero, hija, el burro está muy débil, no deberías montarlo si no es estrictamente necesario —comenta mi madre preocupada.

Tiene la tez blanca, anoche los escuché alarmados. Volvió a sangrar. Necesita comer.

—No me estoy sintiendo muy bien, mamá. Tengo un poco dolor de estómago y me cuesta caminar —miento—. Te prometo que no lo forzaré. Además, le he dado algo de arroz cocido.

Ella asiente, no muy convencida.

—Ten cuidado, Margarita —aconseja con cariño.

Asiento y tomo las riendas de Finito. Antes de encaminarme hacia la casa de Verónica, a varias calles de la nuestra, me vuelvo hacia mi madre.

—Madre, si es posible, me quiero quedar allí, a cenar con ella. Aurelia me invitó cuando la vimos en Granada antier. —Espero que no se me note, de nuevo, la mentira—. Hace mucho que no paso tiempo con Verónica, me gustaría aprovechar.

—Margarita, creo que ninguno de nosotros estamos en condiciones para cargar con la alimentación de nadie de fuera casa. No es prudente ni educado.

—Pero ella me invitó —la corto para convencerla, necesito una excusa para volver más tarde a casa y que nadie sospeche.

Frunce el ceño y se palma el vientre abultado. Suspira. Vamos, vamos, madre. Dime que sí.

—De acuerdo —cede finalmente y, luego, me señala con el dedo—, pero no llegues muy tarde, por favor. Ya sabes lo del toque de queda.

—No lo haré. —Sonrío—. Gracias.

Tardo tan solo cinco minutos en alcanzar la fachada austera, con relieve y encalada donde viven Aurelia y Verónica. Ato con cuidado a Finito en la reja de la pequeña ventana. Rezo por que siga aquí cuando vuelva a salir, dentro de una hora más o menos, para luego poder encaminarme hacia Granada y llegar al atardecer.

Llamo golpeando con los nudillos en la vieja puerta de madera marrón que ha conocido, como todo, tiempos mejores.

—¡Va! —se escucha desde dentro, así como unos pasos apresurados y una cadena descorrerse.

Cuando Aurelia posa su mirada en mí, se sorprende.

—Siento presentarme sin avisar, señora Aurelia —comento amablemente—. Pero, como me comentó que Verónica estaba algo mejor, esperaba poder verla un ratito.

—Claro, sí, sí. —Se recompone—. Pasa, niña, pasa. Es solo que no estamos ya acostumbrados a visitas, y me ha sorprendido verte por aquí.

A pesar de su bienvenida, la veo algo nerviosa. Quizá, no he elegido el mejor momento para venir. Cuando entro, todo está bastante oscuro para ser las tres de la tarde: las ventanas están con los postigos echados e incluso huele a cerrado, a humanidad.

Aurelia se afana en abrir los postigos de nuevo, mientras me indica que espere un segundo. Observo sus pasos apresurados, y su figura vestida de negro por completo desaparecer por el pequeño pasillo. Habla con Verónica. También se escucha una radio, ahora que me doy cuenta. Me acerco con curiosidad.

«... por la cultura, por el progreso y por la república», alcanzo a oír, mientras personas rompen a aplaudir y, de repente, el silencio.

Aurelia me sobresalta cuando vuelve a aparecer en el estrecho y oscuro pasillo. Ahora comienzo a entenderlo todo. Las prisas, las ventanas cerradas, la cara de sorpresa.

Había escuchado algo de pasada sobre las emisiones clandestinas.

—Pasa, Verónica está en su habitación.

Me hace una señal para que entre.

—Gracias —susurro sin comentar nada acerca de lo que acaba de ocurrir.

Aurelia traga saliva algo tensa cuando paso por su lado.

Cuando entro al cuarto, me sorprende encontrarme a mi amiga tan desmejorada. Casi no puedo reconocerla. Su largo pelo rubio oscuro cae lacio, enmarcando su cara, sucio, pegado. Y sus tan particulares ojos azules me miran mucho más hundidos, coronados de grandes ojeras. La habitación no tiene mejor aspecto. Pañuelos de tela por doquier, palanganas llenas de agua, restos de comida reseca en platos de latón. Imagino que Aurelia ha estado, también, ocupada en sacar adelante a su familia ahora, que su marido está en los campos de trabajos forzados.

—Margarita. —La dulce voz de mi amiga rompe el silencio, aún débil —. Qué ganas tenía de verte. Pasa, no te quedes ahí como un pasmarote.

Sinceramente, mis ganas de abrazarla son más altas que el miedo por coger su misma enfermedad, así que corro hasta la cama y lo hago, feliz de verla viva. Nos criamos juntas; primero, jugando en las calles de Víznar y, luego, llenando nuestro mundo de experiencias en la escuela. A pesar de ser bastante diferentes, siempre hemos encajado.

Siempre nos hemos sentido la hermana que la otra no tiene.

—Han sido demasiados meses, Verónica. —La miro sonriendo, con lágrimas en los ojos, mientras pongo mis manos en sus huesudos hombros—. Me alegra saber que estás mejor.

—Tengo que tener un aspecto terrible. —Se ríe de su desgracia—. Los médicos decían que podía ser una neumonía o algo del estilo, pero estoy segura de que nos están envenenando con esas malditas gachas de harina de almorta. —Baja la voz—. Desde que las dejé de consumir, me siento mucho mejor. —Le sonrío de vuelta, y me fijo en la pequeña y antigua radio que descansa en su mesita de noche. Del color de la madera, sobresale más en su centro. Ella se da cuenta de que la miro. Imagino que intuye, de sobra, que al entrar he podido escuchar algo que no debía. Dirige sus ojos hacia la puerta. Su madre ya no está en el umbral, nos ha dado intimidad—. ¿Cómo está tu madre? —pregunta ella intentando desviar mi atención—. Escuché que está

embarazada, no me puedo creer que vayas a ser hermana mayor. ¡Espero no perder mi lugar cuando eso pase!

—Nunca podría ocurrir eso. Amigas *por y para siempre*, ¿recuerdas? —Beso la yema de mi dedo anular y se la tiendo, ella hace lo mismo y junta su dedo con el mío. Ha sido nuestra seña de amistad desde que éramos dos pequeñas que no sabían que la vida les pondría todo más que complicado. Sonrío—. Ojalá que llegue a buen término, estamos preocupados. No deja de sangrar, tememos por su salud y por la del pequeño.

—Siento escuchar eso. —Pone una mueca de tristeza—. Desde luego, no nos alimentamos de la mejor manera, nos tratan como a perros. Se piensan que tienen el derecho a decidir sobre nuestras vidas y someternos como si no valiésemos nada, como si fuesen dioses a los que nadie puede derrotar... Menudos... —Nunca he visto en ella ese arranque de ira por la situación de lo que estamos viviendo. Luego, me vuelve a mirar y se contiene—. Esto es duro para todos —explica —, pero seguro que estarán bien.

—Eso espero.

Nos mantenemos la mirada unos segundos, sin saber qué decir.

—Y bueno, ¿tienes algo más que contarme? —pregunta jovial, con ganas de noticias—.

Llevo cinco meses encerrada en esta casa, me voy a morir del aburrimiento cualquier día.

Las dos reímos.

—Poco que contar, la verdad. Sobreviviendo, como siempre. Después de la muerte de la abuela...

Enseguida me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. La miro con espanto.

También compruebo que Aurelia no esté detrás y se haya podido enterar. Gracias al cielo no está ahí. Pero nada me garantiza que no esté escuchando detrás de la puerta.

—¿Tu abuela ha muerto? —pregunta impactada.

Le hago un gesto apresurado para que se calle. Si descubren nuestra mentira, estamos acabados.

—Verónica, por favor, no digas nada, es un secreto. Nos hemos visto obligados a hacer estraperlo y a buscarnos la vida para poder comer y no morir de hambre —explico nerviosa. Las manos me tiemblan—. No se lo hemos contado a nadie, y nadie debe saberlo. Recogemos los alimentos de su cartilla como si aún siguiese con vida.

Ella me mira con los ojos muy abiertos. A mí se me escapa una lágrima de la tensión contenida. Me siento fatal por mi familia. No debería haber dicho nada.

—Todos tenemos que recurrir a extremos para sobrevivir —me calma apoyando su mano en mi brazo esta vez—. Tranquila, no se lo diré a nadie. Tu secreto está a salvo conmigo. —Por dentro siento un gran alivio. Si en alguien puedo confiar es en ella.

Pero, igualmente, si la Policía Armada la llegase a interrogar..., ni una mejor amistad frenaría su lucha por la supervivencia—. Pero tú tampoco digas nada. —Cambia su expresión—. Sé que lo has escuchado. Eres inteligente.

Así que mis sospechas son ciertas.

—No sé de qué trata esto, he escuchado algo de emisoras clandestinas...

Me toma las dos manos.

—Son republicanos desde el extranjero. *La Pasionaria* —me confiesa—. Nos animan a creer en que, si luchamos, un mundo mejor es posible. Tendrías que escucharlo, Margarita, es increíble. Es un rayo de esperanza en medio de toda esta pesadilla. Si nos unimos...

—Pero, si te atrapan escuchando eso, estás muerta, Verónica —comento con preocupación—. No deberías meterte en esos temas tan escabrosos. Es mejor mantenerse neutral.

—Si nadie se mete en estos temas tan escabrosos, como dices, seguiremos muriendo de hambre todos y nuestros derechos seguirán siendo violados. Yo me niego a vivir el resto de mi vida así. ¿Tú te conformas con ello? —me pregunta en serio, sus ojos arden con esperanza e ira a la vez. Me pongo nerviosa, ni quiero hablar del tema —. ¿Te conformas en serio, Margarita, a esta penuria de vida?

—No quiero hablar de estos temas, por favor. Me dan mucho miedo.

—Le suelto la mano—. Solo ten cuidado, ¿vale? Ojalá toda esta pesadilla pueda acabar un día... Ojalá.

¿Quién no lo desearía? —Escucho el reloj del pequeño comedor dar las campanadas de las cuatro de la tarde—. Debería marcharme.

Me pongo de pie y agarro mis manos para despedirme de mi amiga.

—¿Tan pronto?

—Ya que estamos en confianza, tengo algo que hacer en Granada. —Sus ojos me gritan que quiere saber más—. He quedado con un chico para que me dé comida. Ya sabes...

—¿Hay algo que deba saber de ese chico?

Mantenemos un silencio lleno de información, pero por ahora prefiero no hablar. Ella sonríe. Siempre ha habido una especie de telepatía entre nosotras.

—Simplemente, estraperlo. Ya sabes.

Asiente.

—Entonces será mejor que no lo hagas esperar. Vente otro día y escuchamos juntas la radio un ratito. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Sé de sobra que ya no será como en los viejos tiempos. Y ella también.

## Capítulo 7

Intento recorrer la hora de distancia que nos separa de Granada, lo máximo posible, a pie para no forzar a Finito , que de vez en cuando da unos rebuznos de queja. Le acaricio el pelaje clarito de la cabeza para decirle que sí, que lo entiendo. Que todos estamos sufriendo igual. Me cruzo con otras personas que van y vienen de la capital, haciendo lo posible por sobrevivir, con coches más lujosos de personas afines al régimen que, al pasar, nos miran incluso con desprecio, apartando el vehículo lo más lejos de nosotros.

Como si les fuésemos a pegar la sarna o algo peor.

Y eso que hoy he hecho un esfuerzo en verme algo mejor. He peinado mi pelo castaño y ondulado en un moñito semirrecogido, dejando caer

algunos mechones sobre mi rostro.

Mamá me ha regalado un vestido de cuando ella moceaba, negro, con un estampado floral en tonos rojos y azul cielo. Está ajustado a mi figura; aunque, si soy sincera, hay poco que poder marcar. Y me he cubierto la parte superior con el chal de lana negro que tejió la abuela Pilar antes de enfermar. Al igual que su rosario, me da mucha valentía tener algo de ella cerca.

Así que, a la hora y diez, y justo cuando deben de ser algo más de las cinco de la tarde por la posición del sol, amarro a Finito, de nuevo, a la reja de la ventana donde solemos dejar siempre a los animales cada vez que vengo con mi padre a la capital. Acaricio con cariño la parte superior de su nariz.

—Enseguida vuelvo. Pórtate bien —le susurro al animal.

Él rebuzna en respuesta y, colocándome bien el chal de lana para que me abrigue lo máximo posible, me encamino hacia la plaza Bib-Rambla, y hacia él.

No tardo demasiado en llegar. A esta hora, de tarde, la estampa es igual que la de todos los días. Me sigue chocando ver el contraste de la gente adinerada, cómoda y pudiente paseando con su descendencia de punta en blanco, saludando a la Policía Armada con una sonrisa, incluso consumiendo alimentos que para nosotros serían un sueño, con la gente tirada en la calle, mientras muere de hambre. Mi madre ha comentado que, últimamente, mendigar está prohibido y que, si los grises llegan a pillar a alguien

haciéndolo, irán directos a la cárcel y a saber qué horrores más. Ya hasta el derecho a mendigar nos quitan.

—Bonito vestido. —Doy un bote, asustada por la voz que escucho tan cerca de mi oreja.

Cuando me giro, veo a un Manuel con esa sonrisa de lado tan característica. Como si no tuviese miedo a nada ni a nadie. De su hombro cuelga una bolsa de tela impoluta, se me van los ojos a ella de manera inconsciente. Espero que todas las mentiras que he tenido que echar por esto merezcan la pena. No me siento muy orgullosa—. Parece que has visto a un fantasma. O lo que es peor...

Señala con la cabeza a una pareja de policías que caminan a bastante distancia, montando guardia, como siempre.

—Me alegra que hayas sido tú entonces —susurro, aún recuperándome del susto.

Sonríe ahora plenamente. Ya lo pillo, le encanta coquetear. Seguro que es uno de esos a los que las mujeres más mayores llaman un donjuán. Ignoro mis mejillas ardientes y me muestro decidida.

—No he venido tampoco por eso precisamente. —Alzo la barbilla para parecer más lanzada—. Sabes bien de qué se trata.

Él me mira entrecerrando los ojos.

—Por supuesto que sí, Margarita. No te hagamos esperar más entonces.

Una pareja de policías pasa a nuestro lado. Inconscientemente, me echo a temblar por si descubren lo que tenemos pensado hacer. Nos miran rápidamente, e incluso inclinan la cabeza en modo de saludo a Manuel. Estoy convencida de que, si hubiese sido cualquier otro, nos hubiesen hecho mil preguntas. Extrañamente, nos tratan como a cualquier ciudadano acaudalado más. Frunzo el ceño. Pero él, de repente, toma mi mano y me insta a caminar en otra dirección.

—Vamos a otro lado, aquí estamos demasiado expuestos.

Sigo el paso mientras él tira de mí y recorremos las mismas callejuelas, ya bien acostumbradas a ver a muchas personas hacer estraperlo entre sus rincones y paredes, encaladas y viejas. Curiosamente, esta vez no encontramos a nadie tirado en la calle, sobre el frío pavimento de un noviembre que se va. Así que solo nosotros somos

testigos de nuestro intercambio. Bueno, y el que esté espiando desde alguna pequeña ventana a la sombra de un visillo.

Manuel se detiene cuando considera que ya estamos lo bastante lejos para que me dé la bolsa con prudencia, fuera de los ojos de curiosos. Se la descuelga rápidamente del hombro y me la tiende.

—He podido echar algo más que la otra vez —confiesa.

—Por fin reconoces que fuiste tú.

La tomo entre mis manos, y sentir el peso de la carne y pescado que

seguramente habrá dentro hace que mi estómago ruja levemente. Cuelgo la bolsa de tela en mi hombro.

Después, hurgo dentro de uno de mis zapatos y saco un par de pequeñitos pendientes de oro que mis padres me regalaron para mi bautismo. Cuando no tengo bolsillos, tengo que recurrir a otros escondites.

—Ten. —Le ofrezco—. No puedo no darte nada a cambio después de todo esto.

Él los observa con sorpresa y niega con la cabeza.

—No quiero nada a cambio, Margarita.

—Todo el mundo quiere algo a cambio.

—Yo no —vuelve a contestar, seguro de su respuesta.

—Quédatelos, son tuyos. Podría sacarte de cualquier apuro. No quiero que, por darme los alimentos a mí, tú o tu familia paséis hambre.

Toma, con sus dos manos, la mía, que permanece abierta frente a él, mostrando los pendientes en la palma, y me la cierra amablemente. Me pinchan la piel dentro del puño.

—Te estoy dando carne y pescado, algo que es casi imposible de adquirir. Créeme que no los necesitamos.

Vuelvo a fruncir el ceño sin acabar de comprender todo esto. Bajo la mano, decidiendo dejar de insistir.

—Aquella vez, con los guardias, que te creyeron en el momento —comento recordando nuestro segundo encuentro, cuando los grises me interrogaron—. Hoy, te saludan. Y ya van dos veces que me das carne y pescado pareciendo no necesitarlos, cuando casi todos nos morimos de hambre... ¿Quién eres, Manuel?

Él mira hacia el suelo, piensa durante unos instantes y, luego, vuelve a dirigirme su mirada verdosa de una forma intensa.

—Solo quiero ayudar. Eso es todo.

Abro la boca queriendo sacarle aún más información, deseando resolver el misterio que engloba toda su persona, pero unos gritos en la lejanía nos sobresaltan. Me quedo inmóvil, como un conejillo asustado, sin saber muy bien qué hacer ante la voz de un policía.

Estamos acabados.

Entonces Manuel se arrima, de repente, a mí y pone sus manos en mis mejillas, acerca sus labios totalmente a la comisura de los míos. Puedo sentir su calor y el roce tenue de su boca. Me arde la cabeza, el pecho y hasta la última célula del cuerpo. Estoy a punto de llamarlo de todo por aprovechado y por pasarse de esa manera tan indecorosa conmigo. Pero el susurro de su voz y su aliento contra mi boca me hacen detener la escena que tengo ganas de montar.

—Viene hacia aquí, disimula.

Entonces lo entiendo todo. Quiere que parezcamos un par de enamorados dando rienda suelta a su pasión, y no cometiendo actos ilegales. Entre darle un beso falso o acabar en la cárcel o en un campo de trabajo, prefiero lo primero, sin duda alguna. Pero él nunca llega a posar sus labios sobre los míos, se quedan a tan solo unos milímetros; y me sorprende sentir, en alguna parte de mi interior, que quiero de sobremanera que esa distancia desaparezca de manera casual o fortuita.

Esa sensación crece cuando hace contacto visual conmigo. Sus ojos, a tan solo unos centímetros, son aún más impresionantes. Puedo distinguir hasta las vetas color oro que salpican su oscuro iris verde.

—¡Las calles de Granada no son un burdel!

Él se separa de mí de manera teatral y brusca, fingiendo frente al oficial que nos ha pillado sin darnos cuenta. Yo me quedo apoyada en la pared, mirando a la nada y con la boca medio abierta, como un pez recién salido del agua. Las piernas me tiemblan como locas.

—Lo siento —susurra él agitado también—. Hacía algún tiempo que no nos veíamos, no queremos molestar a nadie.

El gris nos escudriña a ambos de hito en hito, decidiendo si creerse la historia o no. Creo que, al verme tan sonrojada y agitada, le hace pensar que sí, que somos un par de tortolitos. Luego, lo mira a él y le asiente con la cabeza.

—Volved a vuestras casas. La próxima vez, no será solo un toque de atención —

amenaza mientras gira sobre sus talones. Pero, antes de marcharse del

todo, se da la vuelta y sentencia a Manuel—: Por esta vez no diré nada. Que no se repita.

Luego, tal como ha llegado, desaparece por el estrecho callejón, yéndose a causar terror a otro lado. Solo entonces me permito el lujo de soltar el aire que he estado conteniendo.

—Qué susto.

Es lo único que logro susurrar. Aunque no sé si es del todo por el policía o por el beso que casi me planta Manuel.

—Será mejor que nos marchemos —comenta él también algo agitado —, no quiero levantar más sospechas.

Asiento comprendiendo la situación.

—Está cayendo la noche y no quiero llegar tarde tampoco. Me espera una hora de camino.

Sujeto la bolsa para que no resbale de mi hombro. Asiente.

—¿No te da miedo volver sola y de noche? Podría haber bandoleros. También he escuchado que hay muchos republicanos que están huyendo al campo, escondiéndose.

—No me dan más miedo que los que se muestran a plena luz del día —comento haciendo referencia a lo que los dos ya sabemos.

***

Se ofrece a acompañarme hasta donde está Finito, a las afueras. Lo toca con timidez y cautela, como si no hubiese visto un burro en toda su vida.

—No te va a morder. —Tomo su mano y la acerco más para que lo acaricie sin miedo—.

Aunque tiene bastante hambre y, si le pareces lo más mínimamente apetecible, yo no me acabaría de fiar.

Mi broma lo hace sonreír de medio lado, como me tiene acostumbrada. Ese hoyuelo.

Enseguida retira la mano del pelaje claro del animal. Luego, me tiende

las riendas.

—Tus padres estarán preocupados. Ten cuidado en el camino.

—Gracias, Manuel. —En la puesta de sol, nuestras figuras se mantienen a un metro de distancia—. Por todo.

—Anda, ve —dice a modo de despedida—. Ya nos veremos.

Ahora sí, me subo al burrito y, tras decirle adiós con la mano, me encamino de vuelta hacia Víznar.

## Capítulo 8

La noche, más pronto de lo que espero, comienza a caer sobre nosotros, y no dejo de mirar a un lado y a otro del camino, atenta a cualquier señal o ruido que no sea el de las pezuñas de Finito contra la tierra y piedras del suelo. La verdad es que intenté hacerme la valiente con Manuel, pero también me dan pánico esas historias que nos suelen contar acerca de bandoleros que asaltan, de repente, a gente y le roban hasta los dientes a punta de armas. Y, lo que es peor, estar expuesto a que cualquier delincuente te tome a la fuerza y te ultraje.

Respiro algo más agitada de lo normal y le doy unos golpecitos a Finito en la parte superior de su cabeza. Más para calmarme a mí misma que para animarlo a continuar lo más rápido posible. Algunos de los sonidos nocturnos me sobresaltan, pero lo achaco a los animales que corretean por estos campos justo cuando el sol se va.

Cuando ya tan solo me queda un kilómetro para llegar, miro orgullosa la bolsa de tela y pienso en lo contenta que se va a poner madre cuando vea que podremos sobrevivir y alimentarnos bien durante cierto tiempo más.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Necesita ayuda, señorita? —Una figura masculina aparece de repente, como si se hubiese materializado desde la cuneta. Siento que me da un infarto. Entonces todas esas historias y leyendas... ¿son verdad?—. Una señorita como usted —continúa el desconocido— no debería andar sola por la noche. ¿Es que nadie la ha advertido?

Se acerca unos pasos y puedo verlo mejor. Es un hombre joven, quizá a finales de sus veinte, lleva barba oscura de días y tiene unos ojos rasgados oscuros que no presagian nada bueno. Sus ropas se notan

rotas, sucias. No parece portar ningún arma.

—Voy a casa, señor —comienzo a justificarme poniendo voz de pena, aunque no debo esforzarme demasiado; con el miedo, me sale bastante natural—. Visité a un familiar enfermo en Granada y, desgraciadamente, me ha llegado la noche.

—Cosas que suelen pasar...

—Así es. Si me disculpa, mi familia estará preocupada. Tenga usted buena noche.

Con aire casual, con un movimiento de mi cuerpo, le indico a Finito que continúe. El animal comienza su marcha, pero el hombre no se mueve ni un centímetro de donde está, lo que nos impide el paso. Intento ir primero a la derecha y, luego, a la izquierda y, en todos los casos, el resultado es el mismo. Él nos bloquea el camino, y entonces me doy cuenta de que no me va a dejar irme tan fácilmente.

—¿Qué traes en esa bolsa, guapa? —pregunta y juraría que la poca expresión que puedo intuir, en la oscuridad y a la luz de la luna, no es demasiado amigable.

—Son los alimentos de mi cartilla. Un poco de pan negro y algo de arroz; le aseguro que no hay nada interesante.

—Vaya, juraría que llevas algo más.

—Mis ropas y mi burro, señor, no porto nada más. ¿Qué podría llevar cuando sobrevivimos de esta manera?

—¿No tienes nada para darme? —sigue preguntando insistente.

—Señor, ya le he dicho que no llevo nada.

Él se acerca más a mí, y siento que me palpitan las sienes cuando veo relucir, bajo la luz de la luna, lo que se saca del bolsillo. Una navaja bastante grande.

—Baja del burro —me ordena perdiendo toda la supuesta educación que tenía al inicio—. Vamos, ¡deprisa!

—Pero, señor, ¡le he dicho que no tengo nada! —me defiendo a la desesperada, sintiéndome con un ratoncillo al que acaban de atrapar.

En un acto de rabia, recorre la poca distancia que hay entre nosotros y clava la navaja en el costado del animal.

—¡No! —grito espantada, mientras observo salir la sangre a borbotones y escucho el rebuzno de dolor que no deja de emitir Finito.

Me bajo a toda velocidad de su lomo y poso mis manos sobre su pelaje, intentando tapar la raja rojiza que le ha provocado este malhechor. Ojalá pudiese lograr que la sangre deje de brotar, pobre criatura.

Después, sin darme apenas cuenta ni tiempo para reaccionar, siento una punzada fuerte, como si me quemaran en el brazo. En un intento de robarme la bolsa, me ha cortado el brazo, también, con la navaja. Comienzo a sangrar y el dolor me recorre todo el cuerpo.

—Dame la bolsa —me exige mientras me sigue amenazando con la navaja ensangrentada.

No se va a detener aquí, lo veo en sus ojos.

—¡Que me la des, he dicho!

Y yo no puedo darle la comida de mi madre y mi futuro hermano, sus vidas están en juego. Las lágrimas comienzan a aflorar de mis ojos por el miedo, el dolor y la desesperación.

—No puedo, señor... Mi familia se muere de hambre.

—¡Que me la des, niña! No voy a tener demasiada paciencia más, te lo advierto.

Y otra cuchillada al burrito. Una que hace que se desplome al suelo, moviendo sus patitas en un intento desesperado para que no se le escape la vida. Lloro con más intensidad, mi pobre animal.

De pronto, el estruendo de un arma nos sobresalta a ambos. Y él mira hacia un lado del camino, donde un aliado suyo, un hombre pasado de peso y no muy alto, ahora nos observa a los dos de hito en hito y, luego, posa sus ojos en Finito. Lleva un trabuco en la mano y acaba de rematarlo.

—Si no nos das lo que tengas, la próxima bala no irá a parar a un animal —amenaza con gesto muchísimo más serio que el de su compañero.

Esto va muy en serio. Sollozo y me descuelgo la bolsa de tela que me

ha entregado antes Manuel. Imagino que unos trozos de carne no valen más que mi vida. Pero mi pobre madre...

Justo cuando se la tiendo, se escucha otro tiro que hace levantar la tierra a nuestro alrededor, y todos nos volvemos a poner alerta y a sobresaltar. Hasta ellos mismos. Esta

vez no son ellos los que disparan. Miro al frente y veo dos figuras: una sujeta un pequeño candil, y otra, un arma bien elevada que apunta hacia nosotros.

—Si no dejáis a mi hija en paz, la próxima bala no irá a parar al suelo.

—Padre... —susurro aliviada, como si hubiese bajado el mismísimo Dios a salvarme.

—Ven aquí, Margarita —me ordena mi madre, que sujeta el candil, haciéndome un gesto con la mano.

Observo a los ladrones. Ambos deciden que es mejor no luchar; podría armarse revuelvo y que todo terminara peor tan solo por una bolsa de alimentos. Primero, camino hacia ellos y, luego, acabo corriendo, literalmente, para echarme en brazos de madre. Su abultado vientre me impide acercarme más de lo que me gustaría.

—¿Pensáis que os podéis ir así tal cual? —pregunta el segundo forajido mientras camina despacio, como un depredador que acecha a su presa.

Nos apunta, también, con su trabuco y comienzo a sollozar de nuevo pegada al pecho de mi madre. Rezo a lo que sea que exista ahí arriba para que nos dejen en paz. Mi padre sigue apuntándoles, defendiendo a su familia.

—No pensamos irnos con las manos vacías —comenta de nuevo—. Todos estamos muriendo de hambre, hermano.

—Entonces quedaos el burro —sugiere mi padre con la voz algo temblorosa—. Es de lo poco que nos queda. Y, de todas formas, ya lo habéis sacrificado. Os alimentará una temporada.

Lo miran de reojo. Y, aunque pienso que van a decir que no y que nos dispararán a diestro y siniestro, me sorprendo cuando bajan el arma.

—Ten más cuidado. —El que me comenzó a atacar en un inicio se dirige a mí—. La próxima vez, quizá no tengas un padre que te salve.

Y, tras decir esto, mi padre nos indica que retrocedamos. Primero, sin perderlos de vista y, luego, cuando vemos que se centran en recoger el cadáver del pobre Finito, nos damos la vuelta y echamos a correr todo lo rápido que podemos. Pobrecito mi burrito.

Lloro por el susto y por su pobre alma.

Cuando estamos a salvo, en el camino de entrada a casa, a las afueras de Víznar, mi padre lanza el arma con brusquedad, y se acerca a mí furioso. En sus ojos percibo el arrebato de soltarme una bofetada, pero imagino que, al verme llorando, se controla.

—¿Qué demonios piensas que haces, Margarita? —me pregunta escupiendo las palabras. Se le marcan las venas del cuello—. ¡Podrían haberte matado! ¡Habernos matado a todos!

Mi madre abre mucho los ojos ante tal despliegue de rabia de su marido.

—Yo... —Apenas me sale un hilo de voz, pocas veces he temido a padre como ahora mismo—. Solo quería...

—¿Querías matarnos de un infarto? —continúa él furioso—. ¡¿Cómo se te ocurre mentirnos de esa manera?!

Mi madre se interpone entre ambos, asustada por la actitud de mi padre.

—Aurelia vino a casa esta tarde, preguntando por la abuela Pilar —cuenta madre para que yo entienda cómo han descubierto mi mentira —. Le preguntamos por ti, y nos dijo que no te veía desde poco más del mediodía.

Cuando nombra a la abuela Pilar, me pongo aún más nerviosa. Ya no solo ha sido una mentirosa, sino también una delatadora. Siempre nos hemos llevado bien con la familia de Verónica, pero Aurelia nunca me ha acabado de dar mucha confianza; es como si siempre se trajera algo entre manos.

—Lo siento. —Es lo único que logro articular. Me bajo la bolsa de tela del hombro y se la tiendo, mientras siento las lágrimas calientes deslizarse por mis mejillas—. Estabas mal y solo quería que comieses adecuadamente.

Madre toma la bolsa bajo la mirada atenta de padre. Ambos ahogan una exclamación cuando ven el contenido. Puedo notar como suavizan su expresión cuando comprenden el motivo de todo. Mi madre también deja caer una lágrima por su morena cara.

—No tenías que hacer esto por nosotros, hija. Tu vida es más importante que esto.

—¿Has ido y vuelto sola a Granada? —pregunta padre incrédulo—. ¿Quién te lo ha dado y a cambio de qué?

Asiento porque no quiero mentirles más.

—Es un conocido simplemente, un chico que conocí cuando fui a hacer estraperlo con padre hace unos meses —explico.

—¿Qué te ha pedido a cambio de esto? —vuelve a preguntar temiéndose lo peor.

—Nada, de verdad, no me ha pedido nada —contesto con sinceridad.

—Nadie da nada a cambio de nada.

Una suerte de trabalenguas bastante sincero. Pero es que, en este caso, es así.

—Solo quiere ayudar. También fue el que metió la carne y el pescado la otra vez. —Lo miro a uno primero y, después, al otro—. Es el chico al que saludé cuando estabas hablando con Julián el otro día. —Mi padre intenta hacer memoria, pero quizá, en su distancia, no logró distinguirlo bien—. Solo quería hacer un favor a la familia, eso es todo. Madre, necesitas comer bien —repito suplicando su perdón.

Nos mantenemos un rato en silencio los tres, enfadados, asustados e intentando calmarnos después de las explicaciones. Padre recoge el arma y mira a los lados.

—Será mejor que vayamos dentro, no deberíamos estar hablando de estas cosas aquí fuera.

Nos insta a caminar hacia la puerta. No le falta razón, cualquier vecino podría estar viendo la escena y podría irse de la lengua en cualquier momento.

El calor de la lumbre nos da la bienvenida cuando entramos a nuestra

pequeña casa.

Una vez dentro y a salvo, padre se acerca y, tras soltar el arma en una esquina, me abraza con cuidado, observando mi reacción. La herida de mi brazo me duele cuando lo hace.

—Gracias, hija, pero no lo vuelvas a hacer más. —Posa sus manos en mi cara, acunándola—. Ahora curemos esa herida.

## Capítulo 9

—Hagamos algo de pescado en la candela, quedará riquísimo asado —sugiere mi madre mientras me acaricia la mejilla, al pasar por mí, y camina hacia la cocina.

Una vez sentados a la mesa, con el antebrazo vendado y con el intenso olor de las sardinas a la brasa alrededor, decido ser sincera del todo con ellos. Si no, esta noche no voy ni a poder pegar ojo.

—Sé el motivo por el que Aurelia ha venido hoy a hablar con vosotros —comento mientras mis padres devoran los pequeños peces, que saben a gloria, y me miran atentos—. No os mentí cuando os dije que iba a ver a Verónica.

—¿Y está mejor? Pobre niña, lleva meses enferma —pregunta mi madre mientras mastica sin parar.

Me alegra verla con tanto apetito. En su vientre, a mi hermanito o hermanita le estará sentando genial también. Todo ha valido la pena aunque haya sido a costa del pobre Finito.

—Sí, mucho mejor. Pero, veréis, cuando ella me preguntó, no pude evitar nombrar la muerte de la abuela Pilar.

Miro hacia arriba como un perro que acaba de hacer un destrozo y sabe que le lloverán riñas y palos. Ambos se quedan en silencio, pero no endurecen su rostro.

—Es Aurelia —comenta padre sabiendo bien la fama que tiene nuestra vecina de ser la chismosa del pueblo—. Seguramente, ya lo sabía y solo venía a investigar por su cuenta, por si soltábamos prenda.

—Afortunadamente, la vimos venir y no le contamos nada. —Madre suelta la raspa más rebañada de pescado que he visto en mi vida, en

su plato—. O se enteraría Víznar, Alfacar, Huétor e incluso la mismísima Granada en cuestión de horas. Necesitamos esa cartilla, tenemos que ser muy prudentes. La abuela Pilar sigue en cama y enferma, así que no se nos puede olvidar. Aunque la lloremos en nuestra soledad.

Asiento, de nuevo, calmada por que la situación no haya sido tan grave como yo imaginaba. Seguimos comiendo con normalidad. Pero yo todavía sigo intranquila. Y, aunque sé que se lo prometí a Verónica, necesito hablarlo con mis padres.

—Cuando llegué a su casa, fue todo un poco extraño —comento—. Tenían las ventanas muy cerradas y Aurelia parecía sorprendida.

—No fuiste a la hora más decente, Margarita. Estarían echándose la siesta —informa mi padre.

—No —niego segura de todo—. Estaban escuchando la radio. La Pirenaica.

Mis padres enseguida dejan de comer y me miran sobresaltados. Ya hemos hablado de eso en casa anteriormente, del grupo de comunistas y republicanos. «Los rojos», que habían huido del país por miedo a lo que pudiese pasar con sus vidas tras salir victorioso el bando contrario, después de la Guerra Civil, y a que tomara el control de nuestras vidas. Y de nuestras radios. Porque no solo era sobrevigilar todo el alimento, animales, posesiones, y muchos otros controles, sino que también ellos deciden qué tenemos que escuchar. Por supuesto, todo afín al régimen de Francisco Franco.

Por este motivo, los más rebeldes crearon esta emisora clandestina para seguir luchando por un país libre de la dictadura y acorde a otros ideales. Sabemos que mucha gente ha comenzado a escuchar la radio a escondidas, a sintonizar estas frecuencias que emiten desde el extranjero. Por supuesto, sobra decir, que pagarían con la cárcel o con la muerte si alguien los descubriera.

—No quiero que vuelvas a esa casa, Margarita —sentencia padre nervioso—. Si descubriesen todo eso contigo dentro, no sé qué pasaría.

—Mantengamos un perfil bajo e intentemos sobrevivir mientras termina esta pesadilla

—completa madre con el ceño fruncido.

—Pero, si realmente son personas que ayudan, ¿no deberíamos

unirnos a su causa? —

pregunto en mi ignorancia—. Tampoco es normal estar encerrados mientras la gente ahí fuera es torturada y muere de hambre.

—Aún eres demasiado pequeña para entender que todo esto es mucho más complejo de lo que piensas, hija.

—Tengo diecisiete años, no soy una niña —replico.

Mi padre suelta el tenedor en el plato y me mira.

—Por supuesto que todo es muy injusto y cruel, y todos tenemos el alma y las fuerzas bastante rotas. Pero, a veces, hay que hacerle caso a la prudencia. No vamos a perder nuestras vidas por unos demonios sin razón o corazón. —Puedo, desde luego, leer entre líneas el discurso de mi padre y ser consciente de como las vidas de todos se han visto truncadas por guerras y por la dictadura. Pero, aun así, sigo sin entender por qué no se puede luchar contra ello—. Así que sé prudente y discreta. Y no vayas a casa de Verónica y Aurelia mientras creas que puedan estar escuchando o hablando de ciertas cosas. Quiero a mi familia viva.

Nos miramos en silencio, tensos. Desde luego que ambas familias tenemos razones para delatarnos los unos a los otros, pero esperamos quedarnos en esa línea de prudencia que tanto menciona mi padre.

***

Durante el mes siguiente, intentamos mantener nuestro perfil bajo lo máximo posible, tal y como mi padre nos pidió. Continuamos yendo a Granada, esta vez tan solo acompañados de nuestro oscuro burrito Aceituno , después del asesinato de Finito a manos de esos bandidos. Así que nos toca turnarnos para montar en él y descansar a ratos. Ya no hacemos estraperlo porque no tenemos nada más que poder intercambiar, a excepción de joyas valiosas, como la sencilla alianza de bodas de mis padres o mi rosario de la abuela Pilar. Ahora, nos dedicamos a sacar todos los alimentos que podemos de la cartilla de la abuela Pilar, siempre con el corazón en un puño mientras hacemos la cola y nos dan los alimentos que le corresponderían si ella siguiera viva.

No veo a Manuel por ningún lado estos días, y Dios sabe que estoy

pendiente por si, en alguna esquina o calle, veo aparecer, de manera fortuita, su camisa blanca con tirantes y su boina gris. Pero siempre regreso a casa con un pequeño pellizco en el pecho. Es porque se ha portado tan bien con nosotros que he desarrollado una especie de afecto y gratitud hacia él, imagino. He estado un poco extraña últimamente.

—Estás en Babia, Margarita.

El comentario de padre me saca de mis cavilaciones y del pensamiento de esos ojos verdes oscuros con motas doradas que me miran fijamente.

—Estoy algo preocupada, no se me olvida lo de la última vez.

Y, en cierta parte, tampoco le miento, ya que ser asaltada por bandoleros me ha hecho tenerle bastante pánico a este camino.

—No te preocupes, llegaremos a casa antes del anochecer.

Me sonríe desde abajo, sosteniendo las riendas de Aceituno.

Por mi parte, me acomodo en su lomo, sentada de lado, y abrazo con fuerza los alimentos. Aunque fuese arroz y pan negro, como siempre, mi madre lo necesita más que nunca. Según nuestras cuentas, mi hermano o hermana vendrá al mundo este mes de diciembre, y todos estamos emocionados por su llegada. Al menos, una alegría en medio de todo este dolor.

***

—Toma, hija, ten cuidado de no romperlo. Solo nos quedan dos. —Madre me tiende el cántaro de barro oscuro con cuidado—. Me temo que te tocará ir a por agua esta vez, con este frío.

—No te preocupes, mamá, siéntate y descansa. —El cántaro pesa mucho más de lo que esperaba— .Temo que, en cualquier momento, rompas en labor de parto.

—¿De verdad que puedes? Que, si no, le digo a tu padre que, cuando acabe en el huerto, se acerque.

—Sí, quiero ayudar. Me las apañaré.

—Piensa que luego son quince kilos más —bromea mientras desaparece un instante y, luego, vuelve con un pequeño carrito de metal que tiene cuatro huecos para cuatro cántaros—. Anda, llévatelo, será más sencillo para ti. No creo que domines aún el arte de llevarlo en la cabeza.

—Si tan valioso es, mejor ni intentarlo por si las moscas. —Sonrío mientras dejo el cántaro vacío en el carrito—. ¿Me llevo alguno más? —Ella me mira dudando de si podré transitar, con el carro y más de treinta litros de agua, por las empinadas cuestas de nuestro pueblo, a los pies de Sierra Nevada—. Puedo, de verdad que sí —contesto antes de que me pregunte—. Es empujarle a un carro... —Mi madre me mira divertida,

alzando la ceja. Aun así, asiente y trae otro cántaro de iguales dimensiones, y lo coloca en su respectivo hueco, al lado del anterior —. Estupendo. Vuelvo en un ratito.

El carro no es discreto, suena como un condenado al chocar sus ruedas con el pavimento de piedra y granito, mientras camino hasta el centro del pueblo, donde hay una fuente pública, en la cual todos podemos llenar nuestros cántaros. Si de algo somos afortunados es de vivir en un pueblo donde sus aguas son envidiadas a nivel nacional.

Y su pureza, superior por nuestra localización. Lástima que sea lo único que parece importar cuidar aquí.

Saludo a varios vecinos que hace tiempo que no veo; cada uno, afanado en sus quehaceres diarios, y en su propia supervivencia y en la de sus familias. Algunos me preguntan por mi madre, por su embarazo y hasta por la abuela Pilar. Esta vez no meto la pata y les respondo que se encuentra muy débil en su cama. Ellos ponen una mueca compasiva y me dejan ir. Es increíble la capacidad de mentir que estamos desarrollando.

Cuando alcanzo la fuente, tengo que hacer cola durante lo que me parece una infinidad de minutos con este frío invernal. Todos hemos pensado en venir juntos a la misma hora. Una palmadita en la espalda me hace salir de mis cavilaciones. Cuando me giro, Verónica me está mirando con una gran sonrisa y mucho mejor aspecto que la última vez que la vi.

—¡Sorpresa! —grita bajito ella, más feliz de encontrarse en la calle que yo.

Sus enormes ojos azules y su pelo claro parecen más saludables ahora.

—Verónica... —susurro mientras le tomo las manos—. Qué alegría verte fuera de casa.

Pensaba que...

—¿Que me ibas a tener que enterrar? —bromea ella, aunque yo no le veo la gracia—.

Aún me queda mucha guerra que dar, créeme. No me pienso morir antes que todos esos bastardos que nos están matando. —Miro aterrada a nuestro alrededor y le pido que se calle. Nunca se sabe quién estaría dispuesto a delatarla por lo que fuera—.

Siempre fuiste la más miedica —bromea mientras me hace un gesto para que coloque el cántaro en la fuente; es mi turno.

Comienza a caer el chorro dentro, y yo me yergo para esperar a que el cántaro se llene del todo.

—Precisamente porque quiero vivir más que ellos, necesitamos ser prudentes. ¿Cómo te encuentras?

—¿Y ser prudente es ir a Granada, a escondidas, a verte con un chico?

—¡Verónica! —exclamo; Víznar entero se va a enterar de todo.

—No te pongas así. —Baja la voz de manera confidente—. Si me alegro muchísimo por ti, de verdad. Ya es hora de que descubras toda esa magia, créeme que es adictivo.

Cuando un hombre te besa, cuando te susurra palabras de amor..., cuando mete la mano por debajo de tu falda...

Abro los ojos de par en par, y tengo que aguantarme una risita solo de imaginarlo.

—No hemos hecho nada. Meramente ha sido lo que ya sabes. —Echo vistazos al cántaro de vez en cuando para que no rebose—. La supervivencia, antes que el amor. Pero por qué digo amor si no lo es, son simplemente... negocios.

Ella me observa aguantándose una risita. Siempre ha sido la más atrevida de las dos.

Siempre he tenido la sensación de que pertenece a otra época, a una

mucho más adelantada a nuestros tiempos.

Me ayuda a cambiar el cántaro lleno y a ponerlo en el carro; luego, a colocar el otro.

—Deja de liarme, Vero —suplico porque me está nublando la mente con sus tonterías—.

Y. además, ¿cuándo has hecho tú cosas con un chico?

Ella ríe.

—Hay cosas en la vida de una mujer que es mejor guardar en secreto. No me juzgues, te lo iba a contar cuando me pusiese mejor, y eso es ahora. Es el hijo del panadero.

—¿Fernando? —pregunto sorprendida—. Pero si él ha estado ya con todas las chicas del pueblo. Y fuma como un carretero.

—Bueno, supongo que, contando con nuestra noche de pasión, sí, así es, ya tendrá a más de medio pueblo. —Mira hacia arriba pensando—. Y, hoy en día, fuman todos.

—No tienes remedio.

—Tú tampoco, amiga mía —contesta con cariño—. Tenemos diecisiete años; si no vivimos ahora todo intensamente, ¿entonces cuando?

—Cuando nuestra vida no corra peligro hasta por respirar. ¿Te parece bien?

—Pues yo, de mientras, voy a disfrutar. Y, por cierto, no comas más gachas con esa harina que nos dan, de verdad que pienso que es puro veneno. He dejado de comerlas y ha sido como un milagro. —Sonríe de nuevo—. Cuidado, ¡ya está lleno!

Me ayuda a cargar, de nuevo, el cántaro y yo le echo una mano para rellenar los suyos por igual, mientras seguimos hablando de sueños, romances y travesuras. Me alegra estar parloteando de asuntos de nuestra edad, y no de muertes, bandos y dictadura.

Una vez completa nuestra tarea, nos disponemos a volver a casa. El carro pesa y mucho.

Y es entonces cuando comprendo las risitas de madre. Casi la puedo ver sentada al lado de la chimenea, conteniendo una sonrisa de imaginar cómo se las apañará su hija para llegar a casa. Empujo con

todas las pocas fuerzas que tengo, al igual que Verónica lo hace con el suyo.

—Verónica, ten cuidado —le aconsejo cuando ya tan solo estamos a unas calles de su casa y nadie nos puede escuchar.

—Vamos, Margarita. —Ríe mientras su voz se entrecorta por la fuerza —. Fernando no me va a pegar nada.

—No lo digo por él. —Incluso con el frío que hace, unas gotitas de sudor resbalan por mi frente y mi nariz—. Lo digo por lo del otro día. —Ella me mira sin dejar de empujar, y sé que imagina a lo que me refiero—. Están deteniendo, e incluso fusilando, a todos los que pillen escuchando la radio ilegal. —Como si ella no lo supiese ya, pero necesito advertirla—. No quiero que te pase nada. Bastante hemos tenido con tu enfermedad.

—Entonces tendremos que ser discretas —contesta de manera enigmática, dejándome en claro que no va a cesar en sus ideales y en su escucha. Se detiene unos segundos y a mí me viene genial para recuperar el aliento—. No pienso dejar que sigan imponiéndonos un modo de vida inhumano. Donde unos se desmayan de tanto comer en fiestas y otros morimos de hambre. Donde tenemos menos derechos que un perro de la calle. Me niego. Quizá, ahora mismo no pueda hacer mucho más, pero no me voy a

quedar de brazos cruzados. Esa gente está luchando por una España mejor, y yo lucharé con ellos.

—¿Y quién te garantiza que será mejor si llegan al poder ellos?

—Es imposible ir a peor.

Escucho su discurso atenta, con el corazón encogido. Una mezcla de miedo y orgullo por mi amiga, que me mira con los ojos bien abiertos y brillantes.

—Me pareces muy valiente —susurro. Ya me gustaría ser como ella, pero por ahora yo quiero luchar por mi familia. Lo demás se me queda un poco grande—. Pero ten cuidado, por favor.

Ella se acerca a mí y me abraza. La calidez de su cuerpo me reconforta en esta fría mañana y calma un poco mis nervios. Solo de imaginarla detenida por esos...

—Deja de sobrepensar —me susurra sin separarse, cerca de mi oído—. De verdad, no nos pasará nada. Te lo prometo. Tenemos mucho cuidado. —Se separa de mí y apoya las manos en mis hombros para darme fuerza—. Venga, que estos cántaros no se van a llevar solos. —Vuelve a su carrito y empuja con fuerza—. Además, después de comer, tengo plan con Fernando. Hemos quedado en la fuente de las afueras. Vente si quieres, aunque puede que lo que veas no te agrade del todo. Mira, es solo decírtelo y ya te has puesto roja y se te cae el carro para atrás, flojucha. —Ríe, y me hace sonreír y poner los ojos en blanco. Pero, de un minuto a otro, como por arte de magia, siento que el carro es mucho más liviano de repente. La observo y ha cambiado su expresión; mira un poco más allá de mis ojos, detrás de mí—. Creo que ahora el plan ha mejorado infinitamente

—susurra, sonriendo de oreja a oreja, mientras con la cabeza me insta a dirigir mis ojos para el otro lado.

—¿De qué plan habláis?

Primero, su voz hace que mi estómago se encoja y, después, de nuevo en sus ojos, me da un vuelco al corazón.

—Manuel —susurro—. ¿Qué haces tú aquí?

## Capítulo 10

—Ayudarte con el carro.

Lo dice como si fuese lo más normal del universo que él esté aquí, en mi pueblo, y haciendo las labores conmigo.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto aún atónita.

Él pone su típica sonrisa de medio lado. Un mechón oscuro se escapa de su cabeza y cae sobre su frente. No lleva el gorro puesto hoy, y puedo ver su abundante pelo corto.

Trago saliva inconscientemente.

—Lo importante es que ha venido, Margarita —responde mi amiga con un tonito que me hace girarme y pedirle que pare con la mirada, muerta de la vergüenza.

—Bueno, has nombrado varias veces que eras de Víznar —explica—.

Como hacía tiempo que no te veía, me preocupé. Solo quería saber que todo estaba bien.

—Qué detalle. Qué educado..., qué...

Miro, de nuevo, a Verónica de forma reprobadora, y ella se calla con un gesto de fastidio.

—Perdona a mi amiga —explico—. Es la primera vez que, en meses, sale a la calle.

Estaba enferma y, al parecer, eso la ha llevado a un estado de euforia por encima de lo normal.

Ella me dirige una mirada matadora y una sonrisa forzada en una mueca bastante divertida que me haría reír a carcajadas si no estuviésemos en esta situación, y con Manuel al lado. Manuel, de carne y hueso. Él y su hoyuelo.

—Así es, disculpa. Demasiado tiempo en cama, y no de la mejor manera. —Ríe ella y se acerca a él para tomarle la mano a modo de saludo, un gesto que lo sorprende ya que no es muy común que las mujeres vayamos por ahí, agarrando las manos de los hombres—

. Soy Verónica. Encantada, Manuel.

—Lo mismo digo —le responde él educadamente, deshaciendo su apretón de manos.

—Justo le estaba comentando a Margarita que se uniera a un amigo y a mí después del almuerzo. Pero no se anima, ¿me ayudas a convencerla? —Me mira pícara—. Además, ya que estás por aquí, que no sea en vano. No tenemos muchos ratitos para despejarnos.

Sería divertido, ¿verdad, Margarita? Tú, yo, Fernando, las afueras... Manuel.

Sigo sudando, esta vez no a causa del sobreesfuerzo de empujar el carro con los pesados cántaros. Pero ¿qué podría decir? Mi amiga insiste, y hace tanto que no pasamos un rato despreocupado. Y Manuel ha recorrido kilómetros para verme.

—Claro —contesto con timidez y no segura del todo de la decisión tomada—. Bueno, si te apetece.

Él pasa de la mirada azul de mi amiga a la mía, oscura.

—Sería genial. Claro que sí.

—¡Estupendo! —exclama Verónica feliz—. Pues, venga, no perdamos más el tiempo.

Me marcho a casa y, luego, nos vemos. Quedamos aquí a las tres de la tarde.

Ella vuelve a empujar de su carro en otra dirección, por la que se da muchas más vueltas hasta su casa.

—Pero, Vero...

La llamo. Aun así, hace caso omiso y nos dice adiós alegremente.

—Tu amiga es bastante peculiar —susurra él mientras ambos la observamos desaparecer.

—Sí, es... diferente. —Me giro para quedar frente a él; me saca una cabeza entera de altura—. Como si no fuese de esta época.

Expresar el pensamiento que siempre tengo de Verónica lo hace estar más curioso.

—¿Y cómo es eso?

Estoy a punto de dejarle caer parte de sus ideas revolucionarias, pero decido callarme.

No quiero exponerla y, al fin y al cabo, ni siquiera sé de dónde ha salido Manuel ni cuáles son sus favoritismos.

—No tenías que haber venido, Manuel —le expreso tal como me sale, mientras empuño el hierro frontal para empujar el carro de nuevo—. Los caminos son peligrosos. La última vez, me asaltaron unos hombres y mataron a nuestro burro.

Él me ayuda a empujar, codo con codo, y la verdad es que se nota una barbaridad que el carro aliviana su peso de manera considerable. El leve roce de mi brazo con el suyo hace que se me pongan los pelos de punta.

—Eso es horrible —comenta él preocupado—. ¿Estás herida?

Asiento.

—Me hicieron un corte en el brazo, nada grave, pero la herida aún sigue sin cicatrizar del todo. —Se me comienza a entrecortar la voz del esfuerzo de empujar—. No he querido ir sola, de nuevo, a Granada.

—Esos malditos delincuentes. —La boca se le llena de rabia—. Asaltar de esa manera...

—También se mueren de hambre —comento intentando ser empática —. Imagino que no les queda más remedio.

—Que intentes defender a aquellos que te han herido y han matado a tu animal no es muy normal, Margarita.

Me encojo de hombros levemente.

—Bastante odio hay ya en este país como para crear más.

Mi respuesta parece dejarlo pensativo durante unos minutos. Luego, insiste en llevar el carro él. Le pido por favor que no lo haga, que es muy pesado para una persona, pero con delicadeza me aparta y, aunque es delgado y alto, unos pequeños músculos se marcan en su camisa de franela. Sonrío complacida, nunca nadie ha hecho este tipo de detalles por mí. Me siento la protagonista de una radionovela.

Cuando estamos ya casi a las afueras del pueblo, y cerca de mi casa, lo insto a detenernos para que madre o padre no nos vean. Sinceramente, no sé cómo reaccionarían al aparecer con un chico. Pero él insiste en ir hasta el final.

—De verdad, Manuel, no hace falta. Bastante has hecho ya por mí.

Correteo detrás de él, pero casi me es imposible alcanzarlo de la velocidad con la que lo lleva.

—No es molestia, estás herida y quiero ayudar. —Gira la cabeza para mirarme—. Tú solo dime dónde hay que dejarlo.

Ya alcanzo a ver nuestro caminito de piedra a la entrada de casa. La puerta está entreabierta. Me pongo más nerviosa.

—Manuel, te agradezco millones todo lo que has hecho por mí, pero de verdad que no es necesario más.

Correteo, recogiendo levemente mi falda larga para no pisarla, hasta llegar a su posición. Y, al ver mi apuro, él se detiene justo a unos

metros de la entrada de mi hogar.

—Siento si te he molestado.

Creo que ha notado lo tensa que estoy desde nuestro encuentro.

—No, no es eso, de verdad. —Tomo aire, que a veces, en su presencia, se me olvida—.

Me alegra mucho verte.

Siento el calor inundar mis mejillas y rezo por que no parezca un tomate recién cortado de la huerta. Intento mantener mi porte de señorita madura y responsable.

—Pero no tienes por qué hacerlo —continúo mientras me observa impertérrito—. Ya has hecho mucho y sin pedir nada a cambio.

—Es que no quiero nada a cambio, Margarita. Tu compañía es suficiente. Me pareces una chica de lo más interesante, y en Granada me aburro como una ostra.

—¿Cómo podrías aburrirte en Granada? —pregunto incrédula, resistiendo una sonrisa.

Me cuesta imaginar que un chico como él —alto, guapo, misterioso y, en cierto modo, atrayente— no tenga más amigos o conocidos. O, incluso, algún amor.

—No es tan bonito como lo pintan, créeme —explica—. Se ven demasiadas cosas. —

Asiento comprendiendo—. Entiendo que pueda darte apuro que nos vean solos y juntos en tu pueblo. Quizá, me he precipitado al tomarme tanta confianza y venir a visitarte.

Pero no quería perder la oportunidad de traerte un poco más de comida.

Me conmueve escuchar esas palabras. Pero, a la vez, no acabo de comprender el motivo de tanta amabilidad y ayuda.

—¿Más comida? —pregunto aún incrédula—. Pero, Manuel, ¿cómo puedes acceder a eso? No lo venden por ningún lado y, en las cartillas, lo único que nos dan es pan negro, arroz, y carne medio podrida el día

que tenemos suerte.

—No importa de dónde lo haya sacado, quiero compartirlo con vosotros. —Se pasa la mano por el pelo—. Espera aquí un momento.

—Manuel, de verdad que no hace falta...

Ignora mi petición y se marcha. No sé a dónde, quizá al sitio donde haya dejado amarrado a su burro. Espero paciente al lado del carro, sola, mientras comienza a lloviznar. La puerta de casa sigue estando entreabierta. Tengo que resistir el salir corriendo, meterme dentro y cerrarla. No puedo lidiar con mis sentimientos y con el peligro que supone que mis padres descubran todo esto. Aunque, en cierto modo, ya lo saben.

Lo veo aparecer, de nuevo, por la cuesta que culmina en nuestra casa. Esta vez, no es solo una bolsa; trae cuatro. ¡Cuatro!

—Ten. —Me las tiende todas cuando llega hasta mi posición—. Para vosotros y quien lo necesite del pueblo.

Las tomo atónita. Me gustaría rechazarlas, pero soy consciente de nuestra situación vulnerable. Y, si a él no le supone un gran esfuerzo como parece, no estamos haciendo nada malo.

—Es demasiado, como siempre. —Apenas puedo encontrar la voz ante tal acto de solidaridad—. Muchas gracias, Manuel. Siento haberte tratado así. Mis padres nunca me han visto con un chico, y no sé cómo podrían reaccionar o qué podrían pensar...

El sonido de una rama al partirse debajo de una bota nos sobresalta a ambos y hace que miremos hacia la derecha. Mi padre nos observa con el ceño fruncido desde arriba. Me falta aire para llenar mis pulmones.

—Imagino que lo descubriremos ahora —comenta él sin la más mínima preocupación.

Mi padre camina hasta nuestra posición y se acerca, de manera peligrosa, a Manuel. Su cara es de pocos amigos—. Buenos días, señor —saluda algo cohibido.

—¿Qué quieres de mi hija? —pregunta de manera directa y cortante —. Has venido hasta aquí y, por lo que veo, sigues dándole regalos.

—Tan solo busco ayudar, señor. Mis intenciones son genuinas.

Entonces, acorta la distancia hasta él y lo agarra de la pechera. Me asusto porque mi padre nunca ha sido una persona agresiva. El hambre y el miedo tienen que estar llevándolo al límite.

—¡Padre! —intervengo intentando que lo suelte—. Manuel no me ha hecho nada, de verdad. Solo ha venido a ayudar.

Lo defiendo aunque yo tampoco esté segura del todo de sus intenciones.

—¿Quién eres? ¿De dónde sacas toda esta comida? —le pregunta de manera agresiva.

—Me llamo Manuel. Y solo quiero ayudar —repite intentando mantener la calma, a pesar de estar atrapado en los brazos de mi padre—. Da igual quién sea. Ya veo demasiadas injusticias en Granada, y las escucho del resto del país. Solo quiero aportar algo.

—Manuel... —susurra él—. ¿Manuel qué más?

Él traga saliva y se piensa cómo responder. Pero no hay que ser muy inteligente para saber que hay algo detrás de todo esto. El trato de los grises hacia él, las bolsas de comida, cuando me defendió de Julián y este no tomó represalias. Creo que es hora de devolverle el favor.

—Padre, por favor, suéltalo —comento armándome de valor—. Manuel me salvó de ser ultrajada. Me ha ayudado demasiadas veces, créeme que no quiere hacerme nada malo.

Mi padre me mira y no da crédito a lo que escucha.

—¿Qué acabas de decir?

Mi confesión funciona, y pasa su total atención de él hacia mí.

—El primer día que fui a hacer estraperlo —explico—, Julián intentó sobrepasarse conmigo. Si Manuel no hubiera llegado a venir a impedirlo, no sé qué me hubiera pasado.

Sus ojos se inundan de rabia.

—¡Hija! —Camina hacia mi posición y aprieta los puños—. ¿Por qué no me lo contaste?

He seguido saludando a ese malnacido como si nada, todas estas

veces, sin saber que su mente está podrida, queriendo hacer esa clase de barbaridades. ¿Te hizo daño?, ¿te hizo algo? —Niego con la cabeza, intentando contener las lágrimas que me inundan los ojos cuando recuerdo el asqueroso cuerpo de Julián contra el mío en aquel callejón. Después, se gira hacia Manuel—. Lo siento —se disculpa—. Sigo sin entender por qué nos ayudas dándonos comida, pero gracias por salvar a mi hija.

Él asiente y le sonríe levemente, sin mostrar sus dientes.

—Sé que vuestra situación es delicada. Espero que os sea de ayuda, eso es todo. Me marcharé, no se preocupe.

Vuelve a sonreírme de manera tímida y se da la vuelta para irse. No ha dado cinco pasos cuando la voz de mi padre nos sorprende a ambos.

—Manuel, quédate a comer con nosotros. Es nuestro modo de agradecerte lo que has hecho. No podemos ofrecerte mucho más, aparte de nuestra gratitud.

Él se detiene y se da la vuelta. Puedo notar que se lo piensa durante unos segundos.

—Será un placer.

## Capítulo 11

Tener a Manuel sentado con mis padres a la mesa, mientras asamos parte de la carne que nos ha traído en la lumbre y luego la devoramos, no hace que mis nervios se apacigüen en absoluto.

Los cuatro charlamos de todo: de la vida, de nuestra situación, del embarazo de mi madre y lo ilusionados que estamos por tener a un nuevo miembro en la familia, e incluso del incidente con Julián. Mi madre recibe a Manuel encantada y me susurra, más de una vez, lo guapo que es. Descubro que Manuel es de una familia pudiente, pero sin especificar cuál, y mis padres alaban su solidaridad y entrega con los más desfavorecidos, aunque todos mantenemos ese punto de desconfianza que nos hace sentir el no saber de qué pie cojea respecto a la situación del país. Así que nos abstenemos de comentar asuntos delicados, como el tema de la abuela Pilar y de su cartilla, o los relacionados con la radio ilegal.

Cuando terminamos, nos sentimos mucho mejor.

—¿Y qué planes tenéis para esta tarde? —pregunta madre de manera casual.

Manuel y yo nos miramos.

—Bueno, Verónica nos invitó a pasear, pero no sé si a Manuel le apetece.

—Una fantástica manera de conocer Víznar. Somos un pueblo pequeño, pero con encanto, a pesar de todas estas fosas comunes horribles que nos rodean.

El régimen tomó toda esta zona como si de un cementerio se tratase, y no tenemos demasiadas buenas noticias por aquí. Ni ganas de ver cómo pobres almas se quedan ahí como si fuesen animales, sin derecho siquiera a una tumba digna, tan solo por defender sus derechos y pensar diferente. El pobre Lorca, incluso, yace junto a ellos desde hace unos años.

—No sé si Manuel tendrá mucho interés, no hay demasiado que ver en comparación con la capital —comento, aunque se nota demasiado que lo hago porque me pone muy nerviosa estar con él a solas; él también lo percibe.

—Cada lugar tiene su encanto. —Me mira fijamente—. ¿A qué hora dijo Verónica que nos veíamos?

Madre tiene que reprimir el dar palmadas llenas de júbilo. No sé qué clase de historia se está formando en esa cabecita, pero imagino que envuelve un ávido romance entre Manuel y yo, y mi mejora de vida.

—A las tres —contesto escueta.

—Son ya las tres menos diez. Será mejor que os marchéis si queréis llegar a tiempo.

Nos levantamos todos. Hago amago de recoger la mesa, pero madre me lo impide y me insta a irme con Manuel y Verónica.

—Disfrutad y muchas gracias por todo, Manuel —comentan mientras nos despiden en la puerta—. Y no llegues tarde —añaden para mí.

En serio, están rarísimos. Caminamos hasta la plaza del pueblo,

manteniendo una distancia prudente y decorosa entre nosotros, mientras charlamos de trivialidades. Mis padres le han parecido muy buenas personas, y yo vuelvo a agradecerle, por decimoquinta vez, todo lo que ha hecho por mí. Por nosotros.

Poco más nos da tiempo a comentar, ya que Verónica nos saluda con la mano, esperándonos, con Fernando al lado.

—Ya pensaba que no vendríais —dice cuando llegamos y la saludamos —. Este es Fernando.

Él saluda con un escueto «Hola» cuando también nos presentamos. Después, caminamos un rato; yo voy delante con Verónica, y Manuel, detrás con Fernando.

Mucha gente nos observa al pasar, y sé que vamos a ser la comidilla del pueblo el resto de los meses. Dos mozas con novios recién estrenados. Qué equivocados están, al menos por mi parte, claro.

—Hasta ha comido en tu casa. Es increíble, Margarita —me susurra Verónica feliz por mí, mientras pasa su brazo por el mío y caminamos agarradas—. Qué alegría que podamos vivir juntas todo esto. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Sonrío—. Pero te recuerdo que no tengo ningún tipo de relación romántica con Manuel. Tan solo es un conocido que nos ha ayudado mucho, eso es todo.

—Por algo se empieza. Fernando comenzó trayéndome el pan a casa, y mira ahora.

Las dos sonreímos como adolescentes que somos. ¿Quién no sueña con vivir una apasionante historia de amor? Lo deseaba muchísimo, pero no me he dado cuenta hasta ahora. Hasta que este chico ha venido a poner mi existencia patas arriba y me ha descubierto que la vida puede abrirse paso de manera normal en medio de todo este desastre.

La miro y vuelvo a hablar con ella en susurros para que los chicos no nos escuchen.

—¿Lo has visto bien? Seguro que tendrá a más de una loca por sus huesos en Granada.

No tengo nada que hacer. Soy pobre, muy del montón, y una pueblerina. Cualquiera sería más llamativa que yo.

—Margarita, empieza a dejar de compararte. En serio, ojalá pudieses verte con mis ojos.

Eres preciosa, valiente y luchadora, aunque algo miedica, eso sí. Y eso no lo pueden decir esas señoritas que beben té en la comodidad de su hogar, con sus vestidos perfectos e impolutos, por muy guapas que sean. Me alegra que hayáis venido.

Me hace sonreír y su calor corporal me apacigua el frío que siento, incluso con mi chal de lana, que se acentúa cuando estamos llegando al paraje de la fuente de las afueras.

Los cuatro nos sentamos en un banco y charlamos animadamente; más bien Verónica y Manuel, porque Fernando y yo mantenemos un perfil algo más bajo. Los enormes álamos se mecen, y el sonido del agua de la fuente y de las hojas, que bailan a causa del viento, nos relaja un poquito. Anécdotas del colegio que me hacen sonrojar, amores pasados de Verónica —porque mío hay poco que contar—, y la situación de España y la lucha diaria, sin dejar entrever demasiado los ideales de cada uno.

—Bueno, pues tengo que acompañar a Fernando un momento a su casa —se excusa Verónica poniéndose de pie, tan solo una hora después de haber llegado aquí. Él la imita sin decir nada. ¿Desde cuándo es la chica la que acompaña a su amigo a su casa?—. A ver cuándo volvemos a quedar para pasar otro rato juntos. Me he divertido mucho.

—Cuídate, Verónica —se despide Manuel educado—. Tenemos pendientes grandes debates.

—Nos vemos —comento yo también escueta.

Ya hablaríamos ella y yo, porque sé perfectamente que está haciendo lo mismo que esta mañana, pero sin empujar un carro: dejarnos solos a toda costa.

Ambos, pronto, se encaminan detrás de las casas, por el campo en vez de por la calle, y no tenemos que esperar demasiado para que Fernando tome la mano de mi amiga y ella se abalance sobre él con cariño, y se fundan en un beso, escondiéndose al abrigo de las primeras casas que encuentran. Eso nos hace ponernos algo incómodos y nerviosos.

Nos miramos mutuamente dándoles su privacidad.

—Pues sí que tenían ganas de irse, sí —comenta divertido Manuel.

Río ante su ocurrencia. Él también lo hace contagiado por mi risa y después, mientras yo sigo riendo por la situación, él detiene la suya y posa su mirada en mi boca. Cuando soy consciente, dejo de reír de manera gradual, sobrepasada por su expresión. Él, como preso de un hechizo, se comienza a acercar un poco más a mí, inclina su torso y su cabeza, incluso levanta su mano derecha hacia mi rostro. Me encojo algo cohibida. No estará pensando en... ¡Ay, Dios! Me mojo los labios con nerviosismo e incluso los entreabro, mientras él no cesa en su avance. Su aroma me invade las fosas nasales; no de algún perfume carísimo que tan solo usan las clases más elevadas, sino simplemente su olor corporal. Y recuerdo ese casi beso falso en aquel callejón, hace ya unas semanas, que me ha dejado con unas ganas de más que ni yo misma soy capaz de asimilar. Todo esto me sobrepasa.

¿Qué es lo que siento? ¿Agradecimiento?, ¿cariño? ¿Acaso es que estoy conmovida de alguna forma por este chico, que me regala comida cada vez que puede?

Cuando está ya tan solo a unos centímetros de mí, posa sus ojos en mi cabeza y sonríe.

—Tienes algunas hojas en la cabeza

Levanta la mano y me las aparta con cariño. Y yo me siento la más estúpida de las chicas pensando que me besaría. Suelto aire bruscamente e intento disimular mi respiración entrecortada y mi vergüenza.

—Vaya —susurro—. Las cosas de vivir en el campo.

Soy estúpida. Pero, de todas formas, una vez libre de esas hojitas marrones y secas, él se detiene a acomodarme el pelo y desliza un mechón detrás de mi oreja. Da la sensación de que él también está sumido en sus cavilaciones dentro de esa cabecita, aun así mantiene la compostura.

—Quería, también, comentarte una cosa, pero quería hacerlo en privado —comienza él colocándose, de nuevo, de manera normal, en el banco y alejándose un poquito de mí—.

Dentro de dos semanas, hay un oficial que conozco que da una cena de gala en su casa, en Granada. Muchos altos cargos asistirán.

—Unos, muriendo de hambre en la calle, y otros, haciendo fiestas. Qué bien va este país.

No puedo evitar comentarlo con rabia. Él pone una mueca de disgusto, dándome a entender que también opina lo mismo, pero que se reserva algo para sí.

—Sé que no es lo más agradable, pero están buscando camareros, una suerte de sirvientes que atiendan y surtan a los invitados tan solo esa noche. Piden discreción y gente de fiar. Pagan bien: quinientas pesetas por la noche.

—¡Quinientas pesetas! —exclamo abriendo los ojos de par en par—. Eso es mucho más que el salario mensual de muchas personas.

—Por eso quería comentártelo, sé lo que os hace falta. Puede ser una oportunidad estupenda aunque no sea trabajar en las mejores condiciones.

—Por ese dinero, Manuel, aguanto durante unas horas lo que haga falta.

—Id tú y tu padre. Ya está hablado, pensé que no diríais que no a semejante oportunidad y avisé de antemano. —Se pone de pie y saca del bolsillo un papel arrugado. Me lo tiende. En él puedo leer, no sin cierto esfuerzo, ya que nuestra educación no ha sido la mejor, la dirección a la que debemos dirigirnos y la hora—. Ahí está toda la información.

Miro el papel unos segundos más y, luego, levanto la mirada hacia él.

—¿Tú estarás? —le pregunto llena de miles de intenciones.

Él se lo piensa unos instantes. Siempre noto que tiene ese debate interno entre ser sincero y ser prudente. ¿Qué elegirá esta vez?

—Estaré.

—Imagino que no como sirviente.

Me sostiene la mirada durante unos instantes y, luego, se alisa su camisa.

—Será mejor que regrese.

Me decepciono. Y, aunque en el fondo sé que oculta algo, el que no esté preparado para contármelo me hace sentir que no soy del todo de su confianza. Pero solo me conoce de tres o cuatro encuentros, es normal. No quieras pedirle peras al olmo, Margarita. Al fin y al cabo, yo tampoco le he confesado demasiado del estraperlo, ni lo del timo de la abuela Pilar.

—Te acompaño —me ofrezco por educación y por estar con él un ratito más.

Comenzamos a caminar por algunas calles y me quedo de piedra al ver que no hay ningún burro amarrado cuando llegamos al punto en el que él ha dejado su medio de transporte. Un pequeño coche negro, solo apto para los más acaudalados, descansa en un descampado detrás de una de las últimas casas del pueblo. De algún modo, aunque él no confiese nada, tampoco se ha negado a que lo acompañe. Así que, de cierta manera, quizá quiere mostrarme sin palabras más de lo que yo imagino.

—No más preguntas, te lo prometo. —Paso la mirada de él al coche y del coche a él. Y él sonríe, lo que hace tambalear mi mundo nuevamente. El sol ya se está poniendo en el horizonte, y nos envuelve en una estampa idílica y preciosa—. Muchas gracias por todo lo de hoy, por la comida... —Alzo el papel que me ha dado hace unos minutos—... y por el trabajo. Lo haremos lo mejor posible, te lo aseguro.

—Solo quiero...

—Ayudar —acabo por él—. Sí, lo has dicho hasta la saciedad. Pero, igual, gracias. —

Noto como algo se posa en mi hombro y me sobresalta. Otra maldita hoja seca, pensaba que era un insecto. Hago el amago de retirármela, esta es grande. Pero él se me adelanta y la retira, de nuevo, con delicadeza, como ha hecho antes. Como todo un caballero—.

Ahora me salvas, también, de las hojas —bromeo—. ¿Por qué cosas más tendré que darte las eternas gracias?

Él, entonces, sube su mano con rapidez hasta mi cuello, de manera sutil. No, esta vez no me haré falsas ilusiones.

—Se me olvidaba que tengo otra cosa más para ti —comenta él casi en

susurros.

Y, casi sin darme tiempo a reaccionar, me planta un cálido beso en la mejilla que me deja petrificada. Él se retira unos instantes para repetir el beso en la otra mejilla, pero, de un modo u otro, en el camino, nuestros ojos se encuentran, y su encanto me atrapa.

Ni él ni yo giramos las cabezas, así que sus labios acaban aterrizando sobre los míos de una forma no tan casual pero deliciosa. Primero, de una manera sutil, levemente, y luego él profundiza algo más, con hambre, con deseo. Me gustaría corresponderlo como es debido, mas nunca he hecho esto y el corazón, ahora mismo, se me sale por la boca, así que estoy algo desbordada y torpe, como un pez que boquea fuera del agua.

Cuando él se aparta lentamente unos segundos después, lo único que deseo es que no se hubiese acabado nunca. Dios mío. He entregado mi primer beso a un total desconocido.

—Vaya —susurro como si estuviese en algún tipo de trance—, esto sí que no me lo esperaba.

Él sonríe.

—No mientas, en el banco te faltaba poner la boca así.

Me imita mientras se moja los labios y los coloca hacia afuera y apretados.

—¡Para, Manuel!

Río con nerviosismo.

—¿Entonces en el callejón tampoco? —pregunta con curiosidad—. Reconócelo, ambos lo estábamos deseando.

—¿Entonces reconoces que también tú lo querías?

El calor me vuelve a subir a las mejillas. Él me observa divertido.

—Estás adorable cuando te pones roja como un tomate —me corta de repente.

—Anda, lárgate ya —le comento fingiendo enfado—. Hay muchos bandoleros por el camino. Podrían robarte.

—Otra persona ya me ha robado lo más importante.

Y, tras soltar esa bomba que no acabo de entender, me da otro beso rápido que no me espero y sale corriendo hacia el coche. No me puedo mover de mi sitio, hasta que lo veo prácticamente desaparecer detrás de una nube de polvo que el vehículo va levantando.

Será mejor que vuelva a casa, sí. Si descubro, de nuevo, como hacer funcionar mis piernas.

## Capítulo 12

Durante toda esa semana que nos separa de nuestro viaje a Granada para realizar el trabajo que Manuel nos encomendó, papá y yo nos dedicamos a repartir la comida que nos regaló Manuel, de forma equitativa, a nuestros vecinos más cercanos. Algunos, incluso, tienen que reprimir alguna lágrima de alivio cuando ven algo que llevarse a la boca al fin. Muchos abren la puerta de manera desconfiada, como Aurelia, y no hay que pensar demasiado para saber qué están haciendo, de nuevo, ella y otros vecinos más; fingimos no enterarnos. Cada vez que tocan a su puerta, en la mitad del pueblo, reina un gran silencio en el interior de sus hogares de repente.

La radio Pirenaica está cogiendo más fuerza que nunca. Quizá, algunos no son conscientes del peligro al que se exponen, pero otros, tal vez, sí. Tal vez, piensan como Verónica. Ser valientes a pesar del riesgo. Luchar por que acabe esta pesadilla, o simplemente un clavo ardiente al que aferrar su fe para dejar de sufrir.

El vientre de madre parece que cualquier día va a explotar sin previo aviso. Está cada vez más bajo, lo que, según el médico del pueblo, el señor Alfredo —que ha venido a casa varias veces de manera altruista —, significa que el bebé se está preparando para nacer. No dejamos que haga nada en la casa, tememos mucho que le pase algo, y durante estos días nos encargamos de todo. Limpiar la casa, ir a por agua —lo que hace que desarrolle una fuerza increíble en los brazos que no tenía antes—, cuidar del huerto y de los animales, cocinar.

Cuando vamos a por los alimentos de la cartilla a la capital, nunca la dejamos sola; le pedimos amablemente a Aurelia si no le importa quedarse con mi madre y hacerle compañía mientras nosotros regresamos, por lo que pueda pasar. No es la mejor opción, aun así es la única disponible. Sabemos que ambas no son las mejores amigas, como Verónica y yo, pero mantienen una relación de cordialidad. Aquella que se tiene cuando se conocen demasiados secretos de la otra

persona y esa misma, de nosotros. Además, últimamente ha estado extraña. Se la ha visto mucho con Justo, el boticario que siempre ha tenido fama de ser bastante revolucionario.

De vez en cuando, quedo con Verónica, que me cuenta que lo suyo con Fernando se acabó por un berrinche de su familia. Paseamos, o llenamos los cántaros y echamos

cháchara con más gente del pueblo. Intentamos sacar los temas delicados lo menos posible y, cuando veo que en su casa las cosas se ponen turbias, me marcho a la mía.

Prudencia y discreción. Estoy harta de escuchar esas palabras; ya se me han mezclado con la sangre, están corriendo por mis venas. Así como el beso de Manuel. Beso que no logro sacarme de la cabeza y que me hace estar en una nube; una tan alta que, por las noches, incluso llego a imaginar cómo en esa fiesta, cuando nos reencontráramos, él me arrastraría a alguna sala vacía que fuese confidente de otro beso robado. Entonces, aprieto mi cara contra la almohada y practico, hasta que me muero de vergüenza por lo que estoy haciendo y desisto. Me voy a volver tonta de remate, si es que no lo estoy ya.

***

Tan solo dos días antes del día señalado en nuestro calendario para ir a esa lujosa fiesta de Estado, toda la calma y rutina de nuestras vidas se rompe por completo. Son las seis de la madrugada cuando unos golpes exagerados en la puerta principal nos hacen despertarnos a todos y ponernos a sobrecubierta con el corazón en un puño.

—¿No serán los grises, Antonio? —pregunta madre acunando, con las dos manos, su pesado vientre.

Mi padre traga saliva, nervioso. Los tres estamos en el pasillo, prácticamente a oscuras, a excepción de una vela.

—No se han podido enterar de lo de la abuela Pilar, ¿verdad, padre? —pregunto también temblando de frío, y de pánico por haber sido descubiertos.

Él nos mira a ambas, y veo en sus ojos que le encantaría tener respuestas para las dos, pero no las tiene. No tenemos otra opción que

abrir la puerta con cuidado. Él se envalentona, y yo me quedo unos pasos detrás, abrazada a mi madre.

Cuando descubrimos quién está en el exterior, los tres nos sorprendemos.

—¡Verónica! —exclamo al verla. Está demacrada, con el rostro descompuesto por el llanto. Suelto a mi madre y me encamino hacia ella—. ¿Qué ocurre?

Ella intenta hablar entre espasmos y lágrimas.

—Es mi madre —susurra y, luego, toma aire para después perder el control—: ¡La han cogido los grises! —Mi madre se lleva las manos a la boca para ahogar un grito de terror. Mi padre se muestra compasivo —. Llegaron hace media hora y nos arrastraron fuera de la cama. —Llora. Me choca encontrarla tan vulnerable, cuando siempre muestra un carácter de hierro; es como ver a otra persona totalmente destruida —.

Alguien la ha delatado.

—Por Dios, niña —exclama mi padre saliendo del trance—. Pasa dentro.

—¡No quiero pasar! —La observamos cambiar de estado de humor y ponerse furiosa.

Escupe las palabras más que pronunciarlas—. Quiero que asumáis vuestra responsabilidad. Id a esos monstruos y decidles que era mentira lo que le habéis contado. —Los tres nos observamos de hito en hito y, luego, la miramos a ella sin saber de qué está hablando, pero con compasión. Me acerco, saliendo en camisón al exterior frío, oscuro y neblinoso, para tomarla de la mano e intentar tranquilizarla. Ella la aparta con brusquedad—. Solo tú lo sabías, Margarita —me acusa con los ojos inyectados en sangre de tanto llorar.

—Verónica, yo no he contado nada. —Niego para hacerla entrar en razón—. Soy tu mejor amiga, ¿piensas qué iría por ahí poniendo en peligro tu vida o la de tu familia?

—Tú nos escuchaste aquel día...

—Sí, lo hice, pero no conté nada.

Ella me mira con un odio tan grande que me estremezco. La misma

amiga que hace días me estaba haciendo bromas de chicos y diciéndome lo mucho que me quería.

—Tu madre no es la única que escucha la radio ilegal —sale padre en nuestra defensa—

. Hay muchas personas que lo hacen, y siempre es un riesgo. Tu madre pasaba mucho tiempo con radicales.

—No tiene nada que ver el tiempo pasado con ellos y la acusación que habéis hecho. —

No sale de su bucle—. Id a donde estén y decidles que paren. Van a matarla, la han llevado hacia el camino de Alfacar.

Rompe a llorar aún más nerviosa, llena de angustia de pensar que va a perder a su madre sin poder hacer nada. Mi madre es ahora la que toma las riendas de la conversación.

—Vamos, pasa, cariño, y te hacemos un té.

—¡No quiero un maldito té! —Le tiemblan las manos cuando gesticula —. ¡Van a fusilar a mi madre!

Se escuchan las ventanas abriéndose de casas de alrededor. Pero ni un vecino sale a ayudar, ni siquiera a preguntar qué está pasando.

—Pero, Verónica, por desgracia, no hay nada que podamos hacer. Ni nosotros ni nadie.

Mi madre se acerca a ella y le posa una mano sobre su larga cabellera rubia. No se aparta. Deja que mi madre le acaricie la cabeza mientras respira como si le faltase el aire.

—Mi madre... —susurra presa de un trance de pesadilla.

—Ha sido Justo, no tengo duda alguna —afirma mi padre mientras mira a nuestro alrededor; solo se atreven a cacarear algunas gallinas ante la inminente salida del sol.

—Sé que mi madre es muy particular, pero no se merece lo que le está pasando.

—Pobre niña —susurra madre—. Absolutamente nadie se lo merece. Esas bestias...

Jugar a ser dioses cuando son simples sacos de huesos y odio.

—Tenemos que detenerlos, por favor... Por favor... —No deja de suplicar, y verla nos parte el alma. Siento tanta impotencia de no poder hacer algo por mi amiga. Cuando se da cuenta de que no la tomamos de la mano y salimos corriendo a donde sea que se hayan ido con su madre, el odio vuelve a poseerla—. ¡Sois iguales que ellos! ¡Habéis matado a mi madre!

—Verónica, no... ¡Verónica!

Pero es demasiado tarde; ha echado a correr hacia la carretera, y la oscuridad pronto se la traga. Padre sale en su busca, y nosotras nos mantenemos atentas a las noticias. A esta hora de la noche, con el campo lleno de rebeldes y bandoleros, les podría suceder algo a ambos.

No podemos volver a conciliar el sueño, pensando que podría pasarles algo o que Verónica nos delatase a modo de venganza. Padre regresa al cabo de una hora, cuando ha amanecido y, con tan solo ver su expresión, sé que no la ha podido encontrar.

A la mañana siguiente, nos enteramos del fusilamiento de Aurelia y de algunos vecinos más, de manera oficial, acusados de formar parte del bando enemigo y querer destruir la unidad de España. Sus cuerpos se unen a los de decenas de personas que ya corrieron la misma suerte.

Y de Verónica... De ella no se sabe nada. Se la tragó el monte. A los dos días, oficialmente se la da por desaparecida, y se emite una orden de búsqueda y captura que le garantiza la muerte si la encuentran.

***

Aún con el susto en el cuerpo y esa sensación desagradable que nos inunda por todo lo ocurrido, el día 31 de diciembre, madre saca el mejor traje de mi padre y uno de sus vestidos más bonitos para mí. La ocasión lo requiere. Uno no entra en una casa importante y gana mil pesetas todos los días. Solo tenemos que aguantar una noche, una estúpida noche de fin de año para vivir mucho más desahogados y darnos un futuro mejor.

—Miraos bien. —Nos observa con puro amor—. Parecéis de alta alcurnia. —Padre le dedica una pose con elegancia, intentando emular

a esos grandes señores herederos de enormes empresas y fortunas. Nos hace sonreír después de todo lo malo de estos días—

. Tened mucho cuidado —continúa ella mientras nos despedimos en el comedor—. No dejan de ser la gente que son. Cualquier paso en falso, y acabamos como la pobre Aurelia.

Se seca una lágrima de los ojos, y mi padre la abraza.

—Antes de que te des cuenta, estaremos de regreso, María Luisa.

—Bueno, si podéis robar algo de esa casa, nos vendrá bien para el estraperlo —dice en tono de broma.

—¿En qué quedamos?, ¿quieres que tengamos cuidado o que nos lancemos a la desgracia con los brazos abiertos?

Padre la mira soltando una risa.

—Os quiero —susurra ella conmovida, mientras nos observa de hito en hito—. Estáis haciendo tanto por esta familia. Julia va a estar muy orgullosa de su padre y su hermana.

—Y de su valiente, mordaz y bella madre —indica, también, mi padre —. Ya sea Julia o Julio.

—Es Julia, lo sé. Ahora marchaos —comenta ella metiéndonos prisa —. Aún os queda un largo camino, y yo me pongo muy rara con las hormonas del embarazo, no quiero entreteneros más.

—Volvemos en un rato, madre. —Le doy un beso, y beso rápidamente su barriguita—.

Nos vemos, Julia.

Y podría jurar que siento una pequeña patadita en mi rostro. Mi hermana me dice, también, adiós. Padre le da un rápido beso y, luego, nos observa marchar desde la puerta.

Su figura abultada y sonriente, y su pelo castaño oscuro, que cae hasta casi su cintura, nos dicen adiós.

## Capítulo 13

Padre y yo recorremos el camino hasta Granada con gran nerviosismo. Me pregunta varias veces si he cogido el papel que me entregó Manuel con la dirección. En su mente imagina dónde puede quedar el palacete

donde se va a realizar la fiesta, y traza el mejor plan para que todo pueda salir bien.

—Va a haber gente muy importante, Margarita —me indica mientras él camina instando a Aceituno a hacerlo también, conmigo encima de nuestro burrito. Sujeta las riendas con fuerza—. Por muy monstruos que sean y se nos hiele la sangre al tener que verlos a escasos centímetros, tenemos que mantener la compostura. Solo son unas horas, y volveremos a casa sanos y salvos.

—Te lo prometo, papá.

Él alza sus ojos y me mira con orgullo.

—Y que ese tal Manuel no se piense que voy a darle la mano de mi hija tan fácilmente por cuatro filetes de carne y un trabajo.

Abro los ojos sobresaltada por el cambio de tema.

—¡Padre! —exclamo intentando salvar la situación—. Manuel solo nos ha ayudado. Eso es todo.

—Ay, hija, cuánto te falta aún para conocer a los hombres.

—¿En serio vamos a hablar de eso ahora mismo?

Él ríe viendo mi cara colorada.

A lo lejos, ya podemos divisar la capital. Las risas cesan y entramos en modo responsable, prudente y laboral. Atamos a Aceituno en la misma reja de siempre de una casa pegada al abrevadero de las afueras. Y rezamos fervientemente por que no le pase nada, por que ningún animal nocturno o vándalos lo ataquen, también, como a su malogrado compañero de cuatro patas.

Nos resulta hasta extraño recorrer las calles del casco antiguo de Granada, empinadas y pedregosas a esta hora. Siempre hemos venido de día. A la luz de las farolas, todo es aún más deprimente. Aunque es la noche de fin de año, el silencio reina en los viejos callejones y, tras las celosías de ventanas y puertas, cada uno pide por el año nuevo a su manera. Aunque dudo de que 1943 traiga algo nuevo y bueno a nuestras vidas.

En unos quince minutos, alcanzamos el palacete de dos plantas

construido en forja negra y ladrillo visto rojizo. Sus ventanas y puertas de estilo árabe dejan sin palabras a cualquiera que se atreviese a pasar por aquí. De hecho, ni siquiera nosotros podemos apreciar demasiado bien el edificio de tres plantas, ya que podemos observar cómo no dejan de llegar elegantes y relucientes coches negros, y cómo se bajan de ellos hombres y mujeres vestidos totalmente de etiqueta.

Me late aún más fuerte el corazón cuando pienso en si Manuel habrá llegado también de esa manera, o estará ya dentro de tal mansión.

—Vamos, Margarita, nos deben de estar esperando —me insta mi padre, apoyando su mano en mi brazo, para comenzar a andar a su paso.

En nuestra ignorancia, caminamos hacia la puerta principal, pero enseguida un hombre bien vestido, grueso, al igual que su bigote, y repeinado nos reprende y nos redirige a la puerta del servicio, una que hay en la calle de detrás. En el interior, todo es un caos. El pasillo está atestado de gente que va y viene, entrando y saliendo de la cocina. Con bandejas, bebidas, plumeros, y uniformes doblados en los brazos. Esta última mujer se detiene al vernos parados en medio de todo ese caos. El ruido de la cubertería, vajilla, voces y puertas que se abren y se cierran con premura es ensordecedor.

—¿Ustedes son los de Víznar? —pregunta, pero, antes de que podamos responder, ella misma sigue con su discurso—: Llegan media hora tarde.

Nos lanza unos uniformes a la cara con tanta brusquedad que por pocas me salta un ojo con los botones.

—Lo sentimos mucho, no tenemos vehículo más que nuestro pobre animalillo...

—Ya están aquí casi todos los invitados. —La señora corta a padre de manera brusca de nuevo—. Pónganse sus uniformes y empiecen a trabajar como todos los demás.

Elegancia y discreción. No le van a estar sirviendo perdiz escabechada a cualquier hijo de vecino, créanme. No abran sus hocicos, no miren directamente a los ojos y, al final de la noche, se podrán ir a casa sanos y salvos.

Esta mujer nos está poniendo aún más nerviosos con su discurso.

—Así lo haremos —asiente mi padre aceptando las condiciones de parte de los dos—.

Vamos, Margarita, cámbiate.

—Pero ¿aquí, delante de todos? —pregunto alarmada.

—Al final de este pasillo, hay un pequeño cuarto de escobas. Pueden meterse ahí.

Con la misma simpatía con la que nos ha tratado desde que cruzamos la puerta, nos abre el cuarto de escobas y señala su interior. Le damos las gracias por cortesía y, turnándonos, se cambia primero padre y, después, yo, con cuidado de no restregar el vestido de mamá por el suelo o en algunos de los artilugios de limpieza que descansan manchados en las estanterías o en el mismo suelo.

Cuando estamos listos, y aún con los latidos del corazón más rápidos de lo normal por el nerviosismo, nos unimos uniformados al mar de sirvientes vestidos exactamente igual que nosotros. El vestido me queda algo apretado y temo reventar las sisas en cualquier movimiento de mi brazo. La cofia en la cabeza, al contrario, se me cae y siento la necesidad de sujetarla a cada segundo.

Cuando llegamos a la cocina, es la más grande que he visto jamás, tanto como nuestra austera casa de Víznar. Y la gran mesa, que perfectamente podría medir cerca de cuatro metros, está a rebosar de bandejas de plata relucientes y de otras más delicadas, de porcelana, donde descansan toda clase de manjares que hace media vida que no vemos.

Carnes de muchos tipos, pescados, verduras, hortalizas, sopas, quesos, embutidos, guisos. Mi boca comienza a salivar automáticamente mientras intento apartar la mirada y no hacerle mucho caso al rugido de mi estómago.

—Y nosotros, comiendo pan negro, harina de almorta, cardos y palmitos, cáscaras de naranja... —Sigue contemplando la mesa—. Hasta café hay. Hacía mil años que no veía otro café que no fuese uno hecho de agua y bellotas.

Lo miro de reojo y sé que está conteniendo las lágrimas. Es tan injusto. Tanto.

—¡Venga, en marcha! —Un hombre bajito y regordete nos planta en las manos una bandeja a cada uno. Huele tan bien que hasta duele—.

Los invitados están sentados a la mesa. Recordad: servid por la izquierda y recoged por la derecha, y tened cuidado de no manchar a nadie, por el amor de Dios. Seguidme.

Y eso hacemos, obedecemos sus órdenes mientras recorremos un par de largos pasillos donde, metro a metro, se puede ir observando como la decoración y toda la estructura se acercan a las estancias de los señores, y deja de ser la zona de la servidumbre. Papeles pintados en la pared, terciopelos, lámparas de araña con mil cristales y suelo de parqué.

Está claro que el dueño de este lugar no escatima en nada; realmente es un palacio.

—Vamos, no te quedes ahí pasmada —me vuelve a reprochar el señor de cara arrugada y rechoncha—. Ve a servirles la ternera.

—Sí, lo siento.

Sigo a mi padre mientras aparecemos en lo que, se supone, es el gran comedor. Si la mesa de la cocina es grande, esta la supera con creces. Es como dos veces la otra, y a su alrededor se sientan hombres y mujeres de diversas edades. Estas últimas llevan sus mejores vestidos y joyas, todo un despliegue de poder y elegancia. Me pregunto cómo me sentiría llevando un vestido así. Si me sentiría indestructible y hermosa como ellas.

Ríen y comen de manera delicada, sonriendo a los hombres, enfundados en sus uniformes, donde se pueden ver bordados el símbolo del yugo y las flechas. Afines al régimen. Trago saliva.

Me muestro lo más cordial y discreta que puedo, imitando la actitud de padre, mientras comienzo a servir, con algo de torpeza, a los invitados. Ellos me devuelven una sonrisa débil, incluso miradas de asco o pena, y yo tengo que tener mucho cuidado para que esta ternera no acabe de sombrero en alguna de sus cabezas. Al menos, no mancho a nadie ni tiro nada, así que cruzo los dedos para que la noche se desarrolle sin incidentes. Solo pienso en esas mil pesetas que nos podremos llevar a casa hoy, y eso es lo que me da fuerzas para aguantar.

Hasta que lo veo.

Manuel está sentado al lado de otra chica joven y, al igual que los

mayores, viste también con el uniforme franquista. Estoy a punto de tirar la bandeja al suelo. No puede ser verdad.

Intento que no se note que mi corazón late desbocado, al igual que hago esfuerzos titánicos por fingir que no me importa ver cómo coquetea con otra. Me acerco por el lado izquierdo, mientras él charla, de manera muy animada, con dicha señorita de ojos verdes y pelo negro.

—... gracias al cielo ya se está encargando Dios de quitar del medio a toda esa chusma

—comenta un oficial a mi derecha—. Si no se unen a nuestra causa, el hambre se encargará de ajusticiarlos.

—O nuestro gran generalísimo —le contesta la mujer que se sienta junto a él—. No sé cómo pueden estar tan ciegos, España se merece lo mejor. Y tan solo él nos lo puede dar, limpiando todas estas calles de rojos y bandidos.

—Una, grande y libre —sentencia, por último, el hombre antes de hacer un gesto de brindis a la mujer, sonriendo.

Tengo que aguantar las arcadas que me vienen cuando todos lo siguen con sus copas.

Me aclaro la garganta.

—¿Va a querer un poco de ternera, señor? —pregunto con voz temblorosa.

—No, gracias, prefiero un poco de perdiz —contesta él sin mirarme siquiera.

—De acuerdo.

Entonces me aparto de su lado y me cuelo en mitad de ambos para ofrecerle lo mismo a la señorita, después de servirle a él. Solo entonces repara en mí, y su expresión cambia por completo. Imagino que no se esperaba que me pusieran a servir la cena, y que me dejarían en cocina o en una tarea que no fuese pasearme delante de todos los fascistas.

—¿Va a querer un poco de ternera, señorita?

—Margarita... —susurra él, bastante discreto, para que nadie más se

percate de ello, aparte de nosotros tres.

—¿La conoces? —pregunta la chica con el gesto torcido—. No te hacía yo haciendo amigos entre el populacho, Manu.

¿Manu? Vaya, al parecer, sí que se tienen bastante confianza.

Él está algo incómodo, y se nota a la legua, cuando poso mis ojos oscuros en los suyos verdosos, que no sabe cómo salir del paso. Quedaría expuesto.

—Ha servido en mi casa en otras ocasiones —explica.

—Ya decía yo... —Se reclina en su silla, más tranquila—. Sí, quiero un poco. por favor.

Me tiembla el pulso mientras le sirvo una porción en el bonito plato, una vajilla con toques de oro en el borde e incluso con un pequeño paisaje bucólico pintado en el centro. Igual que nuestros platos de latón oxidados, que cualquier día nos transmitirían alguna enfermedad incurable.

Me yergo cuando termino y le vuelvo a dirigir mi atención. Mi interior es un huracán de sentimientos, así que decido continuar con la tarea e intentar no pensar en lo que acaba de ocurrir. Nos mantenemos la mirada unos segundos.

—Perdona, estás molestando —se queja, de nuevo, la maldita impaciente de pelo negro.

—Lo siento.

Es lo único que puedo susurrar antes de continuar sirviendo a los invitados.

Todos hablan de política, critican a los que no siguen el régimen de la dictadura y trazan aun planes más malévolos para castigar y someter a todo el que se intente rebelar. La noche está siendo más dura de lo que esperábamos. De vez en cuando, miro a padre, que se afana en hacer su trabajo lo mejor posible, con una expresión neutral.

Pero lo conozco y sé que se está mordiendo la lengua en su interior.

Acabo de servir al penúltimo comensal, un hombre de mediana edad con barba oscura y bastante atractivo para sus años, cuando de

repente la última cara a la que tengo que servir hace que se borre la sonrisa de la mía.

—Margarita, qué agradable sorpresa.

La voz melosa de Julián Roig, fingiendo amabilidad, me pone los pelos de punta. No se me olvida cómo me intentó ultrajar en aquel callejón. Incluso comprueba a qué distancia está mi padre de nosotros para poder seguir con sus tonterías.

—¿Va a querer ternera, señor? —pregunto no queriendo darle coba a Julián y centrándome en su compañero de mesa.

—Suárez —comenta sin alzar la voz, lo que llama la atención del señor que está a su lado—. ¿Desde cuándo hay sirvientas en Granada tan hermosas como esta joven?

—Desde luego que lo es —comenta escueto el hombre mientras sigue comiendo.

Luego, Julián se vuelve a centrar en mí.

—Voy a tener que asistir a más cenas de gala si vas a estar tú en el menú.

Su sonrisa malévola comienza a hacerme perder la paciencia. Miro a mi alrededor; mi padre no se da cuenta, pero Manuel sí, que disimula observando en mi dirección. Hago una mueca casi invisible para los demás, y vuelvo a meterme en mi papel.

—¿Ternera, señor?

Él asiente con la cabeza, algo resignado por no darle conversación ni seguirle el juego.

Él mira como coloco el trozo de carne en su plato y continúa con esa sonrisa estúpida.

—Justo como me gusta. Carne fresca y jugosa. Después nos vemos.

Y sutilmente siento su mano en mi trasero. Es apenas un segundo, lo que tardo en retirarme e ir camino de la cocina, sujetando la fuente de porcelana vacía en mis manos e intentando contener las lágrimas. Estoy furiosa, pero no puedo montar ningún número; estamos jugándonos mucho dinero. Solo tengo que aguantar a todos estos monstruos un poco más e irnos a casa. Luego, ni ellos ni Julián Roig

existirán más para mí.

## Capítulo 14

La cena dura unas tres horas, tiempo en el que no dejamos de servir gran cantidad de manjares, ni de escuchar todo tipo de barbaridades, hasta que sentimos doloridos nuestros brazos, piernas y estómagos. Manuel me mira, de vez en cuando, con nerviosismo y Julián no deja de intentar sobrepasarse tanto física como verbalmente.

Estoy agotada.

—Ya queda poco, Margarita —comenta mi padre, ya entrada la noche —. Ahora pasarán, como siempre, al otro salón, a tomar alguna copa de alcohol, fumar algunos puros y hablar de cómo dominarán el mundo.

—Siento que voy a vomitar —le comento de manera discreta.

—Quédate descansando un poco, yo llevaré los puros.

—No, quiero hacerlo yo.

No quiero mostrarme débil.

—Gracias, Margarita —susurra mi padre con un deje extraño en su voz.

Yo lo miro sorprendida.

—¿Por qué, padre?

—Nunca imaginé tener la suerte de tener una hija tan valiente como tú.

Es lo único que me saca una sonrisa esta noche. Y así, como por arte de magia, el acoso de Roig y la indiferencia de Manuel pasan a segundo plano. Estoy luchando por mi familia y eso es lo que importa; no hay tiempo para romances estúpidos.

Tomo la bandeja de puros gruesos y amarronados. Y él, una bandeja con lo que dicen que es coñac. Y nos dirigimos hacia la sala donde continúa la fiesta.

Al igual que en las demás, rebosa lujo por sus cuatro paredes. El suelo

de madera cruje cuando entramos, con el cuerpo de sirvientes, a hacer las delicias de los invitados. Me paseo de punta a punta, ofreciendo con amabilidad el tabaco a todos los asistentes, el cual, para mi sorpresa, tiene mucho éxito tanto en hombres como en mujeres. No veo por ningún lado a Manuel y a esa señorita, y eso me alarma. ¿Se habría marchado ya a casa? Sé que yo estoy aquí para realizar mi trabajo y que le debo mucho por ofrecérnoslo, pero quería tanto pasar un rato con él, disfrutar de su compañía, que me explicara qué estaba pasando.

—Tercera sala a la derecha, recarga la bandeja de puros y vuelve lo más rápido posible

—me indica la mujer estirada que nos recibió en un inicio; me entero de que se llama Angustias, y no puede haber un nombre más acertado que pegue más con su rostro y con su humor.

—Sí, señora, ahora regreso.

La indicación es simple; aun así, siento que me pierdo en este gran palacete. Abro varias salas que no son el cuarto donde almacenan los puros y me empiezo a agobiar. ¿Dónde se habrá metido esa dichosa sala? Deambulo un poco más y suspiro de desesperación por el tiempo que estoy perdiendo y el que seguramente Angustias me eche en cara. Me detengo para pensar, de nuevo, lo que ha dicho y me doy cuenta de que me he dejado una sala sin abrir. «Ay, Margarita, menuda cabeza tienes».

Al abrir la puerta, me encuentro a dos figuras pegadas, fundidas en un beso. En cuanto me ven, se separan a todo correr y, en esta ocasión, la bandeja de plata que sostengo entre mis manos se estrella contra el suelo. Manuel abre los ojos de par en par, mientras se aparta de esa chica con la que cenaba alegremente. Se estaban besando. Y yo siento como mi corazón se rompe en pedazos y se me hiela la sangre.

—¡Qué susto! —exclama ella llevándose una mano al pecho para añadir dramatismo a la situación—. ¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

—Yo... yo solo venía a...

No soy capaz de articular palabra.

—Y ten cuidado con esa bandeja. Vale más que tu vida entera, ¿me

oyes?

—Alejandra, basta —la corta Manuel saliendo en mi defensa—. Vuelve con los demás, ya hemos tenido suficiente por hoy.

—Manu, pero yo...

—Vuelve, te lo ruego. Tú y yo vamos a hablar luego. —La tal Alejandra le lanza una mirada furiosa, pero obedece y se marcha. Casi me pisa los dedos al pasar con sus lustrosos zapatos negros de charol, mientras yo me agacho a recoger la bandeja y me aseguro de que no la he roto. Manuel corre a ayudarme—. Margarita, ¿te encuentras bien?

Se agacha a mi lado e intenta coger la bandeja; yo lo aparto de un manotazo.

—Es irónico que me preguntes eso, cuando acabo de verte besándote con otra.

No quiero comportarme como una celosa, pero la herida escuece demasiado. Me pongo de pie y él me imita, y gesticula con sus manos en tono conciliador. Sus pupilas están más dilatadas que nunca.

—No es lo que piensas, Margarita.

—No es que lo piense. Es que lo he visto, Manuel. —Hago un esfuerzo titánico por no ponerme a llorar—. Qué tonta he sido... Mírame, y mírala... y mírate. —Señalo, llena de odio, su uniforme verde militar y su simbología—. Una pobre pueblerina muerta de hambre, pensando que un franquista perdería la cabeza por ella. Ahora se explica de dónde sacabas toda esa comida. Suárez es tu padre, ¿verdad? —Recuerdo el apellido de Manuel de la primera vez que se presentó y a ese hombre uniformado; y el alto cargo al que le estaba sirviendo al lado de Julián tiene que ser, sin duda, su progenitor. Él asiente poniendo una expresión avergonzada—. Eres hijo de uno de los mayores ministros de Franco —susurro impactada—. Cómo me has podido engañar así...

Camina unos pasos en mi dirección y pone sus manos en mis antebrazos para calmarme.

—Margarita, uno no elige en qué familia nacer. Y creo que te he demostrado con creces de qué lado estoy —explica mirándome intensamente con esos ojos que atraviesan el alma.

—¿Por qué me besaste? —pregunto mientras una lágrima se desborda —. Si no tenías intención de nada. ¿Te parecía divertido jugar con una chica humilde? ¿Querías que viniese aquí para que viese que no le llego a la altura a ella? ¿Te burlas de mí?

—Margarita, déjame explicarme, por favor. Alejandra es...

—Es que no quiero escuchar nada, Manuel. —Alzo las manos para que se detenga—.

Todo en ti es una gran mentira.

—Me importas de verdad...

—Manuel, por favor, no sigas.

De repente, el sonido de gritos ahogados, cristales que se rompen y golpes nos pone en alerta. Nos miramos con los ojos muy abiertos. Y apenas me da tiempo a seguir buscando explicaciones, cuando aparece mi padre por la puerta, corriendo como un demonio, y me saca de la sala a toda velocidad.

—¡No te vuelvas a acercar a mi hija! —amenaza a Manuel.

Imagino que habrá descubierto, también, su secreto.

Me lleva, prácticamente en volandas, por el pasillo y salimos al aire frío de la calle, mientras sentimos pasos apresurados que nos persiguen.

—Padre, ¿qué ocurre? —pregunto muerta del miedo, casi sin aliento.

—He pegado a Julián Roig.

—¡¿Qué?! Padre, ¿acaso has perdido el juicio? ¿Cómo se te ocurre?

Me arrastra por el primer callejón oscuro que encontramos y, sin dejar de correr, me contesta con tono reprobador.

—¿Y cómo se te ocurre a ti dejar que abuse de tu cuerpo? ¿Por qué no me has contado que te estaba acosando? —Está furioso y sin aire, como yo—. Maldito energúmeno, estaba haciendo la gracia con todos sus compinches de que la próxima vez te pondría a ti en el menú. Menudo imbécil. No iba a permitir que hablase así de mi hija. Ya casi lo hace una vez, te aseguro que no lo volverá a hacer más. —Nos

escondemos en un callejón semiderrumbado y oscuro, y mi padre se asoma un poco para ver pasar, por el final del callejón, a los grises corriendo detrás de nosotros. Se me va a salir el corazón

del pecho por octava vez esta noche—. Vamos, tenemos que volver a casa. Todos nos estarán buscando.

—Padre, no importaba de verdad. Era tan solo una noche, y luego nos olvidaríamos del tema.

—¿Piensas que esto no va a ir a peor, hija? —Me mira intentando recuperar el aliento.

Solo veo un poco de brillo en sus ojos oscuros, y en su barba castaña y cana—. No les basta con humillar, matar, fusilar y violar. Lo seguirán haciendo. Aún más. Porque se piensan que son los amos del universo. Que están por encima de todo.

Ambos recordamos algunas de las conversaciones que hemos escuchado. También se me vienen a la mente las pobres mujeres y las niñas sometidas en la calle de aquel día, cuando hacíamos la cola de la cartilla de racionamiento una vez. No van a parar nunca.

—Pero tú eras el que decía que había que mantener un perfil bajo. Prudencia y discreción.

—Hasta cierto punto, hija. —Suspira. Esta noche nos ha marcado a ambos—. Hasta cierto punto.

Comprueba que todos se han marchado y que todo está en silencio a nuestro alrededor.

Me insta a reanudar el paso, de nuevo, por las callejuelas de Granada, hasta que llegamos a las afueras. Nos adentramos en el campo corriendo.

—¡Espera! No podemos dejar a Aceituno abandonado a su suerte.

—Lo que no podemos hacer es volver a por él. Le vendrá bien a algún vecino necesitado. Estará bien.

—Pero, padre, es nuestro burrito.

Prácticamente lo criamos con una tetina de silicona y una botella vieja. Es como de la familia. Ya hemos perdido a Finito.

—Ahora hay cosas más importantes que salvar: nuestras vidas. Tenemos que correr, hija. Tenemos que llegar a casa.

Con un nudo en la garganta y otro en el corazón, ambos corremos por el camino de tierra como locos, rogando por que no nos asalte ningún bandido y por que no nos pille la Guardia Armada con sus modernos coches. Todo mientras aún tenemos puestos los uniformes. Perfecto, también nos acusarán de robar.

Los pulmones me arden y, de vez en cuando, tenemos que parar para poder respirar.

—Vamos, Margarita —me anima padre, a pesar de que él ya no puede más tampoco. La boca me sabe a sangre—. Solo un kilómetro más.

—No sé si podré...

—Sí, puedes. Podrás. Podremos. Hasta el último suspiro, hija.

Me sonríe para infundirme fuerza. Vuelvo a retomar la carrera y él también lo hace a mi lado. La oscuridad nos engulle, y la luna llena de este día de año nuevo es la única que guía nuestro camino.

Nos sobresaltamos al escuchar unos pasos a toda velocidad hacia nosotros. También corre. Cuando está algo más cerca, podemos ver que se trata de Rafael, el anciano que vive en la casa de arriba. Casi no puede respirar.

—¡Antonio! —grita—. Antonio, por la Virgen santa...

—¡Rafael!

—¡Antonio!

Mi padre toma carrerilla hasta alcanzarlo. Los dos caen al suelo; el anciano se ha pegado tal carrera que ahora está débil. Se sienta en el suelo, y mi padre se pone en cuclillas para asistirlo. Esto no augura nada bueno.

—Rafael, ¿qué ocurre? —pregunta mi padre alarmado, temiendo lo peor.

—María Luisa —susurra con la poca fuerza que le queda—. Se han llevado a tu mujer.

Los grises.

Nuestros corazones palpitan agitados en cuanto escuchamos esas palabras. Algo dentro de nosotros se rompe, y yo comienzo a sentir una extraña sensación de que por las venas me corre agua helada en vez de sangre. Es como si mi cuerpo no pudiese reaccionar en absoluto. El de padre sí que lo hace.

—Cuida de Margarita, por favor —le pide agitado a nuestro vecino, mientras echa a correr como si lo llevaran los demonios.

—¡Padre!

Es lo único que puedo gritar llena de pavor. Ambos sabemos de sobra lo que significa que se la hayan llevado.

—Tranquila, niña —comenta el anciano para intentar calmarme—. Tu padre se encargará de ello.

—No puedo quedarme de brazos cruzados cuando la vida de madre está en peligro, y la de mi hermana. —Respiro agitada, sin saber muy bien qué hacer o cómo reaccionar.

¿Cómo se puede combatir contra esos monstruos?—. No entiendo nada...

No pueden haber llegado tan rápido desde Granada; llevábamos corriendo todo el camino y no habíamos visto pasar ni un coche.

—Han descubierto lo de tu abuela Pilar.

Miro a Rafael descompuesta. No puede ser cierto.

—Nadie sabía lo de la abuela Pilar.

—Nosotros, desde luego, no, pero alguien se lo debe haber contado.

Automáticamente, pienso en Verónica. Desaparecida desde hace varias semanas. Y la recuerdo, esa noche, parada en nuestra puerta, cuando se llevaron a su madre, muerta

de rabia. Nos culpaba de ello. No..., no ha podido ser ella. Es mi amiga, o al menos lo era.

Sin decir nada más, yo también echo a correr sacando fuerzas hasta de

donde no las tengo; dejo que el miedo, la rabia y todo lo que he estado guardando durante toda la noche aflore.

La noche es fría y siento punzadas en el pecho al respirar con ansia por el cansancio y el aire gélido que llena mis pulmones. A veces, incluso, veo borroso por las lágrimas que me difuminan el camino y las casas que me rodean, sumidas en un halo anaranjado a causa de las farolas. No sé ni hacia dónde estoy corriendo, pero necesito hacerlo, necesito ir a impedir que maten a mi madre.

Cuando paso cerca de casa, puedo ver la puerta abierta de par en par, medio destrozada. Incluso hay una silla y parte de nuestra vajilla tirada por el camino donde donde me encuentro. Luego, vuelvo a echar a correr.

Un choque con otro cuerpo más alto y corpulento me hace frenar mi carrera y llevarme la mano al hombro, que es la parte de mi cuerpo que ha recibido el mayor impacto.

—Margarita, ¿te encuentras bien?

Parpadeo un par de veces para ver más nítido a mi interlocutor. Descubro que es don Alfonso, el médico del pueblo. Con maletín en mano, seguramente se dirige, de urgencia, hacia alguna casa.

—Se han llevado a mi madre —explico entre sollozos, intentando que me entienda—.

La Policía Armada.

Su expresión se congela, al igual que mis pulmones lo están.

—No puedes implicarte, hija —dice con tono fraternal—. Podrías correr un gran peligro.

Niego con la cabeza. ¿Es que nadie entiende que hay que hacer algo para detener todo esto? Ahora comprendo, más que nunca, los sentimientos de Verónica aquella noche.

Verónica..., maldita seas.

—Madre está embarazada, a punto de dar a luz. No pueden morir. —Niego con la cabeza, de nuevo, bruscamente—. No pueden matarla.

Su expresión ahora es compasiva. Y yo no puedo seguir perdiendo el

tiempo. Retomo mi marcha.

—¡Margarita! —grita él para llamar mi atención. Me detengo y vuelvo a mirarlo—. Es en la otra dirección. La policía siempre se lleva a los arrestados al barranco de Víznar.

No me puedo creer que me esté ayudando. Echo a correr en la dirección que me señala y asiento con la cabeza, al pasar por su lado, a modo de agradecimiento. Noto sus ojos sobre mi espalda. Y, aunque retomo mi carrera en busca de la justicia y de mi familia, el sonido de un par de disparos, que desgarra el silencio de la noche en la lejanía, me hace detenerme de repente. La boca me sabe a sangre. Las piernas me fallan. Pronto siento sus pasos apresurados y sus brazos sosteniéndome antes de caer al suelo.

—Margarita, tranquila —me dice para intentar calmarme—. Ya está, no pienses.

Como si eso fuese sencillo. Como si ahora mismo no estuviese sintiendo que se me desgarra el corazón y el alma. Como si fuese tan fácil dejar de pensar o de romperse simplemente porque te dicen que lo hagas.

—Mi madre... Mi hermana... Mi madre...

Siento que entro en bucle, temblando, mientras me aferro a la solapa de su abrigo de fieltro negro.

—Tranquila, tranquila —repite intentando que acompase mi respiración y deje de hiperventilar.

Y no sé por cuánto tiempo estamos así los dos. No sé si pasan segundos, minutos u horas, pero tan solo el grito de padre, al llamarme en medio de la madrugada, logra sacarme de mi estado.

—¿Padre?

—¡Aquí, Antonio! —le grita el doctor para que sepa dónde estamos.

Escucho sus pasos cada vez más cerca y, de algún modo, me hace salir aún más de mi letargo, aunque el ritmo de mis latidos apresurados es imposible de dominar. Se agacha

a mi lado y, al ver sus ojos llenos de lágrimas, lo comprendo. Madre y mi hermanita se han ido para siempre. Nos las han quitado. A sangre fría.

—Voy a matar a quien se haya ido de la lengua, padre —le digo con ira—. Te juro que los vamos a encontrar.

—No es momento para eso, Margarita. —Se seca las lágrimas con el puño del uniforme que aún llevamos puesto—. Tenemos que irnos. La policía viene detrás de mí. —Luego, mira a don Alfonso—. ¿Tu familiar sigue marchándose a Cádiz esta madrugada, como me comentaste?

—Sí, Antonio, imagino que partirán pronto.

—¿Sigue habiendo hueco para un hombre y su hija, que lo han perdido todo?

Los miro de hito en hito sin comprender de qué están hablando. Sea lo que fuere, no es la primera vez que charlan de ello.

—Siempre lo ha habido. —Sonríe de manera triste y compasiva. Luego, se acerca a padre y, tras rebuscar en uno de los profundos bolsillos de su pantalón de pinzas, le pone unas monedas en la mano —. Sobrevivid. Por favor.

Padre deja escapar otra lágrima conmovido por el gesto del sanitario. Acepta el dinero y lo guarda en sus pantalones. Luego, me ayuda a ponerme en pie y me mira fijamente.

—Ahora, tenemos que ir a casa, hija, coger lo más importante y, cuando amanezca, estaremos lejos de aquí.

—Pero, padre..., han asesinado a madre injustamente. No podemos irnos. Tenemos que hacer justicia.

—En este país, eso hace ya mucho que no existe, hija. Vamos.

Tira de mi con premura, y se despide de don Alfonso con un gesto de la mano. El médico comienza a caminar apresurado en la misma dirección a donde yo me dirigía en un inicio, antes de escuchar los disparos.

Llegamos a casa en cuestión de cinco minutos, con cautela, ya que la policía podría estar esperándonos en cualquier esquina, para terminar con la misma suerte que mi pobre

madre. Dentro, somos aún más conscientes de la magnitud del

desastre y podemos imaginar, demasiado nítido, cómo debió ser el forcejeo entre ella y esos bastardos.

Estaba comiendo: en el suelo hay restos de comida y menaje. Algunas sillas están rotas, los cajones están todos abiertos, y nuestras pertenencias, desparramadas por todas partes. Forcejearon, eso está claro, y miraron hasta debajo de los colchones para encontrar pruebas de los delitos.

Cuando me agacho a recoger la cartilla de racionamiento de alimentos de la abuela Pilar, esta está abierta de par en par, dejando expuesta toda nuestra red de mentiras y, como por arte de magia, algo brilla debajo en el suelo. El rosario. Lo recojo rápidamente para que padre no lo vea por ahora. ¿Cómo es posible que hayan registrado cada palmo y no se lo hayan llevado? Lo observo emocionada. ¿Sería alguna clase de señal de la abuela Pilar de que nuestra vida no se acababa aquí, esta noche? «Te ayudará a salir de esto y de todas las dificultades», me dijo la abuela aquella noche.

—Vamos, hija, no tienen que tardar mucho en llegar. Date prisa.

Mi padre camina con un petate viejo de tela raída, mientras recoge ropa y las pertenencias más valiosas, aunque son muy escasas. Alguna fotografía de tiempos mejores, algunas joyas de madre, herencia de otras mujeres de nuestra familia, y hasta ahí podemos contar. También va a la cocina y mete el resto de comida que nos queda: un poco de pan negro y los restos de un trampantojo que simula una tortilla de patatas, hecha con el interior de la cáscara de algunas naranjas.

—Trae tu ropa, venga.

Corro al cuarto y saco la ropa más bonita que tengo, y algunos vestidos de madre y de la abuela Pilar, algunas mudas, y mis dos pares de zapatos que han conocido épocas mejores. Aparte de eso y del rosario de oro de la abuela Pilar, no tengo nada más. Se lo tiendo a mi padre para que lo guarde todo en el petate, menos el rosario, que me lo cuelgo con disimulo y lo meto debajo de mi ropa.

—¿Me vas a decir dónde vamos? —pregunto desconcertada y nerviosa.

Padre detiene su ritmo frenético por unos momentos y se acerca. Pone sus manos en mis hombros. Y sé que lo que me va a decir no va a ser fácil para nosotros.

Automáticamente, será algo que supone dejar a madre, a mi

hermanita, a Manuel, a Víznar detrás.

—Vamos a ir con unos familiares de don Alfonso, a Algeciras.

—¿Y qué se nos ha perdido allí?

—Cuando lleguemos allí —responde él intentando mantener la calma —, nos subiremos al primer barco que zarpe. Nos vamos del país, hija. Nos vamos a Argentina.

Tengo mil preguntas atascadas en mis entrañas, pero entiendo que para él está siendo tan difícil como para mí aceptar que no tenemos más remedio que marcharnos. Los grises nos buscan por mentir, por engañar y por agredir a un alto cargo. El mejor destino que nos esperaría en España sería acabar en el barranco de Víznar con un tiro dado en la cabeza. O dos, como ocurrió con madre. Mis ojos se empañan de lágrimas y solo asiento; mientras él me abraza para infundirme fuerzas, los dos nos permitimos llorar un poquito nuestra desdicha. Porque ni eso nos dejan.

—Vamos.

Tras tomarnos otros segundos en despedirnos de nuestro hogar con nuestros corazones, corremos en la dirección que don Alfonso ha indicado a padre.

No tardamos demasiado en llegar a una casa céntrica de Víznar donde, a pesar de ser ya de madrugada, se intuyen las luces encendidas en su interior. Un vehículo pequeño y austero descansa cerca de la puerta. Mi padre llama con discreción, y apenas pasan unos segundos antes de que una mujer vestida de negro hasta la cabeza abra la puerta.

—Alfonso nos ha avisado de que vendríais. —Mira hacia un lado y hacia otro de la calle—. Entrad.

En la casa hay otras dos personas: un matrimonio que, al igual que nosotros, se afana en recoger todos los objetos de valor monetario y sentimental. Se presentan como Rosario y Víctor. Ella es la hermana de don Alfonso.

Nos subimos al coche y recorremos las casi tres horas que separan nuestro pueblo de Algeciras. Rosario y Víctor, por lo que nos contaron mientras recogían sus pertenencias, también se han cansado de la situación y la injusticia. Esperan hacer algo por el país, pero sin que

sus vidas corran peligro.

—Hay muchos españoles en Buenos Aires, así que supongo que no nos resultará tan complicado empezar de cero —comenta Rosario con nostalgia, cuando ya el amanecer comienza a despuntar, y caminamos por la bahía de Algeciras, buscando nuestro buque.

Para mí que nunca he ido más allá de una Granada medio destruida por la guerra. Ver estos titanes de hierro, con más de diez plantas, y esas chimeneas enormes me resulta abrumador. Mucha gente se afana en despedirse de familiares y amigos tanto en los muelles como una vez subidos al barco. No puedo parar de estar muy nerviosa y agotada. Apenas hemos dormido en casi dos días. Y el sonido de la gente, los barcos y los operarios es ensordecedor.

Rosario le tiende un papel a mi padre, que lo toma con educación. Al ver que no sabe muy bien qué es eso, le explica.

—Hay una familia en Buenos Aires, una prima de mi hermano. Les ha pedido acogerlos y no tendrán ningún problema en ello. En cuanto lleguen, diríjanse a esa dirección. Y

ahí tienen sus pasajes.

—Pero su hermano ya ha hecho demasiado —comenta padre emocionado de nuevo—.

Ha cuidado de mi mujer embarazada, nos ha dado dinero, nos han traído hasta aquí, y ahora esto. No nos alcanzará la vida para pagarle lo que ha hecho por nosotros.

Ella sonríe.

—El altruismo es de las mayores virtudes de un médico. Y él siempre estuvo seguro de cuál era su vocación. —Víctor, su marido, se acerca a ella para comentarle que ya están embarcando—. Tómeselo como una forma de ayudar a levantar el país. Hay que comenzar poco a poco. Y su casa de acogida es tan solo un inicio.

—Muchas gracias. De corazón. Muchas gracias.

—Las gracias a los frailes, señor González. Ahora toca embarcar. ¿Es la primera vez que te subes a un barco, jovencita? —Yo asiento de manera tímida. Esa mujer irradia seguridad en sí misma por los cuatro

costados—. Bien, pues espero que no sea la última.

Deja caer su comentario con la esperanza de que algún día volvamos a luchar por lo que nos han quitado. Y yo me lo tomo en serio. Desde ese momento me lo prometo, mientras subimos la grandísima pasarela de metal que nos traslada a la puerta por la que el gran barco nos engullirá y, que según Rosario y Víctor, dentro de aproximadamente veinte días, nos hará llegar a Sudamérica.

Me prometo regresar y hacer justicia. Por todos los que me causaron daño. Manuel, Verónica, Julián Roig... Volveré, y todos y cada uno de ellos pagarán por las mentiras y daño que nos han hecho llegar a esta situación.

Cuando el revisor nos sella los pasajes, me llevo la mano al bultito pequeño que forma el rosario debajo de mi ropa.

Quizá, ahora mismo no se pueda hacer justicia. Pero en el futuro sí.

Y, después, el trasatlántico nos traga.

## Capítulo 16

*Buenos Aires (Argentina), 1958*

La avenida 9 de Julio está tan bulliciosa y llena de vida como todos los días. Quizá, aún más desde que la primavera llegó. Los coches y los tranvías van y vienen, rompiendo el silencio de la mañana con sus potentes cláxones, y las personas se mueven como colonias de pequeñas hormigas sobre el asfalto de hormigón. Llenan las grandes aceras, y los enormes edificios se alzan al cielo. Entran y salen de las mejores tiendas, ataviados con sus mejores galas, la última moda llegada de París. Pasean con familiares, amantes o amigos, o van y vienen de sus deberes laborales, justamente como hago yo por segunda vez esta semana.

Sostengo con fuerza mi pequeño maletín de piel, donde transporto toda clase de agujas, hilos, metros y botones. Ya son casi tan parte de mí como otra extremidad más. Rodeo la esquina para dirigirme hacia el barrio La Recoleta, donde, desde hace dieciséis años, padre y yo llamamos hogar a un palacete de dos plantas y de estilo europeo, cuya fachada blanca, ventanales y balcones de forja dejan deslumbrado a todo aquel que pasa por allí.

Para nada es propiedad nuestra. La familia Duhau, una poderosa familia de empresarios del mar y de la política argentina, nos abrieron los brazos nada más llegar al país —bueno, más bien, dos de sus miembros—, a causa de los hilos que había movido don Alfredo, nuestro doctor de confianza en Víznar, con su prima. Nunca dejaremos de estarle agradecidos y, más de un día, he pensado en cómo le estará yendo la vida allá, en nuestro destrozado país natal. Espero que siga con vida.

Renata, la jefa de sirvientes de la familia, una mujer alta y gruesa que no pasa desapercibida ni por su aspecto ni por su buen corazón, me enseñó a coser, nada más llegar a la ciudad, por orden de la mujer de la casa: Emilia García de Zúñiga, prima lejana del doctor. Su objetivo era formar a una jovencita torpe y desnutrida, que apenas había ido a la escuela, y convertirla en una mujer de provecho, que pudiese hacer de los arreglos y la confección su oficio. Y lo logró. Al principio, tan solo la tarea de enhebrar el hilo en la finísima aguja y su imposible ojal me parecía todo un reto que me ponía de los nervios, pero con el tiempo he ido ganando destreza y amor por el oficio. Arreglo

todo tipo de prendas para las mujeres de la alta sociedad de Buenos Aires, e incluso confecciono, a veces, los vestidos que lucen en las ostentosas fiestas.

Al señor Mateo Duhau, el hombre de la casa y un importante político en materia de agricultura, nunca le pareció tan bien como a su esposa que dos españoles o «gallegos», como solían llamarnos en este lado del Atlántico, se instalaran en su casa de la noche a la mañana. Pero se ve que le debía algún tipo de favor a don Alfredo, y no tuvo más remedio que aceptarnos y ayudar a padre a colocarse en un oficio del que pudiésemos sacar beneficio. Así fue como comenzó a trabajar en una pequeña herrería que queda en un barrio cercano y, de ese modo, ambos creamos un fondo para nuestra nueva vida.

A pesar de que ya tenemos de sobra para iniciar desde cero ambos, la familia Duhau García de Zúñiga siempre nos ha tratado como a iguales y, tan solo de pensar que nos marcharemos de su hogar, la señora Emilia nos dice, una y otra vez, que no es necesario, que están muy felices con nuestra presencia y menos solos. El señor Mateo no opina lo mismo. Y no les falta razón. El señor Mateo trabaja mucho fuera, y la casa tiene más de doce habitaciones, tres salones comedores, siete baños, una espectacular sala de juegos y un majestuoso recibidor. Las zonas ajardinadas son una auténtica fantasía que nunca nos hubiésemos atrevido ni a imaginar cuando estábamos en Víznar. Incluso tengo mi propio estudio. Llena de algunos

maniquíes, mesas de trabajo, telas, metros y toda clase de utensilios para crear lo mejor de lo mejor para la alta sociedad porteña.

Mis pasos apresurados hacen que mis tacones gruesos y bajos dejen una sonora melodía al chocar con el pavimento del acerado. Siempre que vuelvo a casa andando, me sumo en mis pensamientos. Recuerdos de aquella fatídica noche, en la que no solo vi a Manuel traicionándome de cierto modo, sino que prácticamente escuché morir a mi madre y a mi hermanita. El estraperlo, el hambre, la miseria, el miedo... La cara del asqueroso de Julián Roig. El culpable de la muerte de mi madre.

A veces, llegan algunas noticias de España, que, bajo el duro régimen franquista, sigue sumando tanto víctimas como rebeldes que luchan contra él. Extraño a madre cada día.

Y a mi hermana. Tendría dieciséis años si esas bestias no nos la hubiesen arrancado de una manera tan vil y cruel. ¿Qué hubiese sido de nosotros si hubiésemos seguido allí?

Quizá, hubiésemos estado, desde hacía mucho, en una fosa a cinco metros del suelo, rodeados de cientos de esqueletos más que corrieron con la misma mala fortuna.

Suspiro. Siempre siento una angustia difícil de describir cuando pienso en mi vida pasada. Automáticamente, me llevo la mano al rosario de la abuela Pilar. Aquí puedo

lucirlo sin que nadie me lo quite, y me da tranquilidad. Tantas heridas que nunca cicatrizarán. Tantos desengaños.

La vida aquí, al inicio, tampoco fue nada fácil; nuestro acento castellano y andaluz no pasaba desapercibido y contrastaba fuertemente con el argentino marcado que hablan en Buenos Aires. Algunas personas entendían que estuviésemos allí; de hecho, no éramos los únicos, ya que más de dos millones de españoles abandonamos nuestra maltrecha tierra para salvar nuestras vidas y sobrevivir. Pero otras personas se afanaban con condescendencia en mirarnos por encima del hombro, como si fuésemos ratas que invadieron el país sin permiso y portadoras de las más graves enfermedades.

Y eso que no sabían cómo nos veíamos obligados a sobrevivir por allí...

Unos ojos verdes con motas doradas se cuelan, sin mi permiso, en mis pensamientos. Y, como siempre que aparecen, me vuelvo a centrar en mi presente y mi alrededor, y los intento echar a toda costa. No hay espacio en mi mente para los que me fallaron, aunque sienta otro pellizco grande que no sé descifrar del todo.

—¡Mire lo que ha conseguido! ¿Acaso sabes la plata que cuesta este traje?

—Lo siento, señor, no era mi intención.

—No era su intención... ¡Pues tenga más cuidado cuando hace su trabajo!

La acalorada discusión con un marcado acento argentino me saca de todas las cavilaciones. Un hombre en sus treinta y un limpiabotas. Me acerco a ellos. Y lo miro con una sonrisa de burla.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto. Un accidente laboral lo tiene cualquiera.

Intento mediar. Los ojos oscurísimos del chico me miran fijamente y cambian su expresión. Se pasa la mano por su espeso pelo castaño claro y bien peinado hacia atrás, como todo buen señorito de alta alcurnia. Su nariz es prominente, recta; y su mandíbula, masculina.

—Si usted soluciona mi problema, señorita, entonces quizá deje en paz a este pobre diablo.

Echo un vistazo a la zona del pantalón que me señala. Le ha manchado la parte baja del pantalón gris marengo de un betún negro. El pobre limpiabotas nos mira con gran culpabilidad y sin saber qué hacer. Y este señorito que tengo justo en frente y que me saca solamente unos centímetros de altura sabe que, a veces, puede llegar a ser un poco

exasperante. Me fijo en que también tiene parte de la costura lateral algo desgarrada en la parte del muslo. Él nota que estoy mirando la zona con una ceja levemente alzada.

—No me mires así —le digo con confianza—. Esto no lo ha hecho este buen hombre.

Esto lo ha hecho tu manía de llevar pantalones apretados, aunque así no marque el protocolo de moda para un caballero tan distinguido como usted.

Su expresión es juguetona y divertida. Es nuestra dinámica de siempre.

—¿Vas a ayudar, entonces, o solo vas a opinar y burlarte?

—La señorita *gallega* lo ayudará, señor, perdóneme.

—Mantén cerrada la boca, que bastante que hoy me estropeaste el día.

Saco unas monedas del bolsillo de mi chaqueta y se las tiendo al limpiabotas a modo de disculpa silenciosa por el genio de mi amigo.

—Vamos, Carlos. ¿Cuándo no te he sacado de este tipo de aprietos?

Camino pasando por su lado y él, con una sonrisa, me sigue hasta casa. Allí le pido que se quite los pantalones y me los dé para buscarles remedio. Él responde con una frase coqueta, pero obedece: lo hace delante de mí y lo veo desaparecer, en ropa interior, por el pasillo.

No tiene remedio. Carlos Duhau García de Zúñiga no solo tiene llamativo el nombre, sino también su aspecto y personalidad. No pasa nunca desapercibido. Si va a reuniones de trabajo —sigue los pasos de su padre al ser ingeniero agrónomo y marino—, siempre destaca por su liderazgo. Si va a fiestas o cenas importantes, llama la atención por su labia. Y, en cambio, si sale con amigos, o a algún lugar de ocio, lo admiran por su atractivo y su modo de camelarse a todo el mundo.

Cuando nos conocimos, teníamos la misma edad, diecisiete años. Recuerdo llegar a su casa, recién bajados del barco, sucios, con ropa raída y desgastada, después de más de medio mes en el trasatlántico. Rotos hasta un punto casi insostenible emocionalmente.

Ellos nos esperaban en la escalinata de entrada a su casa. Los tres, pulcros, altos, bellos.

Extremadamente ricos. Y en ningún momento se nos cuestionó nada, ni nos hicieron el vacío. Aunque el hijo adolescente, el rebelde de la casa, iba a su aire, de vez en cuando, charlaba conmigo y compartía aspectos de su vida y sus inquietudes. Me invitaba al

cine, a dar paseos e incluso a cenas con gente importante. Me presentaba como su hermana postiza, aunque siempre tenía comportamientos conmigo que, desde luego, no eran fraternales en absoluto. Daba la sensación de estar siempre coqueteando con toda mujer que se le cruzase, pero él se defendía diciendo que era abierto y cariñoso con todo el mundo.

¿Es que acaso un hombre no puede ser amigo de una mujer?

Desde luego que nosotros lo somos. Pero siento que él, con su modo de ver la vida y su personalidad, tan echado para adelante, me hace sentir de una manera que no he experimentado nunca, importante con tenerlo a mi lado. Manuel me ha dejado el corazón de piedra, pero Carlos ha conseguido hacerlo menos duro.

Ha roto, hace semanas, con la señorita Camila Santamarina, ¿su sexta novia, quizá? Ya he perdido la cuenta. Nadie conoce el porqué de que su idilio terminase después de cuatro años de relación; pero, por lo poco que he escuchado de él, la señorita Camila lo asfixiaba. Y todo Buenos Aires sabe que la susodicha no se ha tomado nada bien la ruptura. Hace semanas que no se la ve y que, según las lenguas, permanece en casa por depresión al haber perdido al amor de su vida.

Desde entonces, he notado que él se inclina cada vez más hacia mí.

Siempre ha estado con sus tonterías y sus coqueteos propios de su personalidad, pero esta vez lo siento algo distinto. Tan distinto como para quedarse en paños menores en mi presencia. Si lo viese la señora Emilia, le daría un parraque.

Una vez lavada la mancha y seca, me llevo los pantalones a mi habitación de costura y allí me siento al lado de la máquina de coser para arreglar el destrozo que queda. Carlos entra de nuevo, con otros pantalones que tapan sus encantos. Temo no poder coser del todo bien si sigue paseándose de esa guisa.

—Margarita al rescate otra vez —comenta él divertido mientras camina hacia mi posición de manera lenta—. No sé qué haría sin ti. No seguirás con la idea de marcharte con tu padre de esta casa, ¿verdad?

—Cada vez que veo una situación tuya de este estilo, me dan ganas de replanteármelo, créeme.

—Creo que, en el fondo, también disfrutas. —Me pone las manos en los hombros, y tengo que recordarme, por un momento, cómo seguir cosiendo. Están ardiendo—.Te lo pasas bien conmigo.

Desliza sus manos por mis brazos y acerca su cabeza a la mía en un abrazo cariñoso. Me pongo nerviosa al notar su olor y el calor que emana. Incluso su voz en mi oído me da escalofríos.

—Muy en el fondo —comento yo con apenas un hilo de voz, mintiendo. Luego, le doy un codazo juguetón—. Quita, anda, que no me dejas coser. Y, luego, me culparás de haber tardado demasiado en entregarte tus pantalones. Deberías manejar ese mal genio de vez en cuando también, por cierto.

Él se aleja riendo, y se sienta en un mullido sofá de terciopelo color rojo oscuro.

—Es parte de mi encanto —comenta pagado de sí mismo.

—Pregúntale al señor que limpia botas si le resultas encantador.

Él ríe y, luego, vuelve a fijar la mirada en mí.

—Ya, en serio, Margarita. No necesitáis marcharos, aquí todos estamos cómodos, y sois como de nuestra familia.

—No nos iremos por ahora, puedes estar tranquilo.

—Ese «por ahora» no me ha gustado nada.

Lo miro fijamente, pensando en desvelarle lo que tengo planeado desde que me bajé del barco, hace dieciséis años. Creo que tenemos ese grado de confianza.

—Quiero ahorrar un poco más de dinero —confieso.

—Pero ya seguramente tenéis una buena cantidad. Podéis vivir cómodos y sin problemas.

—Necesito más. —Corto el hilo sobrante con unas tijeras, mientras termino la costura—.

Tenemos dinero para vivir aquí, pero no para... para vivir en España.

Su expresión cambia, alterado por lo que acabo de soltar por mi boca. Está claro que se esperaba escuchar de todo, menos eso. Es de las pocas veces que realmente noto que no sabe qué decir.

—¿Queréis volver a tu país? —pregunta de nuevo, esperando obtener otra respuesta diferente.

Lo miro y le tiendo los pantalones ya arreglados.

—Siempre fue el plan, Carlos.

—Pero allí no te queda nadie. Tú misma me contaste que tu madre falleció y que no tenéis más familia. —Se levanta y camina hacia mí para coger su prenda—. ¿Acaso hay alguien esperando por ti?

Lo miro fijamente y suspiro. Mantengo los recuerdos a raya todo lo que puedo.

—Sí, pero no de la forma en la que piensas. —Me levanto también y estiro mi ajustado vestido, para colocarlo de nuevo en su sitio, después de haber usado la máquina de coser—. No te preocupes, no será ahora mismo. Y, de todas formas, el gran Carlos Duhau García de Zúñiga podrá salir de este bache. Siempre lo hace.

Después, salgo de la habitación mientras el corazón me late apresurado.

## Capítulo 17

—Aguante un poco más, señora Emilia. Ya casi está.

Mi voz suena rara, ya que sujeto en mis labios algunos alfileres, mientras le tomo el bajo del último vestido que le he confeccionado para la cena con altos cargos que dan dentro de unas semanas.

—Es precioso, Margarita —señala ella mientras se observa con fascinación en el espejo—. Eres una modista impresionante.

—El porte de una hace mucho también. —Sonrío agachada en dirección al espejo, y nuestros ojos se encuentran a través de él—. El azul la favorece mucho, contrasta mucho con sus ojos oscuros y su pelo castaño.

Y es lo cierto. La señora Emilia, a pesar de estar en sus sesenta, conserva gran parte de la belleza que la caracterizaba en su juventud. Ya no solo por sus rasgos dulces, sino por su porte de muñeca, que se puede contemplar en todas sus fotografías a lo largo del palacete, cuando aún no la asediaba el peso de la edad. Lástima que en su corazón siempre quede una gran espina que refleja en su rostro. Estoy convencida de que ella no se casó por amor. Y, por consiguiente, el pago por ello ha sido un matrimonio de soledad y desavenencia. El señor Mateo y ella son muy diferentes.

La observo de nuevo, tiene el ceño fruncido.

—No se preocupe, el vestido estará acabado a tiempo. Todo saldrá bien.

Ella me sonríe levemente.

—Sí, al final, los Duhau siempre cumplen. Saldrá bien de un modo u otro. —Baja la mirada al suelo tras recitar una frase que su marido suele decir mucho—. Pero no es lo único que me perturba.

—Si la puedo ayudar en... —me ofrezco mientras me pongo de pie y me retiro los alfileres de la boca.

Las dos nos mantenemos la mirada por unos segundos. Ay, esa duda que siempre surge cuando queremos tener conversaciones complicadas o incómodas.

—Es mi hijo, Carlos —comienza ofreciéndome aún más su confianza —. Me preocupa un poco cómo se está comportando últimamente.

—Traté con él hace una semana, y todo estaba bastante igual.

Me ahorro el comentario de que se quitó los pantalones delante de mí y de que le echó una bronca innecesaria al pobre limpiabotas.

—Ninguna relación parece encajarle. Y tiene ya casi treinta y cuatro años. Necesita una compañera, sentar cabeza. Alguien que le apacigüe esas ganas de continuar con esa vida alocada que lleva. Antes de que sea demasiado tarde.

Me coloco detrás de ella para asentarle el vestido y ver que le he tomado bien los falsos.

—Sabemos cómo es de sobra. Si no le ha cuajado nadie, algo mejor vendrá. No se preocupe, señora; si de algo puede presumir su hijo es de hacer amigos y nuevas novias a la velocidad de la luz. Su especialidad es saltar de una a otra.

Ella ríe por lo bajini, pero aún con aire de preocupación.

—Margarita... —Otra vez fija sus ojos en mí a través del espejo—. He notado como Carlos te mira.

Las manos me comienzan a temblar levemente.

—¿Como a todas las mujeres con busto y dos piernas que haya en Buenos Aires? —

bromeo para quitarle hierro al asunto.

—No, tú eres especial para él. Puede estar con unas y con otras, pero al final siempre vuelve a ti, al refugio y la confianza que le proporcionas. Dime, Margarita, ¿te interesa mi hijo en ese aspecto?

Trago saliva y camino lentamente hacia donde tengo mis utensilios de costura. Finjo ordenarlos porque no sé qué contestar a esa pregunta que me formula. ¿Me gusta su hijo? Sí, siempre me ha llamado la atención. Una tendría que estar ciega para no verlo.

¿Me gusta lo importante y deseada que me hace sentir cuando nadie más, en este país, lo ha hecho? También.

Desde que llegué, aquí soy invisible para muchos. Intento mantener un perfil bajo. Mis pensamientos están en España y en mi venganza. A causa de esto, no he tenido ningún joven que desee pretenderme, ya

que soy la rara, la silenciosa, la *gallega* pobretona que vive en un palacete de otros por caridad. Tan solo los viudos o solterones de una edad considerable intentan, de vez en cuando, tener la suerte de que caiga en sus redes.

Todos me chantajean con dinero y riquezas, claro está. Ni para ellos y sus pensamientos merezco tener un amor bonito y de verdad. Y, luego, está el recuerdo de Manuel con Alejandra en aquella habitación. Esa noche me hicieron creer, por primera vez en mi vida, que no sería suficiente para alguien nunca. Que siempre me reemplazarían por alguien mejor.

—Perdona si te he molestado, Margarita, no era mi intención —se disculpa ella bajándose de la tarima donde estaba subida.

Camina en mi dirección y la enfrento.

—No, señora Emilia, tranquila. Es que no soy demasiado buena hablando de este tipo de cosas. Nunca me han interesado demasiado...

—Con el corazón te digo que creo que no existe, en la faz de la tierra, una mujer mejor que tú para mi hijo. Honesta, luchadora, resiliente, familiar. Es justo lo que él necesita para sentar cabeza.

Me halagan esas bonitas palabras sobre mí. Una no escucha eso todos los días.

—Su hijo es un hombre atractivo, salta a la vista, y bastante perspicaz y aventurero. No creo que alguien como yo sea lo que busca para su vida —confieso con timidez—.

Somos muy diferentes. Nuestros valores son distintos.

—En eso se puede trabajar, querida. Veo cómo te mira... Es cuestión de tiempo.

Abro los ojos con sorpresa. ¿No estará insinuando que Carlos está pensando en pedirme que sea su esposa, o algo así?

—Por favor, si eso sucede, piénsatelo. Tú también saldrías beneficiada de algo así. Os conocéis desde hace dieciséis años. Jamás encontrarás a alguien con quien puedas llegar a tener este tipo de complicidad y conocimiento mutuo. Y, créeme, cuando llevas años casada, a veces desearías haber tenido algo así.

La miro nerviosa. Yo también viví algo fuerte en mi adolescencia. Pero nunca conocí a un hombre durante tantos años, solo a padre. Y Carlos me llama la atención desde hace años de sobremanera. Aun así, hay otra clase de sentimiento que no sé descifrar, ahí escondido, velado en medio de la emoción; las ganas de aventurarme a escuchar lo que siento y lo bonita que se ve la vida cuando fijas tus ojos en alguien y estos se sonríen de vuelta.

—Bueno, ya se verá, señora Emilia. —Dejo la puerta abierta a cualquier posibilidad, y eso parece conformarla por ahora—. Pero antes vamos a terminar este traje.

***

Padre está sentado en uno de los sillones de los salones del té, con la chimenea encendida, cuando bajo a buscar un refrigerio tras acabar con mi trabajo y la señora Emilia. Sujeta en sus manos un periódico y varios recortes que lee con atención. Me acerco a su posición y, al percatarse de que estoy al lado, se asusta.

—¿Me estás intentando esconder algo? —bromeo con él mientras tomo asiento en el sillón, enfrente de él—. Padre, vas a criar pollos. Estamos casi a veinticinco grados fuera, no entiendo el motivo de encender la lumbre.

—Sabes que soy friolero. Y, por lo otro, ¿habría algo que esconder a mi propia hija después de todo por lo que hemos pasado?

Me sonríe con cariño bajando el periódico, su cara tiene muchas más arrugas que cuando vivíamos en Víznar. Sé que tampoco ha sido fácil para él. Dormimos en habitaciones contiguas; durante muchos años, he podido escucharlo llorar cada noche al otro lado de la pared. Aún hoy lo sigue haciendo de vez en cuando.

Todos perdimos esa noche. Él perdió a su hija y al amor de su vida; yo, a mi madre y a mi hermana. Perdimos nuestro hogar, a nuestra gente, nuestras raíces. Y esa herida es difícil de cerrar. ¿Lo haría algún día? Tiene las ojeras más marcadas desde aquel entonces. Y la cara más roja, de trabajar en la forja sol tras sol.

—¿Sabes algo nuevo? —pregunto por probar.

Pero mi padre es muy hermético con el tema. Sabe que yo albergo un odio intenso y unas ganas enormes de volver, y prefiere no alimentarlo con noticias que no aportan nada.

—Margarita, no vamos a volver, así que lo que sepamos ya no importa.

Es frío y tajante.

—Pero, padre, este no es nuestro hogar.

—Puede llegar a serlo si nos esforzamos. No nos ha faltado nada estos años; no hemos pasado hambre ni miedo, ni hemos sido oprimidos. Y, lo más importante, estamos vivos. ¿Qué más dará el racismo o desprecio que hemos sufrido comparado con la tortura a la que nos sometían allí? No es nada si nos paramos a compararlo.

Su búsqueda de cualquier excusa para no hablar del tema me enfurece.

—¿Vas a consentir que la muerte de madre y Julia haya sido en vano? —pregunto comenzando a enfadarme—. Ese hombre, padre, mató a nuestra familia. Abusó de mí, me intentó ultrajar. Y sigue allí como si nada.

—Te recuerdo que nos buscan por agresión a un oficial y por traición. Si regresamos, estamos muertos. Llevas años con la misma cantaleta, ¿qué parte no entiendes tú, hija?

Nos sostenemos la mirada unos segundos, intentando controlar nuestro mal genio al no entender la postura del otro. Contengo las lágrimas. Odio que, cuando me enfado o frustro, nunca pueda mantener la compostura como me gustaría. Mi padre parece notar que estoy afectada. Lanza el periódico y los papeles a la chimenea para que el fuego los consuma. Para que no quede rastro de que lee varios periódicos españoles que ni yo sé de dónde los ha podido sacar.

*La Voz de Castilla*, *ABC* o *Lucha* pronto son consumidos por las llamas. Luego, se arrodilla, no sin esfuerzo a sus sesenta años, y me toma de la mano. Cuando lo miro vuelve a ser el padre que tenía en Víznar. A veces, desde que llegamos aquí, lo siento a años luz. Todos los daños que vivimos, de una forma u otra, te cambian. Ni siquiera nosotros somos los mismos.

—Hija… —Me da una palmadita en mi mano con su otra mano y, luego, la acuna entre las dos suyas—. La Falange es fuerte; en esta última década, no ha hecho nada más que crecer. La gente ya no muere tanto de hambre, porque hemos dejado de ser unos repudiados

para Europa, pero hay otros muchos problemas muy graves. Tiranía, protestas, huelgas, bajos salarios, explotación, falta de libertad, asesinatos. No hay forma de detenerlo todo, es imposible. Los dos bandos pelean sin cesar y es una lucha encarnizada. Se están haciendo monedas con la cara de Franco... Tienen el control. —

Toma aire, intentando hacer que me tranquilice o comprenda compartiendo conmigo información que me interesa—. Los dos estamos mal por dentro, pero por fuera es donde mejor podríamos estar. Aquí estamos a salvo, con una buena e importante familia.

—¿Aramburu y Frondizi son buenos también? —pregunto citando a los presidentes argentinos que nosotros hemos conocido también por sus ideas radicales, sus revueltas y el reciente golpe de Estado; no son mejores que lo que dejamos allí.

—No te haré cambiar de opinión con nada, ¿verdad? —pregunta resignado mientras se pone de pie—. Puedes pensar lo que mejor consideres. Tienes treinta y tres años, Margarita, ya eres mayor para tener sentido común. Porque siempre lo has tenido.

Siempre has sido esa niña responsable dispuesta a ayudar en todo, aunque fuese peligroso.

—Sigo siendo esa niña. Sigo queriendo ayudar.

—No, hija. Planeas vengarte, y es algo muy diferente. Ninguna venganza va a hacer que tu hermana y tu madre vuelvan a la vida. Al final, solo acabarás mucho más dañada tú.

—Suspira soltándome las manos—. Y desperdiciando años que podrías ocupar en disfrutar de tu vida. Pudimos escapar. Somos libres ahora. No hay motivos para regresar.

Me acaricia el pelo como cuando era niña y, luego, abandona la habitación, dejando un aroma herrumbroso a su paso. Pero no se lleva la rabia que siento dentro. No es justo.

¿Es que nadie más que yo lo ve? No pienso quedarme de brazos cruzados. Si no es ahora, será más adelante. Viviré para volver a poner un pie en la tierra de la que me echaron. Y los encontraré a todos y cada uno de ellos. Así se me fuese la vida.

## Capítulo 18

Apenas hablo con padre durante el resto de la semana; está muy ocupado acabando un encargo de forjas para el ayuntamiento, y solo lo visito cuando voy y vengo de las casas de mis clientes. Intento no sacar el tema de volver a España. Lo último que querría es que acabásemos peleados o tensos otra vez. Somos lo único que nos queda en la vida.

El uno al otro.

En la ciudad, se nota cierto aire de desconfianza con la llegada del nuevo presidente.

Sinceramente, después de lo vivido, tengo muy claro que podría haber monstruos hasta en los lugares más insospechados. Y la tensión política que se respira en Buenos Aires no augura nada demasiado bueno.

Esta mañana nublada de lunes, visito primero a la señora y la señorita Pereyra; después, a la señora Anchorena. Todas están muy emocionadas por estrenar sus vestidos en la fiesta que darán los Duhau para celebrar la llegada al poder del nuevo presidente, y cerrar negocios y nuevos tratos entre la alta sociedad porteña. Yo no estoy demasiado cómoda ahora mismo para tener a tanta gente poderosa entre cuatro paredes, aunque estas sean enormes. Pero yo no decido y siempre estoy dispuesta a ayudar en lo que pueda a la familia que tanto nos ha brindado.

La última parada del día la tengo en una casa en la que antes nunca he reparado. A causa del boca a boca, mis talentos han alcanzado oídos de una recién llegada a la ciudad, la señorita Alma Álvarez, y eso ha provocado que esté aquí, en el barrio —

también exclusivo— de Belgrano, llamando a una impresionante puerta de color blanco de un magnífico palacete, bastante parecido al que es mi hogar provisional. Los rumores dicen que es una acaparadora y que se casó con un nuevo rico, casi veinte años mayor que ella, por interés y por dinero.

La puerta se abre de repente. Una mujer de mediana edad se muestra con cofia y delantal.

—Oh, ¿usted es la modista? —pregunta una empleada mientras recorre mi figura de arriba abajo. Espero que mi vestido azul marino y ajustado y mi pelo largo bien peinado

en ondas le resulten adecuados para la tarea que me han

encomendado—. Pase, por favor. La señorita vendrá enseguida.

Mis pasos resuenan en el gran *hall* de mármol y lámparas de araña. Da igual el tiempo que pase en este país. Nunca me acostumbraré a tales construcciones lujosas que contrastan tanto con el lugar en el que yo me crie.

Sujeto el maletín, nerviosa. Espero que vaya todo bien. Tener otra clienta de tal calibre en mi cartera de clientes es lo mejor que me podría pasar. Necesito ahorrar.

—Tú debes de ser la famosa Margarita González.

Dirijo la mirada hacia el lugar del que proviene la voz que acaba de retumbar por toda la estancia. La localizo pronto. La señorita Alma es una chica joven, quizá más o menos de mi misma edad, y es preciosa. Baja la escalinata de mármol como si de un hada se tratara: con gracia, elegancia y estilo. Y eso que tan solo lleva puesto un batín largo de seda bastante floreado. Su pelo, casi negro, delicadamente peinado en tirabuzones, rebota de arriba abajo, una y otra vez, como si fuesen muelles. La verdad es que mirarla es adictivo.

—Encantada de conocerla, señorita Álvarez —saludo con educación.

—Llámame Alma. —Me sonríe cuando se queda a un metro de mi posición. Tiene los ojos más azules que he visto en mi vida. Cuesta mantenerle la mirada—. Eso de ser tan refinados me hace sentirme como una persona de noventa años.

Sonrío por su comentario. Ella me indica que la siga, y obedezco, hasta que llegamos a un gran salón con suelos de mármol y mullidos sillones de terciopelo rojo. Me invita a sentarme y ordena a su sirvienta que nos traiga algún refrigerio, a pesar de que yo insisto en que no es necesario.

—Permíteme que también te tutee —pide—. Te preguntarás qué haces aquí. Bueno, tu fama te precede; me han hablado tan bien de ti y de tu gusto para la confección que no me he podido resistir.

Ahora, ya algo más tranquila, me doy cuenta de que su acento no es para nada argentino.

—Pues aquí estoy para lo que necesite..., Alma.

Me cuesta tutear a una clienta.

La señorita sonríe de nuevo, y siento que me puedo llevar bien con ella. No sé, a veces, con ciertas personas, hay una conexión especial, como si la conocieses de toda la vida. Y

eso me ocurre, en estos momentos, con Alma. Además, una amiga no me vendría mal, ya que me he cerrado tanto en mi oficio que lo único que hago es trabajar o estar en casa. Y, si salimos, es en familia. Al cine, al teatro, o a cualquier cena o paseo.

—Me han invitado a la cena que dan los Duhau, la semana próxima, en su palacete —

explica mientras le indica a la sirvienta dónde dejar la bandeja con las dos tazas de té humeantes—. Somos nuevos en la ciudad. Ni yo ni mi marido sabemos muy bien qué llevar a tal clase de eventos. No queremos quitarles el sueño a esos ricachones estirados si cometemos alguna clase de error de etiqueta.

Se ríe con confianza, tal parece que le gusta tanto como a mí el postureo de la alta sociedad. Le sonrío también.

—Entonces no debes temer, Alma. —Tomo la taza de té—. He vestido a parte de la alta sociedad de esta ciudad durante más de diez años. Sé cómo mantenerlos a raya, o ser la envidia de todos.

—Me caes mejor de lo que pensaba.

—Usted es también muy agradable... Quiero decir, tú eres muy agradable. Disculpa, no es muy normal tutearse en estas situaciones.

—Pues vete acostumbrando porque no voy a dejar de hacerlo. —Me mira mientras ambas bebemos del té de canela—. Eres española, ¿verdad?

Esa es la pregunta que he estado esperando, ya que yo también tenía muchas ganas de hacerle la misma.

—Sí —confirmo—. Viví allí hasta los diecisiete años, luego tuvimos que emigrar por circunstancias forzosas. Bueno, ya sabrá lo que está pasando desde hace años por allí.

—Lo sé de sobra. Yo también lo soy.

Finjo sorprenderme levemente.

—Si te soy sincera, tu acento no parecía muy porteño. —Suelto la taza, de nuevo, en la mesa—. ¿De qué parte de España eres?

—Badajoz —comenta segura y con añoranza al recordar su tierra—. He sobrevivido allí hasta hace algunos años. Mi familia, al igual que la tuya, sufrió demasiado. Y, como tantas otras, nos vimos obligados a marcharnos. He estado en Francia, siete años.

Después, conocí a mi esposo. Su familia es francesa, pero tenía también algunos familiares aquí y heredó una gran suma de dinero al morir su tío; por eso hemos decidido establecernos aquí. Aunque yo...

Noto cierta angustia en su voz.

—Quiere volver a España, ¿no es cierto? —pregunto sabiendo bien cómo se siente, porque yo me siento igual todos los días hace dieciséis años.

Me mira con los ojos brillantes y asiente.

—Pensaba que me tacharías de inestable mentalmente. ¿Quién, en su sano juicio, querría volver a un país donde, si no sigues sus normas, te asesinan, donde te matan de hambre, donde hay tantas injusticias? —Suspira—. Pues yo. Precisamente por eso, porque quiero hacer justicia.

—La entiendo perfectamente. —El corazón me late más rápido. ¿Podría haber encontrado a alguien que me comprenda y que sería una aliada?—. También tengo algunos asuntos que resolver. Me encantaría poder volver.

—Me temo, Margarita, que tú y yo vamos a tener que hacer muchos vestidos juntas.

Su mirada está llena de intenciones, mientras se pone en pie.

—Comencemos por el primero entonces.

Sonrío.

***

Todos notan un cambio en mí cuando nos sentamos a la mesa en el gran comedor.

Sinceramente, la tarde con Alma me ha venido muy bien. Nunca he encontrado a ninguna persona aquí con la que congenie tanto y con la que me sienta comprendida e identificada.

Tomé sus medidas; también anoté sus preferencias en color, tipo de tela y estilo, y ella me estuvo contando más de su vida en España y de cómo lleva su matrimonio sin meterse en detalles. Confirmó, así, todo lo que dicen las malas lenguas: está claro que no hay amor y que Alma, en ese aspecto, es una negociadora nata. Vio que con él tenía futuro, se llevaban bien y llegaron a un acuerdo el uno con el otro. Una lástima que nunca pueda vivir un amor de verdad. Los ojos de Manuel, su beso hace años y su sonrisa, esperándome a escondidas en el callejón, aparecen sin permiso.

Aunque, para amar y que te claven un puñal, tampoco es necesario pasar por ese sufrimiento en absoluto.

—¿La señorita Álvarez no es la chica que se ha casado con el heredero de los Romero?

—comenta Emilia con curiosidad, mientras se lleva un trozo de jugoso marisco a la boca; seguro que a sus oídos también ha llegado la historia del sambenito que le colgaron en la ciudad por su dudosa aparición.

—Sí, su nombre es Alma. Y para nada es como la están pintando —la defiendo.

—¿Has pasado unas horas con ella y ya es tu mejor amiga? —comenta Carlos bromeando por mi ímpetu.

—Puede ser que sí, que lleguemos a serlo. Por lo poco que la he tratado, tiene muy buenos valores y es muy agradable. También es española.

Padre me toca la mano con cariño.

—Si es así, me alegro de que por fin hayas hecho una amiga. Me preocupaba que estuvieses todo el rato aquí, encerrada y sin socializar. Sé que te has adaptado como has podido, pero siempre estás tan sola...

Le sonrío de vuelta.

—No te preocupes, padre.

—Si es española y está con ese vejestorio, sabemos de sobra por qué lo ha hecho —

comenta cortante el padre de familia con su usual carácter.

Su mujer lo interrumpe antes de que empiece a destilar más odio.

—Justo mi hijo me estaba proponiendo salir esta noche. Pero creo que ya estamos demasiado mayores para seguir el ritmo de la juventud. —Emilia nos mira emocionada.

Creo que sé por dónde van los tiros—. ¿Te apetecería acompañarlo, Margarita?

—Mamá, la estás poniendo entre la espada y la pared —se queja Carlos mientras le da un largo trago a su vaso de vino, clara señal de que también lo ha incomodado.

—Tonterías. En el Teatro Casino, hay zarzuela esta noche. *La verbena de la Paloma* está teniendo mucho reconocimiento, y así Margarita se puede sentir más cerca de su hogar.

—Mañana es día laboral. —Mateo vuelve a cortarnos—. No es día para que los muchachos ronden por la calle.

—No sé si se te olvida que tengo treinta y cuatro años ya, papá. No voy a acatar órdenes.

—Pues, porque tienes precisamente esa edad, deberías preocuparte por tus responsabilidades y por encontrar una esposa —se queja el señor Duhau con vehemencia; siento que se quedó anclado en el siglo pasado.

—Lo haré, padre. Que no te quite eso el sueño —contesta Carlos con una tonalidad desafiante, como si quisiera molestarlo. Las luchas entre ellos son eternas cuando empiezan así—. Pero, esta noche, me apetece ver la zarzuela, y no creo que deba pedir perdón por que un joven de mi edad quiera salir a divertirse un poco con una compañía agradable. —Luego, fija su mirada en mí de manera intensa. El tenedor me tiembla en la mano levemente—. ¿Qué dices?, ¿salimos, hermanita?

## Capítulo 19

A pesar de ser las nueve de la noche de un lunes cualquiera del mes de mayo, la calle está abarrotada de personas que entran y salen de los locales de ocio y restaurantes que la inmensa ciudad de Buenos Aires tiene para ofrecer a todo aquel que tenga un ápice de ganas de divertirse. Camino al lado de Carlos, nerviosa, mientras nos dirigimos al Teatro Casino, charlando de temas banales.

Una vez acomodados en nuestras butacas, disfruto de la zarzuela más de lo que pensaba. Nunca he estado en Madrid, pero la ambientación de sus calles y de una verbena, en pleno agosto, rodeada de bailes, rencillas vecinales y amoríos, me enamora a primera vista. Me hace añorar mi país y recordar, también, nuestras ferias y verbenas llenas de farolillos, bailes y vestidos de volantes, antes de que nos sucediese todo esto.

Además, Carlos no deja de rozar mi brazo disimuladamente y de comentarme aspectos del acto que estamos presenciando: de la calidad de los actores, de la música, del vestuario y de la pasión con la que viven el amor los españoles.

—¿Todos sois así? —me pregunta de forma coqueta—. Porque la verdad es que, después de ver esto, me está apeteciendo conocer a una apasionada española como Susana, la protagonista.

—No sé qué tiene de romántico estar celoso, pelearse durante todos los actos y acabar en la cárcel, Carlos —lo pico haciendo alusión al argumento de la zarzuela—. Aunque, en el fondo, a mí también ese romance logra acaparar mi atención.

Él me mira en la penumbra de una forma que cada vez es más frecuente y que me hace sospechar que las teorías de su madre son ciertas.

—Bueno, sentir un amor que te lleve a esos límites también tiene que ser cuanto menos apasionado de experimentar —susurra y yo trago saliva levemente mientras le sostengo la mirada.

—No te lo puedo afirmar, ya que nunca he sentido algo parecido —miento.

En la fila de atrás, alguien nos chista para que nos callemos. Me ruborizo por la conversación y por el toque de atención.

—¿Nunca te has enamorado, Margarita?

Lo miro suplicando que se calle, colocando mi dedo índice contra mis

labios, y le pido que siga prestando atención a la función antes de que nos echen del teatro. Siento que, de vez en cuando, me mira de reojo y se mueve inquieto.

¿Qué hago con este hombre? Su madre parece morir por que yo me convierta en su nuera, algo que creo que su padre no aprobaría. Y Carlos, desde luego, está comenzando a pasar una barrera que nunca nos hemos atrevido a cruzar. Mi padre parecía algo inquieto cuando nos vio salir a los dos juntos, pero aun así no rechistó.

Imagino que, a pesar de lo que sienta, también está feliz de que haga un poco de vida fuera del palacete.

¿Y yo? ¿Dónde quedo yo en toda esta ecuación? Ni yo misma sé contestar a esa pregunta.

Carlos me gusta. Siempre me ha parecido un chico atractivo, interesante y echado para adelante. Pero nunca he pensado que se fijaría en alguien como yo. Tiene decenas de señoritas vestidas de punta en blanco, bellas, que beben los vientos por el heredero del imperio Duhau y las cuales también poseen una inmensa fortuna. Yo no tengo fortuna que ofrecer nada más que comprensión, apoyo y un puñado de traumas que son difíciles de gestionar. ¿Quién me elegiría a mí? Una a una, he contemplado a señoritas salir y entrar a la casa, pero con ninguna tuvo éxito y a las pobres ni se las ha vuelto a ver en sociedad. ¿Tan bueno es el amor que ofrece mi hermano postizo que, al quedarse provistas de él, el mundo parece acabar?

Siento su grande y cálida mano sobre la mía de repente, de manera sutil y cariñosa. Sin dejar de posar sus ojos en el escenario, Carlos muestra una sonrisa de satisfacción. Lo miro a él primero y, luego, a nuestras manos entrelazadas. Los dedos se deslizan uno a uno para unirse por completo. A mí... me gusta. Carlos me hace sentir más viva, deseada, más importante al elegirme entre todas las opciones infinitamente mejores que tendría un chico guapo, rico, líder, como él. No aparto su mano. Esto no está tan mal después de todo.

***

Salimos sonrojados y algo incómodos cuando la función acaba, sumándonos a la marabunta de personas que también se marchan a casa. Cuál es mi sorpresa que, en la acera, me encuentro a la señorita Álvarez.

—¡Margarita! —exclama al verme y se acerca para darme un par de besos—. ¿También estás aquí porque extrañas España y necesitabas, al menos, un trocito de ella?

Sonreímos.

—Carlos me convenció para venir. Ha sido un espectáculo maravilloso, ¿no es así?

Ella mira de arriba abajo a mi acompañante, de un modo que no corresponde, desde luego, a una mujer casada. Él le devuelve la sonrisa, halagado por provocar esa falta de palabras ante las féminas. Si algo he aprendido de él es que le encanta ser el centro de atención.

—Soy Alma —se presenta ella. También le planta un par de besos, algo que no está del todo bien visto aquí, ya que tan solo se dan uno —. Encantada de conocerte, Carlos. ¿Y

tú eres...?

—La verdad, no sabría cómo describirme —contesta él juguetón, fijando la mirada en mí—. Amigo, hermano, confidente, la persona que la saca de sus casillas de vez en cuando...

—Es el hijo de la familia que nos acogió cuando llegamos a Argentina —explico antes de que se formen ideas raras en la cabeza—. Es algo así como un... primo.

—Oh, ya veo...

Alma alza la ceja.

—Vaya, me esperaba de todo, menos eso.

Ríe él.

Un hombre en sus cincuenta, alto y corpulento, se acerca a nosotros vestido elegantemente con un traje negro.

—Él es Benjamín —nos presenta—. Es mi esposo.

Carlos le tiende la mano casi como si estuviera conociendo a una estrella del cine.

—Señor Romero, ¿quién no ha escuchado hablar de su familia? Son

una leyenda en esta ciudad y en Europa. Siento la pérdida de su tío abuelo.

—Bueno, gracias a él podemos vivir mucho más cómodamente que en Francia, así que su muerte no ha sido en vano —bromea, y me parece de mal gusto; Alma arruga la nariz, de manera casi imperceptible, en un gesto de fastidio.

—Será mejor que nos vayamos, es tarde —comenta ella, pasando el brazo por el de su esposo, antes de que siga causando una mala impresión—. Ha sido un placer veros, ojalá que coincidamos más veces. Carlos, encantada. Margarita, nos vemos en unos días para ultimar el vestido.

Después, nos guiña el ojo y, tras ambos decir adiós, se marchan caminando con paso rítmico por la acera y se pierden entre el gentío.

—Que ese espectáculo de mujer esté casada con ese papanatas por amor no se lo cree nadie —comenta Carlos como si fuese una vieja chismosa.

Ahí viene la parte que me chirría de él.

—¿Llevas toda la noche coqueteando conmigo y ahora llamas guapa a otra mujer? —

pregunto fingiendo fastidio, aunque no del todo, ya que siento algo extraño y parecido.

—¿Estás celosa?

Nos aguantamos la mirada fijamente. Se me remueve algo dentro. Demasiado por el día de hoy.

—Mañana hay que trabajar. Anda, vámonos.

Y él no rechista, me sigue y cambia de tema, y no para de hablar y hablar hasta que nos encontramos dentro del palacete. Subimos juntos la gran escalera frontal, ya que ambas habitaciones están en la misma dirección. Cuando alcanzo mi puerta, me giro para despedirme de él.

—Lo he pasado estupendamente, Margarita. Deberíamos salir más a menudo.

—Depende de cómo te portes —contesto ahora yo, juguetona.

—Soy el mejor partido que encontrarás en esta ciudad —comenta

dejando claras sus intenciones—. Nunca he perdido un buen negocio.

—¿Eso soy para ti?, ¿un negocio?

—No quería decir eso —explica—. Lo que se me mete entre ceja y ceja es posible que lo consiga, nada más. Si tengo que portarme bien..., pues... me portaré de escándalo.

—¿Y qué pasa con la señorita Camila? —pregunto sacando el tema de su exnovia, y logro desconcertarlo.

—¿Qué ocurre con ella?

—Lo dejasteis hace tan solo un mes, Carlos. Es prácticamente imposible que, con tan poco tiempo de duelo, te sientas con ganas de comenzar una nueva relación después de tantos años juntos.

Él se acerca a mí y me acorrala contra la gran puerta de madera de nogal con labrados.

Miro asustada a un lado y a otro por si alguien nos descubre de esta guisa.

—Ella me asfixiaba —explica—. Hacía tiempo que no sentía nada, pero no era capaz de terminar porque sabía que se pondría como las locas. Me quería demasiado, supongo que tengo ese efecto. Perdió la cabeza y yo solo le hice un favor. —Sonríe pagado de sí mismo y yo pongo los ojos en blanco por su alta estima—. No era feliz, Margarita. Me alejó de mis amistades, me quitó mis libertades. No sabes lo que es tener, cada dos por tres, a tu novia montándote un numerito. Y sus celos extremos... Cuando algo no funciona, es mejor dejar que cada uno siga su camino. Pero ella no lo lleva demasiado bien. Ahora, aparte de ella, también su familia me odia.

—Debió haber sido duro para ti —contesto comprensiva.

Puedo notar su aliento cuando habla en mis labios, y comienzo a sentir una quemazón bajando por mi vientre.

—Mucho —sigue él casi en susurros, mientras se acerca peligrosamente a mi boca—.

Por eso quiero a alguien que me dé tranquilidad. Ya he sufrido demasiado. Basta de jugar. Y tú, Margarita..., tú eres diferente... Si tú

quisieras...

Sus labios rozan, con sutileza, mi labio superior, y me encuentro tan sobrepasada por el momento por sentir su aliento, su boca húmeda sobre la mía, por recordarme tanto a aquel primer beso hace tantísimos años que se palpa muy diferente, aunque sea el mismo acto.

Antes de que pueda profundizar su beso, escuchamos algo hacerse añicos y nos separamos a toda velocidad. Observamos, respirando agitados, a Renata, la sirvienta que me enseñó a coser, sorprendida por habernos visto así. Empujo a Carlos para apartarlo de mí con sutileza, y corro a ayudarla para que no se corte con los platos y tazas rotas.

—Tranquilos, señores, no diré nada —promete ella mientras me agacho a su lado.

—No hay nada que ocultar, Renata. Tenga cuidado.

—Buenas noches, señoritas —se despide Carlos, sin agacharse a ayudar, con las manos metidas en los bolsillos y visiblemente afectado por lo que acaba de pasar.

Yo necesito, también, unos instantes para aterrizar en este planeta de nuevo.

## Capítulo 20

Intento centrarme, el resto de la semana, en acabar todos mis encargos para la cena de esta noche, de la familia. Recorro la ciudad entregando trajes rematados y planchados, listos para que las señoras luzcan sus mejores galas ante todos los mandatarios que nos van a estar visitando. La verdad, me siento extenuada, tengo tantas ganas de asistir a esa fiesta como de atravesarme el océano Atlántico a nado. El gran volumen de trabajo me ha agotado de sobremanera. Eso se suma a los preparativos en los que le eché una mano a la señora Emilia para que todo estuviese digno de admirar y al incesante coqueteo de Carlos, que da a entender a todos, más que nunca, que donde pone el ojo pone totalmente la bala.

Disfruto mucho de sus atenciones. Hemos salido juntos más veces esta semana.

Paseamos, fuimos a ver las carreras que hacían niños y adultos con barquitos de vela de juguete; cenamos a la orilla del Atlántico, en lugares exclusivos, al abrigo de la ciudad, y visitamos el teatro de

nuevo. Me presentó, incluso, a algunos de sus amigos y conocidos. Va totalmente en serio. Yo me tengo que replantear, también, el ir de ese modo o no.

Dejo que me bese, salgo con él; incluso caminamos de la mano, en calles poco transitadas para que no haya demasiados testigos. Me trata como toda mujer sueña con ser cuidada, y eso me hace estar en una nube, pero a la vez algo asustada. Tengo un pequeño presentimiento, desde el inicio, de que, si me dejo llevar completamente por Carlos, acabaré como todas esas señoritas que estuvieron antes con él. Pero él ya me lo ha explicado: cuando algo no funciona, no hay que forzarlo. Quizá con ellas no tuvo éxito, quizá tal vez yo sea la mujer destinada a él. Conmigo sería distinto.

***

—Es una preciosidad, Margarita —susurra Alma, deslumbrada por cómo el vestido marrón que le he diseñado se ajusta a su figura y resalta su feminidad—. No se quedaban cortas todas las que hablan de tu gran talento.

—Muchas gracias, Alma. Escuchar cosas así siempre te ayuda a seguir adelante. —Me pongo detrás de ella, y las dos nos vemos reflejadas en el espejo de cuerpo entero—.

Benjamín deber tener cuidado, todos los caballeros no van a poder mirar a otra dama cuando estés cerca —bromeo colocándole mejor el vestido en la zona de los hombros—.

Pues ya está.

—A Benjamín todo le da igual —contesta apática—. Nuestra unión es meramente por intereses. Yo disfruto de su riqueza y es mi trampolín para todo lo que quiero hacer; en cambio, él puede tener a una jovencita que caliente su cama. Te juro que hay días que tengo que aguantarme las ganas de vomitar, aunque nos llevemos bien. —Nos reímos, pero en el fondo siento lástima por ella. Una chica tan joven y hermosa, sin la posibilidad de vivir lo que yo estoy viviendo—. No pongas esa cara —me dice con cierta guasa cuando ve mi expresión—. Yo tengo el corazón de piedra en realidad. Y

tengo un propósito claro en la vida.

—Pues también eso es de admirar, no es nada fácil tenerlo.

Se baja de la pequeña tarima y me toma de las manos. Está realmente guapa.

—Oye, con el tal Carlos este, ¿vais en serio? —pregunta muerta de curiosidad.

—Ya veo que todo Buenos Aires lo sabe.

—Bueno, os habéis dedicado a dejaros ver en público durante días. De algo iban a hablar, eso es seguro.

—Creo que... —Vacilo—. Creo que sí. Carlos es un hombre peculiar, pero es una buena opción para mí. Es muy popular, un líder, me hace sentirme importante y deseada...

—Guapísimo es, eso desde luego —comenta risueña—. Pero también hay otras lenguas que no hablan tan bien del heredero de los Duhau, amiga.

—Si vas a hablarme de su fama de mujeriego, lo sé. Me he criado dieciséis años a su lado, lo conozco bastante bien. Pero no sé, esta vez lo veo más centrado.

—¿Y su fama de beberse los barriles de cada taberna también?

—Bueno, de vez en cuando, le gusta salir con sus amigos y divertirse. Tiene muchas responsabilidades y cosas de las que ocuparse; su puesto no es moco de pavo. Tiene todo su derecho a despejarse.

Ella me mira, y no parece muy convencida con mi argumento. Se nota que se guarda algo para ella.

—Yo también tuve un novio una vez, se llamaba Nando, y pensé que estaría conmigo eternamente mientras me perdía en promesas y palabras de amor. ¿Y sabes qué? Al final, me ahogué de tanto azúcar. En mis peores momentos, me abandonó a mi suerte, y desde entonces ya no confío en nadie más. El amor te hace vulnerable, te da el poder de que una persona te destroce hasta la médula. Deberíamos tener cuidado con a quién elegimos porque, aunque desaparezcan, nos dejarán marcados toda la vida. Y no de manera positiva, créeme. Creo que deberías tener cuidado con él. Si les hizo todas esas cosas a sus anteriores parejas..., ¿quién te garantiza que tú no acabes igual?

Toma un collar para ver si le combina con el vestido, y se lo prueba delante del espejo.

Ella se ha abierto conmigo y yo decido abrirme también.

—Yo sentí algo muy bonito por alguien. —Capto su atención y me agarro de las manos; no es fácil hablar de él—. Un chico. Mi familia se estaba muriendo de hambre, teníamos que recurrir a asuntos ilegales para sobrevivir. Y él nos ayudó en varias ocasiones. Creo que sin su ayuda ahora sería una chica marcada por una violación, o incluso una cifra más en los muertos del hambre de aquella década. —Su expresión cambia, y me mira con ternura y con alguna sensación más que no sé descifrar—. Pero apenas pasó nada, un par de besos y poco más; teníamos diecisiete años.

Bajo la mirada a mis manos, que me sudan.

—El primer amor es muy bonito, Margarita.

—Sí, hasta que lo descubres besándose con otra.

—Auch —exclama ella de forma expresiva—. Bueno, estoy segura de que encontrarás a alguien que merezca la pena y que borre todo el daño que hay dentro, aún sangrando.

—Espero de corazón que tú también —le digo con cariño.

Ojalá algún día pueda ser feliz.

—Madre mía, qué ñoñas nos ponemos con los vestidos y el amor. —Ríe para quitarle hierro al asunto—. Mejor pongámonos al día de lo que sucede en nuestro país.

Siempre que visito a Alma, cuando acabamos con nuestras tareas y encargos, solemos tomar el té leyendo algunos periódicos españoles que le proporcionan contactos suyos

que, al igual que mi padre, nunca revelaba. Hoy, hacemos lo mismo y descubrimos que planean trasladar el cuerpo de Primo de Rivera, el padre del fascismo en España, al Valle de los Caídos, un cementerio monumental en la sierra de Guadarrama, donde entierran con honores a todos los afines al régimen.

También, descubro que hace ya algunos años se puso fin a las cartillas de racionamiento, gracias a los importes económicos que nos cedieron los americanos a cambio de construir bases militares en el país. A

pesar de todo esto y de otras ayudas recibidas de Europa, España sigue, en muchas zonas, con un subdesarrollo importante.

Analfabetismo; falta de electricidad, de teléfonos y de productos básicos; niños en las calles; viudas de negro que lloran tras las rejas de sus hogares, y personas azotadas por la Falange, que sigue manejando el país con mano de hierro. Mi querida Andalucía ha sido una de las zonas más afectadas, cuyos habitantes han huido a provincias más prósperas en busca de un mejor futuro, como Cataluña, Valencia o el País Vasco. A pesar de todo ello, el país ha comenzado a recibir turistas, enamorados del sol y las playas, lo que, al generalísimo, no le hacía demasiada gracia.

—Sí, no vaya a ser que esos extranjeros vengan a hablarte de cómo es realmente la vida sin un tirano y su plan se vaya a pique, ¿verdad? Supongo que hasta los demonios tienen algo de miedo de vez en cuando —comenta con rebeldía para dejar claro de qué lado está—. Por Dios, ¡hasta han prohibido mostrar las clavículas a las mujeres!

Y automáticamente su postura me lleva a la casa de Aurelia, y a la rebeldía que mostraban ella y Verónica en contra del régimen. La echo de menos a pesar del rencor, a pesar de lo que pasó. Fue mi mejor amiga. Pero también me traicionó e hizo que mataran a mi madre junto con Julián. No se merece ni una lágrima. Aunque confieso que, de vez en cuando, no dejo de pensar en qué habrá sido de su vida. Si está viva, o en alguna fosa común, fruto de su rebeldía. Miro a Alma, y prefiero guardarme mis pensamientos para mí misma. Así que sigo leyendo.

La hija de Franco, Carmen, se casó también hace ocho años. Y, luego, se dignó a repartir comida entre los vecinos de los alrededores. Claro, porque así compensaría el dineral que se habría gastado en la boda y nadie hablaría de su derroche. Las fotografías no mienten. Algunos sin pan que llevarse a la boca y otros, tirando el dinero, como siempre. Octavillas, pidiendo ser un buen español con peticiones absurdas que se hacían populares; huelgas; corrupción; la escuela, obligando a los niños a cantar *Cara al sol*, el himno de la Falange; machismo; barracas; fusilamientos...

—No me apetece leer más. —Bajo los periódicos y me muerdo los labios—. Al final, lo único que consigo, también, es ponerme enferma leyendo este tipo de cosas y no pudiendo hacer nada para ayudarlos.

—Pero nos mantiene informadas, y eso es poder. —Ella también deja su periódico—.

Aquí nadie nos va a estar fusilando por leer esta clase de revistas. Al menos, por ahora.

Eso nos lleva a recordar el motivo por el que estoy en casa de Alma. Me fijo en el reloj que descansa encima de su chimenea. Son las cinco de la tarde.

—¡Dios mío! ¡Qué tarde es! —Me pongo de pie rápidamente, tanto que mi amiga se sobresalta—. Tengo que volver a casa a ayudar a los Duhau y a arreglarme para el evento. Estarán preguntándose dónde estoy. Sé mi mejor embajadora.

Cojo mi maletín y le digo adiós con la mano. Nos vamos a ver pronto de todas maneras.

—Creo que la modista va a deslumbrar más esta noche que yo —contesta de manera misteriosa.

Llego media hora después, con la intención de ayudar en lo que pueda, pero Emilia y los empleados ya tienen todo listo para el evento. Las mesas, repletas de comidas, de bebida, para que cada uno se sirva a su parecer. Han contratado a un cuarteto de cuerda, que afina sus instrumentos en una esquina del gran salón, llenando el palacete de una melodía bastante agradable. El olor que destilan los grandes centros de flores repartidos por la sala no es para menos tampoco. Me siento en otra época.

La señora Emilia me comenta que no tiene nada más que preparar, así que subo a mi cuarto a arreglarme. Cuando me coloco el vestido rojo oscuro que yo misma he diseñado y cosido, me siento orgullosa. Tiene un escote en cuello barco que muestra parte de la espalda, se ajusta a mi figura de una manera muy favorecedora, y deja ver mis zapatos negros finos y elegantes. Nunca me llevo demasiado bien con los zapatos de tacón, pero esta noche no tengo mucha elección.

Una de las chicas del servicio me ayuda a peinar mi larga cabellera marrón y ondulada, dejando uno de los lados algo más recogido para que se puedan admirar mis pendientes de color oro. Son de los primeros que me compré cuando cobré por primera vez y, aunque no son ni buenos ni de marca, les tengo mucho cariño porque me los gané yo misma. Luego, me dejo el rosario de la abuela, como siempre,

debajo del

vestido. Le pido un maquillaje sutil a mi ayudante, y tan solo sombrea y delinea mis ojos oscuros y grandes levemente, acompañándolos de unos labios de un rojo suave.

—Señorita Margarita, está usted radiante —me halaga ella.

—Gracias, Greta. —Me pongo de pie tomándole de las manos—. Gran parte es gracias a ti. Ahora descansa.

Ella me sonríe y se despide con un pequeño gesto, inclinando la cabeza.

Son casi las ocho de la tarde, los invitados deben estar a punto de llegar. Respiro varias veces para calmarme, no he sido consciente de cómo me tiembla el cuerpo. Detesto estas cenas. Es un desfile incesante de altos cargos, ministros, nobleza de muchos países, y se deleitan tragando y bebiendo y brindando por ser los amos del universo. Mientras mucha gente vive y sufre bajo su yugo. No veo nada que celebrar. Todo es pura hipocresía para caerle bien al político de turno.

—No deberías darle tantas vueltas cuando eres la mujer más espectacular que he visto hoy.

La voz de Carlos me hace salir de mis cavilaciones. Me observa galante, deslumbrado, con deseo, desde la puerta abierta de par en par.

—No exageres, anda. No has visto a las demás aún.

—Pero no lo necesito. —Se muerde el labio en señal de deseo y contención—. ¿Bajamos?

Tomo mis guantes a juego con el vestido, que reposan encima de la cama, y camino hasta su posición.

—¿Ya te has recuperado de lo de ayer?

Cierro la puerta a mis espaldas y él muestra una sonrisa pícara.

—No sé de qué habría que recuperarme.

—Te escuché, regresaste a casa a las cinco de la madrugada. —Comienzo a caminar junto a él por el pasillo, en dirección a la escalera, para bajar al gran salón—. Y no se escuchaban pasos

demasiado normales.

—Me has pillado. —Su expresión es muy cómica y adorable—. Ya sabes, uno invita a otro, el otro invita a uno...

—Y el uno siempre se deja enredar...

—Lo siento, Margarita. Si es que soy un poco bruto.

Es la primera vez que lo escucho referirse a él mismo de esa manera. La verdad, siento un poco de pena por echarle la bronca. No soy su madre, eso es así, pero la conversación con Alma ha abierto algunas dudas en mí sobre el gusto que tiene de estar más en la calle que en su hogar.

—Intenta controlarte esta noche. No queremos acabar espantando a todos estos estirados, ¿verdad?

Me agarro de su brazo con feminidad a modo de perdón.

—Intentaré no pasarme con el alcohol, pero no prometo nada de no pasarme contigo.

Ese vestido es simplemente espectacular.

Alzo la ceja y lo insto a bajar las escaleras. Los invitados ya están llegando.

## Capítulo 21

Esta velada es aún peor vivirla que imaginarla. El salón, lleno de gente importante, hablando de política soporífera; los unos les dan lecciones a los otros de cómo es la mejor manera de manejar el mundo, lo que es realmente una tortura. Hacen varios brindis por el nuevo presidente de Argentina y por cerrar tratos importantes que los beneficiarán a ambos bandos. Y dan mil veces las gracias al señor y la señora Duhau García de Zúñiga por su prolífica carrera como ministro y el gran gusto que tiene la señora para la decoración. Como si eso fuese lo único que pudiese hacer una mujer.

Emilia tiene un grandísimo talento para la contabilidad, pero el señor Duhau le prohíbe trabajar. Ella, a veces, echa una mano a su hijo con las cuentas de la familia sin decirle nada a su marido.

El cuarteto no para de tocar ni un segundo. Ni siquiera Alma, que se

ve radiante, puede librarme de esta tortura ni un poquito, ya que no dejan de acapararla y hacerle, también, mil preguntas al ser española.

Empiezo a agobiarme cuando me paso más de dos horas charlando con personas aburridas y teniendo que explicarles a todas y cada una de ellas qué hacemos mi padre y yo en este país, y cómo hemos logrado salir adelante gracias a la generosidad de la familia anfitriona. Eso hace que reciban más halagos por su solidaridad. Cuando me enzarzo en una pequeña discusión con un hombre bajo, rechoncho y con bigote que defiende la dictadura que azota a España, Carlos me salva pidiéndome que lo acompañe al lado de la mesa de bebidas con la excusa de tomar algo.

—Deberías controlar lo que dices, Margarita. Con los políticos uno nunca está a salvo de represalias. Creía que la prudencia era una de tus virtudes.

—¿Me vas a hablar tú a mí de prudencia? —le pregunto divertida pero totalmente en serio.

—Voy a tener que pulir esos modales. Te me rebelas demasiado. —Su tono cambia a uno mucho más cálido y juguetón—. Y tengo que enseñarte a tratar con la alta sociedad.

—Carlos, me ponen de los nervios —me excuso—. Toda esta pantomima no la soporto.

Menos mal que no tendré que verles las caras demasiado.

—Yo que tú no estaría tan segura de ello.

Toma una copa de champán de la mesa de roble y, luego, una cucharilla. La hace chocar con el vaso y llama, así, la atención de todos. El cuarteto deja de tocar. Ahora es mi corazón el que late acelerado.

—¿Qué estás haciendo, Carlos? Se suponía que veníamos a escondernos... —le susurro avergonzada de tener las decenas de ojos sobre nosotros.

Él suelta la cuchara en la mesa y sonríe.

—Yo también tengo algún asunto que cerrar esta noche, señoras y caballeros —

comienza como si de un gran orador se tratase, y atrapa enseguida la atención de todo el mundo—. En mis treinta y cuatro años de vida, he conocido a muchas personas. Unas han continuado a mi lado, y otras se han quedado por el camino. Algunas, indudablemente, te dejan una marca de por vida. Todos los presentes seguramente estaréis extrañados de que alguien como yo, joven, rico, exitoso, no haya encontrado a nadie con quien compartir su vida. Bueno, pues... —Me mira durante unos instantes pagado de sí mismo y aparentemente feliz —. Es porque estaba esperando a la mujer adecuada. La tengo aquí al lado.

La sala se llena con sonidos de exclamaciones. Puedo leer sus mentes. Un chico tal y como él se ha descrito, se ha fijado en una chica inmigrante, pobre, sin ningún linaje ni puesto destacable. La cara del señor Mateo Duhau es un cuadro, pero la de Alma lo es más aún.

Y todavía falta la mía. Carlos se arrodilla frente a mí y, decidido, mete la mano en el bolsillo derecho de su pantalón de pinza y saca una pequeña caja aterciopelada negra.

Cuando la abre, la belleza del anillo que veo en su interior me deja sin aliento. Oro y diamantes tan brillantes como la sonrisa de Carlos.

Todos aguardan expectantes a que dé mi veredicto. La respuesta que marcará un antes y un después en esta familia. ¿Por qué a mí, entre todas las novias que él ha tenido? Soy su peor partido, pero aun así aquí lo tengo delante de mí, esperando. Un gesto que tanto desearon sus exnovias y que en años no lo consiguieron y yo, en una semanas de cortejo, sí.

Busco a mi padre antes de emitir cualquier sonido, no sé descifrar su expresión. Se mantiene mirándome fijamente, con una copa en la mano, al lado de unos ministros uruguayos muy sonrientes. Me hace una mueca, que interpreto como que me deja vía libre para que yo decida qué es lo mejor para mi futuro. Carlos no está nada mal después de todo. Sí, un poco alocado y despreocupado, incluso egocéntrico, pero aun así me hace sentir alguien especial. Alguien por el que otra persona se hincaría de rodillas y le pediría que estuviese a su lado por toda la vida, como si fuese la persona más cotizada del planeta. La más deseada. La más afortunada. Nos conocemos desde hace muchos años, por eso no nos hace falta un cortejo de más tiempo.

Sus partes malas... Bueno, ¿quién no las tiene? Estoy convencida de que, con amor, paciencia y cariño, él irá siendo una persona más

centrada. Quizá, necesita tenerme al lado para ello.

—Margarita... —susurra él comenzando a impacientarse—. ¿Quieres casarte conmigo?

Viviríamos cómodamente, no nos faltaría el pan que llevarnos a la boca. Los ojos que tanto me afano en hacer desaparecer aparecen nuevamente, pasándome una bolsa de carne y patatas en un callejón medio destruido. No, lo último que falta en este momento es tenerlo presente. Con Carlos voy a tener una vida fabulosa. Mi padre también estaría cubierto en todas sus necesidades y nunca más perderíamos a nadie más. Tal vez, quedarnos en Argentina no suene tan mal del todo... Quizá, podamos también viajar adonde nos apetezca, llegado el momento, con las facilidades de la familia Duhau.

—Sí, Carlos —acepto—, me casaré contigo.

Él sonríe de oreja a oreja y apenas me da tiempo ni a coger el anillo de la caja, cuando me alza en volandas en un abrazo efusivo. Su cara termina casi en mi escote, y la gente no sabe muy bien cómo reaccionar. Al final, algunos aplauden de manera más natural y otros los siguen por cortesía, y acabamos la noche recibiendo halagos de los cuales seguro que muchos son por simple obligación y felicitaciones.

Me acerco a mi padre cuando Carlos se va con unos amigos a celebrar su éxito al otro lado de la sala. Él me mira con una expresión de sorpresa.

—Quién lo hubiera dicho —comenta y bebe un poco de su copa—. Ahora eres una mujer prometida. Enhorabuena, hija.

—Bueno, la verdad es que era un secreto a voces últimamente, pero no creo que al señor Duhau le haya gustado demasiado la sorpresa.

—El señor Duhau no importa, hija. —Veo en sus ojos el brillo de la preocupación—. ¿Es lo que realmente deseas? No quiero que aceptes este compromiso por mí, por llevar a cabo algún plan que tengas en esa cabecita o por pensar que no encontrarás a alguien más.

—Lo he pensado mucho, papá. Carlos me gusta —confieso abiertamente— desde hace bastante tiempo. Sí que es verdad que todo va muy rápido y estoy casi falta de aliento y hecha un lío, pero sé que es una buena decisión. Quizá, la mejor que pueda tomar.

Un pellizco se me instala en el corazón. Aunque esté, también, contenta y emocionada de vivir una vida con el soltero más codiciado de Buenos Aires, siempre vuelvo a sentir eso, desde el primer día que me comenzó a coquetear. Espero que con el tiempo se vaya, sea lo que sea. Todo iría bien.

—Entonces te apoyaré, hija. Si es algo que te hace feliz, yo lo aprobaré.

—Te quiero, padre.

Sonrío y él también, visiblemente emocionado. Aunque sé que hay algo que se guarda para él mismo.

Carlos se acerca, de nuevo, y me echa el brazo por la espalda para poner su mano en mi brazo.

—¿Salimos un ratito, prometida? —me propone lleno de intenciones.

Su madre, que viene en nuestra dirección, se acerca.

—Vamos, señor González, démosles espacio a los jóvenes para que disfruten de su gran noticia —sugiere mientras le pasa el brazo a mi padre por el suyo—. Le presentaré a los nuevos invitados, acaban de llegar de España también. Quizá, los conozca...

—Nos vemos, hija —se despide de mí mientras Emilia lo arrastra hacia otro lugar.

Miro a Carlos.

—¿Me vas a reñir, también, por esto? —pregunta juguetón, mientras caminamos por el palacete buscando el exterior.

—No se me ocurriría, Carlos, pero ¿te hubiese costado mucho ser un poco más discreto?

Río tímidamente.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen, querida. Quiero que todo el mundo sepa que vas a ser mi esposa. Que todo el mundo nos envidie. Somos la mejor pareja de Buenos Aires.

—A veces, solo hay que preocuparse por ser feliz uno mismo, no por lo que opine el mundo.

—Pues el mundo opinará lo que yo. —Se detiene y me roba un beso rápido en la soledad del *hall* de entrada—. Que estás preciosa y que vas a ser la novia más guapa del universo.

Lo aparto sonrojada y halagada.

—Nos pueden ver, quita —bromeo mientras me suelto de él y me alejo unos centímetros.

—¿Subimos, mejor, al cuarto? —suplica volviéndose a acercar—. Por las noches fuera refresca, podrías constiparte.

—Vaya, qué considerado te has vuelto de repente.

Unos pasos apresurados caminan a nuestra espalda. Son los amigos de Carlos. Tres hombres también en sus treinta, pero que mentalmente, si soy sincera, parece que no han pasado de sus dieciocho años, y demasiado generosa estoy siendo.

—Nuestro Carlitos se nos casa —grita uno saltándose los protocolos, por completo, de un acto de este calibre—. ¿Quién lo hubiese dicho?

—Hemos venido a ver de cerca qué tiene esta señorita española que ha logrado conquistar al caballero de hierro que siempre queremos en nuestro equipo.

Me da bastante asco la forma en que me miran. Aunque llevamos años viéndonos en eventos, nunca hemos logrado congeniar.

—Siento decepcionaros, se ha enloquecido conmigo él solo. Yo no he hecho nada —

bromeo para quedar por encima de ellos.

Se sorprenden de mi atrevida respuesta y miran a su amigo haciendo soniditos dignos de los chimpancés del zoológico de Buenos Aires.

—Si es que tiene una boquita y una lengua de oro, ¿dónde iba a encontrar otra así? —

me sigue el juego Carlos, señalándome como si yo también fuese un animal de ese zoológico, digno de observar.

—Pues espero que también sea de oro para otros asuntos.

El más alto bebe de su copa después de soltar semejante comentario fuera de lugar.

—Tendremos que comprobarlo —suelta Carlos y lo miro algo molesta.

Me están insultando. ¿Y esa es la mejor respuesta que él tiene que ofrecer? Me alejo un poco más de él, de ellos.

—Pues espero, también, que ustedes usen la suya para algo más que soltar sandeces.

Carlos me mira reprobatorio, pero sinceramente me da igual.

—Lo sentimos, señorita González —se disculpa otro fingiendo estar arrepentido, viendo que el ambiente se ha puesto algo más cargado—. Solo veníamos a pedirle a su prometido que nos acompañara a celebrar su compromiso. Imaginamos que usted estará cansada. Nosotros lo cuidaremos.

Miro a Carlos esperando su respuesta. No quiero que se vaya. Es una noche especial, la noche de nuestro compromiso, y me apetece pasarla junto a él, no sola en mi cama.

Puedo verlo vacilar. No sabe si decantarse por el amor o por la amistad. ¿Quizá estoy siendo demasiado egoísta al pensar tenerlo hoy para mí? Me siento muy mal. Debería dejar que se divierta con sus amigos y no llevarlo a rajatabla, o lo podría ahogar, como le pasaba con sus anteriores novias, y salir corriendo. Y romperme el corazón a mí también.

—Lo que diga mi futura mujer... —contesta mirándome.

Yo... no sé qué decir. Estoy atrapada entre mis deseos y lo que él desea. Pero noto en sus ojos que quiere pasar un rato divertido con los chicos.

—Anda, ve. —Mi voz apenas sale en susurros, aunque me estoy hiriendo a mí misma por dentro al no ser sincera con él—. Pero también quiero celebrar con mi futuro esposo. Así que no llegues demasiado tarde.

—¡Veis! ¡Es la mejor de todas! —exclama feliz porque le dejo hacer lo que él desea—.

Volveré en un par de horas, te lo prometo, y resolveremos ese asunto que se nos ha quedado pendiente.

Los amigos atraviesan la puerta principal, y él los sigue. Me da un cálido beso que le devuelvo con ganas. Deja mis labios húmedos.

—Tened cuidado —le susurro antes de soltarlo, y él asiente.

Los veo desaparecer por el camino de entrada en dirección a la verja. Y, aunque debería alegrarme por él, porque está feliz, celebrando con los suyos, me siento rara. Un poco vacía. No sé qué hacer ahora, que él se ha ido.

Suspiro y paso mis manos por los brazos para quitarme los guantes. Será mejor que suba a mi cuarto e intente dormirme. Total, Alma no estará disponible entre unos y otros, y padre y la familia también están al total pendiente de los invitados. Subiré y, en menos de lo que canta un gallo, Carlos estará de nuevo conmigo, entre las sábanas, quizá sin ropa, sintiendo su aliento en mi nuca y sus manos recorriendo mi cuerpo.

Cierro los ojos imaginándolo, aún frente a la puerta de entrada abierta. Suspiro.

Necesito dormir, se me está comenzando a ir la cabeza.

Unos ojos verdes con motas doradas se topan con los míos cuando los abro para dar media vuelta e irme a mi cuarto. Me quedo petrificada. Estoy harta de este recuerdo.

¿Ni en un día como hoy me va a dejar en paz? Ha sido una semana de locos. Pero, aun así, eso no me está haciendo imaginar nada.

Hay dos figuras de pie en la puerta de entrada, a unos siete metros de mí. Un empleado se afana en darles la bienvenida, mientras un tercero se une a ellos por detrás, acompañados de seguridad incluso.

De pronto, se me hiela la sangre y vuelven a mí las últimas palabras de Emilia, un rato antes: «Le presentaré a los nuevos invitados, acaban de llegar de España también.

Quizá, los conozca...».

Por supuesto que los conocemos, demasiado bien. Se me cae un guante al suelo cuando descubro que una de las figuras es Julián Roig. Comienzo a sudar frío, a sentir náuseas.

No puede ser cierto. No puede estar pasando esto. Si me llega a ver a mí o a padre, nos matará en el acto. Siento tanta rabia y odio... ¿De

qué asuntos tendrán que hablar los Duhau García de Zúñiga con semejante basura?

A su izquierda, otro hombre de avanzada edad le tiende su abrigo al servicio... y, justo al lado, clavándome los ojos de la manera más intensa que nadie ha hecho jamás, está él.

Dieciséis años mayor, apuesto, alto y llamativo, con un hoyuelo en su mejilla derecha.

Pero con los mismos ojos que atravesaban los míos en aquel callejón hace tantos años atrás.

Manuel. Manuel Suárez está en mi puerta. Sus ojos no me liberan ni un segundo.

Y lo mejor que se me ocurre es echar a correr.

## Capítulo 22

Recorro los pasillos que solo los que vivimos en esta casa conocemos, que no son los principales, para llegar, todo lo rápido que pueda, al salón donde está mi padre, los Duhau y todos los invitados. No siento las piernas ni los brazos; mi cuerpo está inundado de una horrible sensación de pánico y, a la vez, de grandísima sorpresa que va a hacer que me desmaye sobrepasada en cualquier momento. Tengo que llegar antes de que ese demonio lo haga.

Entro por otra puerta lateral y busco a padre como una loca.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me pregunta una persona del servicio mientras se percata de mi expresión fuera de sí—. ¿Necesita algo?

Niego efusivamente con la cabeza. Eso no la tranquiliza.

—¿Ha visto a mi padre?

No dejo de mirar la puerta principal.

—Estaba cerca de los López hace un rato, pero ahora no logro dar con él. —Ella otea la sala para echarme una mano—. Señorita, parece que la está persiguiendo el mismísimo demonio.

—Podría ser verdad, créame.

Y en ese momento veo su pelo cano, al lado del cuarteto de cuerda, aún acompañado de la señora Emilia. Echo a correr hacia él sin pensar en si mis acciones tienen decoro o no en una noche así. Él se sobresalta cuando lo tomo del brazo, y me mira algo confundido por mi carrera y mi cara desencajada.

—Padre, tenemos que irnos —susurro casi sin aliento por la angustia.

Le quito el vaso que sostiene en la mano y comienzo a tirar de él. Emilia se extraña.

—¿No te encuentras bien, Margarita? Imagino que demasiadas emociones hoy —

pregunta preocupada de que no esté con Carlos y al verme de esa guisa.

—Margarita, tranquila, no es noche para formar escenas —me dice mi padre con cariño.

El sonido del saludo de la multitud hace que mi corazón se vuelva a infartar. Deben estar entrando en la sala.

—Julián está aquí —suelto directamente, sin rodeos.

—Julián... ¡¿Julián Roig?!

Asiento preocupada. Su rostro se pone blanco también.

—Si nos ve, estamos muertos, padre. A saber, la de años que lleva buscándonos en España. No puede vernos.

—¿Hay algún problema? —pregunta la señora Emilia preocupada.

—Señora Emilia, por favor, no les hable de nosotros a los recién llegados —intenta explicar con serenidad fingida—. Es una historia larga, pero se la explicaremos mañana.

No pueden vernos, o nuestras vidas estarían en peligro.

Ella se espanta preguntándose, seguramente, cómo es posible haber puesto a dos miembros de casi su familia en tal peligro con sus invitados.

—Por supuesto, tranquilos. Subid a las habitaciones por el pasillo de

detrás, no debería haber problema en que nadie os vea.

Asiento dándole las gracias de manera silenciosa y, luego, padre comienza a andar apresurado hacia la puerta por la que yo he entrado hace unos minutos. Antes de desaparecer en el pasillo, echo un último vistazo al salón. Allí está, no me quita ojo de encima. No ha sido una alucinación. Es Manuel de verdad. En carne y hueso. Veo que también da media vuelta y se va por el pasillo. Dios, no, no, no. Ahora él no.

—Y pensábamos que estábamos a salvo —comenta padre agitado, mientras no deja de caminar rápidamente tirando de mí—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

—Nunca le hablaste de Julián a la familia, ¿verdad?

—Nunca le conté nada más allá de que buscábamos asilo. No debemos dar demasiados detalles. Nunca se sabe dónde podrá uno estar tranquilo. —Me mira un instante—.

Míranos. Y recemos por que a nadie de esta fiesta se le escape una palabra de nuestra presencia, aunque es complicado con la sorpresa que hemos tenido esta noche.

Hago un mohín. Dios santo, ¿cómo se van a callar que el hijo de los Duhau le ha propuesto matrimonio a una española inmigrante? Solo queda rezar por que no unan cabos. Somos millones de españoles los que huimos, miles los que estamos en Buenos Aires; ya debería tener mala suerte para que él piense en mí automáticamente. Espero, también, que haya más de una Margarita por aquí, por si por poca fortuna mi nombre sale de los labios de algún chismoso. Y si Manuel se entera... Dios mío, se va a enterar.

Alcanzamos la habitación de padre enseguida, y me insta a ir a refugiarme a la mía.

—No salgas hasta que sea de día y todos se hayan ido, ¿me oyes? Mañana veremos cómo afrontar esto que acaba de pasar... —Me mira preocupado. Estoy descompuesta.

Entre la rabia, el miedo, la angustia y lo que ha supuesto para mí volver a ver a Manuel—. ¿Venía solo, hija? —Niego con la cabeza. Mejor no mentir—. Si ha venido con alguien, habrá sido con Suárez.

Hace referencia al padre de Manuel. Solo lo vi aquella noche, hace ya tantos años, en la cena que servimos; pero, a pesar de tener casi veinte años de más, no perdía los rasgos que lo caracterizaban, como su hijo.

—Su hijo también está aquí —comento lo más bajito que puedo, para que nadie más lo pueda escuchar. —Él no acaba de percatarse de quién le estoy hablando, así que tiro de mis recuerdos con todo mi pesar—. El chico que nos ayudó llevándonos comida cuando la hambruna.

Sus ojos muestran, ahora, claridad.

—No me puedo creer que ese chico haya seguido los pasos de su padre —comenta algo decepcionado—. Con lo buen chico que parecía ser... —Me mantengo callada, temblorosa. Él se da cuenta de que mis emociones, ahora mismo, están por encima de mí—. Bueno, no hablemos más del tema. Seguro que vienen a hacer algún tipo de investigación o relación diplomática, y se marcharán tal y como han llegado. Métete en tu cuarto, ¿de acuerdo?

Asiento y dejo que él se meta en el suyo, dando la conversación por zanjada. Yo me doy media vuelta y continúo unas puertas más allá en el pasillo, hasta que me encuentro

enfrente de la mía. Las manos me tiemblan demasiado, sé que en la cama voy a ser incapaz de estar quieta y de procesar todo. Necesito aire, aire fresco.

Vuelvo a encaminarme hacia las escaleras, comprobando antes que no hay nadie indeseado en el vestíbulo. Todos se escuchan amortiguados dentro del gran salón. Bajo los escalones apresurada y corro hacia el gran jardín. El aire fresco de primavera me recibe nada más abrir la puerta, y respiro con urgencia, como si hubiese estado aguantando la respiración minutos bajo el agua. El jardín tiene la tranquilidad que yo he estado pidiendo a gritos.

Camino hasta la pérgola que hay en un lateral, que se mantiene tenuemente iluminada, y me siento en uno de los sofás color oscuro, mientras lucho por acompasar mi respiración. Se escuchan las voces y la música, amortiguadas por la lejanía, e incluso algunas cigarras batiendo sus alas por la inminente llegada del calor. Intento calmarme pensando que padre tiene razón: estarán hoy aquí y nunca más los volveré a ver.

Me he imaginado muchas veces, en mi mente, lo que les diría si los tuviese delante, con la rabia y sentimiento de injusticia que me han acompañado todos estos años, pero tenerlos frente a frente es algo muy diferente a imaginarlo. No contaba con que Manuel seguiría

teniendo esos ojos tan característicos en un cuerpo mucho más atractivo que su versión adolescente. No contaba con encontrármelo nunca más, si soy sincera.

Pero, también, cada vez que vuelvo a sentir lo que sentí con esos abusos, con la muerte de mi madre, con ese engaño en aquella habitación...

—Lo siento, señorita, pensaba que no había nadie. —Una voz masculina me sobresalta de sobremanera y me hace pegar un temblor que, si no hubiese estado en esta situación comprometida, hubiese sido bastante cómico. Distingo una figura alta y esbelta; pero, con las luces de la pérgola, no logro ver bien de quién se trata. Me pongo de pie—. No pretendía asustarla —continúa él.

—No se preocupe, ya me iba para mi cuarto. Disfrute de la tranquilidad, señor—

Me coloco mi vestido para reajustarlo y me decido a regresar. Está claro que esta noche no voy a tener el más mínimo ápice de paz.

Bajo los tres escaloncitos que me separan del caminito de tierra del jardín, con una sonrisa amable, para que mi acompañante no me note rara o apresurada. Exactamente justo como me siento en realidad. Pero la sonrisa se me borra de repente cuando al fin

puedo ver bien sus rasgos. Nos aguantamos la mirada durante lo que se siente un minuto entero. ¿Debería volver a echar a correr sin más? Antes me funcionó.

—De verdad que no quiero incomodarla, ¿señorita...?

Me mira alzando las cejas. Mi nombre, quiere saber mi nombre. No se acuerda de mí entonces. Suelto aire de manera abrupta, pero lo intento disimular. Me tranquiliza, a la vez que me decepciona. ¡Qué ilusa he sido de pensar que un chico cómo él se acordaría de mí dieciséis años después de nuestros encuentros!

—Margarita —le contesto con prudencia—. Y el que no se debe de preocupar es usted.

Yo ya me marchaba, ¿señor...?

Intento seguirle el juego haciéndome la tonta.

—Manuel.

Otra vez me mira con esos ojos dignos de un brujo que podría ver tu alma si quisiera.

Odio que tenga ese efecto en mí. Pero es que el Manuel adulto no es para menos. Alto, elegante, proporcionado, y una cara que perfectamente le haría a Carlos una grandísima competencia. Su nariz recta y larga le da un toque masculino interesante. Y esa poquita barba que se ha dejado también... ¡Concéntrate, Margarita!

—¿Es usted española, Margarita? Su acento no suena muy porteño.

—El suyo tampoco —lo rebato.

Y no tenemos que contestar las preguntas porque está más que claro que ambos somos españoles y lo sabemos.

—Me ha descubierto. —Sonríe. Oh, no, ahí está el hoyuelo. Que no haga más eso por el bien de mi alma—. Acabamos de llegar al país.

—Imagino que tendrán muchos asuntos que tratar e importantes para hacer un viaje de tal calibre.

Espero que capte mi ironía. De sobra sabe lo que pienso del régimen y de la gente que los sigue.

—Cosas muy importantes, así es. —Se muerde el labio y prosigue. Que no haga eso tampoco, por el amor de Dios—. ¿Usted lleva mucho tiempo en Buenos Aires?

—Casi diecisiete años. Tuvimos que irnos del país por culpa de esos... —Me muerdo la lengua—. Ya sabe.

Un silencio se hace entre nosotros. Hay algo que ninguno de los dos quiere traspasar y se nota perfectamente en el ambiente.

—Debió ser muy duro para usted.

—Lo fue. Pero ahora tenemos una vida aquí, y ya no hay cabida para lo que pasó en España. —Entrecierra los ojos sin dejar de mirarme fijamente. Imagino que está procesándolo todo. Y yo ya no puedo mantener más la compostura delante de él—. Que disfrute de la velada, señor.

Me despido de él y me encamino hacia la puerta para regresar al palacete; pero, cuando paso a su lado, su mano atrapa mi brazo con

fuerza y me hace girarme. Sin acabar de soltarme, con delicadeza, me gira para quedarme frente a él. Estoy a punto de quejarme y de comentarle lo inapropiado que es esto que está haciendo, pero él se adelanta.

—¿Cuánto más vamos a fingir que no nos conocemos, Margarita González?

## Capítulo 23

—¿Disculpe? —pregunto aún metida en mi juego.

Él me mira fijamente, seguro de sí mismo.

—Te reconocí desde el momento que estaba en la puerta de entrada y sé que tú también lo hiciste. —Afloja su agarre en mi muñeca para que no me sienta violenta—. Pero veo que sigues echando a correr ante las situaciones comprometidas.

Aguanto su mirada durante unos segundos, mientras me suelto del todo de su agarre.

Él se queda con el brazo en el aire, y la mano sujeta a la nada. Después, la baja.

—Si que tu vida corra peligro no es un problema lo suficientemente importante para echar a correr, entonces dime: ¿cuál puede ser? —Me yergo y lo encaro de frente—. No sabes nada de lo que pasó esa noche. No sabes en el peligro en el que estamos mi padre y yo con la presencia de esa persona en esta casa.

—Tú tampoco sabes gran parte de lo que ocurrió. Esa noche... no es lo que parecía...

—Mataron a mi madre. Embarazada de nueve meses, Manuel —lo corto. Lo que hizo esa noche con su novia rica y guapa no era más importante que mi pérdida—. Y, si el doctor Alfredo no nos hubiese ayudado a huir, nosotros también estaríamos en esa fosa, a su lado, con un tiro en la cabeza.

—Te he buscado todos estos años —confiesa con tono grave.

Sonrío porque no me tomo en serio que lo que esté diciendo sea verdad.

—Pues no logro entender el porqué —contesto cortante, intentando hacerme la fuerte—.

Solo te divertiste un rato jugando a ser el buen samaritano con una pobre chica pueblerina que no tenía nada que llevarse a la boca. Hiciste tu obra de caridad y te fuiste con la chica rica y guapa. Además... —Señalo su uniforme, un traje de chaqueta verde militar, caro, elegante, pero lleno de simbologías que me retuercen las tripas solo

de verlas pegadas a su cuerpo—... veo que no te ha ido tan mal estos años. Pensé muchas cosas de ti, Manuel, pero nunca que llegarías a ser uno de ellos.

—No tuve elección, Margarita. —Respira agitado, queriendo excusarse —. Mi padre es un ministro, mi familia está muy ligada al régimen. Si me hubiese negado a llevar esto, también podría estar en esa fosa común de la que tanto hablas. A veces, no tenemos elección. Tú lo deberías saber mejor que nadie. Tampoco la tuviste. Tuvisteis que dejarlo todo para llegar aquí y tener una vida. Y yo tuve que hacer lo mismo para poder lograr lo que me proponía y sobrevivir. —Lo escucho teniendo sentimientos encontrados.

Estaba claro que, en nuestro país natal, la libertad existía para pocos afortunados. Pero aun así...—. Esa noche, Alejandra se me abalanzó —sigue él—. Su padre y mi padre habían hecho alguna clase de pacto para que los dos acabáramos juntos y nuestras familias se unieran. No fue para nada consentido. Ni sentía nada por ella.

—Han pasado dieciséis años, Manuel, no me tienes que dar ninguna explicación. —

Aunque, en el fondo, sí que quería escuchar algo así—. Éramos unos críos.

—Pero quiero hacerlo. He esperado todos estos años para poder hacerlo. No fue justo para ninguno de los dos.

Sus ojos brillan con las luces del jardín, seguro de lo que dice.

—¿Hay algo que sea justo en esta realidad que nos ha tocado vivir?

Suspira y se aproxima más a mí, reduciendo la distancia que nos separa. Puedo oler con facilidad su sutil perfume masculino, y deleitarme aún más con observar todos sus cambios de cerca. Mi tonto corazón también lo nota. Sus ojos hacen lo mismo con mi rostro de

adulta.

—Al día siguiente, fui a Víznar. —Rompe el silencio—. Después de ver como todos ellos celebraban haber matado a tu madre. «Una traidora menos», dijeron. No sería la única que eliminarían de vosotros después de la agresión y de las mentiras descubiertas. Os estaban buscando. Os buscaron toda la noche, y durante meses, años. Aún lo siguen haciendo. Aquella mañana, cuando llegué al pueblo, estaba lleno de policías; los vecinos comentaban sorprendidos las noticias y agachaban la cabeza cuando veían a la guardia pasar, por si también ellos serían los siguientes en ser descubiertos. —Tengo los ojos anegados de lágrimas mientras escucho su testimonio de un Víznar sin nosotros—. Tu vecino Rafael me contó parte de la historia. Cómo llegó la Guardia Armada, cómo

pusieron tu casa patas arriba mientras tu madre les gritaba que se marcharan. Luego, la sacaron a rastras; muchos vecinos lo vieron desde los visillos de sus hogares, muertos de miedo. —Me mira compasivo—. Y, después, todo fue silencio. Luego, pregunté por el pueblo, hasta que di con el médico. Él me dio la noticia de que os habíais marchado.

—Asiente, en cierto modo, aliviado de soltar todo aquello que ha querido contarme durante estos años—. De hecho, estoy aquí también gracias a él. Él me dio esta dirección.

—¿Y se te ocurrió la maravillosa idea de venir con Julián Roig de sopetón?

Mi mente no puede ver más allá del gran peligro que corremos por toda esta situación.

—No tenía otra alternativa. —Puedo ver en sus ojos que lo siente realmente—. Un viaje yo solo levantaría sospechas, y estos últimos años no me he podido despegar de ellos.

Con la llegada del nuevo presidente, este viaje era necesario para reforzar los acuerdos y tratados mercantiles entre otros. Argentina es un país neutro con la dictadura, y uno de los pocos que no la han castigado. Pero yo no vengo solamente a eso... —El ruido que hace alguien al salir al patio nos sobresalta, sobre todo a mí, que temo ver a Julián en cada esquina y que me introduzca una bala entre ceja y ceja. Él nota mi miedo y cierra la boca. Se mete la mano en el bolsillo y saca un saquito de terciopelo de color negro que me pone en la palma

de la mano—. Seguiremos con esta conversación en un sitio más seguro. Nos quedamos un mes en la ciudad.

¿¡Un mes!? Quiero exclamar, pero la voz abandona mi cuerpo.

—No tenemos nada de que hablar, Manuel —comento cortante y a la defensiva—. Las cosas ya son complicadas de por sí, y todo ha cambiado demasiado.

Él asiente tomando aire e intentando digerir mis palabras. Pero, cuando vuelve a levantar la cabeza, puedo verlo seguro de sí mismo de nuevo.

—Hay cosas que nunca cambian, aunque no se puedan ver. Buenas noches, Margarita.

Y pasa muy pegado a mí, rozando ligeramente su brazo con el mío. Le da las buenas noches al grupito que ha salido a tomar aire al jardín y yo permanezco ahí durante unos segundos, como un pasmarote, con la bolsita de terciopelo en la mano, intentando recobrar el poco sentido que me queda.

En la protección que me ofrece mi cuarto, y una vez metida en la cama, me permito abrir el obsequio que me ha dado Manuel. Dejo caer los dos objetos que contiene sobre las sábanas. Uno de ellos es una peina preciosa, con hojas y algunas flores en tonos

dorados y blancos. Me transporta automáticamente a esa tarde con Verónica y su ligue, cuando me despedí de él, cuando él me besó. El otro es una tarjeta rectangular pequeña con una caligrafía elegante y algo inclinada, en la que puedo leer: *Quise dártelo aquella noche, pero no tuve ocasión. Ahora quiero que la tengas, personalmente me transporta a un momento que me cuesta olvidar.*

*Espero que a ti también te lleve al mismo lugar.*

*M*

Manuel se pensaba que, por enviarme una peina, me iba a conmover... Pues sí.

Sinceramente, tengo que reconocer que sí lo ha hecho. Me lo pruebo por encima sobre mi pelo castaño oscuro, y queda precioso. Puedo verme reflejada en el tocador con espejo que tengo enfrente de la cama. Y siento su mano apartándome las hojas, su mano acunando mi rostro, y sus labios fundiéndose con los míos.

Lanzo la peina sobre la cama otra vez, alejándola de mí. ¿En qué demonios estoy pensando? ¡Me acabo de comprometer con Carlos, por el amor de Dios! Es a quien quiero, mi lugar seguro, la mejor opción para mí. Y no hay nada más de que hablar.

Tomo la tarjeta entre mis manos y le doy la vuelta. Reconozco el logo del Hotel Alvear, uno de los más cotizados de la ciudad, bastante cerca de aquí. La dirección y el número de teléfono bien marcados parecen gritar. Me levanto y escondo los dos objetos en el cajón de mi tocador. Carlos hoy volverá a mi cama, y no quiero que me haga preguntas raras al ver todo esto. No hay nada de que hablar.

Me meto en la cama y espero que el sueño me atrape hasta que mi prometido vuelva. Y

lo intento, pero no tengo éxito; todo lo que ha ocurrido me quita el sueño. Me levanto varias veces, voy al baño a mojarme la cara para despejarme un poco, e incluso bajo a la cocina, cuando todos se han marchado, para beberme un vaso de leche. Pero ni aun así.

Cuando pasan de las tres de la madrugada, comienzo a ponerme nerviosa. Y sigo dando vueltas en la cama mientras me pregunto si le ha podido ocurrir algo a Carlos. Dijo que llegaría para las doce de la noche, y son más de la cuatro de la madrugada. Siento el corazón latir con fuerza y la angustia comienza a consumirme involuntariamente.

¿Habrá tenido algún accidente? Me asomo varias veces a la ventana por si veo algo o escucho la reja exterior abrirse que anuncia su llegada. Pero nada.

No es hasta las cinco y media de la madrugada que mi puerta se abre de repente y me sobresalta.

—¡Mi querida prometida! —grita él como si fuesen las seis de la tarde.

Y no tengo ni que mirarlo siquiera para darme cuenta de que viene bastante pasado de bebida. Cuando noto su figura recortada en la puerta medio caída, veo que es peor de lo que suena. Me levanto a toda prisa, camino hacia él e intento que no se estampe contra el suelo.

—¿Dónde te has metido, Carlos? —le pregunto molesta—. Me prometiste que vendrías hace cinco horas.

Apesta a alcohol y tanto su cara como sus ojos están rojos. Huele, incluso, a tabaco.

—Era una noche muy especial, no me dejaban venirme —dice con un puchero—. Todos me decían: «Carlos, esto. Señor Duhau, lo otro. Brindemos por tu compromiso, brindemos por aquello». Y la noche se fue así, de repente... No quería ser un mal amigo ni un mal caballero.

—Claro, y tú en ningún momento tenías boca para parar. —Lo ayudo a llegar al baño de la habitación porque temo que pueda echar todo encima del cuarto en cualquier momento—. Qué buen amigo. —Y no tan buen prometido, sinceramente. Lo dejo apoyarse en el mueble del lavabo, luego fija su mirada en mí. Siento algo en mi interior que me remueve al verlo así, y no es para nada agradable—. Llevo horas pasándolo mal pensando que te ha pasado algo, Carlos. Era una noche especial y me diste tu palabra.

—Pero ¡también quería celebrar con mis amigos! —se queja él.

—Lo sé, por eso toleré que te marcharas, pero me prometiste volver a una hora y no lo hiciste. Y me quedé esperando por ti como una estúpida.

—No soy un niño de doce años que tenga toque de queda, Margarita —me desafía.

—Ni yo soy tu madre para tener que decirte cuándo llegar o no. —También endurezco mi voz—. Pero, precisamente porque no eres un niño de doce años, deberías tener la responsabilidad y la cabeza de un adulto. Y no la veo por ningún lado.

De repente, se inclina hacia mí y me vomita encima del camisón. Lo que me faltaba ya hoy. Oh, Dios... Siento la humedad pegarse a mi piel y estoy a punto de vomitar yo también. Este olor. Después de varias bocanadas, él me mira con ojos llorosos.

—Lo siento, Margarita. —Su voz apenas es un hilillo—. Me he portado fatal hoy. No volverá a ocurrir, de verdad. Soy un cafre.

Se ve tan lamentable ahora mismo que no me sale seguir debatiendo con él ni buscando problemas. Cierro los ojos y me tomo un segundo para intentar recuperar la compostura y ser comprensiva y amable. Tampoco ha matado a nadie por llegar borracho y haberse pasado con sus amigos. Tengo que ponerme en su lugar.

Sin decir ni una palabra, lo acompaño a la ducha. Incluso recojo su ropa y camino hacia la zona de lavandería para limpiarla en una pila

con mis propias manos. Nadie tiene que lavar tal asquerosidad. Luego, con el vómito aún en mi camisón ya reseco, lo ayudo a ponerse el pijama y a meterse en la cama.

—Eres la mejor esposa que podría desear.

Sus palabras no me conmueven esta vez, no está en sus cabales. Y creo que lo dice más por dejar la discusión a un lado que por que lo sienta. Pero, aun así, agradezco por que aprecie que lo estoy tratando con amor y cariño a pesar de la situación. Él se acomoda entre las sábanas, y yo decido también asearme antes de meterme en la cama, al igual que él.

Camino descalza hacia el baño, me quito el camisón, y me dispongo a darme una ducha caliente. Pero, cuando estoy a punto de hacerlo, algo me pincha el pie. Exclamo de dolor y miro hacia abajo para ver qué es lo que me ha hecho tanto daño en la planta desnuda.

Lo tomo entre mis manos, es un objeto pequeñito y brillante. Un pendiente. Uno muy bonito. Uno que yo no podría costear en años de trabajo.

## Capítulo 24

—¿No has dormido bien, hija? Tienes mala cara.

Todos fijan sus ojos en mí mientras desayunamos en el gran comedor. Carlos come y eso, ya de por sí, le ocupa un esfuerzo titánico después de su juerga de anoche. Luego, miro a mi padre y le sonrío para que no se preocupe aún más.

—Ha sido una noche complicada.

Es lo único que comento ante la atenta mirada de la familia Duhau. No sé hasta qué punto la familia conoce la historia.

Mateo y Emilia nos observan con curiosidad. Carlos me evita, avergonzado por lo de ayer, pensando que va por él todo mi malestar, y en gran parte sí; pero también está Julián, Manuel, esa peina, esa tarjeta de hotel...

—Prometimos explicar qué ocurrió ayer y lo haremos —comenta mi padre firme y sincero ante la familia—. Como ya sabéis, tuvimos que huir de España, de urgencia, tras la muerte de mi esposa embarazada.

—Si es incómodo para ti, Antonio, no es necesario remover viejas heridas —comenta Emilia comprensiva—. Lleváis mucho tiempo con nosotros, sabemos que sois buenas personas.

—Bueno, si ellos se quieren explicar, nunca está de más conocer el pasado de las personas que viven bajo nuestro techo.

El señor Duhau toma su taza de café y nos mira atentamente mientras espera que prosigamos. A su mujer parece molestarle la desconfianza hacia nosotros a estas alturas.

—Queremos —aclara mi padre—. Como siempre decimos, estamos muy agradecidos con lo que habéis hecho por nosotros, así que no más secretos entre nosotros. —Lo miro atenta a sus palabras. ¿Cómo explicar eso sin que sientan que tienen un peligro en su hogar?—. En España, no teníamos dinero, así que tuvimos que hacer cosas de dudosa

moral para sobrevivir. Como el estraperlo, o mentir en nuestra cartilla de racionamiento. —Sus manos tiemblan al recordar aquellos tiempos de dolor y hambruna. Curiosamente, no los recuerdo tan horribles ahora mismo. Al menos, madre estaba con nosotros—. Nos descubrieron y, a causa de ello, mi esposa fue asesinada. A nosotros también nos buscaron. No sé si aún lo hacen... Pero la persona responsable de ello fue Julián Roig. —Sonidos de sorpresa recorren la mesa—. Agredí a ese hombre. —

Puedo notar la rabia de padre contenida en sus palabras—. Intentó ultrajar a mi hija, se sobrepasó con ella y asesinó a mi mujer. Si nos ve, estamos muertos. Por eso huimos de la fiesta ayer.

—¿Me está diciendo que hemos estado ocultando, en nuestro hogar, a dos fugitivos de la justicia española? —Mateo Duhau comienza a ponerse rojo de la furia por la noticia—

. ¿Sabe en qué peligro nos pone a nosotros también? ¡Qué irresponsabilidad no habernos contado esto antes! —Mira a su esposa —. ¿Cómo se le ocurre a tu primo hacernos esto? —la culpa refiriéndose al doctor Alfonso.

—Nunca hubiésemos imaginado que Julián Roig se presentase aquí, señor —explico yo para ayudar a padre—. Nunca fue nuestra intención ponerlos en una situación delicada.

Si no nos hubiesen ayudado, hoy estaríamos muertos. Así que créanos que les debemos mucho.

—Margarita, no digas eso, lo sabemos de sobra. No teníais elección.

Emilia me mira comprensiva.

—Pero nosotros sí. —Su marido continúa atacándola—. Y aun así metimos en casa a criminales.

Su comentario me molesta de sobremanera. Lo miro desafiante; nunca he intercambiado, en estos años, más de diez palabras con él.

—Si cree eso, señor Duhau, entonces tendrá que informarse mejor de a quién señala como criminales en nuestro país.

—Pero ahora no estás en tu país. Y te buscan —rebate—. Y el peligro lo corremos nosotros por acogeros. ¡Y, para colmo, mi hijo te ha pedido en matrimonio! Tendremos que hablar largo y tendido de esto.

—Papá, me explota la cabeza —comenta su hijo, cansado de esta discusión; casi ni le sorprende la noticia.

—Para lo que te interesa te explota...

Mateo Duhau se pone de pie. Yo lo imito.

—Señor Duhau, de verdad, no causaremos problemas. Sé que se quedarán un mes en el país; cada vez que vengan a esta casa, nos ocultaremos, se lo prometo. No tendrá ningún problema, como no lo ha habido hasta ahora.

—Déjalo, Margarita —me susurra mi padre agarrándome del brazo para que me siente.

El señor Duhau no tiene aspecto de querer dialogar.

—Estoy seguro de ello, Margarita —afirma el hombre de la casa con voz grave —, porque no voy a permitir que me relacionen con dos fugitivos de la ley. Soy ministro,

¿dónde me dejaría eso si alguien se entera de lo que estoy haciendo? Si tan agradecidos estáis de nuestra ayuda, es hora de que nos devolváis el favor. Os doy esta semana para marcharos de aquí, ya os hemos ayudado lo suficiente.

—¡Mateo! —exclama Emilia sobresaltada y disgustada por las palabras de su marido.

Pero da igual lo que ella diga. Él ya ha sentenciado y sale del comedor dejando su desayuno a medias. Padre y yo nos miramos. No nos queda más remedio que marcharnos.

***

—Menudo estirado —comenta Alma mientras tomamos el té en uno de los modernos y bulliciosos locales de la avenida principal. Vine en su búsqueda, en cuanto pasó el mal rato, y se lo conté todo porque ella me da esa confianza y yo necesitaba desahogarme con alguien—. ¿Ahora sale con esas después de tantos años?

—En el fondo, tiene razón. —Suspiro dejando mi taza en el platillo de porcelana—. No fuimos sinceros y los estamos poniendo en peligro. Debimos habernos ido hace algunos años, pero Emilia insistió tanto... Te has mudado hace poco a la ciudad, ¿tú o tu marido podríais ayudarnos a encontrar algo económico?

Los ojos azules de Alma brillan intensamente; además, hoy lleva un vestido ajustado del mismo color que hace que resalten aún más. Incluso el pelo se le nota algo más claro y no tan negro.

—Claro que os vamos a ayudar, Margarita. De hecho, no hay necesidad de buscar nada.

Os podéis quedar en casa. —Estoy a punto de rechistar, pero ella me frena con un gesto de la mano—. Tenemos siete habitaciones completamente vacías y yo me aburro como una ostra. No hay discusión: os mudáis con nosotros. Además, creo que, con la aparición de Julián, ambas tenemos asuntos en común en los que nos podemos ayudar.

—¿Conoces a Julián? —pregunto con curiosidad.

Ella asiente, y eso me sorprende.

—Las hazañas del querido ministro de Franco no solamente fueron y son épicas en Andalucía, Margarita —comenta ella mientras mira hacia un lado y al otro con prudencia, para que nadie de los presentes nos escuche—. También fue culpable de la muerte de un familiar. Y no pienso quedarme de brazos cruzados hasta que pague, al menos, por una pequeña parte de lo que ha hecho.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto con algo de miedo; Alma es muy lanzada, no le importaría intentar cualquier locura.

—Me has confiado parte de tu vida, yo también haré mi parte. —Se inclina en su sillón—. ¿Por qué crees que me casé con mi marido? Necesitaba el dinero, el poder, para llevar a cabo mi venganza. Intenté regresar varias veces a España, a buscarlo a él y a algunos más, pero la situación era tan hostil que me fue imposible. Decidí venir aquí a urdir mi plan, hasta poder regresar. Pero ahora, querida Margarita, él se nos ha puesto en bandeja.

Reflexiono sobre lo que ha dicho. Desde ayer, veo la llegada de Julián como una amenaza, no como una oportunidad. Pero Alma tiene razón. Ha venido hasta aquí y no podemos desaprovecharlo. Y, a pesar de pensar en ello, al volver a coger mi taza de té para dar un sorbo, la mano me tiembla.

—Sé está hospedando en el Hotel Alvear —comento casi en susurros. Ella sonríe ante la información privilegiada, pero se fija en mí y en mis ojeras y nerviosismo—. Se queda un mes.

—Entonces no tenemos tiempo que perder. —Me observa—. ¿Estás bien, Margarita? Te noto demasiado alterada.

—Es que todo esto y lo del compromiso... me tienen un tanto nerviosa.

Ella asiente comprensiva.

—¿Estás segura de casarte con ese hombre? —pregunta de manera algo misteriosa. Ya sé lo que ella opina de Carlos, pero ella no lo conoce como yo—. No sé, es tan...

egocéntrico y un narcisista de manual... Creo que no podría hacerte feliz.

—Bueno, es parte de su personalidad. Sí, no es perfecto. Pero es mi mejor opción aquí y me interesó desde que llegué, y él ahora se ha interesado en mí cuando nadie antes lo había hecho.

—El amor no es una obra de caridad, Margarita. —Observa mi dedo anular con el anillo puesto—. Pero he de reconocer que ese anillo se ve alucinante. Y quién soy yo para dar lecciones cuando estoy casada por interés... Pero... te aprecio; a pesar de que no nos conocemos mucho, es como si te conociera de toda la vida.

Me hace sonreír. La verdad, es precioso, pero esta joya me recuerda a

la otra que he encontrado esta madrugada. No me siento con fuerzas para compartirlo. Si no lo cuento, es como si no hubiese pasado, ¿verdad?

—Es recíproco, Alma. —Le sonrío—. También siento como que te conozco demasiado para el tiempo que llevamos juntas.

—Eso es lo bonito de la amistad y de las personas que conectan. —Sonríe—. Y formar planes de venganza une demasiado también. Creo que nuestro próximo té, dentro de unos días, podría celebrarse de manera casual en los salones del Hotel Alvear, ¿verdad?

Acaba de beber de su taza con la mirada llena de intención. Antes de que pueda responder, unas manos se posan sobre mis hombros y me sobresaltan. Cuando me giro, veo a Carlos detrás de mí. Alma pone cara de fastidio sin disimularlo demasiado.

—¿Qué haces aquí, Carlos? —le pregunto mientras él camina y se coloca entre las dos, al lado de la mesa.

—¿Tengo que pedir audiencia para llevar a mi novia a dar un paseo?

Él mira a Alma como pidiéndole permiso para llevarme. Ella suspira y decide no meterse por medio.

—Supongo que es toda tuya —le comenta mientras ella deja unos pesos sobre la mesa y se pone de pie. Luego, me mira a mí—. Pasaremos mañana a recogeros, tenemos mucho de que hablar.

Después, camina hacia la puerta y nos deja solos. Carlos se extraña por lo que acaba de decir, y aprovecho el paseo que damos para explicarle todo. Insiste, una y otra vez, en convencer a su padre, pero le pido que no lo haga. Me sentiré más cómoda fuera de esa casa, sabiendo que en cualquier momento podría aparecer Julián allí. También está convencido de adelantar la boda para que, cuando suceda, sea miembro de pleno derecho de la casa y volver a ella, pero necesito tiempo para pensar.

Mis respuestas cortantes no parecen gustarle demasiado, así que, durante la cena, está enfurruñado, aunque intenta disimularlo. Me compra flores de un puesto ambulante, tomamos un refresco cerca del puerto, e intenta compensar a toda costa su comportamiento de ayer. Y me gusta que lo haga, sinceramente; me siento querida con su actitud, valorada. Está esforzándose tanto para enmendar su error que

decido ser compasiva con él.

Al abrigo de las luces del puerto, se ve bastante guapo. Conversamos de su trabajo, de nuestros planes de futuro y de cuándo queremos que sea la boda. Los dos acordamos que se celebre en la primavera del año siguiente. Aunque él piensa que es algo tarde, necesito mi tiempo para establecerme por mi cuenta y conocerlo de manera romántica algo más, ya que es bastante distinto a su faceta como amigo al parecer. Y, para poder avanzar en ello, me veo en la obligación de sacar el tema espinoso.

—Carlos —comienzo algo cohibida—, ayer descubrí un pendiente en el suelo de la habitación. Quiero que seas sincero porque no iremos a ningún lado si no es así. —

Trago saliva—. ¿De quién es?

—Margarita... —Vacila él durante unos segundos—. Por supuesto que no es lo que imaginas. Ese pendiente es de una de las amigas de mi amigo Benito. Vino a saludarnos anoche, y lo descubrimos en el suelo cuando se marchó. Lo guardé porque Benito no sabía cómo se llamaba siquiera a esa altura de la noche.

—¿Y tú sí lo sabías?, ¿o tengo que recordarte que me vomitaste encima?

Él se detiene y se para frente a mí. La brisa salada del anochecer, proveniente del mar, mece nuestras ropas y nuestro pelo.

—Te he elegido a ti —me dice con cariño—. Entre todas, te elijo a ti, Margarita. Las cosas son como te las cuento, tu inseguridad te crea malas pasadas. Te he pedido matrimonio, algo que nunca he hecho con ninguna de mis novias. Debería bastar para que te des cuenta de cuánto te quiero.

Sus palabras me conmueven a pesar de que ese pendiente pesa en mi corazón.

—Perdona, es que... tengo miedo. Nunca he vivido este tipo de cosas y tengo miedo a perderte —confieso.

—Nunca has tenido un novio y no sabes muchas cosas sobre lo que es una relación —

comenta presumiendo de su experiencia en la materia—. Pero, poco a poco, te iré enseñando y seremos muy felices, te lo aseguro. Te quiero.

Suspiro ante su confesión y sonrío. Me alegra haberlo hablado con él.

De repente, una ráfaga de viento algo más fuerte hace que mi pañuelo salga volando.

Corro detrás de él lo más rápido que mis tacones me permiten, pero alguien es más veloz y lo atrapa al vuelo en el aire, a unos metros de mí. Me quedo inmóvil observándolo, mientras él me sonríe.

—Margarita, qué casualidad —me pregunta Manuel clavando su mirada en mí.

Capítulo 25

—Es mío —titubeo mientras miro mi prenda en sus manos, unas en las que nunca esperaba que fuese a parar.

—Una sorpresa encontrarnos así —afirma mientras se acerca y me tiende el pañuelo—.

Anúdalo más fuerte la próxima vez.

Boqueo como un pez fuera del agua intentando dar con las palabras exactas, algo elocuente, tenaz, pero simplemente no me sale en su presencia. Alargo la mano para tomar el pañuelo, y nuestros dedos se rozan. De pronto, siento que el planeta deja de girar. Que volvemos a aquel día a las afueras de Víznar, con la puesta del sol al fondo y la promesa de un beso que flota en el aire. Me siento igual que aquella tarde.

Nuestros dedos se mantienen rozándose unos segundos, antes de que yo los retire, asustada por sentirme así. Al notar mi incomodidad, parece que Manuel me quiere llevar al límite cuando separa casi por completo la distancia entre nosotros y comienza a colocarme el pañuelo oscuro con bordados florales en el cuello. Siento el roce de sus manos en mi clavícula de vez en cuando, como una caricia, lo bastante casual para no levantar sospechas, pero demasiado largas para ser fortuitas. Me quema aquí donde él toca.

Termina su obra con un bonito lazo en un lateral. Y me siento igual que aquella tarde, cuando me retiró la hoja del pelo y me quedé esperando mucho más. Me echa el pelo hacia atrás con dulzura.

—Ahora creo que ya no se escapará más. ¿Lo vas a hacer tú?

Me mira con intensidad, lleno de intenciones.

Apenas me da tiempo a contestar cuando Carlos se para a mi lado. No tengo que girarme para ver que, seguramente, estará observando a nuestro acompañante con el ceño fruncido.

—¿Quién es usted para tomarse esas atribuciones con una señorita? —le recrimina nada más llegar.

—Carlos, solo ha sido amable.

Intento poner paz. Odio esa parte de macho al marcar su territorio.

—Amable o no, eres una mujer prometida.

Y ahí está, su boca suelta la bomba que yo no me atreví a pronunciar anoche. La expresión de Manuel cambia, aun así tiene la fuerza para permanecer estoico. Pero lo conozco lo suficiente para saber que le está costando, y su mirada brilla más que hace unos segundos.

—Si así es, entonces, enhorabuena —pronuncia aclarándose la voz—. Se lleva usted a una mujer muy capaz y... hermosa.

Bajo la mirada hacia el suelo, incapaz de mantenérsela. Tengo que salir de este momento tan comprometido.

—Carlos, él es Manuel —le presento con un gesto de la mano—. Es un conocido de España, él nos ayudó mucho a mí y a mi familia cuando estábamos en situaciones complicadas.

—Soy Carlos, su prometido. —Se dan un apretón de manos en el que noto como él lo fuerza más de la cuenta—. ¿Qué lo trae a un país tan lejano del suyo?

—Negocios, ¿qué podría ser si no? —contesta él desafiante y agudo volviendo a fijar sus ojos en mí—. Y otros motivos que un buen hombre no debe revelar. —Se mantienen la mirada durante un rato. Pienso en intervenir, pero Manuel demuestra más madurez que nosotros—. No los entretengo más. Que disfruten de la velada.

Inclina la cabeza a modo despedida, y se marcha caminando lentamente por el puerto.

***

Al día siguiente, a la hora acordada, un elegante coche negro enviado por Alma nos espera a padre y a mí para realizar la mudanza a la casa de los Romero-Álvarez. Los trabajadores de la casa nos ayudan a subir nuestras escasas pertenencias al vehículo.

Tendré que hablar con Alma para que me deje volver a traer el coche y recoger todas mis herramientas de costura. Por ahora me llevo lo esencial.

La señora Emilia no puede contener las lágrimas cuando nos ve yendo y viniendo.

—Antonio, de verdad, no tenéis que hacer esto —comenta ella sintiendo de corazón nuestra marcha.

—No queremos incomodar, Emilia. Además, tu marido tiene razón. Con esos ministros en la ciudad, podríamos poneros en peligro, y es lo último que buscamos mi hija y yo.

Nos quedaremos en casa de su amiga, todo estará bien.

Ella asiente poco convencida. También puedo ver que esta marcha supone la pérdida de compañía y aliados para ella. No quiero ni imaginar lo que será su vida atrapada en un matrimonio por conveniencia, con un hombre para el que ella es, prácticamente, un mueble más. Me acerco a ella, antes de seguir a mi padre hasta el coche, y la tomo de las manos.

—Sabes que puedes venir siempre que quieras —le ofrezco con cariño —. Estamos aquí cerquita, y Alma es muy buena persona también. Seguiré viniendo a hacerte muchos más vestidos, te lo prometo.

—Y, con un poco de suerte, dentro de unos meses, serás también la mujer de esta casa cuando te cases con mi hijo. —Me acaricia la mejilla, algo más animada por las expectativas que vendrán el próximo año—. ¿Dónde estará este hijo mío?

Eso me pregunto yo también. En un día así, que no se presente...

Nos dice adiós con la mano cuando el vehículo arranca y pone rumbo al barrio de Belgrano. Su figura pronto desaparece de mi campo de visión.

Con las personas que nos reciben, el ambiente se siente totalmente diferente. Alma nos abraza, incluso su esposo Benjamín nos da la bienvenida a su hogar, y se pasan horas mostrándonos las bellezas y secretos de su enorme casa, herencia del famoso tío abuelo que no tuvo descendencia, y hacen que nos sintamos cómodos.

Luego, nos dan unos minutos a solas, en nuestras nuevas habitaciones, para asimilar el cambio. No es fácil, ya que el palacete de los Duhau se ha convertido en un hogar más en nuestras vidas, pero era insostenible ponerlos en peligro y llevar a cabo nuestro plan.

Suelto la maleta en un lateral del cuarto y me saco del bolsillo el saquito de terciopelo que me dio Manuel. Acaricio la peina, una vez fuera, entre mis manos. Justo en el momento, la puerta se abre y me sobresalto.

—No sabes la idea que he tenido, Margarita.

Alma entra en la habitación como una exhalación y se acerca a mí.

—¿Sobre ir al Hotel Alvear?

—Pensándolo bien, no creo que sea una buena idea; podrían verte y reconocerte, y eso sería acabar solitas con nuestro plan. —Me mira con sus enormes ojos azules, como si tuviese la mejor idea del universo—. ¿Sabes? Comentaba con Benjamín que, desde que llegamos a la ciudad, no nos hemos presentado en sociedad. Benjamín es abogado y, en muchas ocasiones, se codea con las personas más importantes de allá donde vivimos.

Les conviene tenerlo de amigo y más ahora, que ha heredado una enorme fortuna. Si este abogado diese una cena para conocernos todos un poquito más, ver que somos afines a lo que pasa en este país y que lo respetamos, y que estamos dispuestos a dialogar abiertamente de política y negocios, ¿crees que un ministro extranjero se negaría a venir?

—¿Me quieres decir que meter a Julián Roig y a Ramiro Suárez entre estas cuatro paredes es menos peligroso para mí que ir al hotel a buscarlos? —pregunto con ironía, no acabando de entender su plan.

Meter a Manuel es bastante peligroso también para mí, pero no de la misma forma.

—Es que tú no estarías invitada, querida —contesta segura de su plan —. Tendrás que hacer el sacrificio y quedarte aquí, entre estas

paredes, o irte con tu prometido. Pero, si te quedas, planeo recompensarte subiéndote comida, bebida y, si quieres, hasta a alguno de los músicos para que te diviertas. Todo para ti solita.

Me guiña el ojo y yo me escandalizo.

—¡Soy una mujer prometida! —exclamo mientras ella ríe ante mi reacción.

Se la ve tan risueña, tan inteligente y tan... de otra época...

—El caso es que esa noche, después de la cena, planeo hacer un brindis por mi marido y lo mucho que nos queremos. —Su voz suena con tintes de ironía, mientras camina y retira el visillo blanco para mirar la calle a través de la ventana—. Por supuesto, dando las gracias a todos por asistir. Y ese, querida Margarita, será el momento en el que Julián beba de una copa destinada a él. Una que debió beber hace mucho tiempo.

—¿Estás pensando en envenenarlo?

Me pongo nerviosa automáticamente. Pensar en la venganza era una cosa, pero llevarla a cabo, otra muy diferente. He esperado tantos años para tener a Julián de esta manera que ahora no entiendo por qué mi cuerpo se siente extraño.

—Así es —confirma ella, que se da la vuelta y camina hasta mi posición—. Creo que algún producto de los que tiene Gertru en la cocina bastará. —Me nota dudosa y me toma de las manos—. Sé que no te sientes del todo cómoda con esto. Asesinar a alguien no es asunto menor desde luego. —Suspira—. Pero él mató a nuestra familia, Margarita.

No se merece menos. Y bastante benevolentes somos con regalarle una muerte tan dulce, cuando merecería morir a palos. ¿Qué tienes aquí? —Me mira las manos, y yo tengo que desvelar mi secreto. La peina dorada de hojas y flores queda expuesta. Su cara se ilumina al verla—. ¡Es preciosa! ¿Dónde la has comprado?

—Me la han regalado.

Me suelto de ella de manera delicada y miro la peina un poco más.

—Debe costar una fortuna, Margarita, creo que es de oro. ¿Qué amigo

tienes tan poderoso como para permitirse algo así? ¿Ha sido Carlos?

No me he parado a pensar en ello, imaginaba que sería una simple pieza de bisutería.

—Es una historia un poco larga...

Asiente comprendiendo que, quizá, se está pasando demasiado y metiéndose donde no la llaman.

—Ya me la contarás entonces. Por hoy, descansa. Has tenido demasiadas cosas en pocos días, e imagino que tendrás una pila de vestidos por terminar.

## Capítulo 26

Tanto yo como padre pasamos las dos siguientes semanas intentando recobrar la normalidad. Trabajamos de la mañana a la noche, nos esforzamos por hacer bien nuestro cometido y, como sigue siendo nuestra tónica, ganar dinero para poder llevar una vida cómoda en Buenos Aires.

Pero el tener aquí a Julián, y todas las facilidades que me ha ofrecido la vida de no tener que cruzarme el Atlántico para cobrarme mi venganza, no hace que mis ganas de regresar sean menos. Echo de menos mi país. Mi humilde y austero hogar. Quiero encontrarme, de nuevo, al doctor Alfredo y devolverle un poquito de lo que él ha hecho por nosotros. Volver a ver a mis vecinos, aunque muchos ya no están entre nosotros por la avanzada edad que los acusaba cuando nos marchamos.

Visitar la fosa común de madre y de mi hermana. La tumba de los abuelos. Encontrar a Verónica. Mi enfado con ella ha disminuido un poco a lo largo de los años, pero sigo pensando que, quizá, ella también nos delató presa de su daño, al haber muerto su madre, y de la rabia. Echo de menos las hojas que me caían sobre el pelo, esos pequeños ratitos de felicidad cuando cenábamos juntos cualquier migaja en nuestro plato. Las flores silvestres que crecían alrededor de nuestra casa. Incluso a Aceituno y a Finito. Mis pobres burritos.

Acordarme de todo ello hace que, día tras día, las ganas de volver a España crezcan cada vez más. Sé que es un territorio hostil, pero necesito tanto de mi tierra que casi duele. Verla destruirse, en manos de los que juran amar su patria, duele.

Paso algunas noches con Carlos, siempre fuera de su casa. Me regala joyas, me lleva a los mejores restaurantes; pero, cuando nos despedimos, siempre lo veo marcharse en otra dirección que no es a su casa. Más de una vez, apesta a licor. Más de otra vez, me lo encuentro con amigas por la calle mientras yo trabajo, y él alega que son muy buenas amigas y que él es un hombre cariñoso. Siempre que intento hablarle del tema, lo esquiva con la excusa de no tener ganas para pelear o discutir. No entiende que no busco eso, solo quiero sentirme escuchada y comprendida. Nada más.

Tenemos momentos muy felices, incluso el sexo es bastante bueno entre nosotros; aun así, poco a poco, el hombre al que veía como un gran partido y que tanto me llamó la atención por su carácter durante tantos años, ha comenzado a provocarme sentimientos encontrados. Pero me voy a casar con él, ¿no? La boda ya se está preparando. No es momento de echarse atrás, ¿verdad? Le daré aún más amor. Quizá, es eso lo que él necesita para abrirse y hablar conmigo, para cambiar. Ver que yo soy una mujer que siempre estaré ahí para él; hiciera lo que hiciese, yo sería su puerto seguro. Y estoy segura de que, en cualquier momento, él se conmoverá y me valorará como es debido.

***

Visito muchas casas tanto a pie como en automóvil, ya que Alma me hace el favor de dejarme uno de sus coches y a uno de sus chóferes, y así completo todas las tareas que tengo pendientes antes de que todo se vuelve patas arriba.

En la última que visito hoy, antes de que se ponga la tarde en este mes de junio, hago un vestido un tanto atrevido para la joven heredera de una familia. La reconozco de la cena de los Duhau, Carlos pasó bastante tiempo con ella aquella noche. Pero, sinceramente, peca de sabelotodo y es bastante agria en sus maneras. Si no se ha quejado de la largura del vestido diez veces, no lo ha hecho ninguna. Me empieza a sacar de mis casillas.

—No sé el concepto de más corto que tenéis en España, pero aquí es diferente —

comenta ella con superioridad mientras me indica cómo quiere el largo de su vestido.

—Señorita Jiménez, la largura que desea no es apropiada a lo que

marca el protocolo.

La asesoro como buena profesional, y a ver si ya la convenzo de una vez de que llevar la falda por encima de la rodilla no es para nada elegante.

—Los protocolos los marcaré yo, que para eso soy la que pago. —Se observa en el espejo mientras redoblo la tela amarilla un poco más para que vea el efecto que hace sobre su cuerpo el acortar la falda. Ella sonríe—. Así estaría perfecto.

Suspiro, es como darse golpes contra una pared.

—Pues no hay más que hablar entonces.

Me pongo de pie y la asisto a bajar la cremallera de detrás con cuidado; aún no está terminada tampoco. Luego, con delicadeza, subo su vestido para ayudarla a desvestirse

y que no se estropee mi trabajo. Pero estoy tan enfadada que lo acabo haciendo más brusco de lo que debería.

—Cuidado, por favor —me pide llevándose la mano a la cara—. Me vas a dejar sin orejas.

Sin cuidado ninguno, me quita el vestido de las manos y lo sacude con violencia, buscando algo que no entiendo. Siento lo mismo que si estuviesen pisoteándolo.

—Por favor, señorita Ana, tenga cuidado. Está aún sin retamar y va a soltar todas las costuras que...

Suspiro fastidiada cuando veo que no sirve de nada lo que le estoy diciendo y sigue haciendo, con el trozo de tela, lo que le viene en gana. Es insoportable. Me saca de mis casillas.

Hace una mueca de disgusto y suelta la prenda, sin cuidado alguno, en el suelo. Recojo el vestido, mordiéndome la lengua y con ganas de decirle varios improperios, pero me pincha algo en su tela cuando la empuño. Rebusco un poquito, mientras ella se mira al espejo, y puedo ver un pendiente enganchado al tejido. Se me hiela la sangre. Me fijo en su oreja, solo tiene uno puesto. Y lo reconozco. Los dos pendientes. Uno me pinchó en el pie aquella noche, cuando fui a ducharme, y este, exactamente igual, me ha pinchado ahora la mano.

Así que esta es la amiga de Benito..., ¿o debería decir «de Carlos»?

Qué coincidencia.

Sin apenas despedirme, recojo mi maletín y vuelvo al barrio de Belgrano; al abrigo de Alma, con la que me abro en canal, sobre todo, desde hace ya algunos días. Hoy se celebra la gran cena, hoy es el día en que nuestra silenciosa venganza se cumple, pero aun así mi amiga saca un ratito para escuchar mis quebraderos de cabeza.

—No te cases con ese hombre, Margarita —me comenta desde su tocador, mientras se coloca otros pendientes muy diferentes a los que he visto antes—. Te lo vengo diciendo desde el principio. No es trigo limpio. No se lo ve claro en sus intenciones.

—Tiene sus cosas, como todos. —Lo excuso por millonésima vez—. Ha sufrido mucho en la vida, sus exparejas no han sido lo que esperaba y, quizá, por todo ello es de la manera que es: mucho más cerrado y reticente a hablar.

—Te diré como es, Margarita. —Fija su mirada en mí a través del espejo; sentada en su cama, se la devuelvo—. Es un hombre egoísta, narcisista y manipulador, al que no le

importa nada ni nadie. Se lo conoce en esta ciudad, créeme. Y no para bien por mucho que le hagan la pelota por su estatus económico. Sus amistades son dudosas, su vicio a las tabernas lo precede, y ha hecho mucho daño. Te puedo decir, de buena mano, que lo que cuenta de sus exparejas está bastante filtrado por su modo de ver las cosas y victimizarse. No quiero que te haga daño a ti.

Realmente está muy preocupada por mí. Lo noto en su lenguaje corporal, en sus ojos brillantes y en su ceño fruncido.

—Me trata bien, Alma, no te preocupes. Incluso hoy voy a salir con él, pasará a recogerme a las nueve. Vamos a la ópera —comento intentando subirme el ánimo ante el plan.

—Que te regale joyas caras, te saque a pasear y tenerte ahí preparada para cuando él quiera que muevas el rabito no es tratarte bien. Es ser su perrita. Y tú eres una gran mujer que merece ser escuchada y poner límites.

—Lo hago...

—Pero ¡él, simplemente, no te escucha! Y sigue haciendo lo que le

viene en gana. Eso no es solucionar las cosas. Eso es manipular para quedar él siempre de víctima y tú, de verdugo, porque no lo dejas ir a jugar con sus amiguitos...

—Quizá, el problema está en mí... Yo nunca he tenido un novio y, quizá, estoy siendo demasiado sobreprotectora con él.

Alma pone los ojos en blanco.

—Mira, Margarita, no somos perfectos, y no te diré que no tengas tus defectillos, porque se te da bien coser, pero algunas otras cosas..., pues no tanto... —bromea para quitarle hierro al asunto—. No te diré que Carlos no te quiera, pero desde luego no te quiere bien. Si no quiere dialogar, no cambia lo más mínimo por tu bien, si te ve llorar o pasarlo mal y no se le mueve ni el más mínimo ápice de humanidad y, para colmo, coquetea con amigas a tus espaldas..., querida, ese hombre no es para ti. Tú tienes formas más bonitas de querer. Hazte valer. —Me descubro con lágrimas en los ojos cuando acaba su discurso. Estoy hecha un lío. Ella camina hacia mí y me abraza—.

Vamos, no llores, hoy es nuestro día grande —me susurra en el oído sin soltarme—.

Pensemos solo en eso. Ya nos encargaremos de lo otro más tarde, ¿vale? —Me seca las

lágrimas con sus pulgares mientras asiento—. Y ahora ve a ponerte guapa. No para él, no se lo merece, sino para ver si algún otro te salva de ese primate.

—¡Alma! —exclamo a modo de regañina

No me dice ni una palabra más antes de llegar a la puerta. Luego, cambia su expresión.

Va a envenenar a alguien esta noche; es extraño que no esté nerviosa, pero ella tiene un gran temple. Su pelo oscuro cae sobre sus hombros y sobre mi vestido diseñado como siempre, especialmente para ella: rojo, el color del poder.

—Me encargaré de todo. Te avisaré cuando acabe.

El sonido de la puerta al cerrarse me hace ponerme en marcha. Me pongo de pie y respiro varias veces para intentar tranquilizarme. Debería dejar el cuarto de Alma e ir hacia el mío para vestirme; solo quedan diez minutos para que Carlos venga a por mí, y veinte para

que comiencen a llegar los invitados a la cena mortal. Pero, al fijarme en el reloj, sobre una gran cómoda, reparo en otro objeto en el que nunca lo he hecho. Me acerco para observarlo. Es una vieja radio de madera y oscura, más abullonada en el centro, y hace una forma de arco. Eran muy comunes en Víznar, la mayoría de los vecinos tenía una así. Quizá, era de su familia, la que Julián Roig también mató. Sea como fuere, no tengo tiempo que perder en una vieja radio.

En el pasillo me cruzo con padre, que camina hacia su cuarto con un platito con comida.

—Alma ha insistido, nos toca ser discretos esta noche —informa él resignándose a nuestra realidad.

—Siempre te gustó esa palabra —comento mientras veo que el plato tiene todo tipo de delicias—. Es lo que más me decías en aquel entonces. Prudencia y discreción, solo así podríamos pelear hasta nuestro último suspiro.

Él sonríe por que aún me acuerde de sus palabras; por que, de algún modo, hayan hecho mella en mí.

—Así es. Lo único que no podemos controlar es la muerte, hija; pero, si lo intentamos hasta que soltemos nuestra última exhalación, entonces lo vivido habrá valido la pena.

—Qué filosófico has sido siempre.

Sonrío, pero en el fondo sus palabras siempre me tocan el corazón. Tiene una visión de la vida muy prudente y profunda.

—Estoy muy feliz de que hayas desistido de la idea de volver a España —me comenta aprovechando la ocasión—. Aunque muramos de rabia por lo que pasó, dos personas no van a detener a Franco ni a su régimen. Tuvimos la suerte de escapar. Otros no. Así que aprovechémoslo. La vida, en su mayoría de veces, no es justa. Y tenemos que aprender a vivir con eso. —Me muerdo la lengua para no hablarle de mis sentimientos; para mí, el volver no es una opción, es una seguridad. Aun así, asiento para que se quede tranquilo—. Mañana nos vemos —se despide, y se retira feliz a comer su banquete en su cuarto.

Pasada media hora, ya estoy lista con mi vestido negro de flores que me traje de madre y, también, me coloco la peina de Manuel en un

lado de mi larga melena, dejando al descubierto la oreja. Me asomo de vez en cuando a la ventana, con discreción. Carlos aún ni ha aparecido, y mis nervios crecen y crecen cada vez que veo un coche vomitar personas distinguidas en la puerta de la casa de los Romero-Álvarez.

¿Dónde se habrá metido? Espero un poco más. Y otro poco, y otro más. Pasa más de una hora y media en la que nadie aparece. Tampoco creo que Alma haya cumplido aún su plan, ya que no se escucha nada de jaleo como el que se formaría al tener un cadáver en el suelo.

Muerta de hambre y de rabia, me encamino hacia el despacho del señor Benjamín. Sé que hay un teléfono allí. Debo llamar a casa de los Duhau. Miro a un lado y al otro cuando salgo al pasillo, nerviosa, atenta a cada sonido.

Por ahora, el tintineo de cubiertos y de platos que son retirados. La cena ha debido de acabar. Camino descalza para no hacer ruido y no tardo más de dos minutos en alcanzar la puerta deseada. Voy muy pegada a la pared para que nadie me pueda ver a través de la barandilla de forja negra. Me pierdo dentro de la biblioteca y despacho del señor Romero, y corro hacia el teléfono. Lo descuelgo y, cuando me conecta con la central, le pido a una telefonista que me pase con los Duhau.

—Señora Emilia, soy Margarita —digo al escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Hija —me contesta con cariño—. ¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo estás? Hace tanto que no te pasas por casa que me tenías preocupada.

—Iré, se lo prometo. Pero ahora, verá, Emilia, ¿está Carlos por ahí? Habíamos quedado hace casi dos horas y, bueno, supongo que ya no habrá ópera ni nada, pero estoy preocupada por él.

Ella piensa durante unos segundos y también le pregunta al personal, luego vuelve a dirigirse a mí.

—Salió este mediodía y no ha regresado. Al chófer le comentó que iba a la ópera contigo.

—Sí, se suponía que sí... —contesto decepcionada. No hay que ser extremadamente inteligente para saber que estará con cualquiera en alguna taberna y se le habrá ido el santo al cielo, como siempre. O con

su gran amiga, la señorita Ana, haciendo que vuelvan a perderse sus pendientes. Me lleno de rabia—. Gracias de todas formas, señora Emilia. Dígale que he llamado. Si es que llega.

Cuelgo bruscamente sin darle tiempo a contestar. Me concentro en respirar y controlarme. Pero es una tarea ardua cuando la puerta se abre frente a mí y soy descubierta.

## Capítulo 27

Mi cuerpo se queda inmóvil, observando a la figura que cruza la puerta en penumbra.

Solo las luces exteriores se cuelan en esta sala proyectando sombras anaranjadas. No sé si gritar, llorar o esconderme debajo del escritorio como una niña pequeña y fingir que no he visto nada. No sé si aliviarme o ponerme más nerviosa cuando da un paso hacia el interior y cierra la puerta, de nuevo, tras de sí, y descubro que se trata de Manuel. No tengo fuerzas para explicarme, pero estoy segura de que él entiende todo.

—Te vi pasar en esta dirección —explica mientras se mantiene de pie, a unos metros de mí, en su uniforme verde oscuro—. Quería comprobar que estabas bien. Me enteré de lo de la mudanza.

—Espero que Julián no —susurro, y él niega con la cabeza.

—No temas, Margarita, protegeré tu secreto mientras estemos aquí. Aunque no me creas, no he venido aquí para ser tu enemigo, sino todo lo contrario.

Apenas puedo distinguir sus rasgos en la penumbra, pero sí el brillo de alguna de sus insignias puestas en su pecho. Se me revuelve el estómago de pensar cómo las habrá conseguido.

—Sea como sea, ya os queda poco por la ciudad, y luego volveremos a estar a salvo —

susurro mientras me mantengo detrás del escritorio, como si estuviese en mi trinchera y él no pudiese alcanzarme aquí.

—La peina te queda mejor de lo que imaginaba —comenta él, cálido.

Me llevo la mano a la cabeza para tocarla. Se me olvidó que me la había puesto en gesto de rebeldía hacia Carlos.

—No tuve la ocasión de darte las gracias, el otro día en el puerto, por ello —explico mientras juego con mis manos, recordando nuestro encuentro—. No era necesario, pero es muy bonita. Gracias, Manuel.

Él da un par de pasos hacia mi posición. Siento que es como un león que se aproxima a su presa. Se detiene.

—Era tuya desde hace años, me alegra que al fin esté con su dueña. —Sonríe—. Aunque ahora no sé si le molestará el regalo a tu... prometido.

Desde aquí puedo ver sus ojos y sus facciones. Su mandíbula está tensa.

—No te... preocupes por Carlos. —Le quito hierro al asunto—. De hecho, me la puse para ir con él a la ópera, pero...

—No se ha presentado —termina él por mí, y da otros dos pasos.

Ahora estamos a dos metros el uno del otro.

—Seguro que le ha surgido cualquier imprevisto, es un hombre muy ocupado.

Él asiente ocultando una sonrisa tensa.

—A las chicas como tú no se las debe hacer esperar, Margarita González —susurra con un tono de voz que hace que me tiemblen las piernas.

—Pues me quedé dieciséis años esperando una explicación, Manuel Suárez. —Si vamos a comenzar a sacar temas del pasado, lo haremos los dos—. Existían las cartas, los telegramas. Cualquier cosa.

—No podía —explica sin perder la compostura—. Mi padre es un ministro de Franco,

¿crees que mi casa no está vigilada? No pienses que, por ser altos cargos, están libres de peligro. Si llegaba a recibir una sola carta de una fugitiva que había roto la ley y que estaba en busca y captura para matarla, ¿cómo hubiese podido estar hoy frente a ti, aquí y ahora? No me siento orgulloso de cosas que he tenido que hacer, pero no he tenido más opción.

Le aguanto la mirada, emocionada. De algún modo, el estar aquí con

él, a oscuras, siendo sinceros el uno con el otro, y volviendo a ser presa de esos sentimientos tan extraños que viví con él en mi adolescencia, me hace mostrarme vulnerable y no me importa. Con él no. Él ha visto mi peor cara. No tenía nada que ofrecerle, y él me eligió por encima de todas.

—Pero esa chica...

Intento reprimir las lágrimas cuando me invaden esos sentimientos que tuve al abrir la puerta y verlos dándose los besos que tanto deseaba para mí.

Tres pasos más. Se queda en el borde del escritorio y ahora sí me fulmina con esos iris inolvidables y familiares, incluso la luz de las farolas hace que se vean aún más increíbles. Estoy totalmente condenada.

—Esa chica, Alejandra, no la he vuelto a ver en diez años, Margarita. —Suspira—. Ya te lo comenté: se me abalanzó, sus padres y mis padres querían comprometernos. Sí, fuimos novios un tiempo, pero, tras un intento de varios años, no salió bien y ella se marchó de la ciudad. Nunca me importó. Nunca. En cambio, tú...

Comienza a rodear la mesa hacia mi dirección. Yo doy pequeños pasitos para atrás, para intentar reponer, de algún modo, la distancia que nos separaba.

—No me digas que, en treinta y cuatro años, no te has enamorado nunca porque no te creeré.

—Nunca pude dejar de pensar en esa adolescente fuerte y valiente que no necesitaba a nadie para ser salvada, pero que peleaba con uñas y dientes por lo que más amaba.

Incluso poniéndose en riesgo ella misma. Una gema entre tanto dolor. —Le aguanto la mirada, temblorosa de tenerlo tan cerca, y me llevo la mano al rosario de la abuela Pilar, siempre perenne bajo mi ropa—. Siempre fuiste especial para mí, Margarita. Si no, nunca me hubiese acercado a ti. —Sus susurros son como caricias—. Desde el primer momento en que te vi cruzar la plaza Bib-Rambla aquella mañana de invierno, con prisa, asustada pero resuelta.

Recuerdo nuestro primer encuentro y el puñetazo que le dio a Julián para defenderme.

También, nuestros intercambios de comida y un casi beso para disimular de la policía.

—Te quería, Manuel. —Una lágrima se escapa al dejar ir mi sinceridad después de tantos años callándolo—. No sé cómo pasó ni en qué momento, pero aquel chico alto y desgarbado que me salvó de ser ultrajada y que nos mantuvo a mi familia y a mí alimentados dejó de ser solo eso para convertirse en el centro de mi mundo. No podía sacarte de mi cabeza. Era imposible. —Sus ojos brillan como nunca los he visto hasta ahora. Como si también hubiese estado esperando esa confesión desde aquel entonces—

. Y detestaba sentirme así de... rara —confieso—. Yo solo quería salvar a mi familia. No quería perderme en amores estúpidos como lo hacía mi amiga Verónica. Había cosas

más importantes por las que vivir. Pero, cada vez que te veía y me dabas una bolsa, alguna charla para irritarme y terminabas con una de esas sonrisas ladeadas tan típicas tuyas, sabía que era demasiado tarde. Cuando me quitabas las hojas del pelo...

—Recuerdo que te morías de ganas de que te besara aquel día —comenta sin pudor, y siento mis mejillas arder.

—Sí —confieso—. La Margarita de diecisiete años estaba muy expectante por ello.

—Yo también lo deseaba. Y aquel día en el callejón, disimulando con la policía, se nos quedó algo pendiente también...

Hago como que no recuerdo de qué me habla porque me estoy poniendo muy nerviosa.

Camina hasta detenerse justo enfrente de mí. Con ese uniforme, sus hombros parecen más anchos que en su adolescencia, más imponentes. Alzo la cabeza para mirarlo a los ojos. Sus declaraciones me dejan muda. Siempre he pensado que fui un juego para él, que se burló de mí, pero ahora, teniéndolo aquí delante, con sus confesiones, la historia cambia.

Alza la mano y la posa en mi mejilla. Su calidez es justo como la recordaba. Es cariño, hogar, promesas de un amor pasado. Cubre casi todo el lateral de mi rostro y acuna mi cara. Sus ojos me recorren desde mis oscuras y rectas cejas hasta mis labios, como si quisiera grabarse mi rostro de adulta en la memoria para siempre también, como si estuviese descubriendo un tesoro.

—¿Y la Margarita adulta? —pregunta de forma misteriosa, usando mis mismas palabras—. ¿También desea que la bese en este momento?

La tensión emocional entre los dos, e incluso sexual, en el ambiente se puede cortar con un cuchillo. Siempre nos hemos atraído el uno al otro como una especie de imanes, de manera natural, repentina e inexplicable. Supongo que hay ciertas relaciones en las que uno no necesita una explicación, no necesita años de conocerse ni miles de horas vividas juntos; simplemente se dan, encajas. Comprendo que, a pesar de los años, de la distancia y de no pertenecer uno al mundo del otro, los dos siempre seríamos importantes el uno para el otro. Nos querríamos hasta nuestro último suspiro, como bien decía padre.

Entonces él retira la mano de mi cara y me siento decepcionada. Pero, luego, deshace la distancia entre ambos, me toma por las piernas, me levanta del suelo y me sienta en el escritorio.

—¡Manuel!

Es lo único que sale de mi boca, sorprendida por su arrebato. Está claro que para él se han acabado los juegos. Desliza con una mano, poco a poco, mi estrecha falda hasta subirla a la altura de los muslos. Se acerca aún más cuando abro mis piernas para tal propósito y envuelvo sus caderas.

—Yo... yo... —Su cara se mueve a escasos centímetros de la mía, yendo y viniendo como quien aprecia el aroma de un buen vino antes de hacerlo desparecer en su boca. Su esencia es sutil, masculina. Su barba cortita me provoca cosquillas en mi mentón y en mis mejillas. Mi yo adulto quiere todo eso y más. ¡Estoy encima de un escritorio, abierta de piernas, con un hombre que no es mi prometido, por el amor de Dios!—. Te amo, Margarita —susurra y clava sus ojos en mí de la manera más letal que ha hecho nunca; su frente descansa sobre la mía. Están llenos de emoción, de deseo contenido—.

Siempre lo he hecho. Vuelve conmigo a España, te lo ruego.

Sus labios tocan con ligereza los míos, mientras me observa fijamente y nuestras narices se rozan. Quiere ver en mi expresión si estoy de acuerdo con que él me haga el amor encima de este escritorio. Dios, mi respuesta es un sí rotundo. Pero mi voz me ha abandonado. Así que decido que mi cuerpo hable por mí. Juntamos un poco más nuestros labios, pero sin acabar de besarnos del todo; nuestras respiraciones agitadas se mezclan la una con la otra.

—Margarita, por Dios... —gruñe de manera sensual y llena de intenciones, mientras su mano se desliza por mi pierna.

Su boca sabe mejor que cuando era adolescente. Mil veces mejor.

La puerta, de repente, nos sobresalta a ambos cuando choca con la pared.

Automáticamente, le doy un empujón y me pongo, de un salto, de pie sobre el suelo cubriendo mis piernas y relamiendo la humedad que Manuel dejó en mis labios. Alma nos observa con los ojos como platos. De uno a otro, de hito en hito. Respira, también, agitada.

—Alma, no es lo que parece —susurro, aunque sé que mi excusa es una barata y sin fundamento.

Nos ha visto. Ha visto a este hombre encima de mí en un escritorio. Dios, me siento tan culpable... Estoy comprometida. ¿En qué estaba pensando?

—No importa, perdón por interrumpir —comenta ella quitándole hierro al asunto. Si viene tan agitada es porque ya ha tenido que llevar a cabo nuestro plan—. Venía a avisar al señor Suárez de que ha ocurrido algo abajo. Julián Roig se ha desplomado cuando hemos pasado al salón de copas, no sabemos a causa de qué. Tenemos que llamar a una ambulancia.

El nivel de su actuación y la frialdad con la que miente me dejan de piedra. Espero que Manuel no me dirija la mirada, porque yo no soy tan buena actriz como mi amiga, y una sensación de culpabilidad me recorre todo el cuerpo. Estamos matando a una persona. Por mucho que él era el responsable de la muerte de mi madre y de la familia de Alma, y de muchísimos más seguramente, y a pesar de haberme pasado años tramando la venganza contra él, en el fondo de mí, sé que yo no estoy hecha para esto.

No de esta forma. Matarlo porque mató es solo convertirse en uno de ellos, no luchar para cambiar nuestros destinos.

Ella corre hacia el teléfono, pero, para sorpresa de las dos, Manuel le coge la mano y la detiene antes de que pueda contactar con la centralita.

—¿No era esto parte de tu plan, Alma? —La mira fijamente—. ¿O

debería llamarte Verónica más bien?

## Capítulo 28

Los tres nos contemplamos en silencio, sin atrevernos a decir una palabra, después de semejante acusación. Alma apenas se atreve a mirarme a los ojos.

—¿Qué está diciendo, señor? —le pregunta directamente a él.

Los observo a ambos.

—Que no tienes que fingir conmigo —le dice colgando el teléfono. ¿No sería su deber salvar a su ministro?—. Sé quién eres, te llevan siguiendo la pista desde hace años.

Miro a Alma. Veo lo mismo que vi en los ojos de Verónica aquella tarde que vino a echarnos en cara la muerte de su madre a casa. Pena, rabia. Esa pasión contra el sistema, esas ganas de vengarse. Aquella vez que me dijo que tuvo un novio que se llamaba Nando; Fernando... era el panadero. Su rebeldía, su modo de no pertenecer a esta época, esa radio que vi hace un rato en su cuarto...

¿Cómo he podido estar tan ciega? ¡Era ella desde un principio! Me engañó con un simple tinte y el paso de los años. Sus ojos se anegan de lágrimas, yo intento mantener la compostura. Siento rabia por su mentira, rabia porque siempre he pensado que fue ella la que nos delató. Pena porque no sabía qué había sido de mi grandísima amiga y alivio por ver que no la mataron.

Como si me leyese la mente, ella de dirige a mí.

—Nunca delaté a tu familia —explica con una mueca de dolor contenida—. Te lo juro, Margarita. Tenía ganas de hacerlo, pero nunca lo hice. No quería que pasases por el dolor que supone perder a una madre.

—Ahora no es momento de explicar nada de ese tema —nos interrumpe Manuel—.

¿Qué le has echado en la bebida?

—Pero yo...

Alma, bueno, Verónica intenta explicarse. No sabe ni cómo ni cuándo se ha enterado mi viejo amigo de todo esto y la ha tomado

desprevenida.

—Te vi comprando en esa tienda —le confiesa él, aunque no sé de qué están hablando.

Creo que Manuel ha seguido de cerca sus pasos—. Con tus otras amigas españolas, las republicanas. No intentes defenderte porque lo sé todo.

—Le eché aceite de ricino en la copa —confiesa finalmente.

Abajo se escuchan voces, gritos ajenos a nuestra conversación. Todo lo que tardemos en llamar será la muerte para Julián. Me acerco al teléfono mientras Manuel y Verónica siguen con su confesión.

—Si investigan, lo van a descubrir, Verónica.

—¿Qué querías que hiciera? No he podido encontrar otra cosa y queríamos que fuese rápido.

—Si lo descubren, te investigarán a ti la primera. Todo ha sucedido en tu casa, ¿crees que no va a ser sospechoso eso?

Ella mira hacia el suelo. Había lagunas en nuestro plan, eso está claro. Pero, como ella decía, después de tantos años, queríamos cobrar venganza lo antes posible aprovechando la ocasión. Nos habíamos cegado.

—Bueno, ya me buscan desde el día que nos descubrieron escuchando la radio. Una acusación más me daría lo mismo.

—Soy el primero que quiere que se acabe todo esto y ayudaros a cobrar venganza, a ti y a muchas personas. Sé el daño que ha hecho Julián, y lo que se merece es justamente lo que le está pasando ahí abajo, pero solo os estáis poniendo más en peligro aún. No podréis hacer nunca más vuestras vidas de manera normal.

—Sí, en el barrio de Belgrano, así es. Por favor, dense prisa...

Ambos me miran sorprendidos. Verónica camina hasta mi posición y me quita el teléfono.

—Pero ¿qué estás haciendo? —pregunta espantada mientras cuelga bruscamente—.

Habíamos decidido esto, Margarita. No podemos echarnos atrás. Has escuchado a Manuel: si nos pillan, es nuestra ruina.

—Lo siento, Verónica. —Su nombre real me cosquillea en la lengua—. Pero no puedo seguir con esto. No quiero matar a Julián. No quiero vengarme de este modo.

—¿Y me lo dices ahora? —Camina por la habitación nerviosa, como un león enjaulado, no creyéndose escuchar lo que estoy diciendo—. Julián está tirado en el suelo ahí abajo.

No debería tardar en hacerle efecto el veneno, ¡¿y ahora me dices que no quieres?!

Su brusquedad me hace asustarme. Aguanto las lágrimas.

—No de este modo —repito.

—¡Es la única manera de impedir que siga haciendo tanto daño!

Cada vez, ella sube más el tono de su voz.

—Por favor, calmaos. Como suba alguien, nos va a descubrir totalmente. —Manuel pone algo de paz en el asunto—. Iré abajo. Que venga la ambulancia y rezad por que puedan salvarlo, o las que no podréis salvaros seréis vosotras.

Me mira con tristeza y preocupación, y luego me deja a solas con mi antigua y, a la vez, nueva amiga en el estudio. Aunque nos rodea la misma penumbra que cuando estaba a solas con él, ahora no se siente de igual manera con ella.

—Me mentiste —le digo intentando mantener la compostura—. ¿Por qué?

Ella suspira y decide, también, enfrentarse a mí. Está claro que no quiere que su secreto se descubra tan pronto, pero no le queda más remedio que explicarse.

—Sabía que me odiarías, Margarita. Aquella noche llegué a tu casa llena de odio; sabía que era de las pocas personas que sabían lo de tu abuela Pilar y que, si se descubría vuestro secreto, las pruebas apuntarían a mi dirección. Y lo entendía.

—No te negaré que pensé de tal manera. Y que te he mantenido en

mis pensamientos todos estos años. Y no de la mejor forma.

—Hui al campo con otros rebeldes —explica—. Intentamos vivir de lo que robábamos en los caminos e intentábamos sobrevivir, pero cada vez era más complicado. Mataron a varios de los de mi grupo, mientras yo descubría que el que nos había acusado era el carnicero, Justo. Le daba chivatazos a Julián Roig a cambio de protección y dinero.

Luego, escuché que habían matado a tu madre embarazada y supe que, también, había sido él. —Toma aire y prosigue—: Intenté buscarte aquella noche, pero llegué demasiado tarde; ya te habías marchado con la familia de don Alfredo. Y a mí no me quedaba nadie más en Víznar, así que me fui a Francia. Allí fue donde conocí a Benjamín, al cabo de diferentes años, y colaboré con los republicanos, siguiendo los pasos de Julián en especial. Me enteré, mucho antes que tú, de que iban a venir de visita institucional, y decidí aprovechar el momento. Desde Francia o España, una venganza así no sería posible. Pero aquí, lejos de todo aquello..., es distinto. —Se acerca a mi posición—. Y, luego, por casualidad, me hablaron maravillas de una española inmigrante que había llegado hacía años de España y que cosía de maravilla. Que fueses tú era una aguja en un pajar. Pero la encontré. Y me daba miedo que descargases tu furia sobre mí al enterarte de que era yo. Siempre fuiste mi mejor amiga, Margarita.

Siento mucho lo que te ha pasado. Siento el haberte engañado.

Las sirenas suenan a lo lejos, ya casi llegan a la casa.

—He pasado tantos años con tanto odio dentro de mí —le cuento—. Contra ti, contra Manuel, contra Julián, contra el sistema en general. Al final, la suma de todo fue lo que nos obligó a abandonar nuestro hogar, nuestra tierra; nos arrebató a nuestras madres, nos destrozó la vida... Pero me he dado cuenta de que con esto no vamos a ningún lado, Verónica. Esos sentimientos de odio solo alimentan a más sentimientos similares. Nos hemos equivocado. Todos. No hemos hecho bien las cosas, pero aún podemos arreglarlo. Podemos vengarnos de un modo mucho más inteligente...

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta ella, ahora también dándose cuenta de todo.

—Hacerle caso a Manuel por ahora. Rezar, suplicar, lo que sea por que Julián no muera.

Pensaremos en algo. —Me envalentono y la tomo de las manos—. Me

alegra muchísimo que no murieras. Tú también eras mi mejor amiga. *Amigas por y para siempre*,

¿recuerdas?

Los golpes en la puerta nos sacan de nuestra intimidad, y ambas corremos a la planta de abajo para intentar salvar la vida de Julián.

***

El intento de asesinato de un ministro de Franco es la comidilla de la ciudad, incluso del país, durante los días en que Julián Roig está hospitalizado. Envenenamiento por aceite de ricino en la cena de los Ramírez-Álvarez. El país señala a la anterior Alma y a su marido, pero aún no logran encontrar pruebas contra ellos. Investigan a todos los

asistentes a la fiesta, menos a padre y a mí, ya que nunca llegamos a estar entre los invitados y nuestra presencia estaba oculta para todos, menos para los Duhau, que sabían que nos estábamos quedando en la casa.

Tras unos días muy tensos, en los que ayudé a Verónica a deshacerse del resto de aceite de ricino en el mar, calmé a padre quitándole la idea de que había sido yo quien lo había intentado envenenar. Y, reflexionando mucho en la soledad de mi cuarto, me dirijo precisamente a hablar con los Duhau. Tengo que empezar a hacer todos los asuntos bien, porque no las he estado haciendo. Y esto tiene que terminar.

La señora Emilia me recibe con un cálido abrazo, aunque no le puedo responder con la misma efusividad, ya que lo que vengo a hacer solo gustará a un miembro de esta familia. Me invita a pasar a su salón de té, decorado con gusto y en tonos azul pastel.

Siempre me encantó esa sala.

—¿Estás bien, querida? —me pregunta mientras su sirvienta nos pone un poco de té humeante en una taza. Sinceramente, no me entra ni una gota de él—. Menudo lío se ha armado con lo de los ministros españoles, todo el mundo está hablando de ello. Qué escándalo. ¿Quién habrá sido capaz de algo tan atroz?

Intento mantener mi fachada de mujer inocente. Se me revuelven las

tripas de ser juzgada así. ¿Por qué me culpan a mí por el daño hecho a alguien que no se merece ni ser llamado persona y a esos monstruos no, quienes mataron a miles?

—Está siendo muy duro —contesto fingiendo que no va conmigo el asunto—.

Afortunadamente, tiene perspectivas de sanar.

—Oh, sí, eso sí. —Toma un sorbo de su té—. De hecho, Mateo me ha comentado que se marcharán a España pronto. Quiere seguir su recuperación en el barco, con los mejores médicos y en hospitales de su país. Aquí, lamentablemente, ya no se fían de nadie.

Seguirán las investigaciones desde allí. —No tengo constancia de eso, pero me interesa esa información. Si él se marcha, también lo hará Manuel. Un nudo se posa en mi estómago. Y la imagen de él al subirme con pasión al escritorio me inunda la mente.

Trago saliva. «Concéntrate en lo que has venido a hacer»—. Supongo que te estoy poniendo peor hablando del tema, suficiente tenéis ya en esa casa con todo. Lo siento, hija —se disculpa con cariño—. Habrás venido a ver a mi hijo, ¿verdad? —Asiento, y ella me mira con pesadumbre—. Siento que se haya comportado así contigo estos días.

Siempre ha sido así, pero últimamente está... raro. No ha venido en casa en casi tres

días. Pero le diré que baje. Tomaos el té sin mí y hablad de vuestras cosas. —Se muerde el labio—. Estaré encantada de tenerte aquí. Contigo, seguro que sienta cabeza.

—Gracias por todo, Emilia —le susurro con segundas intenciones que no nota.

Tengo constancia de lo de su hijo, ya que ni siquiera me ha ofrecido a mí una explicación tampoco en todos estos días; al igual que no me ha dado la cara. Vuelvo a asentir, y ella se marcha y me deja totalmente sola en el salón.

He meditado mucho acerca de qué es lo correcto. De mis sentimientos. De cómo volver a construir esa vida que me habían roto de tantas maneras. Y he descubierto que la mejor respuesta a alguien que te daña es dejar que se destruya solo.

—Mi hermosa prometida.

Carlos entra en el salón. Mi primer peldaño hacia la reconstrucción.

## Capítulo 29

Se acerca a mí apuesto, galante, con su humor que tanto me llamaba la atención en un principio, pero que ahora me hace sentir algo parecido al asco.

—Me encanta tenerte por aquí, cielo. —Se inclina para besarme, le retiro la cara con sutileza, y su expresión cambia—. ¿Qué ocurre, Margarita? Si es por lo del otro día, de verdad que lo siento. Iba a ir a verte, sabes cómo soy, me encontré a mis amigos y no pueden parar de celebrar que su amigo va a abandonar la soltería...

Lo escucho fingiendo interés, a pesar de que sus palabras me suenan vacías. De mi bolsillo, saco la caja con el anillo de compromiso que me dio. Su cara se pone blanca cuando se la tiendo.

—Venía a devolverte esto —le digo con firmeza—. Es tuyo. No voy a casarme contigo, Carlos.

Me mira sin saber qué está pasando, sin asimilar el momento que tiene delante de sus narices. Se ríe.

—Venga ya, Margarita. —Se acerca un poco más y me mira con intensidad—. No te hacía yo una bromista de tal calibre.

—Ni yo a ti un mentiroso —contesto seca, dejando claro que no estoy bromeando—.

¿Por quién me has tomado, Carlos? Si había una persona en el mundo por el que hubiese puesto la mano en el fuego de que no me traicionaría, ese serías tú. Pero me he dado cuenta de que tu yo real es muy diferente a lo que aparentas ser. No puedo casarme con alguien que me ofrece una relación basada en el egoísmo, el poco respeto y las mentiras. Una en la que me ves pasándolo mal y no te importa, lo más mínimo, ahorrarme una pizca de sufrimiento.

Aguanta la bofetada verbal, y tensa la boca en una mueca de altivez.

—Me has conocido desde los diecisiete años. Soy así, siempre lo he sido, siempre lo seré. No hay ninguna sorpresa, y aun así aceptaste casarte conmigo.

—Acepté casarme con un hombre que me quería y respetaba. Y pensaba inútilmente que, por mucho amor que le diera, iba a darse cuenta del daño que me estaba provocando. Pero me di cuenta de que, para ese hombre, pesaban mucho más los vicios, los amigos, el egoísmo y la manipulación. Era tu mejor opción porque era la única tonta que te aguantaría tus excusas baratas y tus desfases el resto de tu vida, sin abrir la boca.

El cuarto, quinto plato, porque antes estaba todo lo demás, todo antes que yo. ¡Llegaste a hacerme creer que yo era el problema!

Lanzo la cajita negra con el anillo al suelo, ya que él no la coge.

—Pues sí, pienso que en realidad lo eres —rebate—. Nunca has estado con nadie, no sabes lo que es una relación. Que no aceptes este tipo de cosas me demuestra que te falta mucho para llegar a mi nivel.

—Tu soberbia no conoce límites, Carlos. Me das pena. No hay peor ciego que el que no quiere ver. ¿Me vas a negar que me has dejado sola, y mal, en incontables ocasiones? A pesar de que eran días señalados, a pesar de que estaba dispuesta a una vida contigo. —

Intento recuperar el aire que suelto con rapidez por el nerviosismo—. Y ahí he estado yo, perdonándote todo, aguantando todo, soportando mis propios pensamientos, queriendo rebajarme a la altura del betún para que tú vivas tu vida cómodamente y sacrificando mi felicidad. ¿Y para qué? Para que me lo devuelvas con más dolor y engaños. No eres el ombligo del mundo, Carlos Duhau. A ver si te lo grabas en la cabeza.

—¿De qué engaños me hablas?

—La señorita Ana. —Solamente con pronunciar su nombre, mi lengua se enquista—.

No me niegues, por décima vez, que no es más que una amiga, no seas tan patético.

Aunque la patética era yo por creerme tus embustes.

—¿Otra vez con lo mismo? —Se encoje de hombros en un gesto que me saca de mis casillas. Quiere hacerme sentir culpable, es su gran manera de manipular y quedar él como la pobre víctima a la que están acusando de ser infiel—. De verdad que te hace falta hacértelo mirar.

Tu baja autoestima no tiene límites.

—Tu ego tampoco los tiene. —Le lanzo el pendiente que se quedó enganchado en el vestido de la señorita Ana. Se descompone al atraparlo en su regazo y ver de qué se

trata—. Creo que le gustaría tener su pendiente de vuelta, porque tú ya le devolviste el otro, ¿verdad?

Sonrío con rabia contenida. Nunca me he sentido más estúpida que al descubrirlo.

Estaba delante de mis narices y no lo quise ver. Defendiendo lo indefendible hasta el final.

Él baja su ira un poquito e intenta mantener la compostura.

—Margarita, creo que todo esto es un gran malentendido.

—No, el que parece que no quiere entender nada eres tú —contesto acercándome a él, furiosa, llena de rabia y dolor—. No me voy a casar contigo, ¿y sabes por qué? Porque, como tú mismo dijiste la noche que nos comprometimos, no soy tu madre para decirte lo que tienes que hacer o no; tiene que salir de ti. Porque no soy una estúpida que va a mantener la boca cerrada aguantando tu forma de vida que hiere a los demás, que parece ser que es lo que buscas en tu vida. Porque no voy a aguantar que me seas infiel.

Y porque no te quiero. Pensé que sí, me cegó el ser el objeto de las atenciones de lo que parecía ser un gran hombre y el sentirme querida. Pero ahora veo que, de grande, solo tienes tu apellido.

—¡Qué desagradecida! Después de todo lo que he hecho por ti.

—Puede ser que lo sea, pero me da igual. Lo que no seré es una estúpida perdiendo mi vida al lado de alguien como tú. Nunca vas a querer a nadie bien porque solo te quieres a ti mismo. —Me agacho para coger mi bolso, que reposa en el sofá—. Gracias, Carlos.

Porque, a causa de todo lo que me has hecho, me has librado de ser una gran infeliz por el resto de mis días. —Camino hacia la puerta, pero me giro hacia él justo antes de abrirla—. Avisa a tu próxima víctima que, de vez en cuando, revise las joyas que traes a casa. Quizá, podría salvarse ella también.

—Margarita, ¿en serio? —comienza él a rebatir, enfadado, pero bajando su tono de voz—. Margarita, eres una inmigrante que no tiene nada. ¿Crees que alguien te querrá?

Soy tu mejor opción, reconócelo. ¡Lo que te doy yo no te lo va a dar a nadie!

—Claro que no, y esa es la cuestión. Será mucho mejor, te lo aseguro, aunque tú te pienses lo contrario. Te destruirás solo, Carlos, estoy segura de ello.

Abro la puerta y descubro a Emilia escuchando detrás de ella. Sus ojos están anegados en lágrimas.

—Margarita, por favor —me suplica tomándome de una mano—, perdona a mi hijo. Él no es perfecto, pero estoy segura de que te quiere, que va a cambiar cuando os caséis.

No es un mal muchacho...

La miro durante unos instantes intentando mantener la compostura. A mí también me duele todo esto. Me había ilusionado de una forma muy particular con él. Pero su hijo es una fruta podrida. Una que traspasa su podredumbre a todo el que se le arrime, y yo no pienso quedarme a experimentarlo. De todas maneras, pasado mañana yo tan solo sería otra exnovia más de la que contaría que estaba loca y que era una celosa controladora. Y se pondría las medallas al mérito de ser el mejor hombre del mundo y haber estado hostigado por mí. Y, por supuesto, me buscaría una sustituta; porque, para todo el ego que lo envuelve, parece que es necesario el rodearse de mujeres ingenuas que le toquen las palmitas para que él pueda seguir alimentándolo en vez de conseguirlo por sus propios méritos.

—Lo siento mucho, señora Emilia.

Me suelto de su mano y camino hacia la entrada para atravesar, por última vez, la puerta de un palacete que fue un refugio y, al mismo tiempo, hogar. De alguna manera, cuando traspaso la verja, una parte de la Margarita anterior ya no es la misma. Es increíble como las heridas que te marcan y las decisiones que tomas te van cambiando poco a poco hasta llegar a otras versiones de ti mismo que casi ni reconoces. Mejores, más valientes, más fríos. El odio es algo que se enquista, pero, en la mayoría de las ocasiones, toca vivir con él, transformarlo. Y nunca se sale igual cuando atraviesas una gran tormenta.

Me seco las lágrimas y alzo la mano para pedir un taxi, o un colectivo, como lo llaman por aquí. Es hora de construir mi siguiente peldaño, un pasito más para ir completando un círculo pendiente.

—Al Hotel Alvear, por favor —le pido al chófer mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho.

El trayecto, aunque solo dura algunos minutos, para mí, se hace eterno. Me tiemblan las manos, nunca pensé que sería capaz de hacer lo que he realizado. Padre me va a matar.

Pero me mataría más si supiera lo que estoy a punto de cometer.

Cuando llegamos, pago la deuda al chófer y me dirijo a la entrada. No cabe duda de que, mirando la moderna decoración y los trajes y vestidos que se ven aquí dentro, sea uno de los mejores hoteles de todo Buenos Aires. Pregunto por la habitación del señor Suárez. Por prudencia, después de lo ocurrido, se niegan a darme el número. Lo intento desesperadamente durante varios minutos, sin éxito. Estoy a punto de resignarme y marchame cuando él aparece por uno de los ascensores. Se sorprende muchísimo al verme y acude a mi encuentro.

—Margarita, no te esperaba por aquí —me dice mientras me toma del brazo con cuidado y caminamos hasta el ascensor de nuevo. No entiendo nada—. Ven conmigo, por Dios.

Como una exhalación, de repente, me lleva con premura hasta su habitación de hotel y cierra la puerta tras nosotros. Dentro el suelo es de moqueta clara, y la cama blanca y dorada está coronada con un dosel en los mismos tonos; también hay un par de butacones, unas mesillas, un armario, cortinas frondosas y un escritorio. El lujo hecho cuarto. Trago saliva y aparto la vista de él, nerviosa.

—Perdona las formas —se disculpa—. Pero es que, con todo lo de Julián, os tienen en el punto de mira. No quiero que nadie nos vea y piensen que estamos confabulando.

—¿Y la mejor solución es que nos vean subir juntos a tu habitación de hotel?

Intento quitarle hierro al asunto.

Él sonríe al darse cuenta de que no ha hecho la mejor elección. Ese hoyuelo del infierno...

—Supongo que me he dejado llevar por la situación. —Me mira atento —. ¿Querías verme?

Asiento con algo de timidez, pero sintiéndome eufórica por envalentonarme.

—He pensado mucho en lo que hablamos el otro día en el estudio... Gracias por encubrirnos a Verónica y a mí. Gracias a ti, pudimos ver que envenenar a Julián no era la mejor solución y pudimos enmendarlo a tiempo, aunque hayamos creado todo este revuelo.

—Y luego dices que no tienes poder. Has puesto patas arriba a una nación, Margarita. Y

eres capaz de muchas más cosas que aún no te acabas de creer. O, si no, no estarías aquí ahora.

Decido esquivar por un momento lo que me dice, conozco ese tono como si lo hubiese tratado durante años. Esa melodía, esa candencia en su voz que busca encandilar. Las manos comienzan a sudarme.

—La señora Emilia me ha contado que volvéis a España —comento con cierto pesar—.

¿Es cierto?

Él asiente y se acerca un poco más a mí. Igual que aquella noche.

—Partimos pasado mañana. No es seguro estar aquí, se continuarán los acuerdos políticos desde allí. Y Julián acabará de recuperarse. —Él nota mi pesar—. ¿Has pensado en venirte, Margarita?

Suspiro sin saber muy bien en qué dirección ir.

—Tengo a mi padre aquí. Tampoco puedo dejar a mis clientas como si nada; son mi mayor fuente de sustento ahora, que no estamos bajo el cobijo de los Duhau. No puedo dejar sola a Verónica con este problema tampoco, fue responsabilidad de las dos.

—Entiendo... —Él asiente algo dolido por esa respuesta—. Yo... debo irme. La situación es delicada. Intentaré que no se descubra el veneno, intentaré ayudaros a que todo quede en un susto desde allí...

—Entiendo... —contesto igual que él.

El silencio nos envuelve durante unos largos treinta segundos rodeados de todo tipo de tensión.

—Supongo que, aunque nos separemos, la vida nos volverá a juntar en algún momento.

Lo ha hecho después de dieciséis años, ¿por qué no dentro de poco también?

Se pone justo enfrente de mí y comienza a acorralarme en dirección al escritorio. Mi corazón late feliz de que me busque de esa manera, a mí. La chica que siempre ha sido invisible, la pobre inmigrante sin nada que ofrecer, la que ha rechazado y herido a un gran señor. Quizá por eso me envalentono.

—Y, si no nos junta, te busco —confieso mirando sus labios—. Creo que nos quedó algo pendiente la otra noche, Manuel.

—Lo creo verdaderamente, Margarita. —Mi nombre se le escapa en un susurro lleno de deseo—. Tantas cosas pendientes... entre tú y yo...

Cuando me topo con el borde del escritorio, su cuerpo se pega más al mío. Siento algunas partes que nunca he sentido y que solo estando así, con esta premisa que nos cubre, este amor que se respira, me aporta y me excita muchísimo más que cualquier sesión de cama con Carlos.

Es increíble lo que hace el amor... Porque cualquiera puede darte una noche de locura, su cuerpo y su tiempo en los momentos buenos, pero encontrar esto es algo muy diferente. Un gran tesoro que siento que, si lo dejo ir, seré la persona más estúpida del planeta.

¿Amor?

Posa sus labios en mi cuello y, con delicadeza, lo recorre dejando un reguero de besos húmedos a su paso. Primero, un lado; luego, otro, y sube por el centro para acabar besando mi barbilla. Siento que voy a explotar de todas las maneras en las que puede hacerlo una mujer enamorada de un hombre. En mi cara se recrea también. Una mejilla, después la otra. La frente, la nariz... Cuando roza su nariz con la mía, se ríe.

—Por favor, Manuel... —me quejo, también sonriendo, y lo agarro del cuello de su camisa blanca; así no se podría escapar esta vez.

Lo inclino hacia mí, deseando saborear esos labios del Manuel adulto otro poquito más y por completo. Su roce contra los míos no provoca

menos que aquella primera vez. Y

quiero más, necesito más.

—Margarita... —susurra él, y yo abro la boca levemente para que ambos saciemos la sed del otro que tenemos.

Pero la vida tiene otros planes para nosotros. Otra vez. Unos golpes bruscos en la puerta hacen que nos separemos unos centímetros, asustados, incrédulos y algo divertidos. No puede estar pasando de nuevo, no ahora.

—Voy a pegarle un tiro a quien esté al otro lado, te juro —comenta él molesto por la interrupción, mientras me clava sus ojos y mi mirada se llena de verde. Aprovecho que

baja la guardia y lo beso dulcemente en las comisuras. Me agarra de la cintura más fuerte—. Vuelve a hacer eso, y no abro la puerta, te lo prometo.

—No podemos, Manuel, puede ser algo importante.

Como si la persona de fuera nos escuchara, grita desde el pasillo:

—¡Suárez, salga! Nos marchamos a Europa hoy mismo. Órdenes de Roig.

Nos miramos con un gesto compungido, poco ha durado nuestra felicidad.

—Escóndete en el baño, Margarita. No salgas hasta que nos marchemos. —Asiento para mostrarle que seré alguien obediente y no lo pondré en peligro. Me acompaña hasta allí y me acaricia la cara antes de disponerse a marcharse—. Confiemos en la vida, ¿vale? —

comenta esperanzado; pero, cuando intenta cerrar la puerta, se lo impido. Me inclino hacia él y le doy otro tímido beso muy cerca de la boca. Porque, si es en la boca, ninguno de los dos podría parar.

—Te quiero, Manuel. Antes de venir aquí, acabé con mi compromiso. Solo quería que lo supieras. Que solo soy una pobre chica que siempre ha deseado un beso tuyo en cualquier situación.

Mis palabras lo conmueven. Y veo que lucha contra sí mismo antes de cerrar la puerta de nuevo.

—Te amo, Margarita.

Después, soy yo la que la empuja, separándonos. Y, antes de que escuche sus pasos marcharse, ya me siento más vacía que nunca.

## Capítulo 30

Las investigaciones continúan a pesar de que ya hace casi un mes que Julián Roig abandonó el país junto con Manuel y su padre. Varios policías nos visitan algunos días, tanto a Verónica como a gran parte de la alta sociedad, ya que están convencidos de que el culpable está entre alguien de los poderosos que estaban aquí esa noche.

Hacemos esfuerzos titánicos para que no nos descubran, y son incapaces de hallar las pruebas de las que nos deshicimos arrojándolas al mar. A pesar del trabajo que seguramente está haciendo Manuel desde España para que eliminen a los Romero-Álvarez de la lista de sospechosos —porque de nosotros aún ni conocen que nos encontrábamos allí esa noche—, ellos siguen insistiendo en poner su punto de mira sobre ellos, como buenos agentes del orden.

Durante estos días, me afano por ignorar las habladurías de la ciudad y centrarme en mi trabajo como costurera, para llenar el vacío que me ha quedado desde que se cerró aquella puerta en el Hotel Alvear y Manuel desapareció de mi vida por segunda vez.

Pero el trabajo no ha estado yendo demasiado bien, y todo a causa de Carlos. Las portadas de periódicos y revistas de Buenos Aires pasaron de contar la impactante noticia del casi asesinato del ministro de Franco a hablar de la cancelación de compromiso del hijo de Mateo Duhau, mano derecha del nuevo y reciente presidente del país, Arturo Frondizi. Se me revuelven las tripas cuando leo las revistas. Alega haberse dado cuenta de que un hombre como él no podía casarse con una inmigrante que buscaba la Policía española y que había vivido engañado por mí y por mi padre todos los años que pasamos bajo su techo. Desveló, así, nuestro secreto.

Una tarde de junio, Verónica suelta otra revista sobre la mesa. Solemos reunirnos todos bastante a menudo para planear nuestros siguientes movimientos.

—¿De verdad esta gente no tiene otra cosa de la que hablar? —pregunta molesta. La tomo para ver otro titular. Más de lo mismo. Lanzo la revista al suelo, enfurecida—. No sé qué te sorprende —me

comenta ella sentándose en el sofá al lado de padre, que lee otro periódico en el que, afortunadamente, no nombran ninguno de los dos temas—.

Creo que todos sabíamos de qué pie cojeaba, menos tú.

—¿Cómo alguien puede cambiar tanto en tan poco tiempo? —pregunto sorprendida; Carlos nunca ha sido así de... rastrero.

—O es que nunca cambió y siempre fue así, pero tú no lo viste —repite ella con tono maternal.

—Sea como sea, eso es historia pasada —comenta padre bajando el periódico—. Me alegro de que no te casaras con él, hija.

Mi padre y yo tuvimos una intensa charla al volver del hotel aquel día. Sin poder ocultarle más lo que estaba pasando, nos sentamos juntos en el salón, y fuimos sinceros en todos los sentidos. La identidad real de Alma, que su marido conocía de sobra y que había ayudado a encubrir; mi cancelación de compromiso, el intento de asesinato de Julián Roig, y mi reencuentro con Manuel. Cuando Verónica bromeó con tener que desinfectar bien la mesa del escritorio del estudio de su marido, después de la escenita que vio, me quise morir. Por pocas tuvimos que recurrir a volver a llamar a la ambulancia aquel día, pero esta vez para padre.

Demasiadas confesiones para saberlas de sopetón. Se cogió un buen enfado, sobre todo, por ocultar el tema de Julián, pero después todo se fue calmando poco a poco. Y aceptó, desde el primer minuto, la cancelación del matrimonio. No pertenecíamos a esa jerarquía, ni iba a poder ser plena al lado de alguien como él; solo lo aprobó porque pensaba que era lo que me hacía feliz. Así que, por esa parte, y por la parte de que Julián se salvase, estaba bastante satisfecho y calmado. También se alegró, de sobremanera, de ver a la amiga de su hija sana y no del todo salva, pero bien para volver a nuestras vidas.

—Pero ahora todo el mundo está hablando de nosotros, y nos vuelve a poner en el punto de mira —me quejo yo. Estraperlista, estafadora, fugitiva e intento de asesina: mi currículum solo va a mejor—. Estoy perdiendo a casi todas mis clientas, apenas tengo trabajo.

—El circo se termina cuando dejamos de prestarles atención a los monitos —contesta él con sabiduría—. Creo que intenta provocarte por haberlo dejado plantado. Pero como siempre digo...

—La discreción es nuestra mejor arma.

Le sonrío.

—Te he enseñado bien.

Sonríe él satisfecho.

—No sé si ser discretos nos ayudará demasiado en esta situación —comenta Verónica suspirando—. La Policía no dejará de investigar y, tarde o temprano, va a dar con algo.

Y vuestras identidades quedarán expuestas. No podemos seguir viviendo en este estrés continuo.

—¿Y qué propones que hagamos? —le pregunto con curiosidad y con un nudo en el estómago.

Ella nos mira en silencio mientras sopesa el comentar su plan o no.

—Volver a Europa. Benjamín tiene familia en Toulouse, podrían acogernos a todos.

—Pero, si nos descubrieran, estaríamos a un tiro de piedra de Franco; sería como ofrecer nuestras cabezas en bandeja —comento, nerviosa, pensando en lo que acaba de decir.

—Y ya no hablar de cómo tratan a los refugiados españoles allí —aporta padre—. Como animales invasores que entran a destruir todo a su paso. He leído sobre los campos de hacinamiento franceses...

—No temáis a eso. Como os digo, la familia de Benjamín nos protegerá.

—¿Y quién nos garantizaría que no nos delatarían? —pregunto preocupada por los comentarios de padre.

—Porque ellos son refugiados, también, que tuvieron mucha más suerte que nosotros al tener familia en Francia desde mucho antes. No dirán nada, os lo prometo.

Padre y yo nos miramos preocupados. Volver a Europa da vértigo. Después de habernos forjado un camino aquí, después de habernos acostumbrado a la vida de los porteños...

—No creo que Argentina sea un lugar seguro para seguir echando raíces —comenta ella—. Benjamín siempre trabaja con temas

escabrosos y hay muchas personas que no están de acuerdo con el nuevo presidente. Ya ha habido un golpe de Estado. ¿Quién podría poner las manos en el fuego de que no haya un segundo? Argentina podría vivir una dictadura, como pasa en España. Y entonces sí que estaríamos acabados. —El silencio se apodera de la sala. Para nadie es un secreto que la situación política del país

se ha mantenido con pinzas a lo largo de todos estos años, con los bandos del peronismo y del antiperonismo enfrentados. También suceden hechos muy graves, pero nunca les he prestado atención; he querido vivir lejos de la política y los problemas.

Bastante peso traíamos ya en nuestra maleta y nuestro país—. Tú puedes seguir cosiendo en Francia, seguro que tendrás éxito con tu gran talento. —Me señala a mí primero y, luego, a padre—. También usted, señor Antonio, puede trabajar en cualquier herrería o comercio; lo ayudaremos a buscar algo. Pero, si nos quedamos aquí, acabaremos muertos. Esos policías no van a dejar de investigar. Julián Roig tampoco. Sé que el irnos todos de repente levantará sospechas, pero mejor que nos investiguen a miles de kilómetros que al otro lado de la puerta de casa.

—Entonces ¿la mejor solución es volver a convertirnos en fugitivos una vez más?

Ella sonríe a caballo entre la tristeza y el humor.

—Es lo que mejor se nos da, ¿no?

***

Y eso hacemos. En un par de días, recogemos todas nuestras pertenencias más importantes y no tenemos a nadie a quien decir adiós. Con discreción, como siempre, cerramos la casa de los Romero-Álvarez dejando gran parte de nuestras vidas en el interior —por si entran a la fuerza, que no piensen que hemos huido, aunque eso es soñar despiertos— y ponemos rumbo al puerto, donde un gran trasatlántico nos volvería a llevar, dieciséis años después, al continente que nos vio nacer. Uno herido, después de tantas guerras, de gobernantes que jugaban a ser dioses y de tantas pérdidas.

Entre el gentío, mientras buscamos la puerta de embarque, no puedo evitar temblar. Mi padre lo nota. Ambos le hemos cogido cariño a este

país. Y volvemos a ser arrancados de él por la sombra que nos trajo aquí desde un inicio. Está claro que nuestra vida no será común. Nunca lo fue y nunca lo será. Como la de otras tantas almas que, en vez de vivir, vinieron a este mundo a luchar.

Supongo que uno no elige dónde y cuándo nacer, o cómo será su vida por más que quiera. Me llevo la mano al pecho, ahí donde encuentro a mi abuela Pilar a través de su rosario, y en este momento, en el que siento que estoy a punto de derrumbarme, recuerdo sus palabras:

«La vida es corta y dura, por mucho que nos la quieran pintar de color de rosa. La felicidad definitiva no existe. Hay que verla en las pequeñas cosas y treguas que hay entre los grandes golpes que sacuden nuestros cimientos. Quien se pasa la vida buscando llegar a ser feliz y esperando que nada malo va a pasar después pierde el tiempo. La justicia es caprichosa, y no siempre uno recibe lo que da. La vida es lucha, es amor; son risas, decepciones, rabia, injusticias y sacrificios. Saber decir hola y saber decir adiós. Estoy segura de que lograrás todo lo que te propongas.

No dejes que ninguna bestia, por grande que sea el golpe, te quite lo más valioso que tienes: tu vida y tus ganas de vivir. Nadie se merece que uno haga un pago tan grande en la vida por nadie. Por nadie, ¿me oyes?».

—Hija, ¿estás bien? —me pregunta padre preocupado mientras se detiene y me enfrenta.

Asiento, saliendo de mis cavilaciones, y le sonrío para quitar hierro al asunto.

—Estoy lista para decir adiós —le susurro mientras paso por su lado y le insisto en subir al barco.

—Siempre supe que lo tenías —confiesa señalando a la zona de mi clavícula—. Me alegra que al menos algo de la familia sobreviviese a todo esto.

—Nosotros también lo haremos, padre. También lo haremos.

## Capítulo 31

Diecisiete días a bordo de un barco dan para pensar mucho. Verónica, Benjamín y padre intentan descansar lejos del peligro de Buenos Aires y todos los problemas recientes que nos han atosigado. Los tres hablan animadamente de todos los planes que vamos a llevar a cabo al llegar

a Toulouse. Van a ayudar a padre a buscar trabajo, Benjamín ejercerá de abogado, yo seguiré cosiendo —porque sí, también están planeando mi vida de manera indirecta— y Verónica se unirá en la lucha contra la dictatura. No sé cómo tiene fuerzas para ello después de todo lo vivido. Pero he comprendido que mi amiga nunca cambiará. Siempre será fuerza, pasión, locura, ganas de cambiar el mundo. Aunque le cueste todo, incluso su propia vida, y ella es feliz así.

No al lado de nadie, siendo una esposa ejemplar. La admiro.

Con el paso de los días, su tinte ha ido desapareciendo y ha dado lugar a un rubio oscuro que se asemeja bastante más a su color natural. Entonces, puedo verla a ella mucho mejor. Mi amiga Verónica, la de las innumerables aventuras. Es toda una mujer, al igual que yo, pero siempre seremos esas chicas adolescentes que hablábamos de chicos llenando nuestros cántaros en la plaza del pueblo. Esas que besaban sus anulares y hacían su juramento de amistad.

Hasta ahora, que regresamos tan cerca de nuestro hogar, no me he dado tiempo a darme cuenta de lo muchísimo que echaba todo de menos. También echaba de menos a rabiar a Manuel, pero hace ya casi dos meses que no sé nada de él. ¿Habrá cambiado de opinión al volver a España? ¿Habrá vuelto la señorita Alejandra en busca de lo que es suyo? No he recibido ninguna carta. Y quizá por ello, también, fue por lo que terminé de urdir mi plan.

—No te vas a quedar en Francia cuando lleguemos, ¿me equivoco?

La voz de Verónica me sobresalta. Camina en mi dirección, con tranquilidad, hasta que se apoya en la barandilla del barco a mi lado. Bañadas por la puesta de sol, y con nuestros pelos y ropas agitados por el viento.

—Me conoces más de lo que pensaba.

Miro hacia el horizonte.

—Siempre fuimos mejores amigas —comenta ella con nostalgia—. Siempre se te ponía esa carita de preocupación cuando urdías algún plan o cuando querías esconder algo.

¿Buscarás a Manuel?

Asiento sin mirarla a los ojos. Por supuesto que tengo que buscarlo.

—Demasiadas cosas pendientes sin resolver —susurro para justificarme.

Ella sonríe de manera pícara.

—Sí, ya pude verlo con mis propios ojos, Margarita. Si llego a entrar unos minutos más tarde, me hacéis tía.

—¡Qué burra! —contesto riendo, avergonzada. Me entra calor solo de recordar aquel momento, y el de la habitación de hotel. Luego, la miro —. Aún lo eres. —Ella me observa extrañada—. Mi mejor amiga. Siempre lo serás, Verónica.

Se conmueve con mis palabras y devuelve sus ojos al Atlántico. Nunca ha sido una persona de lágrima fácil, pero intenta ocultarlo.

—No me siento orgullosa de...

—Nadie nos sentimos orgullosos de muchas cosas —la corto—. Todos hemos tenido que hacer cosas de dudosa moral para sobrevivir, yo la primera. Dejemos de juzgarnos por un pasado en el que no hemos podido tener una elección. Siento lo de tu madre.

—Y yo siento lo de la tuya —me susurra—. Pero ahora nos tenemos la una a la otra. Te apoyaré, Margarita. Si volver es lo que deseas, no hay nada que me guste más que desafiar al régimen. Te cubriré. Pero ten cuidado.

—¿Tú, pidiéndome cuidado a mí?

Reímos.

—Sé que siempre pensaste que yo era las más valiente de las dos. Pero tú también lo eres, de diferente manera. Haz tu magia, Margarita. Sé cómo esos jaramagos amarillos

que rodeaban nuestras casas, cubre todo lentamente hasta invadirlo por completo, sin que apenas se den cuenta. Puedes de sobra. Yo haré mi parte desde Francia.

—Julián no va a quedar impune, te lo garantizo.

—Te daré mi pasaporte para que puedas cruzar la frontera sin problemas.

La abrazo con cariño y, después, beso mi dedo anular entre risas, como cuando éramos pequeñas. Ella me imita; mientras hace lo mismo y une su dedo al mío, el mar es testigo de nuestro juramento.

***

El calor de julio nos da la bienvenida cuando atracamos en el puerto de Bayona. Somos muy prudentes a la hora de pasar los controles y caminar rumbo a un autobús que nos trasladará a nuestro destino final: Toulouse.

Tras un viaje de más de tres horas sobre ruedas, en el que descubro que Francia es un país precioso por lo que me evocan sus paisajes y ciudades, llegamos a la casa de los familiares de Benjamín. Una familia de siete miembros que nos reciben con los brazos abiertos. Me da una ternura inexplicable cuando veo al abuelo de los niños sentado junto al fuego. Qué suerte tienen de tenerlo tan cerca y disfrutarlo.

Cuando todos se retiran a las habitaciones, escapamos a la calle en silencio, y me despido de Verónica. Decido no esperar más. Si quiero llegar a Víznar, buscar a Manuel y acabar con mi venganza, debo partir ya y no acomodarme a este nuevo hogar, o nunca volveré a sacar las fuerzas para ello.

Verónica me promete cuidar de mi padre. Cuando se entere, a la mañana siguiente, de todo mi plan, va a poner el grito en el cielo. Pero debo estar tranquila conmigo misma.

Necesito construir mis últimos peldaños y, después, volveremos a estar juntos. Ella también me tiende un sobre con bastante dinero que me esconde en mi bolso de viaje.

Luego, me da un abrazo y me desea la mayor de las suertes. Prometo escribirle, si es que puedo.

La oscuridad de la noche me lleva, dejando a mi amiga de pie en la puerta de entrada.

Solo dos perros que ladran en la lejanía son testigos de lo que está a punto de ocurrir.

Nada más llegar a la estación de tren, lo primero que hago es cubrirme todo lo que puedo. Escondo mi pelo con un pañuelo, también mis ojos con unas gafas de sol, todo prestado de mi amiga. No pueden descubrirme y, aunque pasaron muchísimos años y

yo he cambiado, si Manuel me reconoció al segundo de verme, eso no me da demasiadas oportunidades con la policía.

Al fin sentada en mi asiento, recorremos parte de la geografía francesa y española. Una vez llegados a mi país natal, supero los controles sin problema alguno al mostrar mi pasaporte. Ahora yo soy Alma Álvarez y tengo que meterme en el papel. Suspiro aliviada de ver pasar las horas y de encontrarme cada vez más cerca de Granada. Así que aprovecho para comer y dormir un poco. No tengo demasiado tiempo para llevar a cabo mi plan.

Casi un día después de embarcarme en esta atrevida y peligrosa aventura, me bajo en la estación de tren de Granada. El sueño no ha sido reparador y me siento más que agotada. Y, de repente, al ver a los grises controlando las puertas, es como si el tiempo no hubiese existido. Como si fuese esa adolescente con la falda llena de jarrones escondidos para hacer estraperlo y la policía pudiese vislumbrar a través del tejido.

Intento mantener la compostura mientras, en el andén y entre el gentío, observo si hay alguna otra puerta de salida. Pero no, no la hay; no me queda más remedio que atravesar a la Guardia Armada. Las manos comienzan a sudarme cuando me encamino hacia ellos, ajustando mis gafas y mi pañuelo, rezándole a todo lo que sé para que no me paren.

Algunas personas que llegan a donde se encontraban antes que yo logran pasar sin la más mínima sospecha de los dos hombres uniformados, pero otros no tienen tanta suerte. Espero que mi ropa parezca cara y yo, poco culpable. Una mujer poderosa que vuelve a su hogar. Alma Álvarez. En mi cabeza queda muy bien, pero en la realidad, tras darme cuenta de que me hacen un gesto, se ve que no es tan obvio.

—Pasaporte, señorita.

Dos palabras que logran que se me hiele la sangre.

—¿Disculpe?

Gracias al cielo, no se me ha pegado lo más mínimo el acento argentino.

—Su pasaporte, señorita —sentencia el más mayor y corpulento.

—Oh, sí, disculpen.

Intento mantener la calma rebuscando en mi bolsa de viaje. Tomo, entre mis manos, el pasaporte falso y se lo tiendo. Lo observan un buen rato, incluso se consultan el uno al otro mientras miran la fotografía. Chasquean la boca en una mueca de disgusto.

—Quítese el pañuelo y las gafas si es tan amable.

—Señor, no puede pedirme eso en un lugar público. —Interpreto mi papel, y mi corazón late desbocado—. No podría...

—¡Quíteselos! —sentencia dando un paso en mi dirección—. Si no lo hace, lo haremos nosotros.

Intento disimular mi respiración agitada.

—Claro, sí, disculpen —comento alzando la mano para deshacerme el nudo del pañuelo debajo de mi barbilla.

Estoy acabada.

—¡Prima! —Una voz dirigida hacia nosotros nos hace cambiar el punto de nuestra atención. Cuando sigo la mirada de la policía, descubro a mis espaldas a un hombre alto, apuesto, en uniforme, corriendo hacia mi posición. El alivio me inunda tanto que tengo ganas de llorar. Manuel. Justo en el momento exacto, otra vez—. Por Dios, prima, has tardado una eternidad en llegar. ¿Acaso no te dejaban salir?

Noto que la expresión en las caras de ellos cambia. Saben que es hijo de quien es, y que es superior a ellos y podrían haberse metido en un lío.

—¿Es familiar suya, Suárez? —pregunta, ahora, el más joven de los dos.

—Pues claro que sí —contesta molesto. Ni tan mal se le da la actuación—. Es mi prima Alma Álvarez, acaba de llegar de una larga travesía y vosotros la estáis molestando.

—Solo comprobábamos que todo estuviese en orden, señor. La foto...

Él les arrebata el pasaporte de las manos. Qué valor para hacer eso. Pero, claro, a vista de la Policía Armada, Manuel está por encima de

todo o casi todo.

—La foto, nada. Es mi prima, pueden estar tranquilos. —Me pasa una mano por la cintura, con cara de preocupación—. Siento todo esto, Alma. Vamos a descansar. —

Luego, se dirige a ellos—. Si es que nos dejan. O, si no, creo que me veré en la obligación de tener que reportar a ciertos agentes...

No les hace falta escuchar más para que los dos despejen el camino, y pronto dejarnos fuera de sus miradas y del peligro.

Respiro agitada, mientras Manuel me conduce a un coche negro que hay aparcado fuera.

—¿Qué te dije de no meterte en líos con la Policía Armada hace años? —me pregunta divertido y feliz de verme.

—Me alegra que mi primo siempre acuda a mi rescate. Me alegra verte, Manuel. La vida nos vuelve a juntar, al parecer.

Él sonríe bajo la cálida luz de las farolas y me pide subirme al vehículo para ir a hablar a un sitio mucho más tranquilo.

Cuando aparca cerca de la plaza Bib-Rambla, yo sigo sintiendo que nunca me fui de este lugar. Todo ha cambiado, no hay tanta pobreza, y los edificios vuelven a tener más luz y color. Pero mantiene la esencia de la Granada que conocí de pequeña.

La plaza está iluminada por las farolas, al igual que la estación, y algunas personas aún pasean por ella, volviendo de sus trabajos o teniendo encuentros con amigos o futuros amantes. Me giro hacia Manuel para comentarle que venir a esta plaza, quizá, no es la mejor de las ideas; pero él, sin decirme nada, me toma de la mano con cariño, entrelazando sus dedos con los míos, y me guía por unas calles demasiado familiares.

Las que recogen el testigo de todos nuestros primeros encuentros. Las paredes blancas, estrechas y tenuemente iluminadas parecen estar esperándonos.

Me lleva al rincón más alejado, donde casi me besó aquel día. Me apoyo en la pared y sonríe. El aroma a azahar nos envuelve. La última vez que vimos esta planta, estaba bastante seca, pero ahora resplandece.

No hay nadie más aquí que sus ojos, su sonrisa, y mis ganas de perderme en él. Incluso la luna se esconde detrás de unas nubes rebeldes para darnos la intimidad que durante años llevábamos pendiente.

## Capítulo 32

—No puedo creerme que estés aquí —me susurra recorriéndome con su mirada.

—Yo tampoco, si te soy sincera. ¿Cómo sabías que venía?

Nuestros cuerpos se mantienen a tan solo un metro de distancia.

—Verónica —confiesa— me envió una carta urgente. Temía que te pasara algo. Me informó que llegarías con su pasaporte falso.

Otra cosa que agradecerle a mi valiente amiga. Me salva la vida una vez más.

—Tenía que hacerlo. No dejaban de investigarnos y allí ya no nos quedaba nadie. —Lo miro explicándole el motivo de mi larguísimo viaje—. Iban a dar con nosotros de un modo u otro. Julián nunca parará de buscar a quien quiso asesinarlo.

Él asiente con una mueca.

—He intentado de todo, pero es difícil de controlar. Es un hombre insoportable y, desde que estuvo a punto de morir, aún más.

—He venido para acabar con él —confieso—. Me dijiste, en Buenos Aires, que yo era más inteligente que todo eso. Estuve pensando, y no tuve que remover nada para poder sacar sus trapos sucios. No sé cómo no lo pensé antes. Me cegaron las ganas de hacerle daño, no lo sé, pero la mejor forma de venganza siempre estuvo delante de nuestras narices. —Él me observa curioso por mis palabras, queriendo saber más—. Ya me lo dijo mi padre: la mejor forma de vengarte de alguien que te ha dañado la vida es seguir adelante, ser feliz y dejar que se destruyan solos. Y eso es precisamente lo que se le va a caer encima: lo que ha estado haciendo durante años no solo conmigo, sino también con muchísima gente de la capital y pueblos de alrededor. —Bajo la voz un poco más—.

Lleva toda la vida participando en el estraperlo a espaldas de Franco,

ayudando a todos los que el régimen quiere castigar a cambio de su placer carnal y monetario. ¿No es eso ilegal? No querría ni pensar si el mismísimo Franco se enterase de ello, qué le podría ocurrir...

Mi voz ahora es sombría y su rostro, lleno de sorpresa.

—Margarita... —comienza él—. Eso es... lo más inteligente y obvio que he escuchado.

Asiento.

—Una vida de cárcel y torturas es mucho mejor venganza que una muerte, ¿no crees?

—Lo miro fijamente—. Solo necesito que me lleves con alguien, alguien responsable a quien, fingiendo ser Alma, pueda denunciar a Julián.

—No puedes hacer eso; te preguntarán tu nombre y tu relación con él, y tú también estarías sobre la palestra. Has hecho estraperlo con él. Eso también es ilegal. —Vaya, mi plan tiene lagunas que no me he parado a pensar. Pero, con tal de exponerlo, me da un poco igual. Me volveré a escapar. Eso es...—. Lo haré yo.

Lo miro con los ojos desorbitados.

—No puedes hacer eso, no me perdonaría nunca el ponerte en peligro. Ya lo hiciste al darnos hace años toda esa comida, al permitir que lo envenenásemos. No permitiré que te expongas de nuevo. Tú tienes una vida construida. Yo no tengo nada que perder.

—Pero yo tengo todas las de perderte a ti y quiero una vida junto a ti. —Su confesión y su cuerpo pegado al mío me hacen sentir que me voy a desmayar de felicidad—. No voy a dejar que nos arrebaten, de nuevo, la vida que nos pertenece y que tanto nos han quitado ya.

—Pero tu familia... Te acusarán de traicionar a un alto cargo, Manuel. No puedes hacer eso.

—Toda mi vida he vivido una mentira, Margarita. He vivido en un hogar donde mi padre maltrataba a mi madre desde que soy consciente, en el que siempre nos han prohibido expresar nuestros propios pensamientos; en el que, si no cumplía a rajatabla lo que marcaba el régimen, mi padre me pegaba fuerte con una varilla en las

manos hasta que me sangraban y tenía que huir a la calle para descansar de todo ese suplicio.

—Toma aire—. Mi madre tampoco está. Y, si he acatado las órdenes de mi padre desde entonces, solo ha sido para que pudiese llegar este momento. Prefiero ser un fugitivo al lado de la mujer que amo que un esclavo del régimen.

—No sabes lo que dices, Manuel...

Me impacta tanto que quiero hacerle cambiar de idea a toda costa. No tiene ni idea de lo difícil que es vivir de esa manera.

—Sé lo que digo porque sé lo que quiero. Y quiero justicia, quiero mi libertad y te quiero a ti, Margarita. —Se acerca tanto que siento el roce de sus labios contra los míos—. Ese hombre te aseguro que pagará. Y nosotros seremos libres.

—Manuel... —susurro con los ojos llenos de lágrimas por la felicidad de tenerlo aquí conmigo.

Él se separa un poquito para mirarme.

—Creo que tenemos algo pendiente.

Él sonríe con su característica sonrisa de lado, la misma que me mostró el día que lo conocí. Por fin, beso su hoyuelo.

—Pues es hora de que deje de serlo.

Me acorrala contra la esquina de la pared; las hojas mullidas de la planta de azahar amortiguan su dureza. Y somos conscientes de que, si alguien nos viera, sería indecoroso, de mala educación y de mal gusto, pero no nos importa lo más mínimo.

Como aquel día en ese escritorio, recorre mi cuello primero, con delicadeza, dejando decenas de besos que solo me hacen desear cada vez más. Luego, sube poco a poco hasta mi barbilla, y también ella recibe su parte. Levanto mis manos para ponerlas en su cara. Su barba me cosquillea en los dedos. Aprovecho para inhalar su aroma mezclado con el de las flores de azahar. ¿Es esto un sueño?

Cuando besa mi mejilla derecha, se aparta. Y los dos nos miramos a unos centímetros de distancia, respirando agitados. Él, entonces, centra la atención en mi pelo y alza su mano. Cuando la retira, veo que me ha apartado una hoja de mi oscura melena. Qué curioso cómo

la vida nos encaja en el momento y lugar adecuados.

—Sabes lo que toca después de la hoja, ¿verdad?

Está claro que es una gran señal. Nos abandonamos a ella. Desliza sus manos por mis piernas y vuelve a levantar mi vestido; esta vez, hasta la cintura. Me olvido del mundo cuando él finalmente, con su otra mano, agarra mi cabeza y funde sus labios con los míos. Si lo he imaginado bonito, ardiente, apasionado, todo se queda en nada al

compararlo con la realidad. Tengo sus labios y su lengua en todas partes, hambrientos, llenos de ganas, de lo que hemos ocultado durante tantos años.

Yo desabrocho parte de su uniforme para poder meter las manos y tocar ese ancho pecho con ellas. Aunque no cabe ni una flor de azahar entre nosotros, no parece ser suficiente cerca para ambos, que estamos prácticamente empotrados contra la pared.

—Pararé si quieres, Margarita —susurra después de un buen rato, intentando volver a recuperar el control—. Sé que no es el lugar para esto.

—No pares. No hay nadie aquí.

—Si sigo no podré parar... Si nos ven...

A pesar de sus intentos, la voz lo delata. Al carajo con todo si nos ven, que miren para otro lado. Ya hemos vivido lo suficientemente reprimidos.

—No quiero parar, Manuel. —Me envalentono, y me lanzo de nuevo a su boca y le desabrocho la hebilla del pantalón—. Te quiero, te quiero aquí y ahora.

Mis palabras lo encienden y, con un gruñido, sus labios muerden los míos y me levanta para que pase las piernas por su cintura. Cuando lo siento dentro de mí, en este lugar tan especial para nosotros, donde todo comenzó y donde todo se cierra, no puedo evitar llorar de emoción. Tomo su cara entre mis manos y me vuelvo a perder, esta vez para siempre, en esos ojos verdes y dorados, iluminados por la luna. Él no deja de hacerme el amor mientras nos miramos.

—Te amo, Manuel. Siempre fuiste tú.

Con varios gemidos ahogados, y sin montar mucho escándalo, los dos llegamos al clímax, sudorosos, jadeantes y con el corazón lleno de amor y aroma a azahar.

—Margarita, un día me vas a matar... —confiesa y yo río por mi victoria mientras nos colocamos, de nuevo, la ropa apresurados.

Después de nuestro apasionado encuentro, él misteriosamente me pide que me vuelva a subir al vehículo.

—¿A dónde vamos? —le pregunto con curiosidad mientras se dirige a las afueras de Granada.

—Es una sorpresa —me comenta.

Pero yo soy más rápida que esa sorpresa cuando reconozco el camino que tomamos, ese que tanto hice y deshice con mis burritos y mi familia.

—No sé si estoy lista para regresar a Víznar —le comento emocionada, pero algo preocupada.

—Créeme que merecerá la pena —explica, mientras recorremos el camino a oscuras—.

Margarita, ninguna de nuestras cartas llegó a tu casa en Argentina. Avisé al doctor Alfredo de que venías y le prometí que te llevaría nada más verte. Te estuvo escribiendo durante años. Te ha querido contar algo importante durante mucho tiempo.

—No recibí nada —contesto preocupada.

¿Habría sido el régimen quien las confiscaba? Se habrían perdido en esos enormes trasatlánticos en los que viajaban, también, los pasajeros que buscaban vidas mejores, ¿o Emilia me las había ocultado? Sea como fuere, estoy deseando verlo para agradecerle todo lo que hizo por nosotros y darle un gran abrazo.

Cuando llegamos a la fuente de las afueras, aquella en la que Manuel casi me besa esa tarde, mi corazón cicatriza un poquito más. Puedo ver de lejos mi casa. Siento un pellizco en el alma. La cal está ennegrecida por el paso de los años. Nos acercamos a ella y no puedo contener las lágrimas al observar la puerta de entrada. Está medio destruida, los escalones se ven rotos y el tejado se cae a pedazos. Representa bien lo que sentíamos en nuestros corazones después de perderlas a ellas, después de que la familia se desmoronara, como lo

hicimos mi padre y yo. Manuel se acerca y me abraza con cariño, mientras yo me desahogo, en esta noche de verano, entre sus brazos.

—Te prometo que volveremos. Algún día haremos de esta casa nuestro hogar.

—¿Cómo sería eso posible?

El país aún sufre, la dictadura está más fuerte que nunca. Soñar con ello es una utopía.

—Luchando. Luchando mucho por lo que queremos.

Pongo mi mano en su mejilla y no puedo evitar compararlo con Carlos. Sí, la vida me puso en el camino a un hombre fuerte, líder, poderoso, pero que no tenía la más mínima idea de cambiar en algo por mí. Por nosotros. En cambio, me ha regalado un hombre que está dispuesto a sacrificar todo por una vida conmigo. Ahora entiendo el sentido del verdadero amor. Ahora entiendo que los palos más duros por los que pasamos son los que nos guían en la dirección correcta. Que hay que atravesar una noche completa para poder apreciar los primeros rayos de sol y la promesa de un nuevo día.

—Vamos a ver a don Alfredo, anda.

***

Cuando llegamos a la fachada de la casa del médico, la misma de siempre, el corazón me da otro pellizco. Tanto tiempo esperando este momento y, por fin, hoy lo tendré delante.

Cuando la puerta se abre y él se materializa, ahogo un suspiro. Lo reconozco totalmente, aunque con bastantes años más. Debe de ser de la misma edad que padre.

—¡Margarita! —exclama él feliz, tanto que hasta algunos vecinos de los alrededores abren la puerta para asomarse y ver qué ocurre, quién es el loco que grita a alta horas de la noche—. ¡Cómo me alegro de ver que te has convertido en una mujer tan hermosa y saludable!

—Doctor Alfredo... —le digo emocionada—. Ni en cinco vidas podría pagarle lo que hizo por nosotros.

—Con un abrazo me basta.

Me toma del brazo con total confianza y se funde en un abrazo conmigo. Y eso también ayuda a cicatrizar un poquito más esas heridas de mi corazón. Abro los ojos, aún perdida en su abrazo, cuando noto una figura que nos contempla desde el principio del pasillo. Una adolescente de, quizá, unos quince años, que observa la escena cohibida y sin abrir la boca. Me separo de él y lo miro sonriente.

—No sabía que tenías una hija —le comento. Luego, me dirijo a ella —. Tienes al mejor de los padres, de verdad. Ha hecho tanto por mi familia que nunca podré devolverle ni un mínimo ni en toda mi vida.

Su cara cambia por completo, y el doctor le pide que se acerque a nuestra posición.

Cuando está más cerca de mí, la observo más consciente de sus rasgos. Tiene un pelo

oscuro que le llega por los hombros, y los mismos ojos ambarinos que... me recuerdan muchísimo a... No puede ser... Ese color ámbar tan característico que yo no heredé.

Don Alfredo pone sus manos encima de los hombros de la muchacha.

—Es lo que quise decirte en tantas cartas que nunca llegaron a lo largo de estos años. —

La mira a ella, después me observa a mí—. Ella es tu hermana, Margarita. Corrí, en cuanto os marchasteis, al barranco de Víznar en cuanto esas bestias mataron a tu madre.

Logré salvar a Julia del cadáver de tu madre aquella noche. Y hemos estado esperando por ti todo este tiempo. Enterré a tu madre con tus abuelos en el jardín de tu casa.

Ahora están todos juntos como se merecen.

Julia saca valor para dar un paso al frente y abrazarme también. Yo me quedo inmóvil, presa de tal sorpresa que apenas puedo articular palabra. ¿Qué clase de milagro es este?

Envuelvo su cuerpecito, extraña de sentirla así: humana, viva, delante de mí. Siempre la he imaginado como un pequeño bebé risueño, una nubecita que me acompañaba a cada paso.

—Qué alegría conocerte al fin, hermana.

***

Y así es como se cierra gran parte del círculo. Con Manuel, que va a denunciar con los ministros todas las malas prácticas que Julián Roig cometió. Por supuesto, lo detienen casi al instante. Salen a la luz muchos más chanchullos en los que estaba metido y es condenado a una cárcel en la que estoy segura de que recibirá su merecido más que en un cementerio enterrado con honores.

Y a nosotros no nos queda más remedio que seguir haciendo lo que mejor se nos da: huir. Manuel es señalado como traidor al régimen, también, por delatar a uno de los suyos, y su mismo padre da una orden de búsqueda y captura para él. Francia nos espera.

Salimos del país con mucho esfuerzo y, cuando llegamos de nuevo a Toulouse sanos y salvos, días después y con mi hermana del brazo, sabemos que, por ahora, disfrutaremos de una época algo más tranquila, a pesar de estar buscados y perseguidos por medio mundo. Pero ya se ha convertido en nuestro modo de vida.

Mi padre no puede para de llorar cuando se funde en un abrazo con Julia, la que curiosamente parece una reencarnación joven de madre. Y me hace jurar y perjurar que no volveré a cometer locuras de ese estilo. Pero no puedo prometerle nada ya que, viniera lo que viniese, juré antes luchar hasta nuestro último suspiro.

Epílogo

*Víznar (España), 1976*

Estamos parados enfrente de una casa que se cae a pedazos. Sabíamos acerca de lo que nos íbamos a encontrar, pero, aun así, queríamos cerrar el círculo por completo. Ese círculo, esos cimientos, esos peldaños por los que tanto he luchado por recomponer con todos los pasitos que he ido dando a lo largo de mi vida.

Luisa y Antonio, nuestros hijos mayores, fruto de aquella noche de pasión en aquel callejón bajo el azahar, nos miran con las cejas enarcadas. Acabábamos de enterrar a su abuelo en el jardín de detrás, a sus ochenta y tres años; él ya por fin descansa, de nuevo, en su hogar, al lado de la esposa que lloró toda su vida. Me gusta

imaginarlos juntos y felices, junto a mis abuelos, viendo a la familia que hemos creado Manuel y yo desde algún lugar.

—¿Y decís que aquí es donde vamos a vivir ahora? —Antonio, el mayor de los mellizos, pregunta con un marcado acento francés que no hay manera de quitarle—. ¿En este cuchitril?

—Tendremos que trabajar juntos para reconstruirla, pero estoy segura de que será un hogar increíble —le digo para que se calle.

Tiene la actitud propia de un adolescente de dieciocho años, al igual que su hermana Luisa. Entiendo que arrancar a dos adolescentes de su hogar en Toulouse puede ser muy duro. Conozco de sobra lo que es dejar atrás toda tu vida y comenzar una nueva.

Sé que estoy arrastrando a mis hijos a vivir mi propio sueño. Pero quiero ser egoísta por una vez.

Franco murió hace un año y el régimen, al fin, desapareció. Con la muerte del dictador y el final de una era, nosotros somos más libres que nunca.

—Coge a Sara, por favor, se me están durmiendo los brazos —me suplica Manuel mientras me tiende a nuestra hija de cinco años, la más pequeña—. ¿Dónde se ha metido Javier?

—Desde que tu amado cumplió cincuenta, está hecho un flojo —bromea mi hermana Julia, acariciándose su barriga de embarazada; a su lado, Maurice, su marido, mira todo el panorama un poco asustado también.

Nuestro tercer hijo, un niño muy travieso de doce años, está abriendo la puerta de nuestro nuevo hogar con la mayor de las curiosidades.

—Javier, cuidado, se podría caer todo encima de ti y...

De repente, como si la casa nos hubiese escuchado, parte del tejado se derrumba. Todos corremos a abrazarnos y alejarnos del desastre, hasta que cesa el ruido y la polvareda.

Se puede ver un trozo del comedor —sobre todo, la mesa— intacta aunque llena de piedras en su superficie.

Luego, nos observamos entre nosotros, pensando si esta realmente es una buena idea.

Soy yo la que rompo el silencio.

—No os preocupéis, chicos. —Manuel me mira y me guiña el ojo en un gesto cómplice—. Si en algo somos expertos es en construir una vida desde cero. Las veces que hagan falta.

—Sí, y en hacer hijos sobre mesas —comenta Verónica divertida, apareciendo de repente—. Así que, si no queréis más hermanitos, no dejéis que se acerquen a ella a menos de un metro, ¿entendido?

Manuel, mis hijos y mi hermana me sonríen divertidos y llenos de añoranza. Todos reímos frente al hogar que me vio crecer y el que me verá morir.

Y así, de una vez por todas, el círculo queda cerrado.

Agradecimientos

Termino esta novela con el corazoncito hinchado y emocionado. Es una historia que llevo queriendo escribir desde hace muchos años, y nunca he sacado el valor de ponerme con ella. Pero tenía que ser ahora cuando la contase. La vida, al final, es sabia y sabe medir los tiempos justos para cada avance. Quería mostrar una vida que reflejase lo que vivieron tantas personas en esa etapa tan dura de la historia española. La historia de superación de Margarita podría ser perfectamente la de cientos de españoles que se vieron obligados, en aquella lucha, a abandonar sus hogares y a despedirse, de la manera más cruel, de sus familias.

Así que espero, de corazón, que todos la hayáis disfrutado como lo he hecho yo escribiéndola. Todos somos Margarita, todos somos ellos, y tuvimos que librar, en muchas ocasiones, guerras en nuestro interior. Pero, mientras quede un último suspiro, hay que seguir luchando. Este libro también ha sido terapéutico para mí en un punto de lucha en mi vida. Espero que dé fuerzas a más personas que lo tomen entre sus manos.

Millones de gracias, como siempre, a Selecta y a Lola por su confianza depositada en mí. Increíblemente, ¡ya vamos por el octavo libro!, y no me lo acabo de creer. Qué bonito todo este sueño.

A mi familia, a mis amigos, porque me han demostrado que, todos los días de vida que me queden, serán un pilar fundamental para cerrar círculos. Y siempre están ahí los primeros para leer las nuevas novelas

que escribo, aunque les robe parte de su tiempo.

Gracias a mí misma, por demostrarme que soy mucho más fuerte de lo que creía. Y que está floreciendo, gracias a mucho esfuerzo y dolor, una mejor versión de mí misma, y así será hasta mi último suspiro.

Este año, la vida se llevó al último de mis abuelos. Ahora los cuatro, después de vivir una vida muy parecida a la de Margarita, me cuidan desde arriba y descansan. Cuatro abrazos enormes al cielo. Nunca olvidaré lo orgullosos que siempre os sentíais de tener una nieta escritora.

Y, por último, gracias ti, que tienes esta historia entre tus manos. Millones de gracias por darme otra oportunidad. Sin ti, esto no sería posible. Así que un abrazo enorme y de corazón.

Nos leemos muy pronto de nuevo .

*Playlist*

Una lista de canciones que inspiraron la historia de amor de Margarita y Manuel y sus luchas. Que la disfrutéis y os haga rememorar los momentos más significativos de la historia.

1. *Le pido al cielo*, de Luis Fonsi.

2. *Corazón hambriento* (acústico), de India Martínez y Abel Pintos.

3. *Superhéroes*, de Beret y Mr Rain.

4. *Epiphany*, de BTS ( *cover* en español por Gret Rocha).

5. *We Can't Be Friends*, de Ariana Grande.

6. *Si no es contigo*, de Shinova.

**Dos amores.**

# Una venganza.

**Dicen que el amor sobrepasa fronteras, pero ¿también es capaz de sobrevivir en guerras del corazón?**

En 1941, **Margarita, una joven de diecisiete años** y su familia sobreviven en su humilde hogar de un pueblecito de Granada, luchando por no morir de hambre o víctimas de la terrible dictadura que se alza sobre todos los españoles.

Incluso así, en unas condiciones inhumanas, el corazón le demuestra que puede seguir latiendo incluso con tanto horror a su alrededor, **cuando cruza su camino con Manuel**, un joven que dista mucho de su mundo, que incluso la puede poner en peligro y del cual acaba sintiendo una atracción que ninguna guerra será capaz de detener. Juntos descubren que puede haber minutos de calma hasta en la situación más ensordecedora.

**Pero la realidad golpea con crudeza y no son tiempos para el amor**, sino para la supervivencia y a Margarita y su familia no les queda más remedio que huir rumbo a Argentina para salvar sus vidas. Allí, acogidos por una familia adinerada, descubrirá a través de los años la herida de su país natal, la vida más allá de las guerras y el miedo, las ganas de vengar el daño hecho a su familia. **Y a Carlos. El heredero de la familia.**

**¿Es posible luchar por amor hasta el último suspiro?**

**Luna Dueñas** nació en 1989 y desde pequeña ha sido una apasionada de la lectura, pero no fue hasta la adolescencia que empezó a escribir sus propias novelas y a compartirlas con su familia y amigos más cercanos. Le encanta escribir y darle vida a las historias que viven en su cabeza, le parece de lo más divertido y satisfactorio. Su gran inspiración viene de la música, las canciones le dan muchísimas ideas con lo que le hacen sentir, y también de las situaciones e historias del día a día. Es diplomada en turismo e idiomas por la universidad de Córdoba. Se define como una persona artística, creativa, abierta y sociable, aunque algo tímida.